

Françoise d'Eaubonne

EL FEMINISMO O LA MUERTE



Por un movimiento ecofeminista global

MUJER Y LIBERTARIA TENÍA QUE SER:

FRANÇOISE D'EAUBONNE

En el próximo futuro, tendremos dos grandes movimientos ideológicos que marcarán el siglo. El feminismo es sin duda uno de ellos. Y el otro será el ecologismo.

La primera persona que unió ambos términos y empezó a hablar de ecofeminismo fue la escritora y pensadora francesa Françoise d'Eaubonne, en su obra «El feminismo o la muerte».

Tuvo una breve militancia leninista en la década de los 60, que abandonó después de comprobar que los asuntos relacionados con la mujer siempre se dejaban para «después de la revolución». Françoise d'Eaubonne acabó siendo anarquista, como su padre.

Extraído de *CNT* nº 422

En Solidaridad Obrera, estamos orgullosos de presentar esta primera traducción al castellano de *El feminismo o la muerte*.

Disfrútenlo.

Françoise d'Eaubonne

Le Féminisme ou la mort.

Femmes en mouvement

Pierre Horay

Françoise d'Eaubonne

EL FEMINISMO O LA MUERTE

Por un movimiento ecofeminista global

Título original: Le féminisme ou la mort

Año de edición: 1974

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

PRESENTACIÓN: PERFUMAR LA RABIA. Alicia Migliaro González

PREÁMBULO

PARTE I. LA FEMINITUD O LA SUBJETIVIDAD RADICAL

I. LA DESGRACIA DE SER MUJER

II. ¿MAYORÍA O MINORÍA?

III. TRABAJO Y PROSTITUCIÓN

IV. LA VIOLACIÓN

PARTE II. DE REVOLUCIÓN A MUTACIÓN

V. EL ESTRÉS DE LA RATA

VI. SOBRE EL ABORTO

VII. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL

VIII. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL (CONTINUACIÓN)

IX. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL (FIN)

X. PARTIDA PARA UN LARGO PASEO

PARTE III. EL TIEMPO DEL ECOFEMINISMO

XI. NUEVAS PERSPECTIVAS

XII. ECOLOGÍA Y FEMINISMO

ACERCA DE LA AUTORA

BIBLIOGRAFÍA

En los “Biches Sauvages” de Bruselas;
a mi joven compañero Marc Payen.

PRESENTACIÓN

PERFUMAR LA RABIA. EL ECOFEMINISMO DE FRANÇOISE D'EAUBONNE

Dicen los zapatistas que la historia no es más que garabatos que escriben las personas en el suelo del tiempo. Sin duda, para garabatear ideas hay que saber dónde se está parada. Algo así advertí cuando me acerqué a la biografía de Françoise d'Eaubonne; una biografía que camina el siglo XX, espejo y ventana de los avatares de la crítica y la rebeldía.

Françoise d'Eaubonne nació el 12 de marzo de 1920 en París. Hija de madre aragonesa y padre bretón (como gustaba definirse para evidenciar la imposición colonial de los estados-nación sobre los pueblos), se crió en una familia con intereses revolucionarios y religiosos sociales con tintes libertarios. En su temprana infancia, se mudaron a la región de Toulouse buscando un clima más propicio para que su padre se recuperara de las secuelas que le había dejado el combate en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. En su adolescencia convivió con personas exiliadas de la dictadura franquista que arribaron a su localidad, y unos años más tarde se relacionó con los liberados de los campos de concentración del nazismo.

Estas experiencias tempranas, sumadas a una gran sensibilidad y un fuerte espíritu crítico, marcaron la tónica con que Françoise pisó el mundo. Desde su temprana juventud mostró aptitudes para la escritura y una curiosidad que le valió para continuar sus estudios de forma autodidacta, tras tener que abandonar la educación formal al culminar el bachillerato. Fue una prolífica escritora en diversos campos literarios y publicó, a lo largo de su vida, más de cien títulos entre ensayos, novelas, poesías y biografías.

Las convenciones sociales no le calzaban. Fue así que, en 1944, mientras estaba embarazada, se separó de su marido y se unió a las filas del Partido Comunista (el cual luego abandonaría, con fuertes críticas a sus consideraciones políticas en relación con el ecologismo, el feminismo y la diversidad sexual). Años más tarde, consciente de las dificultades que implicaría para una joven madre divorciada desarrollarse en el mundo literario y político, confió el cuidado de sus hijos a su familia. La publicación en 1949 de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, fue una verdadera revolución para Françoise. Un seísmo que le permitió resignificar su propia experiencia y entablar una amistad con la autora, que se extendió a lo largo de los años. Las críticas que recibió este libro en los sectores conservadores motivaron la respuesta enardecida de Françoise, a partir de lo cual publicó en 1951 *Le complexe de Diane*, su primer ensayo feminista. Allí analiza mitos clásicos para explicar las razones que llevaron a la exclusión de las mujeres de la política y plantea la idea de una bisexualidad originaria, que luego es disciplinada socialmente en pares binarios masculino-femenino.

Durante los años siguientes escribió varios ensayos sobre temas feministas y de diversidad sexual, retomando en sus análisis sus tradiciones libertarias. Fue una de las precursoras del Mouvement de Libération des Femmes (MLF) y posteriormente del Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire (FHAR), movimiento pionero en la alianza entre el activismo gay y lesbiano que adquirió visibilidad pública en 1971. Ese mismo año participó en el «Manifeste des 343» (también conocido como el manifiesto de las guarras), un escrito en contra de la penalización del aborto y a favor del derecho a decidir, que causó gran conmoción en la sociedad francesa. Sin embargo, la recién iniciada década de los setenta tendría más desafíos para el inquieto espíritu de Françoise.

En 1972, influenciada por la preocupación ecológica que comenzó a gestarse a fines de los sesenta y principios de los setenta (Pierri, 2001), publica el libro *Histoire et actualité du féminisme*, en el cual analiza el desarrollo de la falocracia (otro término cuya creación se le atribuye). En la conclusión de este texto anuncia sus preocupaciones ecológicas. Plantea que la causa de la crisis mundial radica en el sistema patriarcal, responsable del desastre ecológico (a través de la sobreproducción) y de la dominación de las mujeres (a través del control de sus cuerpos). Entre 1973 y 1974 crea el Centro de Ecología Feminista, desde donde milita activamente contra distintos problemas ecológicos enunciando su perspectiva feminista. En 1974 publica el ensayo *Le féminisme ou la mort* (reeditado recientemente y traducido al inglés) en donde propone el término ecofeminismo y profundiza en su perspectiva, según la cual la lógica del desarrollo (presente tanto en el mundo capitalista como en el bloque “socialista”)

se basa en la explotación de la naturaleza y las mujeres, abusando de sus capacidades procreativas. Plantea además que el potencial revolucionario de las mujeres para las luchas ecológicas se explica, justamente, por su rol como procreadoras. Sin embargo, no lo hace apelando a rasgos esencialistas, sino que lo sustenta en la necesidad de compensar las desventajas físicas y sociales que la maternidad imprime sobre la vida de las mujeres. La desigual distribución de las tareas de cuidados a nivel social las torna más combativas ante la degradación de los bienes que sustentan la vida, a la vez que menos proclives a dejarse engeguercer por las promesas de desarrollo. Ella misma fue ejemplo de esta postura al participar en boicots y defender la acción directa como medida legítima de protesta. En el ensayo *Contreviolence ou résistance à l'État*, publicado en 1978, se exploya sobre este tópico.

Sus planteamientos no tuvieron gran repercusión en Francia e incluso fueron ridiculizados. Sin embargo, ganó adeptas en otros países, como Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Australia e Inglaterra. En las décadas posteriores continuó escribiendo, militando y forjando lazos de cooperación con colectivos, centros de estudio y universidades, que mantuvo hasta su fallecimiento en 2005.

Si bien a lo largo de los años fue reconocida en varias oportunidades como referente del pensamiento ecofeminista (*Le Monde*, 2005), los planteamientos de Françoise d'Eaubonne no suelen ser retomados por las distintas vertientes de los ecofeminismos. Ejemplo de esto es la escasa circulación que han tenido sus textos. Sin embargo, el rebrote del movimiento

feminista a escala planetaria y las urgencias de la crisis ecológica,azonados hoy día por la pandemia del COVID-19, han despertado en varias de nosotras el interés por su obra y su figura.

Françoise hoy y acá

Los distintos ecofeminismos, como confluencia entre ambas corrientes de pensamiento, han ido creciendo al calor de las luchas desde fines del siglo XX hasta nuestros días. En distintos lenguajes y geografías, las urgencias por sostener la vida han llevado a ensayar alternativas para comprender y transformar las injusticias del mundo que habitamos. Pero la propia noción de ecofeminismo no siempre ha sido una categoría cómoda para el pensamiento contrahegemónico, en parte por haber quedado emparentado con las perspectivas esencialistas y eurocéntricas. Por otra parte, por la insistencia en pretender encorsetar la praxis ecofeminista en el pensamiento moderno occidental, invisibilizando otras genealogías como, por ejemplo, las de los pueblos del Sur global.

En la literatura ecofeminista, Françoise d'Eaubonne suele aparecer mencionada en el incómodo lugar de precursora; una construcción de figura de pionera que parece confinarla a una referencia de compromiso que rápidamente se pasa por alto. No parece un destino feliz para alguien que cultivó un pensamiento osado al compás de los debates políticos de su época. Tampoco lo sería hacer un culto a su persona. De lo que se trata es de entrar en diálogo con ella, repensar su

producción escrita en relación con su tiempo vital y, sobre todo, plantearse qué claves nos aporta para los desafíos en un mundo pandémico y profundamente desigual.

Françoise escribía con vehemencia e irreverencia. Puede que no siempre fuera prolija, y, sin bien hoy tendría muchos aspectos que discutirle, hay otros que, tras adentrarme en su biografía, no podría atribuirle. No considero que su propuesta ecofeminista se base en una supuesta esencia femenina biologicista que emparente mujeres con naturaleza (deriva que sí le cabe a algunas vertientes del ecofeminismo espiritualista y al feminismo radical transexcluyente). Tampoco valoro su propuesta política como conciliadora con el capitalismo o como un intento de mitigar los efectos adversos del desarrollo (como sí intentará hacer el ambientalismo de género a través de las herramientas de organismos multilaterales de crédito). Lo que sí puedo atribuirle es la rabia. Porque Françoise escribió con rabia. Y se animó a hacerlo en un mundo donde el enojo nos ha sido negado a las mujeres, y eso incomoda.

Hoy, algo de su lucidez sirve para interpelar el lugar que ocupamos las mujeres y las disidencias en un sistema que insiste en servirse de nuestras capacidades mientras nos señala que estamos de sobra. Más aún en medio de una pandemia que no inventa nada, pero agudiza todo. Somos las primeras en ser despojadas de la tierra fértil, el aire sano y el agua limpia. Somos mano de obra barata y precarizada de la cual se sirve la industria agroalimentaria para producir alimentos plagados de agrotóxicos. Somos quienes soportamos el abuso sexual cuando la masculinidad hegemónica campea por nuestros territorios. Nos vemos afectadas en nuestra vida cotidiana

cuando aparecen las grandes obras de infraestructura que el agronegocio requiere, cortando por el medio nuestros barrios y pueblos. Somos quienes cargamos en nuestras espaldas con los cuidados de un sistema que enferma.

Somos expulsadas y olvidadas de las organizaciones sociales que se estructuran bajo una lógica patriarcal.

Somos quienes sufrimos la violencia cuando nos dicen que nos quedemos en casa sin importar si tenemos casa.

Y esa perspicacia que nos trae Françoise sirve también para comprender por qué somos nosotras quienes nos alzamos en rebeldía y sostenemos con digna rabia nuestras utopías.

Hay una fotografía de Françoise que me encanta, un retrato en blanco y negro. Se la ve añosa, con el pelo cano y corte de niña. Mira a la cámara de frente y se vislumbra una media sonrisa en el gesto serio, como si supiera algo que nosotras recién estamos descubriendo. Algo así como una tía abuela excéntrica que encarna desde su propia biografía la posibilidad de ser y hacer de otro modo. Y que sabe que, a pesar de los pesares, su apuesta vale la pena. Quizás sea tiempo de escucharla.

Alicia Migliaro González.



PREÁMBULO

En los últimos años, cuando la cuestión del feminismo ha resurgido con tanta fuerza, que lo ha hecho con una amplitud y una totalidad nunca alcanzadas, no sólo era oportuno buscar sus orígenes históricos y sus consecuencias inmediatas y contemporáneas, como he hecho en otro lugar¹. Nos parece necesario, en el año 1974, tras la evolución del feminismo americano² y la muy reciente aparición en Francia de la Ligue du Droit des Femmes tras el MLF, ver la cuestión con un poco más de perspectiva; y al mismo tiempo, sin duda, con un sentido de urgencia mucho más ardiente que en 1970. Se trata, a la vista de las recientes revelaciones de los futuristas, de considerar el feminismo en un nivel mucho más amplio que el previsto hasta ahora. Descubrir cómo la crisis moderna de la lucha de los sexos está ligada a una mutación de la totalidad, incluso a un nuevo humanismo, única salvación todavía posible.

1 Françoise d'Eaubonne, *Feminismo: historia y actualidad*, París, Alain Moreau, 1972.

2 Rolande Ballorain, *El nuevo feminismo estadounidense. Estudio histórico y sociológico del Movimiento de Liberación de la Mujer*, París, Denoël-Gonthier, colección "Mujer", 1972.

La aspiración a la igualdad entre los sexos, dijo Serge Moscovici en *La société contre nature*³, responde a una necesidad de justicia y a un deseo del corazón; no se basa en una teoría analítica, un proceso científico de la mente. Este vacío debe llenarse, pero ¿cómo?

Si Laclos tiene razón al observar que nos es muy difícil adquirir las virtudes que no necesitamos, lo mismo puede decirse de la inteligencia. Hasta ahora, los reclamos, controversias, explicaciones y empresas del feminismo se han limitado a demostrar el daño hecho a la mitad de la humanidad (en realidad al 52%) y a defender la necesidad de reparar ese daño. Esto podría llevar a esta reacción de algunos extremistas de izquierda: “Esto es un gran revuelo, dijeron, para una categoría de los oprimidos entre los demás”. La lucha no debe estar fragmentada. Están las mujeres, bueno; también está el proletariado. Y el tercer mundo. Y los tontos. Y homosexuales, etc. Un reproche que parecía contener algo de verdad: ¿en nombre de qué privilegio los suyos pueden ver el mediodía en su puerta? ¿No era romper el frente de la subversión que pretendía asestar todos los golpes en un solo punto?

Nos parece que ha llegado el momento de exponer que el feminismo no es sólo –que ya le ha dado su dignidad fundamental– la protesta de la categoría humana más antiguamente aplastada y explotada, ya que “la mujer fue

3 Serge Moscovici (1972), *La société contre nature*, París, Le Seuil, 1994. Pensador de la ecología política, Moscovici (1925–2014) define la naturaleza como una construcción histórica, el ser humano renegociando constantemente su relación con ella. Según él, por tanto, la naturaleza no conlleva desigualdades sociales en sí misma, pero sí es la sociedad la que está en el origen de las desigualdades “entre hombres y mujeres, entre generaciones y entre sociedades”.

esclava antes que el barril de esclavos”. Pero ese feminismo es toda la humanidad en crisis, y es la transformación de la especie; es verdaderamente el mundo el que cambiará su base. Y mucho más: ya no hay elección; si el mundo rechaza esta mutación que superará a cualquier revolución, así como la revolución ha ido más allá del espíritu de reforma, está condenado a muerte. Y muerte a corto plazo. No solo por la destrucción del medio ambiente, sino por la superpoblación de la cual el proceso pasa directamente por la gestión de nuestros cuerpos encomendada al Sistema Masculino.

Es hora de demostrar que el fracaso del “socialismo real” para fundar un nuevo humanismo (y por tanto para evitar esta destrucción del medio ambiente y esta inflación demográfica) pasa directamente por la negativa a cuestionar el sexismo que también mantienen, en formas diferentes, tanto el campo “socialista” como el bloque capitalista.

Y que no es la liberación de la mujer lo que pasa por la construcción del socialismo, sino el surgimiento de un tipo de socialismo enteramente nuevo, mutacional, que pasa por la toma por la mujer de su propio destino y por la destrucción irreversible de la sociedad del patriarcado.

Finalmente, en conclusión, es urgente subrayar la pena de muerte, por este sistema en agonía convulsa, de todo el planeta y de su especie humana, si el feminismo, al liberar a la mujer, no libera a toda la humanidad, es decir, arranca el mundo lejos del hombre de hoy para transmitirlo a la humanidad del mañana.

LA FEMINITUD O LA SUBJETIVIDAD RADICAL

I. LA DESGRACIA DE SER MUJER

“¿Entonces no hay judíos felices?”

[...] Judíos felices a pesar de su judeidad, quizás. Por ella, junto con ella, no. No se puede evitar que al mismo tiempo no se encuentre un gusto íntimo por la infelicidad [.]. Como es una desgracia ser colonizado [.]. Como es infeliz ser mujer, negra o proletaria”.

Albert Memmi, *Retrato de un judío*

La hidra de las mil cabezas

Soy una mujer. Eres mujer. Ella es mujer. ¿Qué significa?

Esto:

Siempre nos llega el día en que nos conocemos, nos descubrimos como mujer. Ya no por una condena abstracta y

colectiva como la de la muerte; sino por el juego de un efecto natural, esta desgracia individual e inevitable estalla ante tus ojos incrédulos. Vemos; nos preguntamos: ¿Soy yo? Soy yo, ¿qué? (En la parte inferior del hombre, ese es el título de una obra masculina: *En la parte inferior del hombre, la feminitud*⁴). Esta carne de violación, este objeto que se asemeja a un ser, este zombi, esta negatividad, este agujero soy yo. No nacimos; nos hemos convertido.

Cada uno responde a su manera personal a este mal colectivo. Y, por este mismo hecho, concreta y particulariza la condena que no se puede evitar, que sólo se puede vivir, en el drama o en la resignación. Mujer, hombre o lesbiana (goi⁵ de honor), heteromasoquista o rebelde; belleza olvidadiza, evasiva o provocadora; que responde con desafío, rechazo, entrega con armas y bagaje. Su condición comenzó con un sobresalto; la figura de la opresión ha variado, pero la opresión sigue siendo la misma.

Cuántas horas pasé, en mi juventud, con las chicas de mi generación, para intentar clasificar las mil cabezas de la hidra, discutiendo sin aliento, pasando las horas que, según psicólogos y conocedores de esta época, deberíamos haber pasado ¡soñando y coqueteando, preparándonos para el baile, mirando la foto de un chico guapo o cambiando nuestros peinados! Buscábamos desentrañar el misterio.

4 Feminitud (neologismo): actitud, pose reclamada de y por las mujeres, en oposición a la feminidad, estado o cualidad intrínseca de la mujer.

5 Goi es una palabra hebrea, que, a veces, es expresada en forma despectiva. Significa literalmente Nación. Goi se refiere a personas y naciones no judías. [N. d. T.]

Este mal de ser mujer, ¿cuál fue su origen? ¿Fue religioso? ¿Económico y social? ¿Orgánico? ¿Metafísico? Cada una tenía su propia solución y no le importaba cuáles fueran las demás; las más atrevidas hablaron de una “inextricable mezcla de todo eso”. ¡Tanto “tiempo perdido” revisando esta inmundicia para conocerlos, defendernos de ellos e incluso consolarnos!⁶ Nuestro único acuerdo quedó en este punto: no fue una “conformación”, fue una desgracia; puede haber sido una promesa, pero es ciertamente un castigo. Nuestra condición de mujer (todavía no decíamos feminitud) podía ser gloriosa, reclamada, perseguida o negada (solteronas y monjas), nunca fue fácil, no parecía nada natural; fue, sobre todo, deficiencia y extrañeza. Lo vivimos en la angustia de una vaga indignación, como la certeza de una maldición cuyo mal menor era la parálisis, la amputación, la limitación; angustias y maldiciones transmitidas de madre a hija, ya sea en silencio o en un susurro de confianza, pero también perceptible en todo lo que nos rodeaba y sostenía, los relatos, las lecturas, el espectáculo del mundo, la religión o el secularismo, las vivencias, el folclore y la mirada de los machos. Esta mirada que, en tan frecuentes burlas o en una arriesgada admiración, nos congeló en la misma deshumanización que la de los no judíos (insultantes o unidos) que poco después iban a escupir a la estrella amarilla o descubrirse frente a ella.

Después de tantos años y desde el desarrollo de las cosas, las dificultades para analizar la feminitud han disminuido, aunque no están menos presentes. Incluso hoy discutimos sin aliento sobre las mil cabezas de la hidra, en lugar de criar a nuestros

⁶ Estas “bizantinerías” le costaron a Lina la razón y arrojaron a Michele, heroína de la guerra, a la autodestrucción.

hijos, decorar nuestros hogares, discutir con los maestros y actuar en una fiesta masculina. Y empezamos a tirar de nuevo, sobre los orígenes de la opresión, las palabras: religioso, económico, metafísico, político. Quizás la única diferencia es que hoy rechazamos de manera más radical la explicación biológica o esencialista. Ya no podemos creer en la esencialidad sexual o sustancial: la metafísica se ha convertido en un fantasma. Sabemos que no hay mujer tan “esencial” como un proletario predispuesto a serlo, o un “criminal nato” en otro lugar que en las fascinantes fantasías de Lombroso⁷. Las subrazas son fábulas, como la mentalidad prelógica. Aquí hay al menos un punto adquirido. Una cabeza de hidra menos.

Entonces, no es mi “naturaleza de mujer” la que segrega este “espíritu de contradicción”; No es mi “vanidad femenina” o mi “futilidad femenina” lo que me empuja a adoptar, por “moda”, por “hacerlo bien”, una actitud inauténtica de rebeldía que se fundirá ante la primera invitación a bailar. Por el contrario, es este miedo siempre mantenido por la Historia el que contribuye a este comportamiento ansioso e ilógico; por un lado, la angustia de los oprimidos, por otro, estos comportamientos frívolos que tienden a ocultar locamente la angustia. Es la sociedad masculina, el lugar que ocupo en ella, la idea que tiene de mí, y a veces me hace aceptarla, lo que provoca una actitud masoquista donde no había masoquismo

⁷ Lombroso, fue un criminólogo y médico italiano, que “probó” que las fuentes de la delincuencia estaban relacionadas con causas físicas y biológicas. O sea, para entendernos, que para él los criminales, eran personas de mirada torcida, cerebro medio hundido y contrahechos, y consecuentemente las personas defensoras del orden establecido, eran como hoy suele llamárselas “gente guapa”. Expuso su teoría en *The Criminal Man* (1876) según la cual hay un “tipo criminal” que comete delitos por “necesidad biológica” y que sería identificable por determinadas características físicas.

al principio; haz que cualquier hombre viva como una mujer, y se volverá masoquista; ¡Mira cuántos homosexuales y judíos tienen que defenderse de serlo! De repente, el día del descubrimiento del que hablé arriba, se me dio la desgracia de ser mujer, y su peso de amenaza, y la desgracia de vivir en un mundo de hombres, donde esta amenaza se nutre en cada generación y en cada edad del individuo. Porque el matón nunca se cansa, pues, sin sadismo, en general, con la sola conciencia de su propio bien y la inconsciencia del Otro que da la perfecta falta de imaginación, continuará, “enemigo prudente, sabio, tranquilo, sin exagerar nunca [su] media victoria”⁸, su obra de destrucción hasta nuestros últimos días; mucho más allá de las coartadas del deseo, la procreación y sus horrores; mucho más allá, incluso, de la mirada. ¿Ven, entonces, junto con el triste destino de los viejos, la abyección de la vejez?

Porque soy mujer y, finalmente, no puedo permitirme el lujo de eludir con palabras las realidades que me aplastan. Desfloración, violación (criminal o legal, física o espiritual), embarazo, aborto, parto, menopausia (o más bien: fin del deseo masculino, que es tan profundamente ambiguo que es una amenaza para mí, pero también una posibilidad de defensa y seguridad.), –todas estas cosas pueden compensarse, suavizarse, apoyarse, incluso olvidarse; sin embargo, son condenación, limitación y su terror me abrumará hasta la muerte.

⁸ Estas líneas están tomadas de Paul Verlaine.

Clamamos por exageración. Me acusan airadamente de generalizar, calumniar e incluso despertar a los tigres de papel. Me responden indignados: “¡Pero yo... yo amo a las mujeres!” ¡Pero soy feminista! Con calma, con lucidez, lo repito (y lo grito, y lo gimo, y lo pronuncio, y lo expresaré, de palabra y de pluma, hasta el final). Creo en la generalidad, en la profundidad, en la universalidad del hecho misógino: sí, siempre y en todas partes, en el campo capitalista, en el proletario, en el campo euroamericano y tras el telón de acero, y en el tercer mundo, y en las subculturas, tanto en el Vaticano como en Cuba. Creo en él, en el joven *bandeur*⁹ y en el anciano indefenso, creo en el falocratismo de cada segundo, de cada uno, de cada clase y de cada país. Hombres de buena voluntad, liberales, igualitarios campeones del universalismo, no acepto su consejo. Discreción, silencio ante los urgentes problemas del mundo proletario, gracioso olvido en este mundo burgués, culto, sentimental y galante, o la eterna esperanza del Santa Claus Rojo. Te devuelvo cortésmente todas esas entradas para el teatro.

El hecho misógino

“¡Nunca he tratado a un solo judío con desprecio!” Gritó el filosemita. Muy bien; ¿Se ha cambiado la historia del genocidio, la degradación y la discriminación?

9 Erecto, palabra de argot [N. d. T.]

El hecho misógino, como cualquier relación represiva, no tiene nada que ver con la buena voluntad de Piotr, Jim o Jacques. Abruma cruelmente a las personas. Es parte de las instituciones, sustenta las estructuras mentales. No podemos entender la infelicidad femenina si no tenemos primero en cuenta lo que es: un fenómeno comunitario, histórico, general, global, una relación fundamental entre mujer y no-mujer (la mejor definición de hombre). Afecta a toda la cultura y se refleja aún más fuertemente en la incultura. Orienta todas las relaciones entre los sexos y las de los individuos del mismo grupo sexual entre ellos. Es tanto lo más íntimo de nuestro yo como lo más común de nuestro colectivo. Es el aire que respiramos.

¡Por supuesto que no veo a todos los hombres como opresores y amenazantes! Es frente al que amo, o entre homosexuales, activistas del mismo movimiento, escritoras del mismo lado, que yo a veces olvido mi feminitud. Pero mi infortunio siempre presente me puede recordar a cada segundo, en un instante, que todo puede cambiar, como al final de la película *Malpertuis*¹⁰, cuando el héroe abandona su manicomio del brazo de su amada, borracho de haberse vuelto *como todos los demás* y la puerta que abrió a la libertad se cierra al mundo familiar de su pesadilla. Así como redescubre los pasillos interminables, las paredes iluminadas por antorchas, las puertas en fila siniestra, puedo reconocer en un abrir y cerrar de ojos, en una palabra, un gesto, un silencio del colega amable, del camarada cálido, de la compañera que me da mi peso de felicidad, esa pequeña nada que no me permiten

10 Película de Harry Kümel estrenada en cines en 1971 y adaptada de la novela de fantasía homónima de Jean Ray.

abolir: el reflejo condicionado de la no-mujer. Con el homosexual, en particular, el más importante de nuestros compañeros de lucha, hay una mayor ambigüedad de relaciones; aplastado como yo por la estructura patriarcal, es a la vez beneficiario de los privilegios de su estatus, como varón, y rechazado, odiado por su familia como traidor a este estatus; si se rebela contra el sexismo que nos oprime, es como una minoría erótica, no como un hombre, como yo, como una mujer, aunque yo sea la mayoría erótica y heterosexual. Además, deja de ser un peligro para mí como varón –a menos que sea bisexual– y al mismo tiempo puede convertirse en un nuevo peligro, si decide ver en mí al rival; peor aún, contribuirá a perpetrar mi desgracia, muchas veces dedicando una irreductible idolatría a un estereotipo, envidiado por él mismo, de mujer falsa por ilustración publicitaria; y este es un culto que desprecio y contra el que lucho como una de las causas directas de la brutalización del mundo y de mi propia desgracia.

¿Una palabra demasiado dura?

He dibujado aquí el retrato del “hombre traidor a la sociedad-masculina porque ama a los hombres”. ¿Qué decir de los demás? Todos participan en una sociedad que hace intolerable la vida de las mujeres como mujeres. Eso sí, lo siento, lo sé. Vamos, ¿esto es una fantasía? ¿Soy una neurótica, una amargada, una arpía? Muchas de nosotras respondemos a

este triste cliché. Estábamos más de cinco mil haciéndolo, estos días 13 y 14 de mayo de 1972, en la Mutualité¹¹. Lamento mucho si “esta palabra es demasiado dura”, como decían los Discípulos. ¿Que puedo hacer? Nací en esta cultura masculina, como todas las demás; la he asimilado, la he respetado, a veces la he amado. Rebelarse contra ella es más desgarrador de lo que piensas, porque es rebelarse contra toda una parte de mí. Que los que hicieron esta cultura y me la enseñaron sean mis enemigos como opresores, que todos, incluidos los lúcidos, amigos, aliados, compartan la desgracia que aplasta a toda mujer como mujer. Esto no es una verdad de triunfo que yo grito, es una observación que formulo con dolor y consternación. Estas palabras “demasiado duras” son, no obstante, ciertas, brutalmente ciertas, incluso hasta el punto de dramatizar. Me niego a ceder a lo que Freud denunció como una tentación de la mente humana: considerar falso todo lo que le desagrada. Porque después de todo, le debo la vida a un hombre, y tengo un hijo que me la debe; los poetas con los que estoy en deuda por un segundo nacimiento fueron hombres; la mayoría de los héroes que he admirado también; las obras maestras y los arrebatos de mi destino llevan la marca masculina en casi todas partes. ¿Por qué querría alguien que me desencadenara gratuitamente contra aproximadamente la mitad de la humanidad? ¿Por qué extraña perversidad? ¿Por qué negar a priori que mis razones son “buenas”, si no es por

11 El 13 y 14 de mayo de 1972 se llevaron a cabo en el Palais de la Mutualité las “Jornadas de Denuncia de Delitos contra la Mujer”, organizadas en particular por MLF, MLAC y activistas de planificación familiar. Para un relato de estos días, lea el capítulo que la historiadora y activista Françoise Picq les dedica en su libro *Liberación de la mujer: los años de movilización*, París, Le Seuil, 1993, p. 135-146. Para una cronología del MLF, ver también: Anne Tristan, Annie de Pisan, *Histoires du MLF*, París, Calmann-Lévy, 1977.

miedo a descubrir, en la respuesta que estamos intentando, ensombrecer tu propio rostro? ¿Es tu irresponsabilidad, incluso peor que tu responsabilidad? Sí, todas las que no son mujeres, sean quienes sean, les guste o no, participan de la desgracia de todas las mujeres, aunque se esfuercen por ser la felicidad de una sola.

Mejor aún: sin esta desgracia, estarían limitados, disminuidos, serían menos capaces de tener un control directo sobre el mundo tal como es; es de la misma manera que yo, una occidental, me beneficio de la desgracia del tercer mundo, aunque deteste la idea.

Escucho; hay muchos grados de brutalidad en un mismo lote. Incluso los campos de la muerte han conocido a sus privilegiados; pero las conductas de odio y desdén, ginofobia, desprecio distraído o virulento, incluso burla, todo sigue ahí, todos los temas del discurso misógino.

Él siempre está ahí, el macho listo para burlarse, mofarse, golpear, violar y escupir sobre lo que está violando. Y al final de este racismo sexual, como al final de todo racismo, siempre está la solución final de Hitler.

La degradación gradual conduce a la muerte, como en la *Historia de O*¹²; en el más liberal de los hombres, si ama la carne de una mujer, duerme un maître de Roissy¹³. ¿No le

12 *Histoire d'O*, libro de Pauline Réage (1954),

13 Profesor de Roissy. Retorno a Roissy es la continuación de la novela *Historia de O* de Pauline Réage. Roissy es el nombre del establecimiento en que se interna a O al principio de la historia, reconvertido en un burdel de lujo. Hay versión en castellano en *La sonrisa vertical*. [N d. T.]

estamos gritando por todos lados que sin “un poco de sadismo” no es un verdadero amante?

Este sadismo tan banal

Sin duda, el discurso misógino, sólo lo reconozco temblando de vejez, silbando con odio viperino, bañado de vergonzosa homosexualidad (el homosexual declarado es generalmente aliado de las mujeres) o envuelto en el papel de regalo de la galantería latina, del paternalismo papista. Tendré que complementarlo incesantemente, corregirlo, adivinarlo a menudo, ignorarlo a veces: ¡excelentes condiciones para la paranoia galopante que crea las musarañas de las páginas cómicas de los semanarios! Pero vendrá de todos lados: del colegio, de la familia, de la calle, de la profesión, del libro que me enseña, de la boca que amo, de la voz que escucho con respeto o cortés pulsando un interruptor.

Y es en este gas asfixiante donde reside el ser humano que constituye el 52% de la humanidad, que “florece”, engendra, se marchita y muere: los pulmones carcomidos por esta niebla de palabras, sin haber nunca respirado del todo el oxígeno masculino del mundo. Y admitiendo que rechazo este veneno tan sutil que ya ni siquiera siento, que me convierto en yogui, que afirmo con ejercicios de respiración (éxito social, por ejemplo) una serenidad infalible. No viviré separada de él como todos los demás, diferente, marcada entre la raza no femenina que salió de la mujer. Así es la feminitud.

No cerraré los oídos a tus protestas. Todavía escucho que exagero y generalizo al atribuir a todos los hombres los pecados de unos pocos. Sin embargo, no creo ni por un momento que el misógino profesional como Jean Cau el Camaleón o el siniestro fallecido Stephen Hecquet (“¿Deberíamos reducir a las mujeres a la esclavitud? ¡Sí!”), o el falócrata sutil y matizado de Clavel, solo sean monstruos de aberración¹⁴. No hay forma de que los liberales utilicen estos chivos expiatorios; al contrario, ellos y tantos otros son sólo los paradigmas de la mentalidad masculina culta, liberal y de buena voluntad. Son los modelos vivos de estas fantasías eróticas, los maestros de Roissy, la Historia de O, este maravilloso breviario que toda joven virgen debería leer, esta admirable revelación del amor de la mujer por el hombre (y del hombre por la mujer).

Encontramos las características de estos “pacientes”, estas “excepciones patológicas” en los hombres más comunes: directores, ejecutivos, tenderos locales, proxenetas de Pigalle o Chicago.

Los psiquiatras pueden comentar las fechorías de quienes se atreven a llegar al final del sadismo. El rechazo secular de Sade es la prueba contundente del terror que la sociedad masculina

14 Escritor, periodista, pero sobre todo polemista (opinólogo), Jean Cau (1925-1993) fue secretario de Sartre antes de convertirse en asesino del izquierdismo, el anticolonialismo y el feminismo. Es el autor de *Ma misogynie* (Julliard, 1972). Stephen Hecquet (1919-1960), abogado, es también autor de un folleto violento contra la mujer, *¿Debemos reducir a la mujer a la esclavitud?* (La Mesa Redonda, 1955) reeditado en 2003. Maurice Clavel (1920-1979), periodista, escritor y filósofo, a la vez gaullista, católico y maoísta, colaboró regularmente con *Le Nouvel Observateur*, pero su notoriedad la obtuvo al servicio del diario *Liberación* donde condenaba el aborto, la anticoncepción y la “revolución sexual”.

pone al negar lo evidente, el sadismo como estructura fundamental de su mentalidad y de su Sistema.

Los casos límite siempre se tratan en patología; pero ¿por qué se ejerce la patología masculina en la misoginia? ¿No es porque su propia sociedad le ofrece este racismo sexual antes que todos los demás, como la salida más conveniente, más habitual para la esquizofrenia, la esclerosis burguesa o la paranoia del agitador reprimido?

El ginóforo es, sin duda, un paciente; pero cada sociedad segrega su propia enfermedad. Hacer de estos sádicos deslumbrantes o estos folículos despectivos los únicos custodios del discurso misógino parece una solución demasiado conveniente para la cobardía de los no-mujeres.

La separación

Sin embargo, yo (y cuando digo “yo”, oigo que oyes hablar a cualquier mujer) sólo me di cuenta de mí misma a través de esta misoginia, materia prima del mundo en el que tenía que vivir y que me separaba. Si este es el destino de esta o aquella minoría, los afroamericanos, los judíos occidentales, etc., solo sirve para subrayar el escándalo irremediable del destino de la mayoría biológica de la especie: las mujeres, la única mayoría separada como minoría oprimida. Es así como, al abordar mi condición de mujer poniéndola entre paréntesis, desde mi juventud, yo (cualquier mujer) me llevé a descubrir el aspecto

capital: el de una separación (como la judía de Albert Memmi). Es quizás la conciencia de este compartir, de esta ruptura, lo que me hizo buscar con tanta sed la totalidad de un absoluto, el del sexo como el del mundo; y que sólo apoyo la idea de lucha si se lanza, como el río al mar, a la lucha por la Totalidad.

II. ¿MAYORÍA O MINORÍA?

¿Separación o diferencia?

Sí, todas las mujeres están separadas, como la *Eugenie de Saxancour* del padre Restif. Muchas están rotas, como la heroína de Simone de Beauvoir. Rotas, separadas: aquí están las realidades de observación banal que podemos oponer con toda serenidad a esta fórmula electoral: “igualdad en la diferencia”. ¿La diferencia? Es un problema. ¿La separación? Es un hecho. “Así que comencemos con un hecho más que con un problema. Porque fue mi cultura la que me enseñó eso. La vuestra. La cultura masculina. Especifiquemos: judeocristiana y burguesa. ¿Habría alguna diferencia en este punto con la de Beijing, Cuba o Moscú? No lo creo.

A pesar de las numerosas y curiosas protestas de quienes, siendo mujeres, proclaman apasionadamente tanto su feminitud como su éxito –a saber: su integración y su expresión– a pesar de estas mujeres que niegan cualquier barrera contra ellas, cualquier poner entre paréntesis, tan graciosas, no hago resaltar demasiado, ni poner demasiado en

detalle esta dialéctica: cualquier separación refuerza una diferencia que subraya, y la crea aunque no exista. (La diferencia salarial por sexo provoca una menor calidad y absentismo entre las mujeres, así como la falta de promoción provoca el desinterés por el trabajo). El problema de la “diferencia innata esencial”, de la mujer, del “Eterno Femenino” ha sido pulverizado diez veces; sin embargo, la separación continúa, impuesta por quienes ya ni siquiera creen en ella, aceptada por quienes nunca creyeron en ella. Por tanto, diremos con Einstein: “No tiene sentido querer convencer a los demás, mediante toda clase de deducciones, de nuestra paridad; porque su forma de actuar no viene del cerebro”.

De hecho, tiene sus raíces en el sentido de lucro para algunos, en el fanatismo del confort intelectual para otros. Renunciar a la propia ganancia es casi tan difícil como renunciar a los prejuicios que permiten vivir sin la maldición de tener que pensar. Ya lo he escrito¹⁵; los argumentos no cambian las situaciones; a lo sumo provocan una crisis de conciencia. Asimismo, en el tratamiento psicoanalítico, si no se siguen los cambios en las condiciones de vida, la “cura” es inútil; ¿De qué me sirve el carnet de conducir si no tengo suficiente para comprar un coche? Antiguamente se creía que el culto a la virginidad era necesario para la solidez del matrimonio; la religión de la patria, esencial para el alegre sacrificio del soldado; hoy las muchachas son desfloradas en fiestas sorpresa a los quince o dieciséis años y se convierten en buenas madres de familia burguesas, y los héroes disfrazados

15 Françoise d'Eaubonne, *¿Todavía hay hombres?*

van a ser asesinados, sin respuesta, por industriales que saben muy bien llamarse patria. Entonces, ¿por qué seguir discutiendo? ¿Por qué escribir y hablar? Bueno, como dice Memmi, “si las palabras han demostrado que el resultado no es verbal”, ya han cumplido una determinada función.

¡Igualdad en la diferencia! ¡Dios mío, Dios mío, esta vieja tina que hace agua por todas partes sigue flotando! Sería ideal que las relaciones humanas fueran igualitarias. Y, por supuesto, no quiero otro paraíso. Pero, ¿quién no sabe que no lo son en ninguna parte? Para poder convertirse en eso, tendrían que estar en todas partes. En todas partes hay opresión; y la opresión es solo represión internalizada. ¿Cómo podría ser de otra manera en un mundo masculino, es decir competitivo?

Desde esta perspectiva, la diferencia (es decir, la alteridad) siempre está a expensas de lo diferenciado. Los no-mujeres quieren que una mujer sea diferente a ellos, lo que obviamente expresa que son diferentes a ella; pero las consecuencias son todas para la mujer. Si ésta quiere crear, ordenar, inventar, imitar al hombre, vergüenza para ella; pero el honor será doblemente grande para algunas mujeres-hombres, “corsarias de la reina”, quienes serán aún más consideradas por haber dado tal paso. Además, si el hombre se muestra intuitivo, ingenioso, lleno de gusto y sensibilidad, no obstante glorificará su género: filántropo, gran modisto, gran cocinero, nadie le reprochará “imitar a la mujer”; no necesita ser “corsario de la reina”. Al contrario, haremos un argumento triunfal contra nosotras: “hasta los grandes cocineros son hombres”. Lo grande, por tanto, encarna lo universal, es necesariamente el acto de la no-mujer. No hay cuestión de diferencia si es

macho. Excepto en un punto el comportamiento erótico. El homosexual es un “bastardo” en el sentido traicionero de la palabra. Y un gran señor le reprochó al abate de Choisy que “finge ser mujer porque tiene la suerte de no ser una”¹⁶. Nunca se ha evocado con tanta claridad la desgracia de ser mujer...

Lo que dicen las grandes voces del hombre

En el momento en que discutíamos con tanta furia, jovencitas cuyos recuerdos pueblan mis paredes de sombras, nos nutría la misma cultura que nos negaba; escuchábamos con respeto las grandes voces de la humanidad que habían construido el mundo en el que vivíamos; y esto es lo que nos dijeron: “La mujer es natural, por lo tanto abominable. La joven es un poco tonta y una putita” (Baudelaire, ¡nuestro Baudelaire de las *Fleurs du Mal*!). San Agustín: “La mujer no puede enseñar, ni testificar, ni comprometer, ni juzgar”. Lamentablemente, todavía puede educar. Ejemplo: Santa Monique, madre del filósofo Hesíodo: “El que confía en las mujeres, confía en los ladrones”. San Juan Crisóstomo: “Plaga soberana de la mujer” (Recordemos que fue nuestra Iglesia la que la llamó “Boca de Oro”). San Antonin: “Cuando veas a una mujer, recuerda que no es un ser humano ni una bestia feroz,

16 François-Timoléon de Choisy (1644-1724) desafió a su época por la libertad de sus modales. Escritor, académico, diplomático y sacerdote, pasó parte de su vida vestido de mujer, como lo demuestran sus memorias aclamadas por Saint-Simon.

sino el diablo”. Lo mismo Tertuliano: “Debes ir siempre de luto y harapos por haber perdido a la humanidad”. San Juan de Damasco: “Terrible tenia que tiene su asiento en el corazón del hombre, hija de la mentira, avanzada centinela del infierno”. San Pablo, administrador de nuestra Iglesia: “Quiero que la mujer guarde silencio; las esposas, sean sumisas a sus maridos”, etc., etc. ¿Dejemos a estos intolerantes, dices? Estoy de acuerdo. Aquí está su calificado enemigo, el buen gigante de nuestro humanismo occidental, el jupiteriano, el escéptico, el primer campeón de la igualdad de los hombres y de la libertad sexual, Rabelais: “Cuando digo mujer, me refiero a un sexo tan frágil, tan variable, tan cambiante, tan inconstante e imperfecto...” Vayamos al clasicismo. Racine: “Flota, vacila, en una palabra es una mujer”. Corneille: “Padre mío, soy mujer y conozco mi debilidad”. Beaumarchais: “¡Oh mujer, criatura débil y decepcionante!” Vigny: “La mujer, niña enferma y doce veces impura”. Proudhon, después de Molière y su famosa crisálida, que “una mujer siempre sabe lo suficiente: ama de casa o cortesana”. Y luego: “Te encontramos fea, bestia venenosa, ¿qué tienes que decir al respecto?” Este socialista, este revolucionario, este autor del adagio “la propiedad es el robo”, saca las consecuencias: “El hombre será el amo y la mujer obedecerá”. Antes que Freud, decretó “que le falta un órgano para convertirse en algo más que un efebo”. Y Auguste Comte, en la carta en que anuncia su matrimonio a un amigo: “La mujer más espiritual y más refinada equivale al final sólo a un hombre bastante secundario, con sólo mucha pretensión adicional”.

Todo esto es solo cultura francesa. Sea. Pasemos al Islam, donde el Corán entrega la mujer al hombre “como un campo

para arar". A menos que prefieras el Bushido, el código de honor samurái, un paralelo deslumbrante de la cultura griega homosexual donde al noble japonés se le enseña que es vergonzoso amar a una mujer cuando hay tantos hombres jóvenes. ¿Es a Alemania a donde van sus preferencias? Para Schopenhauer, soy un animal de pelo largo e ideas cortas; para Nietzsche, "el subhombre es superior a la supermujer"; para Freud, el titán, todas somos hombres fracasados, celosas desde la infancia del pene de nuestro hermano pequeño. Todo esto es puramente libresco; ya se sabe, la cultura es lo opuesto a la vida. ¡Bien! Examinemos la sabiduría de las naciones; veamos cómo los que no conocen ni a ni b se expresan en proverbios. Escandinavia: "El corazón de una mujer se hizo como una rueca; por tanto, no confíes en sus promesas". Hungría: "Mujer, tu nombre es silencio". "El dinero es bueno para contar y una mujer para vencer". Polonia: "La buena mujer se bajó, los caballos tiran mejor del coche". "Si el marido no pega a su mujer, su hígado se pudre". Francia: "Golpea a tu esposa como golpeas tu trigo; tendrás buen trigo, tendrás hermosos hijos" (Dauphiné). África del Norte: "Golpea a tu esposa, tú no sabes por qué, pero ella sí lo sabe". ¿Debería ampliarse la lista? ¿Debemos apelar a las religiones más lejanas, el budismo, el zen, los Vedas, las cosmogonías precolombinas y el diablo y su tren?

Pregunto: ¿qué hombre, frente a semejante concierto, no hubiera reaccionado con terror desde su niñez? ¿Quién se consideraría digno de ser un ser humano pleno? ¿Quién no se sentiría separado, diferente, condenado? Quizás solo los judíos puedan entenderlo. Para nosotras, que buscamos justificarnos por ser mujeres, fue en los textos que aprendimos en la

escuela y en las voces que reverenciamos como mensajeras de nuestra fe religiosa con lo que recibimos este veneno; nos fue destilado junto con alimento cultural y espiritual. Una joven que llevaba mi nombre, en el momento en que Michele aún no recorría las carreteras de Francia sin fuego ni pan y con equipo de paracaidismo, y donde Lina, aún en posesión de su cordura, era una alumna brillante, la joven que yo describí después con una recopilación de citas: “Mujeres, ¡qué suciedad nos echan en la cara sin abrir los ojos!” Solo en el evangelio el barro cura la ceguera. Y, sin embargo, yo también aprendí a olvidar a través de la violencia. Reprimí, inhibí, cerré los ojos; y la dimensión “colonizada” de mi destino la negó. Era eso o morir. Sin embargo, no me consuelo por esta cobardía.

El tribunal impugnado

No hace falta decir que hoy cuestiono fácilmente la legitimidad de este tribunal universal. Universal en el tiempo, en el espacio, sí; no en lo humano, ya que eso solo representa a los varones: un poco menos de la mitad de la humanidad. Los judíos y los homosexuales están preocupados por el juicio de la mayoría; pero la mayoría somos nosotras en este juicio. Montaigne, más ilustrado que Freud y su famosa “indiferencia de las mujeres hacia la justicia” (y Nietzsche ya había afirmado que teníamos poco sentido del honor) escribió: “Las mujeres no se equivocan en absoluto cuando rechazan las normas que están vigentes en el mundo, especialmente porque son los hombres quienes las hicieron sin ellas”.

Sin ellas, todavía no es suficiente; era “contra ellas” lo que se necesitaba.

Aclaremos nuestro propósito. El tribunal impugnado, no lo es en absoluto, ya que nuestra intención no es negar las diferencias entre mujeres y no mujeres; por el contrario, podemos (en este mundo donde cada minoría es oprimida en nombre de la mayoría) argumentar con orgullo, para empezar, la diferencia numérica a nuestro favor, si utilizamos el discurso habitual del proletariado revolucionario: “Somos las parias de la tierra; somos una fuerza en movimiento”.

Nosotras, la mayoría

¿Se atreverá el opresor a responder que la escasez de cosas modifica el precio? ¿En nombre de qué sustituye la palabra “cosas” por la palabra “seres”? Esto es lo que somos, seres y cosas; seres por nuestra condición humana, cosas por nuestro estado. Seres que se hacen tener en todos los sentidos del término. Infinitivo: ser tenido = ser jodido: expresión popular. Que se tiene: sustantivo masculino, sinónimo de cosas poseídas. ¿No quería el comunismo primitivo poner en común bienes y mujeres? Y ese hippie citado por *Women's Lib*: “No tengo sentido de la propiedad, lo presto todo, incluso a mi

esposa”. Nosotras, la mayoría, somos propiedad de la sociedad masculina, la minoría. Mujer, la humanidad viene de nosotras, viene de nosotras pero pertenece a no-mujeres; está contra nosotras. El opresor nunca asimilará las cosas; nunca podrá contestarnos: “la escasez de seres hace el precio”. El hombre, lo no femenino, se ve a sí mismo como lo positivo y lo neutro de la humanidad; es blanco, es decir tanto color como ausencia de color. Y en el hombre de color todavía predomina esta mentalidad: con respecto a su esposa, es blanco. “Somos sus negros”, protestan las esposas de los Panteras Negras. Una canción de la época del Frente Popular hace cantar a una mujer:

¡Esto es la masacre de marionetas inocentes!
Ah, recordad bien sus pobres rostros,
Ya que sois demasiado débiles
Para golpear a los poderosos...

Llegamos a esto: el oprimido está obligado a presentar con brillantez una cierta ventaja si quiere acomodarse a la opresión, hacer su nido allí, resistir allí. La mujer debe ser hermosa, como el judío debe ser rico. A una mujer sin belleza se la lleva a la masacre social como a un judío sin fortuna a la masacre física. El primer deber del opresor, es convertirse en defensor; el segundo deber preparar eternamente su fuga o su “reciclaje”, como dice el héroe cómico de la película *Oliver Twist*. Pero incluso esta solución reformista correrá el riesgo de fomentar una nueva catástrofe; la riqueza del judío, este “oro de los youtres”¹⁷, es “robado al mundo”; y motiva la

17 Youtre, palabra despectiva y racista para designar a los judíos. [N. d. T.]

Inquisición, el pogromo. La belleza de la mujer es una trampa del diablo, ella es en la Edad Media una Lorelei condenada a ahogarse, una bruja en la hoguera, y en nuestros tiempos ablandados una puta, una prostituta que hay que dominar sin problemas, incluso asesinar, para que aprenda, como en una “Serie Negra”, la cultura eminente de este “matriarcado” de este “paraíso femenino” que es América. Asimismo, el negro debe tener una gran fuerza para defenderse físicamente, incluso para convertirse en un espectáculo, en un prestigioso gladiador del ring. Pero entonces, ¡qué declaraciones sobre la “brutalidad” de esa bestia, ese animal! Sus músculos de acero, su magnífico sexo, ¡qué buenos pretextos para un linchamiento!

El tribunal permanente

Aunque se evite la catástrofe final, el rasgo ventajoso, el privilegio obligatorio de responder a la persecución se convierte en un argumento más para ella, y teóricamente lo confirma. Los judíos son un problema, por su codicia, su beneficio. Las mujeres son el peligro, ayer el peligro de perder el alma, hoy el de comprometer la libertad o malgastar el dinero. Por tanto, es con el consentimiento recíproco a la inmundicia institucional de la sociedad masculina que la mujer será bella y el judío rico: por parte de la víctima, es una defensa individual; y por parte del opresor, una necesidad teórica para justificar la opresión de forma colectiva. Y si tantas sufragistas

de ayer, de feministas de hoy, se muestran tan decididas a rechazar los valores de la elegancia y los criterios de la estética, inútil sermonear: es el gesto espectacular de que el galo vaya al combate sin camisa. No es solo el cielo lo que pesa sobre las espaldas.

Hemos decidido no negar a priori las famosas “diferencias”. Por supuesto, muchos “rasgos femeninos” son imaginarios; la mayoría, incluso, son creados desde cero por la cultura masculina. Otros se exageran complacientemente, por la utilidad de su supervivencia, como este famoso instinto maternal que, sin embargo, existe¹⁸. Pero, ¿es a esto a lo que se limita nuestra diferencia? Yo no pienso así. Después de muchas dudas y cuestionamientos, hoy considero que lo femenino es un valor y no solo una variación cultural del tema universalista. Es lo que más se apega al universalismo; lo que el hombre-hombre pretendía ser cuando se presentaba a sí mismo como neutro, está en la base misma de los valores más inmediatos de la vida, y es por ello que la lucha feminista y la lucha ecológica se refuerzan.

La mujer más ignorante interioriza y vive en su inconsciente, desde la pubertad, a veces incluso antes, todos los juicios que los varones han hecho a lo largo de los siglos. Eso es lo que produce su comportamiento, su acusada mentalidad. Ella se

18 ¡Y tanto más cuanto que se niega a sí mismo! En la actualidad, el rechazo a la procreación de mujeres lúcidas corresponde más a la sana resistencia a este genocidio por asfixia que incluye la galopante demografía. Es imposible preocuparse por las generaciones futuras sin buscar limitarlas tanto como sea posible por la simple posibilidad de existir.

acusa ante el hombre, así como antes, ante Dios. Y la mujer más ignorante mira a su alrededor con miedo, busca excusas, respira en perpetua advertencia. No es necesario haber leído a Tertuliano ni a Nietzsche. Una mujer debe justificarse a sí misma en cada momento de su vida. Esto es lo que la lleva a buscar con tanta pasión la belleza, el amor, el misterio, los hijos, no como bienes naturalmente tan deseables como el poder o la posesión en el caso del hombre, sino como tantas coartadas, testimonios favorables para la defensa. Porque, dice el *Orlando* de Virginia Woolf, al principio no es “casta, fragante, vestida con exquisitas galas”. Para este hombre a quien ha fascinado lo suficiente como para ser elegida, para estos niños a los que modela violando su libertad, ella, sin duda, puede justificarse; por persona interpuesta, por lo tanto; nunca por sí misma, como su compañera minoritaria y maestra, la no-mujer. De una mujer bonita, refinada y sumamente elegante, Albert Cohen dice: “la patética necesidad de entrar en la gracia” (*Belle du Seigneur*). Su amante se conmueve por ello; ¿qué gracia tendría él para merecerla? Él es el hombre. La mujer que ama debe ser perdonada por todo. Entre todas las miradas de los opresores, se elige la del Amado como símbolo del tribunal universal. Es cuando descubre su feminitud en el amor cuando la mujer está más dolorosamente reñida con su feminidad: el eterno acusado finalmente se enfrenta a sus jueces enmascarados, como un héroe de Kafka. (Siempre este paralelismo entre dos formas de ser marginado, ser judío o ser mujer), porque esta convocatoria perpetua es parte integrante de la feminitud, es decir, la desgracia, la condena de ser mujer. Ser, además de esta diferencia real de la que volveremos a hablar, la diferencia inventada. El anatema lanzado a Eva.

¿De nuevo esa vieja historia?

¡Pero también concierne a la no-mujer, esa vieja historia! Él también debe ser delimitado a causa de este juicio, en relación con él. Él también debe aceptar o rechazar la misoginia constitucional de su condición de hombre; en general, aceptará y rechazará al mismo tiempo, según una dosis infinitamente variable. (Como yo, en tanto que goi [no judío], debo definirme en relación con el antisemitismo, y como occidental en relación con el tercer mundo).

Por eso la actitud de la no-mujer, esta falsa mayoría, esta no mayoría, es significativa de su actitud hacia todas las minorías (negros, judíos, tercer mundo). Su brutalidad, su paternalismo, su mala conciencia o su esfuerzo solidario expresan sus otras posiciones con respecto a Otros cuya explotación u olvido aseguran su bienestar material, mejor aún: ¡su salud mental! Así que vean, la acusación que repiten regularmente contra revolucionarios, manifestantes o subversivos, de ser neuróticos; no se trata de una simple calumnia. (Marx tiene razón; la conducta del hombre en relación con la mujer mide su comportamiento en relación con el hombre.) ¿De qué sirve la salud mental que me oculta lo real que sólo debo a la falta de imaginación?

Así, por su condición amputada, limitada, restringida, obstaculizada o francamente torturada, por su condición de litigante, la mujer, siempre en libertad condicional, no sólo

sufre atrocidades: provoca, dirige, excita estos ataques. Es una deficiencia histórica. Pero la Historia no es nada sin ella. “El hombre hace la historia, la mujer es la historia”, escribe Spengler¹⁹, ¡con qué interesante brutalidad!

Alguien me objetará que me una aquí al sexista. Ciertamente habría estado de acuerdo en los puntos en los que él podría haber visto con claridad; pero este opuesto al amor es mucho más ciego que él. El sexista, el falócrata, no estoy de acuerdo con ellos; los explico, los abarco, los fagocito.

El sexista ni siquiera sospecha la profundidad de la diferencia que él invoca indiscriminadamente, por lucro o por pereza. Está tan al margen de la cuestión que el hermoso delirio de Valerie Solanas²⁰ sería por más, racional, ya que concluye pura y simplemente en una inversión de valores. Porque el sexista infortunado ignora que la feminidad supera con creces la feminitud; el ser-mujer va mucho más allá de la relación de la mujer con el varón, ¡oh cuánto! La feminitud es un conjuro del falocratismo.

La feminidad es esa mirada y ese intercambio de miradas. De hecho, es este juicio, y el juicio de este juicio, nunca dictado por la sociedad de no-mujeres, ¡y por una buena razón! La feminidad determina tanto a la mujer como a la no-mujer a quien devuelve la acusación de haber traicionado lo humano al mistificar lo universal; e identificarlo con una simple variación

19 La cita exacta, “La mujer madre es historia, el guerrero y el político hacen historia”, es de Oswald Spengler (1923), *The Decline of the West. Bosquejo de una morfología de la historia universal*.

20 Valerie Solanas (1967), *Scum Manifesto*.

de este universal, una proyección más simple de su propio aspecto negativo: su pasividad, su masoquismo, su ambigüedad. La feminitud es sólo una interiorización de esta acusación, un nido para la hidra de las mil cabezas; la feminidad es su radical rechazo, tanto de mirada como de situación. En pocas palabras: la feminitud es un mito; pero la feminidad existe, puesto que existen las mujeres.

Algunos ejemplares

Lo dije: la cultura masculina no es, para empezar, una ignominia para nosotras; al contrario, la veneramos, como los judíos franceses pueden venerar la literatura francesa, o los estadounidenses negros la epopeya de los pioneros de antaño. Vea cómo nuestras hermosas cartas rescataron a los pasajeros de los vagones sellados de 1940–1945, y qué solidaridad establecieron los descendientes de Buffalo Bill con los linchamientos de Missouri. ¿Quién entonces, al comienzo de su vida, no se sintió, más o menos, ciudadano de su comunidad? No podemos hablar de ingenuidad; sin esta ingenuidad, el bebé se suicidaría saltando de su cuna. Sin embargo, desde muy temprano, los hombres que nos dieron el pan del espíritu nos hablaron a través de los siglos. Repetí arriba lo que nos enseñaron que éramos: pecadoras irreductibles, atrasadas, traidoras, tontas y guarras, prostitutas o criadas; habíamos perdido al mundo, matado a Cristo, traído la muerte a la tierra, corrompimos almas, agotamos carteras, charlamos en lugar de

escuchar, éramos a veces la fatalidad de la esfinge ensangrentada, a veces la mediocridad de la parienta; básicamente estamos infestando el planeta. Nos quemaban mucho en la Edad Media, como a los judíos; pero todavía estábamos allí.

¿Qué hacer al respecto? ¡Hacernos muy pequeñas! Hacernos olvidar; mediante lo cual se nos permitiría trabajar doce horas al día, mecanografiar en una máquina bajo el dictado de una voz masculina, vestir, planchar, remendar, cocinar, pelar, remendar, pulir, criar y deformar a nuestros hijos; preparar hijas para lo mismo e hijos para la guerra. Aparte de las pocas privilegiadas que no tendrían más que hacer que brillar, enseñar el trasero, preparar un cóctel, pavonearse en el coche, cambiarse de vestido y abrirse de muslos. Estos fueron los mensajes de los Sabios de este mundo.

Escucho sus pasos, escucho sus voces
Que dicen cosas mundanas
Como leemos en el periódico
Como dicen por la noche en casa.²¹

¿Debo admitirlo? Estos horrores que me contaron de las mujeres me parecieron menos abrumadores que los elogios que merecían los modelos que nos proponían. Sus virtudes reforzaban la acusación; las palomas blancas no eran más que floretes. Primero, nunca fueron admirables excepto en relación

21 Poema de Louis Aragon.

con alguien. Marie accedió a dar a luz y en qué términos. Más o menos: “¡Me haces eso a mí!” La madre de los griegos se quejaba de sus hijos (*Aquí están mis joyas*). Andrómaca no era más que el recuerdo de una sombra. Incluso Juana (de Navarra) solo consintió en salirse de su papel de mujer, aparentemente, por un buen Roy. Si se trataba de una auténtica creadora, era necesario destacar de inmediato su relación con lo masculino. George Sand no había escrito nada muy famoso: principalmente se había acostado con Chopin y Musset. Incluso las menores, Mme de Ségur y Mme d'Aulnoye, compusieron sólo para sus nietos. Apenas unas líneas en Madame de La Fayette; ni una palabra sobre Loyse Labbé, ni sobre Marceline Desborde-Valmore²²: los honores se debían a la marquesa de Sévigné por ser una gran dama escritora de cartas a las “Précieuses” y a los “filósofos” porque tenía un salón; así, desde el principio, e incluso entre aquellas que no se podían ignorar y de las que se hablaba con estima, se trataba de vincularlas a uno o más hombres, a instituciones mundanas o culturales; árbitros del lenguaje, no creadoras; el honor masculino estaba a salvo. El lado de la ciencia ya no brillaba. Ni una palabra sobre las matemáticas de Sophie Germain; ni de Hypathia, la astrónoma y física que inventó el hidrómetro; ni Anna Morandi, quien, profesora en Bolonia, descubrió en el siglo XVII la inserción exacta del músculo del ojo; ni del cometa de Marguerite Winckelmann, ni del catálogo de estrellas fugaces de Catherine Scarpellini, el primero, sin embargo.

22 La poeta francesa (1786-1859), Marceline Desborde-Valmore, sin embargo, se hizo un lugar en la historia de la literatura, pero a través de las voces de sus compañeros masculinos, mitad admirada y mitad condescendiente, pero sobre todo refiriéndola inevitablemente a su condición de mujer: “Una inocencia, un arte sin arte” (Stefan Zweig); “Una canción que conserva siempre el delicioso acento de la mujer” (Baudelaire).

Joseph de Maistre mantendrá que no hemos descubierto ni inventado nada: esta pieza de literatura estaba incluida en mi programa de bachillerato. ¿Y Marie Curie? Muy simple: había “ayudado a su marido en el trabajo”. Tales son los consuelos, ofrecidos a mi generación, por los discursos ginofóbicos reproducidos arriba. Mientras llenaba mi memoria con estos ejemplos, el cardenal Tisserand instó a los Estados a dejar de preparar a las mujeres para una profesión y, en cambio, darles una educación para el hogar. Y mientras Michele recorría las carreteras de Francia con sus peligrosas maletas, Vichy programaba, tanto como el regreso del hombre a la tierra, “el regreso del ama de casa”.

El verdadero “misterio femenino”

Así es como, tan atrás en el tiempo, me preguntaba por qué era diferente y de qué manera. Pregunta que siempre llevaba a otra: por qué esta diferencia que no sabía dónde ubicar. Porque, ¿por qué un orificio en lugar de un relieve tendría más importancia que un ojo azul en lugar de negro, que un abrigo beige en lugar de marrón? ¿Me entregaría a un destino necesariamente secundario y subordinado? ¿Por qué tenía que ser alguien de poca importancia personal que nunca se sentiría, en el mejor de los casos, la mitad de otro? (¡Y la mitad otra vez! Sin mí, este se habría sentido completo, ¿verdad? Divertida aritmética.) ¿Por qué debo ser yo, ese alguien de quien se

rieron desdeñosamente, con indulgencia, incluso con ternura, pero de la que se reían como de un accidente de la naturaleza, no como un hecho de la naturaleza misma? ¿Por qué los Sabios me ofrecieron este espejo distorsionador? ¿Por qué era yo un superávit, un exceso? ¿Por qué toda la Tierra me escupía en la cara? Sin duda tenía armas. Este “misterio”, por ejemplo... Pero no se equivoque al respecto. Calibán también es un misterio para Próspero y el árabe para el colonialista. Tan pronto como hay opresión, el misterio viene al rescate. Este misterio de la mujer sigue siendo dañino; en el centro de esta flor venenosa está la manzana de Eva, el rechazo bestial del divino Espíritu masculino, el agujero, el abismo. Yo era solo una calcografía y debía ser castigada. ¿Por qué? Sin embargo, la Biblia misma, que me condenaba, llamaba a la humanidad el pueblo de las mujeres. Estadísticas confirmadas: 52%. ¿Fueron las no-mujeres, en este caso, el accidente de la naturaleza, entonces? Sentí en mí el asombro del niño en Macbeth: ¡los sinvergüenzas estaban locos por dejarse colgar por gente honesta, simplemente porque eran más numerosos que ellos!

Ese era el verdadero “misterio de la mujer”.

III. TRABAJO Y PROSTITUCIÓN

La naturaleza dice: “Placer”

Cuando ves a un niño en una caricatura soviética charlando con su compañera de juegos: “–Vamos al Polo Norte”. “–¡No puedes, solo eres una chica!” Sospechamos que la igualdad de género todavía no se ha logrado en la URSS tanto como quiere decir el gobierno leninista.

Cuando vemos a estudiantes estadounidenses respondiendo a una encuesta de Betty Friedan:

“Lo que se necesita es tomar las cosas como vienen y lucirse físicamente. No es necesario que muestres entusiasmo por el trabajo ni nada [...] que genere malestar en las personas”.

“Cuando el marido es un hombre de acción, una no debe ser demasiado culta”.

“No quiero interesarme en los asuntos del mundo[.] No quiero ser otra cosa que una madre maravillosa y una esposa modelo”.

“Las pruebas de orientación profesional revelaron que [...] Debería tener una educación brillante y tal vez tener un futuro brillante. Pero estas cosas no te ayudan, por favor, lo que le importa a una chica es complacer”²³.

Una se pregunta ¡con qué truco pudieron hacer que Estados Unidos pasara tanto tiempo por una “ginocracia” o un “matriarcado”!

La moralidad te culpa

Hablamos arriba de la obligación que se hace a una mujer de agradar y del agravio que, al mismo tiempo, se le hace a ella. Una amiga me dijo una vez cómo lo sentía ella personalmente. Era una chica fuerte, atlética e intelectual. Fue criticada por su falta de “feminidad” (como siempre confundida con “feminitud”). Un día, para ir a una fiesta, se arregló: vestido, peinado, maquillaje. En el camino, pasó por un sitio en construcción. Los trabajadores dejaron de trabajar y se rieron disimuladamente al pasar: “¡Oh, là là! ¡Mira eso!, moviéndose con pequeños gritos cursis. Haga lo que haga, me equivoco, –me dice la heroína de esta anécdota–. Bien, volvió a sus pantalones y su cabello liso. Pero fue molestada nuevamente: Culpable por culpable, al menos es por eso por lo que me agrada.

23 Betty Friedan (1963), *La mujer desconcertada*.

Fanny Deschamps ha participado en una encuesta a los hombres de la Vª República (*Hablando de ellas con ellos*): “Si no me gusta la apariencia de una mujer”, declara Nicolás, “no puedo quedarme con ella. Ni siquiera puedo acompañarla. Soy muy estricto al respecto, ¡selecciono mucho!” (Nicolás es el jefe).

“El lado intelectual y moral solo me interesa si el lado físico me interesa”. “Una mujer es ante todo un cuerpo, una silueta”. “Una mujer debe ser hermosa. O no quiero hablar con ella. ¿Para qué?” (Alain). Y lo mismo: “¿Si no es hermosa? En este caso, entiendo que una mujer... quiera hacer muchas cosas, ya que nada tiene que hacer como una mujer de verdad”²⁴.

Hay también páginas y páginas en 1968, año de protestas generalizadas.

Una mujer debe agradar y sentirse incesantemente justificada si ha llovido, así como el judío debe ser rico para disfrutar de un mínimo de paz y seguridad y ser constantemente responsable de su fortuna, como un negro debe ser vigoroso y sexualmente poderoso para defenderse constantemente de la acusación de bestialidad. Entre

24 Nos unimos aquí al emperador de los misóginos e incluso ginóforos, Proudhon, quien primero declaró que una mujer, si no era hermosa, no tenía ningún valor ni siquiera ante Dios (luego consideró más tarde que el verdadero suicidio de la feminidad eran las tareas del hogar, remover el estiércol en zapatos resistentes y el peor vestido que tuviera). Y aún más cerca resulta esta observación de Diderot: “El elogio del carácter y el espíritu de una mujer es casi siempre una prueba de fealdad”. ¿Pasados de moda? Releamos a Jean Cau, que en *Ma misogynie* (Julliard, 1972) utiliza exactamente los mismos insultos antiguos sin miedo al ridículo (un Cau siempre encuentra a un Cau más que lo admira).

complacer e ir al Polo Norte, complacer y “estar interesada en los asuntos mundiales”, “ser demasiado culta”, “mostrar entusiasmo por su trabajo o lo que sea”, se supone que la elección es instintiva y espontánea.

“Es natural que una mujer complazca, una mujer está hecha para complacer”.

Trabajo enemigo

Por eso la participación en el trabajo y en los asuntos del mundo “mataría su feminidad”. Asimismo, los estudios la animarían a portarse mal. “La libertad de pensamiento en las mujeres da motivos para creer en la libertad de moral”, dice Stendhal. También recordamos los escrúpulos y miedos de la señora de Beauvoir, obligada por “la desgracia de los tiempos” a dejar estudiar a sus hijas. Y Pierrette Sartin: “Recuerdo a una madre honesta de una familia aterrorizada cuando, a su regreso de misa, encontró a su hija que se estaba preparando para su despedida de soltera leyendo *El Tratado de Pasión*” ²⁵.

25 Pierrette Sartin, *¿La mujer liberada?*, op. cit. Sentí los efectos de la misma reacción en mi abuela cuando, preparando mi programa de bachillerato, leí la *Vie de Verlaine* de François Porché, que describía las relaciones sexuales del poeta con

Admitamos que el prejuicio de los estudios se ha superado en la clase burguesa. Estos estudios solo conducen a unos pocos grandes sectores, el más importante de los cuales es la secretaría en todas sus formas, y dos o tres profesiones liberales: primero la educación, luego el colegio de abogados y la medicina. En todas las demás áreas, la participación femenina cae a cifras increíblemente bajas. Pero es sobre todo el TRABAJO como tal, un espectro vago y multifacético, el que se presenta como el gran rival de la necesidad de agradar. Quien dice trabajo dice dolor, y es de inmediato la idea de lo más tosco, lo más repugnante, lo más sucio y lo más doloroso, que asoma en el horizonte en cuanto los misóginos paternalistas oyen hablar de una mujer hablando de trabajo liberador. “Vete a ver a las mujeres de la URSS cargando railes en los hombros”. ¿Qué feminista no ha escuchado este tipo de clichés? Durante una polémica por carta, un médico sexólogo me predijo, irónicamente, que algún día veríamos mujeres “limpiando alcantarillas”.

“Realmente es una idea condenada de antemano querer lanzar a las mujeres a la lucha por la vida”, predica Freud en una carta a su prometida.

Todos estos defensores de la feminidad comprometida olvidan muy fácilmente que en los últimos quince años las niñas han trabajado como mineras clandestinas; que vemos, como todavía hoy en los países subdesarrollados, las mujeres tiran del arado en lugar de caballos o bueyes, según informa el

Rimbaud. Aunque gran viajera, rebelde y volteriana, mi abuela habló de un “derrame de sangre” y tuvo que irse a la cama.

autor de *Jacquou le Croquant*²⁶. Por último, aunque absolutamente oculto hoy en día, todavía se podía ver en el siglo XIX a mujeres condenadas a galeras. ¿Qué era entonces de su frágil y exquisita feminidad? ¿Qué era de lo natural, de lo orgánico, de su destino de agradar?

Balzac fue mucho más consecuente en la división que hizo de las mujeres en dos grupos: Por un lado, las trabajadoras que no tienen derecho a reivindicar la feminidad: son seres asexuadas por el trabajo como las abejas de la colmena.

Y, por otro lado, las damas burguesas y nobles del Faubourg Saint-Germain, que son verdaderas mujeres. En este estimable cinismo, coincidimos con la definición de “bestia de carga o animal de lujo” de Jean Fréville en su prefacio de *La femme et le communisme*.

Echemos un vistazo más de cerca a la pregunta. ¿Alguien nos objetará que las desafortunadas discriminaciones en cuestión pertenecen aquí al pasado de la sociedad de castas y de la explotación de la clase trabajadora?

¿Y que en nuestra sociedad evolucionada, tan afortunadamente llamada “consumidora”, todo tiende a que desaparezcan excepciones tan impactantes, y que toda mujer, incluso la trabajadora, tenga derecho al ocio suficiente para mantener su feminidad y su belleza, finalmente, ya que es ese su destino natural?

26 Novela de Eugène Le Roy.

La admisión del sociólogo

Veamos lo que dice un sociólogo contemporáneo, que ciertamente no es sospechoso de ternura por las ideas disidentes y que defiende la moralidad en nombre de sus beneficios normativos, sobre esta concepción, hasta el punto de clasificar aún la masturbación entre las anomalías: “Las diferencias biológicas reales que existen entre los dos sexos son relativamente poco importantes y sirven más como pretexto que como razón para la diferenciación social del rol atribuido a hombres y mujeres en la vida de la comunidad... La sustancia de lo que constituye la diferencia en el rol, hombre o mujer, es extremadamente variable... La inferioridad biológica de las mujeres está particularmente sobrevalorada en nuestra civilización moderna cuando se trata de actividades reconocidas como esencialmente masculinas como la caza o la guerra... hay una gran cantidad de excepciones aprobadas por la comunidad. En Tasmania, por ejemplo, la caza de focas, que es muy peligrosa, está reservada para las mujeres. La etnología también conserva el famoso caso de las guardaespaldas, muy crueles y guerreras, del rey de Dahomey, exclusivamente mujeres. Descubrimos en contraposición en un escritor griego ateniense del siglo III la siguiente exclamación: “¿Quién ha oído que una mujer se encargue de la cocina?”²⁷.

Ya sea que cace la foca, baje a la mina o se dedique a complacer a Alain y Nicolás²⁸, la feminidad de la tasmana, la

27 Helmut Schelsky (1955), *Sociologie de la sexualité*, París, Gallimard, 1966.

28 Fanny Deschamps, *Ils parlent d'elles*, París, Grasset, 1968.

heroína de *Germinal* o la francesa de los sesenta no corresponde en modo alguno a un diktat biológico, en un sutil nivel de foliculina o con este útero del que Norman Mailer quiere hacer un “espacio interior” identificado con el destino de una mujer a tal punto que *la anticoncepción sería una ofensa para ella* (sic)²⁹.

Todos estos comportamientos, variables según el sexismo de la sociedad, siempre provienen de la ley de la casta dominante, el grupo masculino. “La afirmación de lo natural no corresponde en modo alguno a un dato biológico, constituye por el contrario una prueba inconfundible de la norma. Aquello que es “natural”, no es la naturaleza biológica, son las normas asumidas por la colectividad³⁰.

No se podría decir mejor que el hombre es el único animal que crea su propia naturaleza³¹, y que la feminitud no es en modo alguno identificable con la feminidad, estando esta última constituida únicamente por el conjunto de rasgos biológicos preexistentes a cualquier cultura, pero susceptibles de ser profundamente modificados por ella, como prueba la desaparición de la lactancia materna en los tiempos modernos.

29 Norman Mailer (1971), *Prisoner of sex*, Robert Laffont, 2019. Este panfleto antifeminista es una respuesta al libro de Kate Millett *Sexual Politics*, publicado en 1970, y tenía la intención de “demostrar el absurdo de las posiciones más extremas [de los movimientos feministas]”

30 Ibídem.

31 “¿El hábito de la segunda naturaleza, o la primera naturaleza personalizada?” Es la pregunta de Pascal. Es cómico ver hoy tantas mentes “liberadas” que persisten en el esencialismo junto a este fideísta de hace tres siglos. [N. d. A.]. Fideísta, doctrina según la cual la fe es lo único que revela la verdad [N. d. T.]

La prostitución como ley

La supuesta ley del agrado formulada por la Naturaleza y la supuesta culpa moral que corrige a la Naturaleza son sólo emanaciones del mismo legislador, que nada tiene que ver con la entidad Naturaleza: el macho, lo no-femenino. Todas las sátiras, desde Hesíodo a Montherlant pasando por Boileau o los Padres de la Iglesia, contra lo femenino son solo diatribas del mismo actor que cambia de voz: el hombre que ordena a la mujer que lo seduzca, solo para castigarla por ello, como la Iglesia medieval confiscando su propiedad al judío después de haberlo confinado a la usura.

El primer hombre que conoció
le pidió su virtud;
Ella se la dió;
“¡No tienes vergüenza!”
Dijo cuando la consiguió.³²

“Escóndete, mujer, veo los besos de tu marido en tu rostro”, declara san Amboise, representante de esta Iglesia que hizo del matrimonio un sacramento. ¿Cómo no iba a sentir su condición de feminitud como una deficiencia y una extrañeza, esta transmisora de vida, con esta “receptividad”, esta “pasividad” tanto humana como rechazada por el humano, este ser extrañamente encerrado en una contradicción creada desde

32 *La denuncia*. Letra y música de Christiane Rochefort, 1970. Continúa así: “Y al quedar embarazada / En la puerta la mató”. De acuerdo con su tradición popular, este lamento narra la suerte de una mujer “perseguida” por aquel a quien “entregó” su virginidad, y que tras haber cometido el homicidio, se suicida ahorcándose.

cero y presentada a ella como natural, querida por la biología o el cielo? ¿Cómo no descubrir que la naturaleza es lo opuesto a la facilidad, lo espontáneo, lo instintivo, que siempre va hacia lo fácil y lo armonioso? ¿Cómo no sentirse en perpetua torpeza, incitada a ese carácter “oblicuo” y “ambiguo” que le proporcionará un agravio más? Para resumir todo en pocas palabras: para la mujer desconcertada que toma la feminitud por su feminidad, la naturaleza parece ser antinatural.

Una vez más, clamaremos por superar estos prejuicios ancestrales, protestaremos contra la terquedad de creer que esas limitaciones siguen vivas. Se recordará que las mujeres fueron emancipadas por dos guerras mundiales y la necesidad de los hombres (por el desarrollo de su propia civilización) de convocar a sus esclavos domésticos a participar cada vez más masivamente en el trabajo productivo, y por tanto desalienarlos de sus servidumbres, incluida la de agrandar a toda costa, so pena de muerte social y miseria económica.

“Hacer que las mujeres participen en una labor social productiva, arrancarlas de la esclavitud doméstica, liberarlas del yugo embrutecedor y humillante, eterno y exclusivo de la cocina o el cuarto de los niños, esa es la tarea principal”, dijo Lenin al comienzo del siglo XX. Y las comisiones de la ONU que se preparan para un “año de la mujer en 1975”, retoman, ¡oh sorpresa, el mismo lenguaje!

Sin embargo, ¿cómo justificó el resto de la historia este programa? “Culpable o al menos culpabilizada la mujer casada y la madre de familia siguen sintiéndose culpables si optan por ejercer una profesión, también lo son, ahora, si se quedan en

casa donde su trabajo está injustamente infravalorado”, dijo Pierrette Sartin³³. Es muy interesante ver que el primer comentario, sobre este desarrollo, se refiere una vez más a la culpabilidad de la feminitud. Al igual que mi amiga, burlada por su aventura de una noche después de haberlo sido tanto por su inelegancia, parece que la mujer se inclina a esta conclusión fatalista: “Culpable por culpable, al menos lo seré por lo que me gusta”.

Más adelante veremos que es insuficiente hablar del trabajo doméstico como “injustamente devaluado” y que el de la mujer casada pertenece por el contrario a un trabajo invisible y absolutamente gratuito imprescindible para la construcción del trabajo remunerado y visible denominado productivo.

De todos modos, si se compara la situación de las mujeres que trabajan a finales del siglo XX con la de principios de ese siglo, el progreso puede parecer a primera vista enorme. Los trabajos son cada vez más numerosos y, en principio, ninguna carrera liberal está prohibida para la actividad femenina. La conquista debe parecer brillante. Por todo eso, ¿el trabajo “productivo” ha desalienado a las mujeres de la manera que propuso Lenin?

“¡Pero el trabajo es un castigo! ¿Por qué queréis que lo imponamos a la mujer?, así gritan los españoles interrogados por Pierrette Sartin. Este catolicismo folclórico (maldición de Adán y Eva) puede hacerte sonreír. Sin embargo, contiene un elemento de denuncia ingenua de una verdad que solo hay que abrir los ojos para ver.

33 Pierrette Sartin, *¿La mujer liberada?*, op. cit.

¿El trabajo, puede ser una liberación cuando se trata de empleo subordinado, sin titulación y sin futuro? Es, puede serlo, frente a una jornada doble de labores domésticas. ¿Incluso atenuada por la automatización, y en las grandes ciudades y núcleos urbanos en esta época agotadora por el transporte obligando a un despertar matinal de fatiga inhumana y degradante, para empezar a trabajar?

¿Es, puede serlo, cuando la palabra “promoción” le parece una incongruencia al empleador cuando la escucha en boca de una mujer?

Discriminación laboral a todos los niveles

Decíamos anteriormente que hay prácticamente pocos sectores disponibles para el empleo femenino, aunque en principio todos están abiertos a él, aunque entre ellos hay campos muy amplios que se han convertido casi exclusivamente de mujeres, como la secretaría o la ofimática, que ahora casi han reemplazado el viejo trabajo de costura femenina.

En Francia, un tercio de los trabajadores son mujeres. Sin embargo, en 1968 representaban solo el 8% de los ejecutivos. De 303.800 mandos intermedios, hay solo 18.000 mujeres y solo el 3% de mujeres ingenieros para 139.000 hombres; aun

así, rara vez son admitidas en el sector de la producción. De los 371.000 altos ejecutivos, hay 45.200 mujeres, que reciben solo entre el 68 y el 70% de los salarios reservados para sus colegas masculinos. En los despachos de abogacía: 19% mujeres. En Medicina: 7%. En Arquitectura... 1%. Hay una mujer en el Tribunal de Cuentas y una subsecretaria de Estado. Las mujeres no pueden acceder a los puestos de prefecto, inspector de finanzas ni ingresar en una carrera diplomática. Esto es a pesar de la ley del 10 de octubre de 1946: “No se puede hacer distinción entre los sexos para la contratación para puestos de trabajo en el Estado”.

Es interesante, además, señalar la mistificación de la falsa promoción de la mujer en países distintos al nuestro: por ejemplo la URSS, donde el 75% de los médicos son mujeres porque es una de las profesiones más importantes del servicio civil. Y cuando se trata de investigación médica, vemos, en la famosa novela *The Cancer Pavilion*³⁴, cómo muere en el más humilde quehacer doméstico una mujer que es una de las glorias de su profesión. En Quebec (como en Francia) la invasión de los sectores de Magistratura y Educación (¡excepto el Superior!), por parte de las mujeres indica que estos puestos se están devaluando y que los hombres ya no los quieren.

Cuando vemos cómo trata el trabajo, en la sociedad masculina, a quienes han sido privilegiados por los estudios, vemos pocas razones para sorprendernos de los abusos aún escandalosos que afligen a las otras: aquí, como en los días de las protestas del primitivo movimiento obrero, su feminitud

34 Alexandre Soljenitsyne (1968), *El pabellón del cáncer*.

refuerza la explotación de su condición proletaria; su alienación debe cuantificarse, en términos matemáticos, como “una potencia al cuadrado”.

Los mismos reaccionarios que se indignan de ver a las soviéticas (con fuerte musculatura sin embargo), cargando railes a hombros, o a las mujeres chinas conduciendo locomotoras, no se compadecen de la suerte de las mecanógrafas que hacen quince mil perforaciones a la hora en su máquina (¡y por qué salario!) o de las montadoras electrónicas que, sin saber cómo usar su protector visual, trabajan bajo el microscopio manteniendo altos estándares, amenazadas por un espectacular agotamiento nervioso y por un rápido declive de la vista tanto como el de las encajeras de antaño; ¿No es esto un “trabajo ligero”? Sí, tan ligero que ningún hombre lo quiere. Ellos no se sienten capaces de este “trabajo de precisión” tan femenino, que por lo general vuelve a las mujeres que todavía son lo suficientemente ingenuas como para haberse preparado para convertirse en bordadoras. Sin embargo, son las peor pagadas, muchas veces por debajo del salario mínimo, mientras se requiere agudeza visual, seguridad en los gestos y un ritmo del que solo un hombre excepcional sería capaz. Es entonces cuando se puede citar un apóstrofe de Marx: “¡Las cualidades más delicadas de su naturaleza sirven para explotarla y hacerla sufrir!” Es bastante raro poder citar a un hombre que pronuncia la palabra “naturaleza” en relación con la mujer sin ilustrar el estereotipo de la clase dominante, de modo que una se complace en hacer, de pasada, esta cita.

Esto no evita en modo alguno, en épocas de sobreempleo, que los trabajos más pesados, duros y sucios estén reservados para las mujeres. Ya no se trata aquí de la feminitud tan querida por Alain y Nicolás citada por Fanny Deschamps. Pierrette Sartin relata cómo, durante una visita a una fábrica en el Este, vio a mujeres jóvenes que no eran ni soviéticas ni chinas cizallando barras de hierro fundido y luego levantarlas y cargarlas sobre los carros que los hombres de brazos caídos esperan para transportarlas. El empresario explicaba que “ningún hombre quería hacer ese trabajo” y proclamaba en voz alta su admiración; pero las remuneraba con el salario más bajo del trabajo no cualificado. Uno de los jefes que visitó esta empresa no compartió en modo alguno la admiración, por muy platónica que fuera, de su par; se contentó con concluir: “Bueno, si no lo quisieran, estarían haciendo la acera”.

La Inspección de Trabajo ignora totalmente este tipo de anécdotas, o hace la vista gorda. No es solo el trabajo más tedioso, sino en ocasiones el más arduo, muy a menudo el más penoso e insalubre, porque una mecanógrafa no puede continuar después de diez o doce años y apenas encuentra una nueva formación, y las trabajadoras de la lupa ven cómo pierden la vista tan rápidamente que dejan de trabajar alrededor de los treinta años, pero los salarios son desiguales en todas partes y ninguna reclamación ha podido conseguirse. También es cierto que las demandas de los trabajadores son el resultado de movimientos liderados por hombres y sindicatos masculinos.

Sin embargo, el Tratado de Roma, decretó esta igualdad salarial que sigue siendo letra muerta en todas partes, incluso

en países de “socialismo burgués” como Escandinavia. Pero este tratado también disponía (artículo 119), al mismo tiempo que la protección del salario femenino, una discriminación desfavorable para las mujeres: “Que la remuneración otorgada por el trabajo pagado a tiempo sea la misma para el mismo trabajo”, es un principio destinado a evitar la competencia de las mujeres con los hombres; su productividad es menor que la del hombre en determinadas tareas, ya sea por una ocasional inferioridad de fuerza física que la automatización no ha eliminado en todas partes, o por alguna otra razón (como la alta barrera social entre los sexos según la diferenciación del trabajo).

Evelyne Sullerot comparó los salarios a la hora³⁵ y descubrió que en todas partes, excepto en la industria química, los salarios de los hombres eran un 10% más altos. En Estados Unidos, a la mujer blanca se le paga menos que al hombre negro: “El prejuicio del sexo es más fuerte que el prejuicio racista”. En Francia, durante el reajuste de los salarios que siguió a los disturbios de mayo del 68, se descubrió con horror que un gran número de trabajadores ganaban muy por debajo del salario mínimo; pero lo que no publicamos, dice la misma Evelyne Sullerot, es que ¡el 75% de estos proletarios sobreexplotados eran mujeres! Ya, a finales del siglo pasado, las mujeres se disfrazaron de hombres, en Inglaterra, para recibir un salario doble. ¿En qué sector? ¿El del trabajo duro? En la encuadernación...

35 Évelyne Sullerot, *La mujer en el mundo moderno*, París, Hachette, 1970. En 1968, a través de su informe sobre “El empleo de las mujeres y sus problemas en la CEE”, la socióloga y activista feminista Évelyne Sullerot (1924-2017) estuvo en el origen de la directiva europea “sobre igualdad de trato entre hombres y mujeres”.

No sé dónde están hoy los salarios de las trabajadoras japonesas, pero en Tokio, en 1946, a una trabajadora que realizaba trabajos de precisión en una máquina se le pagaba tres veces menos que al muchacho de catorce años que vertía agua en la máquina para mojar los engranajes.

Uno de los detalles más reveladores de la iniquidad que sigue gobernando la idea, tan conveniente al falocratismo de “Salario de la mujer, salario extra”, es la creencia, implícita y perfectamente integrada en toda nuestra cultura, de que la mujer posee un capital: su cuerpo; y que, si esta última no se vende al por mayor en la institución del matrimonio, sólo hay que detallarla en la de la prostitución.

A principios de este siglo, una tienda de Lyon rechazó el aumento de salario exigido por las “vendedoras externas”, en estos términos perfectamente auténticos: “¡Pero tenéis derecho a un metro de acera!” Una vez más, me acusarán de actualizar, de volver al diluvio. Sin embargo, en 1966, esto es lo que respondió a las jóvenes vendedoras la dirección de una cadena de tiendas: “Tenéis todas las facilidades para llegar a fin de mes con los clientes”.

Estas respuestas mantienen lógicamente la mentalidad machista de desprecio misógino expresada en las respuestas a las entrevistas de Fanny Deschamps. Podemos entonces acusar a las mujeres de histeria y frigidez, de eternas tontas, vagas u obsesionadas, prostitutas o pobres anormales, según se sometan a esta “moral” o a ellas mismas. Si, tomando la iniciativa, desafían su condena provocando ese deseo por el macho que en todas partes se les enseña a considerar como la

esencia misma de su condición: “¡Ah, las perras, ni una pizca de pudor!” Si, por el contrario, quedan traumatizadas por ello hasta el punto de escribir a cualquier “Correo del corazón”³⁶, se les responde: “Vamos, vamos, verás que siempre llegará demasiado rápido el momento en que los hombres dejarán de prestarte atención”.

Así es como el trabajo “desaliena” a las mujeres. Lenin quería que éste la liberara de las tareas domésticas; ni siquiera la liberó de la prostitución, y quizás peor aún: de la creencia en la prostitución como estructura fatal de su condición, de su feminitud.

Además, el antagonismo entre las tareas familiares y el trabajo externo sigue manteniéndose, más o menos, en casi todos los lugares donde las mujeres se desempeñan en el famoso trabajo “productivo”, el que se considera el único, ya que el otro es invisible y, por lo tanto, gratuito.

Cuando se toman medidas para “aligerar la doble carga de la mujer”, tan cara al discurso de la legislación laboral, nunca se toman sino en términos de la profesión, y no del trabajo doméstico, como si éste fuera, una vez más, “natural”, y de obra fortuita y sobreañadida. En lugar de aumentar el número de guarderías y jardines de infancia o facilitar el equipamiento doméstico, se prefiere la licencia de maternidad, se permite a la joven madre dejar su trabajo durante un tiempo sin despido y adelantar la edad de jubilación.

36 Marcelle Ségál ocupó la sección “Courrier du cœur” de la revista *Elle* durante más de cuarenta años, de la que también fue cofundadora.

Todas estas reformas, como la tan falaz del “trabajo a tiempo parcial”, aplaudida con fuertes gritos por los paternalistas, los gobiernos y los falócratas liberales, sólo tienen como objetivo real desanimar a los empresarios a contratar mujeres, y alentarlas a regresar a sus hogares. Mencionemos de pasada el paliativo, dado como cura milagrosa, del salario único; basta conocer un poco las realidades del mundo del trabajo para comprender que es tan insuficiente para compensar un salario como para remunerar el trabajo del ama de casa; es para salarios reales lo que el “dinero de bolsillo” de un estudiante es para una beca. (Recordemos, además, que las beneficiarias no disfrutaban de los 3.500.000 días de baja por maternidad. ¿Por qué? Porque el famoso subsidio diario que paga la Seguridad Social y que, según ella, “afecta gravemente a su presupuesto”, es tremendamente insuficiente).

El trabajo a tiempo parcial, este famoso engaño empresarial, fue presentado como una demanda popular tras una encuesta del INSEE³⁷, argumentando que 900.000 mujeres estaban dispuestas a aceptarlo. ¿Fue por la acosadora servidumbre de la proletaria madre de familia o de la funcionaria, dispuesta a renunciar a la mitad de su tarea profesional? ¡Qué va! Esta encuesta se llevó cuidadosamente a cabo entre mujeres que nunca habían trabajado, lo que los resultados de la encuesta tuvieron cuidado de no mencionar. En lugar de utilizarse para evitar el sobreempleo durante los “periodos calurosos”, el trabajo femenino a tiempo parcial tiende cada vez más a utilizarse, por el contrario, en áreas de subempleo; además, permite a los empleadores un bendito sustituto de cualquier

37 Instituto Nacional de Estadística y estudios Económicos de Francia. [N. d. T.]

aumento de salario o posibilidad de ascenso, y un escape a las demandas de otras mujeres en el ámbito laboral.

“Los sindicatos y las asociaciones de mujeres genuinamente preocupadas por la promoción de las trabajadoras han denunciado la pseudo-ventaja del trabajo a tiempo parcial y advertido contra sus fechorías. Desde el punto de vista económico, según admitieron sus partidarios, se recomendó la medida para atender una necesidad temporal de mano de obra. En consecuencia, desde el punto de vista profesional, el trabajo a tiempo parcial está destinado a volverse rápidamente contra las mujeres que se beneficiarán de él... Con el sistema previsto, la educación técnica de las mujeres será aún más descuidada. La discriminación sexual en el empleo aumentará”, según pronosticaron Andrée Michel y Geneviève Texier en *La condition de la Française aujourd'hui* en 1964.³⁸

¿Quién no se dará cuenta, al notar la veracidad de estas líneas, que estas supuestas mejoras en la suerte de la trabajadora casada y madre de familia sólo tienen como objetivo eliminarla en la medida de lo posible del empleo en beneficio de la vida familiar, y no para “Aligerar su vida familiar para mejorar su desempeño y promoción en el empleo”? Estas medidas humanitarias hipócritas están destinadas sobre todo a favorecer a los patronos librándolos de parte de las demandas del mundo obrero y asalariado, su pesadilla. Con tal tabla en mente, la razón de este conjunto de quejas dirigidas a las mujeres en el lugar de trabajo se vuelve bastante comprensible: son inestables, tienen absentismo, no están

38 Andrée Michel, Geneviève Texier, *La condition de la francesa hoy. I. Mitos y realidades. II. Grupos de presión*, Ginebra, Gonthier, 1964.

interesadas en su profesión como los hombres. Se notará que las mujeres, a las que con tanta frecuencia se les hace sentir culpables por los planes que hemos comentado anteriormente, muestran poca emoción ante estos reproches y desdén para defenderse de ellos. Saben muy bien lo que es en realidad este “trabajo”, que se les acusa de descuidar por convulsiones o por períodos. No se desinteresan en absoluto de él, cabe señalar, que en el sector liberal, rural, o en la parte del sector comercial donde la mujer es encargada o jefa, nunca se habla de absentismo. Estos sectores no solo tienen un interés personal que el trabajo asalariado desconoce, sino que, además, no plantean problemas insolubles para el cuidado de los niños en ausencia de jardín de infancia o guardería. En otras áreas, también notamos que una mujer a menudo tiene que cambiar de trabajo, incluso si está interesada en su actual trabajo, cuando su esposo cambia. Entonces, ¿cuándo sucede lo contrario?

Huelga decir que no podemos, en nombre de un panorama tan sombrío, cuestionar la participación de las mujeres en el trabajo productivo y remunerado. Es más, hemos visto demandas de las mujeres, incluso en países con una economía desarrollada, dirigidas a lo que podría parecer un aumento de la esclavitud, como en Suecia, ¡las mujeres reclaman el derecho al trabajo nocturno! Estamos aquí en total contradicción con las tendencias de los países con economías menos desarrolladas, tendencias que se acentúan cada vez más según el peso de la latinidad y el catolicismo, y según las cuales el progreso de la condición de mujer trabajadora solo se puede realizar por el aligeramiento de la vida profesional, nunca de su vida familiar.

En realidad, la servidumbre más dura de la vida profesional es, por la mayoría de mujeres y cada vez más, considerada como un tiro por la culata para luchar contra la servidumbre conyugal y familiar. Es notable que esta mentalidad aparezca precisamente en los campos donde el trabajo es más arduo y peor pagado, a saber, en el mundo de la clase trabajadora:

“Las mujeres trabajadoras crían mejor a sus hijos porque tienen una mentalidad más amplia”, le dijo a Madeleine Guilbert la Sra. I., de 44 años, trabajadora de prensa. “Las mujeres que trabajan son menos felices, pero tienen una mente más amplia, entienden mejor las cosas.” Sra. J, soldadora³⁹.

Pierrette Sartin cita a estas otras dos trabajadoras:

– “Cuando tengo una discusión con mi esposo, siempre puedo decirle que gano tanto como él”.

– “Mi esposo me dijo un día mientras golpeaba la mesa que era él quien mandaba y que él era el amo. Le respondí sin enojarme que tenía un trabajo, un buen salario y que no necesitaba que él me mantuviera. Lo que le hizo reflexionar”.

Esto es lo que denuncia el inefable Noël Lamare, interno en los Hospitales de París, como una de las causas de la impotencia del hombre y del fin del acuerdo matrimonial: una mujer que se gana la vida, incluso a un ritmo inferior al de su marido, lo traumatiza tan severamente que ya no puede

39 Madeleine Guilbert, *Las funciones de la mujer en la industria*, París, Mouton, 1966.

cumplir con sus deberes maritales, “¡la virilidad es un todo indisoluble!” (Sic)⁴⁰.

Es reconfortante ver que, cada vez menos, las mujeres cultivan el sueño de volver a casa, e incluso comienzan a sentirse culpables cuando se dedican a su propio interior. Pero hay algo muy importante que notar. Las líneas citadas anteriormente pertenecían precisamente al mundo proletario y eran prácticamente impensables en el dominio superior del trabajo; ¿Cuántas mujeres ejecutivas o secretarias ejecutivas podrían haberle dicho a sus maridos que ganaban tanto como él? Cuanto más alto se asciende en la pirámide profesional, más disminuye el número de mujeres y, proporcionalmente, más se ensancha la brecha entre los tratamientos. A pesar de la desigualdad salarial, dependiendo del sector industrial, una mujer puede ganar tanto como un hombre pero eso es excepcional en cuanto aumenta el nivel de empleo. Cuando exigimos la igualdad de remuneración, a menudo olvidamos que esta igualdad se viola aún más en el nivel superior de salarios, tarifas, asignaciones, etc.

“Para ganar tanto como un hombre, yo que soy camarógrafa, durante diez años”, confió Ortrud H., “tuve que amenazar al técnico jefe de que lo denunciaría al tribunal industrial”.

Si es necesario, cuando la desigualdad del trabajo deba justificar la del salario, lo inventaremos: “En 1967, comencé a hacer cine en directo [...] En cualquier caso, las chicas no pueden hacer cine en directo, una cámara es también pesada

40 Noël Lamare, *Connaissance sensuelle de l'homme*, París, Buchet-Chastel, 1964.

para ellas”. Asentimiento masculino de la asamblea. Detalle: me dijo que ¡mide 1,67 m. y pesa 90 kilos!

A la discriminación social y económica en el ámbito profesional se suma la discriminación cultural, es decir el reflejo de inferiorización perfectamente asimilado tanto por la víctima como por el opresor, y está al más alto nivel. En el mismo campo del cine: una de las raras directoras de nuestro tiempo convivió con otro director famoso; después de algunas películas estimadas, pero secundarias, logró un mayor éxito con una película impactante sobre un tema atrevido. Su compañero la dejó después de diez años de convivencia. (¿Había leído a Noël Lamarre y temía por su “poder”?) Ahora bien, esta mujer se sentía tan culpable por ello que mantuvo en secreto la verdadera causa de esta ruptura, hasta el día en que, asistiendo a una reunión de feministas que estaban hablando de los celos masculinos frente al éxito de las mujeres, finalmente decidió contarlo, con violenta emoción.

No se puede negar: si la opresión económica es más pesada en el sector obrero y asalariado, si las responsabilidades familiares constituyen una de las limitaciones más agotadoras y abominables de los tiempos modernos, tanto en el capitalismo de libre empresa, como en el capitalismo de Estado, la cultura de la culpa y el peso del prejuicio contra la ubicuidad incondicional pesan mucho más abiertamente en el sector superior, el de los estudios y las profesiones liberales, ya que el número de mujeres que ingresan en él disminuye y las ventajas económicas obtenidas son aún menores a la cantidad o calidad del trabajo correspondiente.

“Yo tenía una vocación científica muy marcada, estaba muy dotada en matemáticas [...] Primer problema del año. Trabajé hasta morir en el problema, encontré casos especiales [...] Entonces me devuelve las copias diciendo: ‘Es un escándalo que una chica tenga la mejor nota. Y espero que no vuelva a suceder’. Y nunca volvió a pasar, por supuesto. (Éramos seis chicas y cincuenta y cuatro chicos)”.

“Mi hermano falló a mis padres; no había duda de que dejaría de estudiar para trabajar. Continuó, porque tenía que tener un título para ganar mucho dinero. Yo hice el examen de ingreso a la Escuela Normal al año siguiente [.], pero me despidieron al cabo de un año. Ahí salió muy mal, para mis padres era obvio que para mí, niña, era diferente, no hacía falta un diploma; y me consiguieron una plaza en la Seguridad Social”.

La famosa “colaboración” de las mujeres enmascara un disfraz muy simple de la mayoría de los hombres de alta posición que se han casado con una mujer culta, a pesar de las predicciones de Auguste Comte que defiende, en la carta ya citada, la “mediocridad intelectual” de la compañera. ¡Tantos ejemplos ilustres de “musas” seguidas hoy por los esposos, amantes o musas de nuestros nombres principales! Seguimos abogando por las sombras suaves, discretas y efectivas de estos grandes machos. Se recuerda fácilmente que la señora Berthelot se convirtió en la secretaria del académico, sacrificando por él su vocación de pintora; y que Madame Alain estaba copiando los manuscritos del filósofo. En cuanto a Marie Curie, en mi infancia solíamos decir: “No descubrió nada en absoluto, solo ayudó a Pierre Curie”. Todavía recordaremos

a Georgette Leblanc escribiendo casi la mitad de la obra de Maeterlinck, bajo el disfraz de “secretaria”.

¿Qué pasa, en tales condiciones, con la “desalienación” de las mujeres a través del trabajo? Existe como modelo, como tendencia, como esperanza; muy poco como realidad. Según la encuesta del British Women Council en 1968, solo el 10% de las mujeres encontraron independencia económica en su trabajo y el 10% interés intelectual y social. (Habría sido interesante ver que parte de ese 10% se superponía).

Obviamente, se nos objetará el hecho de que el hombre mismo se aliena mucho más a menudo que se libera por su trabajo. Pero se observará, después de esta enumeración de hechos conocidos por todos, que los sectores superiores donde se desaliena son raramente accesibles a las mujeres, a las que se ofrecen posibilidades económicas más limitadas sin ninguna justificación racional para esta discriminación, y que sobre todo, las responsabilidades familiares siguen siendo una carga para las mujeres allí, aunque menos que en los escalones inferiores. En la base, aumento de la opresión social; en la parte superior, eliminación y disminución de los beneficios; así se propone el trabajo a la mujer a todos los niveles. Y, sin embargo, por relativa que sea la desalienación, basta con que se materialice para que las mujeres, en la actualidad, elijan cada vez más masivamente esta dureza que agrava sus dificultades ordinarias, pero que da una nueva dimensión a su condición sexual.

La ley del agrado es, sin embargo, imperativa en la sociedad masculina del capitalismo tardío, y los reproches moralistas

dirigidos a esta misma obligación dada como opción son cada vez más restringidos, porque son difíciles de sostener en una sociedad denominada “consumista” y secularizada. Las ineptitudes expresadas en las obras de Montherlant, Toesca, Hecquet, “cantan” visiblemente. Los arrebatos contra las inmorales “mujeres mantenidas” tan queridas por nuestros padres, incluso en ciertos escritos socialistas donde se unieron a las peores manifestaciones antisemitas (porque la misoginia moralista, como el antisemitismo, es de hecho “el socialismo de los imbéciles”), no pueden hacer más que desatar la risa. Sin embargo, la contradicción no se elimina del todo, especialmente entre las masas trabajadoras, como lo demuestra la anécdota de la que mi amiga fue la heroína involuntaria; la elegancia, el refinamiento, un cierto encanto se sospecha inmediatamente de “hipocresía” con la buena clase trabajadora; ¿Cómo podría una mujer “pagar eso a través de su trabajo”? El encanto, la “clase”, pecado aún más original, denuncia a la mujer “nacida en lo alto” y expone a la burguesía proletarizada a todas las reivindicaciones de sus compañeros en la desgracia, ellos mismos nacidos en la miseria.

“Resulta que esos que me decían que tenía que maquillarme eran políticamente bastante izquierdistas y eran mis amigos. Por otro lado, mis padres decían lo contrario”, dice una joven de origen popular, en *Le livre de l’oppression des femmes*⁴¹. ¿Por qué los padres no querían? “Tienes que ser natural. Creían en la naturaleza biológica, como todas las personas desinformadas; los izquierdistas más evolucionados creían en la naturaleza cultural; ¡Sola, la joven permaneció en la más

41 Colectiva, *El libro de la opresión de la mujer*, op. cit.

completa incertidumbre en cuanto a su naturaleza! ¿Dónde estaba la feminidad y dónde la feminitud? Le dijeron que era necesario seducir a los chicos, que la ley era complacer; sus padres, a los dieciséis años, le prohibieron ir al cine con un amigo, explicándole los peligros. “Estaba completamente aterrorizada”. El resultado: hacerse fea para no atraer a los chicos. “Empecé a no lavarme en absoluto. “

Este poema sigue:

la mujer se adelanta, comienza la actuación
las arañas abarrotan el espejo
Ya no puedo verme a mi misma
No puedo ver si soy mujer o si no lo soy

Tal es el castigo de quien se deja atrapar en la contradicción feminidad–feminitud, la ley del agrado y la represión de la atracción sexual. No puedes complacer a todo el mundo y a tu padre... Por supuesto, pero hay muchos padres. La sociedad masculina es el Padre que los domina a todos.

“Me sentí inferior, pero viví en la culpa del descubrimiento. [...] Siempre me equivoqué. Siempre me he impedido ser yo misma, por miedo a desagradar, por miedo a que no me quieran, dijo otra joven de este mismo trabajo colectivo, por eso me puse del lado de los hombres, para ser amiga de los hombres [.]. Yo quería ser hombre, me sentía frente a otras chicas con un cerebro tipo. Quería seguir siendo mujer mientras disfrutaba de la condición de hombre, tenía

necesidad de convertirme en hombre para existir. ¡Pero es contra las mujeres que se pelea con los hombres”⁴².

La ley del agrado refuerza la diferencia que el trabajo tiende a borrar. Ésta es una de las razones por las que los moralistas de antaño solían demostrar que el trabajo era enemigo de la feminidad. (Bien entendido, no puede tratarse de una cuestión de feminitud). Pero es difícil hablar tanto en verso como en prosa. Tanto peor para las mujeres a las que se les impone la obligación de seducir y dedicarse a este trabajo que debe matar su seducción. Podemos imaginar que con tantas contradicciones acaban reaccionando con un cierto fatalismo que se refleja, en particular, en el absentismo tan a menudo invocado contra ellas en el mundo del trabajo.

Diferencia entre trabajo como prostitución y prostitución como trabajo

El trabajo, se dirá, ya es en sí mismo prostitución; el hombre también vende con él su cuerpo. Pero lo vende como actividad y no como función; según los criterios de nuestra sociedad, la actividad se honra como expresión “natural” del hombre. La fórmula es correcta, por una vez, ya que la naturaleza del hombre es transformarse a sí mismo transformando el mundo

42 Ibídem.

exterior. La función, en cambio, es decir, lo que la mujer intercambia por dinero prostituyéndose, era despreciada mucho antes del cristianismo, aunque en algunas culturas era una excepción religiosa, expresando así la antigua dialéctica de lo sagrado y lo inmundo. El desprecio por la función femenina (que sólo justifica la procreación) ha sido denunciado por más de un autor del mundo grecolatino: “Llegas a creer, mujer, que lo tienes todo si tus amores van en línea recta” (Eurípides), lo cual se une al insulto dirigido a una de las jóvenes editoras del *Libro de la opresión de la mujer*: “¿Entonces, todo pasa para ti alrededor de tu sexo?” Pero es en Hesíodo donde la acusación sigue siendo más moderna: la mujer no hace nada, sólo tiene su vientre para ofrecer, no participa del dominio del hombre sobre el mundo, sino que por el contrario lo obstaculiza con sus viles maniobras de seducción. (Aquí todavía estamos cerca del ginófobo Proudhon en su Carta a Martha: “No productiva por naturaleza, inerte, sin laboriosidad, sin entendimiento, sin justicia y sin pudor”). De este muy antiguo agravio, Marcuse formuló la explicación más correcta en la misma oposición básica entre el principio del placer y el principio de la actuación: la mujer de la belleza y el placer que promete, parecen fatales para la actuación, es decir, trabajar para acumular medios y bienes de consumo⁴³. Sabemos cuánto desarrollará este agravio en el nacimiento de la era industrial, con el protestantismo que la expresa. Sin embargo, la seducción compulsiva sigue siendo la ley de las culturas más puritanas y ninguna puede eliminar del todo la consecuencia lógica que más la horroriza: la prostitución.

43 Herbert Marcuse (1955), *Eros y civilización*.

“La prostitución adquiere así este carácter que la convierte, ante todo, en un contraste con una forma de matrimonio que pretende monopolizar todas las relaciones sexuales”, escribe Helmut Schelsky. Pero esto no se contradice con el hecho de que muchas empresas desapruaban y sancionan la prostitución: “La jurisdicción estadounidense expresa la desaprobación de la opinión pública sin poder modificar el hecho de que la prostitución existe y que de hecho ha sido adoptada convencionalmente.

Kate Millett, en *La prostitución. Quatuor pour voix féminines*⁴⁴, disecciona minuciosamente la rutina, mecánica y tan poco significativa como una danza ritual desleal de la represión estadounidense contra este mundo femenino de la acera. El arresto, la audiencia, la pena de prisión o la multa transcurren en la indiferencia de una ceremonia automatizada, indiferencia en la que hasta las víctimas participan, en cierta medida. Ser detenida, castigada y luego continuar hasta la próxima vez, es uno de esos inconvenientes inevitables para la prostituta estadounidense como el granizo o las heladas en el trabajo agrícola. Y Kate Millett saca la conclusión obvia: “Las prostitutas son nuestros presos políticos. Son castigadas por tener coño”.

En efecto, ¿cómo “venderlo” cuando un examen, incluso superficial, de la condición conocida como feminitud nos enseña que toda sociedad machista considera el cuerpo de la mujer como un objeto que constituye capital? La ley del

44 La Prostitución. Cuarteto para voces femeninas.

agrado, aún más abrumadora en una llamada sociedad de consumo, la cosificación simple y muy natural de la mujer reducida a su apariencia que aparece en las respuestas a Fanny Deschamps o en las sugerencias de los empleadores a las vendedoras en huelga, la negativa persistente a considerar el derecho al trabajo o al estudio, tanto para las mujeres como para los hombres; todos los ejemplos que hemos citado anteriormente demuestran que la idea de la mujer vendida, ya sea a uno (en el matrimonio) o a toda la comunidad masculina (la acera) es una de las estructuras mentales más resistentes de nuestra sociedad.

Es así como toda mujer vive al margen de este posible, sabe en lo más hondo de su ser que algún día puede llegarle la vez, que toda su vida la prostitución será una presencia invisible para ella, como el paradigma de la condición de su existencia. La devaluación de las prohibiciones moralistas de ayer será incluso una barrera menos entre esta abyección y su destino personal; las pequeñas amas de casa en viviendas de bajo alquiler y en los grandes suburbios verán mucho más fácilmente que en el pasado una solución para “redondear su fin de mes” en lo que los varones llaman hipócritamente la profesión más antigua del mundo. Las madres jóvenes abandonadas o con una pensión alimenticia insuficiente, en ocasiones pertenecientes a la más alta sociedad o a la élite intelectual, no dudarán en participar en una red de prostitutas, aunque eso signifique caer en manos del chantaje o de la policía, para ser marcadas o disparadas. (Esto no es de ninguna manera una imaginación o un exceso; un día las bocas se abrirán y el escándalo puede estallar).

Todo en la feminitud designa, si no conduce a este abismo, uno de los más oscuros de la condición humana. El crimen de la receptividad, el crimen de ser hueco, de ser ese molde en el hueco de la no-mujer, esto es lo que, en el sistema de consumo-producción, es inmediatamente castigado por la tácita incitación a hacer de tal handicap una vía de escape del trabajo; y aun cuando el peor trabajo sea para para ella, su posibilidad siempre estará presente a modo de burla y anatema: “¡Bueno, si no hicieran eso, harían la acera!”

Por tanto, no es sólo a través del juego del trabajo mal remunerado que el hecho social de la prostitución está presente en el corazón de la feminitud; se encuentra en todas partes, incluida en la burguesa privilegiada, la intelectual más estimada, la madre de familia más respetable, la monja, la lesbiana; la maldición de lo posible que tantos factores empujan a hacer probable surge con cada mujer como un segundo pecado original. Incluso su vejez no la salvará. Las personas que han acudido a un reconocimiento médico de prostitutas han visto, para su asombro, la enorme proporción de ancianas, muy ancianas que se presentan allí. (“¿Cómo esperas que viva con lo que me da el Estado, si el cuarto me cuesta 90.000 francos?”, me preguntó una de ellas.) Entonces sabemos que ni nacimiento, ni principios, ni trabajo, ni mérito, ni cualidades intelectuales, ni siquiera las diferencias eróticas pueden salvar a una mujer *sine qua non*. El suicidio, o el asesinato, puede ser el último bastión contra esta amenaza nunca descartada por completo de la vida de una mujer.

Si la gran mayoría de mujeres muere sin haber experimentado este declive, no hay nadie a quien no se le haya

recordado, a lo largo de su vida o en determinados momentos, que podría caer en él. “¡Putas! Es el primer insulto que llega a la boca de un hombre en conflicto con una mujer; entonces los golpes están mejor justificados. Las más afectadas son, obviamente, las que ya saben, a través del trabajo asalariado, del trabajo como prostitución; obligadas a vender a un patrón tan exigente como Alain o Nicolás el espectáculo de su sonrisa, su peinado, el cepillado de su falda, o a toda la clientela de una tienda sus uñas brillantes y su discreto perfume (lo tengan o no) de “su metro de acera”; hay pocas ocupaciones femeninas en las que una mujer no deba venderse en efígie, aunque se resista al incentivo de venderse en carne y hueso. ¿Será posible este rechazo mañana? ¿Qué giro del destino no la despojará de este mal menor, la “prostitución imaginaria”? En todo caso, no hay carta de triunfo, ninguna distinción halagadora que la resguarde definitivamente de ella. En Emily Brontë, en Marie Curie, en Simone de Beauvoir existía una posible prostituta. Tanto más en cualquier mujer “corriente”, es decir menos irreverente que aquellas que se atrevieron a ser alguien, siendo mujeres; si es con familiaridad que comienza la tortura, es con respeto al sistema que comienza la puta. Sartre expresó con fuerza, a través del título de su obra *La putain respectueuse*⁴⁵, el vínculo entre la prostitución y la deferencia.

Estas mujeres son castigadas por denunciar la contradicción de la sociedad masculina que más o menos modela a cada mujer a su imagen, pero que sin embargo les prohíbe serlo sin coartada, sin justificación, sin ambigüedad. Por eso solo pueden ser sentenciadas a ser liberadas y liberadas para ser

45 La puta respetuosa.

condenadas. ¡En esta profesión, no hay absentismo! Kate Millett tiene razón: las putas, nuestras calaveras, son también nuestros presos políticos.

IV. LA VIOLACIÓN

Un movimiento de masas

El 13 de mayo de 1972, cuando el grupo de trabajo dedicado a la cuestión declaró, desde la plataforma de las jornadas *Denuncia de delitos contra la mujer*, en la Mutualité: “¿Quiénes son las mujeres aquí que no viven con miedo a la violación?”, hubo confusión y protestas.

Es bastante notable que el feminismo comenzara con las exigencias superiores y llegara, tan tarde, a las cuestiones primordiales y más humildes.

Los teóricos de la Revolución Francesa reclamaron el derecho a ser considerados seres libres e iguales, dignos de inmiscuirse directamente en los asuntos de la ciudad. Antes que ellos, en un momento en el que aún no existía la palabra feminismo, los privilegiados exigían acceso a los estudios y la creación. En el XIX llegaron las reivindicaciones y la lucha por los derechos legales, los intereses de la familia, el sufragio universal, luego la cruda e insignificante historia de la igualdad salarial. Ha hecho

falta que el siglo XX llegara a su fin para que este ser humano de pleno derecho, después de haber adquirido educación, ciudadanía, trabajo y pago por su trabajo, pida el derecho a no ser golpeado más contra su deseo, y luego a no ser violado contra su voluntad⁴⁶.

La emotiva reacción de aquel público femenino demostró lo desagradable que es volver al inicio del camino después de un viaje tan largo.

Nuestra forma de pensar, nuestra impregnación de la cultura actual por los medios de comunicación nos lleva a reaccionar a la palabra “violación” como a la de “prostitución” por un reflejo: no me concierne, no me puede interesar, es sólo un asunto de otros. Sin duda es el tropismo el que nos elimina toda idea de desgracia: son siempre los otros los que mueren. Pero en nuestro caso como mujeres, se trata de algo diferente. Esta reacción es más la de la clase. Las únicas prostitutas son las pobres desarraigadas o degradadas, caídas en la miseria y, además, poco inteligentes, “infantiles, inmaduras” (palabras de psicoterapia sobre este problema). Solo las niñas de los barrios marginales, las hijas de los trabajadores agrícolas alcohólicos, las víctimas ocasionales de un sádico, las hijas de las viviendas HLM⁴⁷ son violadas. De cualquier manera, la ley está ahí para tomar medidas enérgicas. Pocas mujeres conocen esta

46 La misma ortografía de la oración que acabo de escribir es reveladora. El efecto cómico de los participios pasados “violados” y “preñados” proviene de su masculino. Sabemos que la palabra “ser” en francés es masculina, tanto si se aplica al hombre como a la mujer. Este lenguaje que odia lo neutro lo reemplazó por el masculino, mientras que las observaciones más actuales de los biólogos coinciden en mostrar que es la mujer quien es la especie, y que el hombre es mucho más diferente de ella.

47 HLM significa Habitation à Loyer Modéré. Vivienda de alquiler bajo. [N. d. T.]

distinción legal tan simple que contiene para ellas la amenaza implícita más cruelmente camuflada:

No se trata de violación, excepto en el caso de una virgen; una mujer no puede quejarse más que de haber sufrido violencias.

Incluso en el caso de la violación, cuando es un hábito que se ha establecido “desde hace mucho tiempo” y no un accidente espectacular, es significativo ver las consideraciones y las expectativas de la ley. Recordaremos que en el caso Violette Nozières, la justicia burguesa prefirió condenar a la víctima. Esto fue en 1934, cuando las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto.

La violación de Chantal

Aquí hay un ejemplo más reciente:

“Extractos de información de la brigada Champigny: Chantal violada por su padre desde los 9 a los 15 años.

Actualmente tiene 20 años y se encuentra bajo arresto domiciliario. Fue ella quien presentó una denuncia contra su padre.

Aparte de los hechos que se le reprochan al padre, es un excelente marido, es un valiente soldado, es un burgués

honrado, es un buen trabajador, es un verdadero proletario, es un hombre de buen carácter. Es honesto, valiente, leal, fiel, generoso y además guapo.

La medida de la degeneración paterna no parece estar prevista. El padre se ha vuelto... consciente de sus actos.

Extracto de los exámenes psicológicos de la joven:

“Presenta rastros de inhibición y retracción, tendencias depresivas mal compensadas por algunas actitudes características de oposición”.

La violación “política”

La violación puede utilizarse como arma, como instrumento de tortura, con fines políticos. Recientemente, un número del *Charlie Hebdo* sugirió que los objetores de conciencia violaran a las nuevas niñas soldados.

Ya no como una fantasía, sino con una ejecución positiva, tuvo lugar la violación de Issy-les-Moulineaux, el 14 de julio de 1972:

Una cincuentena de fascistas con casco y armados con barras de hierro invadieron un baile popular en el que participaban una treintena de familias, en su mayoría yugoslavas y argelinas, ocupantes ilegales en edificios abandonados y malsanos de la

región. Siguió una reyerta severa. Los asaltantes se llevaron a rastras en el auto a dos mujeres: una, una niña muy joven, la otra, de unos treinta años, profesora. Las desnudaron en un bosque cercano a Versalles, se contentaron con tocar a la menor y mostraron tres veces a la otra, que “el poder está al final del falo”. Abandonadas y luego recogidas por un autoestopista, las dos víctimas presentaron inmediatamente una denuncia. La maestra hizo constatar sus hematomas, su cabeza que había tenido que ser vendada –porque la habían golpeado– sus ropas andrajosas y la cantidad de semen con que estaba llena.

Estas observaciones se hicieron con la peor gracia del mundo, y el médico declaró:

- El semen no prueba nada. Nadie nos dice que no fue tu chulo (sic) quien te trató así.

Y el policía a cargo de la comisaría:

- Simplemente no tenías que pasar el rato en un baile como ese.

Hace unos diez años, testifiqué en un caso de asalto y agresión en el que la víctima era una mecanógrafa perseguida por un argelino que la había estado observando y persiguiendo durante algún tiempo; ella había entrado en un café donde estaba él, alrededor de las tres de la mañana, al salir del teatro con unos amigos. Escuché al presidente de la corte preguntarle a esta joven de 32 años que no pudo trabajar durante tres días:

– ¿No crees, hija mía, que a esa hora estarías mejor en tu cama?

Tales ejemplos permiten no encontrar excesiva la teoría de que las mujeres no son violadas más que con la complicidad de todos los hombres.

“Ellos dicen que:
en todos los casos nos lo hemos buscado
que somos imprudentes
que no debemos seguir a extraños
que somos provocadoras
que somos cómplices
que solo nos merecemos esto
que sirva de lección
que no hay que salir sin protector”.

Esta última reflexión evoca el pasaje de una novela de Panait Istrati, *Domnita de Snagov*, donde un transeúnte se sorprende al ver a una pareja de gitanos solos al lado de la carretera con el mismo asombro que frente a caballos o bueyes en libertad. En la antigua Rumanía, el gitano era un esclavo. Lo que así se formula a nivel de especie, en tal momento histórico, se formula o experimenta en todo momento cuando se trata del individuo-mujer.

Una niña camina por la calle
– ¿Entonces estás sola?
Dos chicas caminan por la calle.
– Entonces, ¿estáis solas?
Tres chicas caminan por la calle

– Entonces, ¿estáis solas?
Cuatro chicas... Así que estáis solas.
Cinco chicas... Entonces...
¿A partir de qué número
varias chicas no están solas?

Del ofrecimiento cortés de acompañamiento a la violación, surge el mismo proceso de la sociedad machista: acercar a la mujer a la ley, por gentileza o por la fuerza. La ley que es: La mujer sin un hombre está sola, (y no esta mujer, o tres, cuatro, o diez más). El hombre sin mujer es libre. ¿Quién lo violaría?

“Se entiende que todas las niñas pequeñas deben ser violadas, realmente o no, por un viejo caballero como su papá para estar definitivamente dentro de la ley”.

Es la explicación de este “realmente o no” lo que produce la reacción de incredulidad que se encontró el 13 de mayo de 1972.

De hecho, pocas mujeres son violadas realmente, en el sentido de ser noticia. Esta seguridad tan relativa les impide tomar conciencia en detalle de las violaciones que todas sufren durante su vida, con muy raras excepciones, y de la violación como presencia y amenaza (fantasía, precauciones rituales, posibilidad siempre abierta) que constituye, en el corazón de su condición, la idea misma de una violación.

Una sutil distinción de la justicia

No hace falta decir que rechazamos el distingo hipócrita de la justicia francesa: esté perforado el himen o no, una mujer siempre es violada cuando es tomada por la fuerza, contra su consentimiento, y sufre el mismo ultraje a su dignidad de ser humano, que el que sufre un preso político forzado bajo tortura a dar una información particular o actuar en contra de su voluntad⁴⁸.

Aparte de este trágico paroxismo, el único reconocido como punible por la ley, con toda la mala voluntad que hemos enumerado en los ejemplos anteriores, sólo recordaremos a las mujeres las innumerables “violaciones menores” que sufren día a día. El seguidor, el insultante que no puede ser eliminado; la vecina del cine que las obliga a dejar su lugar, porque pocas mujeres resuelven un escándalo cuyo resultado es arriesgado, y la mayoría de las veces desafortunado para ellas; el adicto al sexo en el teléfono, en el rellano, en la calle y, como en el caso de mi mecanógrafa, el chulo que visita el mismo café que utiliza para acosar y amenazar; el mando intermedio o el jefe; todos estos ejemplos pertenecen a la condición femenina cotidiana. Todo se complica hoy en día por un cierto “recurso al izquierdismo”, cuando el hombre reposado invoca con grandes gritos su desprecio del árabe o el negro. A raíz de mayo del 68, un grupo de estudiantes respondió en esta

48 Algunos católicos durante la Resistencia apoyaron el derecho al suicidio para escapar de la tortura basado en el derecho de la Iglesia sobre las mujeres a suicidarse para escapar de la violación.

dirección a los jóvenes manifestantes que les pedían que pusieran fin a su racismo sexual hacia los compañeros árabes: “No hay razón por la que debamos ser objetos de consumo para ellos, o para usted o cualquier otra persona”⁴⁹.

Estas afrentas directas, estos hostigamientos, estos procedimientos que toman la guerra de desgaste entre los sexos justifican la estructura mental del “miedo a la violación” y ayudan a animar a la mujer sola, la célibe, la chica libre, a alinearse y someterse a la ley. Para las mujeres de tipo medio, un novio es ante todo alguien que te ayuda a vivir (que te “hace vivir” ya parece demasiado ambicioso en estos días) y evita que te “molesten en la calle”. En cuanto al tipo de hombre promedio, una esposa es alguien “que se encarga de la comida y de todo el desorden”. Para el hombre, el matrimonio es una simplificación; para la mujer, una muralla. Toda la sociedad construye con su complicidad el mecanismo fatal que la conduce a esta concepción empobrecedora. La mujer es lo que salva al hombre de la monotonía y la masturbación. El hombre es lo que salva a la mujer de la violación de todos los demás.

Violación virtual y amenaza

La violación como amenaza o ejecución ha llevado a mujeres enojadas en diferentes países a organizar comandos de

49 *Tout!*, nº 12, 23 de abril de 1971.

defensa. La terrenal Dolle Mina⁵⁰, en Holanda, sigue a niñas aisladas por calles oscuras y reprime a los atacantes. Los movimientos feministas ingleses han organizado, la formación en judo y kárate. El MLF⁵¹ en Francia está considerando medidas similares.

Pero estos medios de combate permanecen al nivel de la reforma. Ni siquiera es concebible exigir leyes más duras contra el abuso de poder masculino, ya que se trata de destruir el poder masculino mismo. La violación física está actuando sólo fuera de la realidad ideológica cotidiana. Los países que, como Estados Unidos, han intentado responder legalmente, solo han provocado una mayor miseria sexual y, por lo tanto, una mayor incitación a la violencia sexual contra las mujeres. En los últimos años, en las calles de París o en lugares públicos, nos hemos encontrado con un vagabundo de apariencia particularmente repulsiva que pretendía hacer saltar sobre las mujeres una enorme rata articulada, provocando aullidos, a veces desmayos, siempre agitación y sensaciones que concluían, inevitablemente en grandes estallidos de risa. El hombre quería ser observado durante este acto: espumarajeaba levemente y entrecerraba los ojos, dando todos los signos de intensa excitación sexual. Después de la “broma”, hacía la búsqueda. Algunas personas indignadas hablaron de hacerlo encerrar. “¡Sólo en París se puede ver que

50 El nombre de este grupo feminista (literalmente “Mina la loca”) es un homenaje a una trabajadora, Wilhelmina Drucker (1847-1925), quien había sugerido que el movimiento feminista había tomado el camino equivocado al priorizar el derecho al voto en lugar de las situaciones cotidianas vividas por las mujeres. Inspirado en el movimiento Provo, este grupo se caracteriza por las intervenciones públicas y un cierto sentido de provocación.

51 Movement de liberation des Femmes. Movimiento de Liberación de la mujer.

se toleren tales cosas!” Alguien respondió: “¿Pero no es por tolerancias de este tipo que París es la capital con menos delitos sexuales? Ciertamente tenía razón. Obviamente, era mejor para el lanzador de ratas continuar con sus hazañas que transformarse en Jack el Destripador. Parece bien que se juzgue, por esto mismo, a una sociedad que sólo tiene la opción entre estas dos salidas a la miseria sexual y al discurso misógino.

“¿Cómo sabremos si la violación es real?” Preguntaron algunos opositores a un proyecto de ley que pedía, en 1971, el aborto legal para las mujeres violadas. Este es el punto extremo de la feminitud: la culpabilización por la sospecha. Muchas mujeres, quizás la mayoría, se niegan a presentar una denuncia por temor a esta sospecha. Escuchar reflexiones del orden de las que se infligieron a esta joven maestra aún vacilante, con la cabeza vendada y la ropa rasgada, en compañía de una joven llorando, es un calvario que se parece demasiado a una segunda violación a las víctimas de la primera.

¿Naturaleza o ley?

“La violación no existe.

ellos dicen que es la naturaleza.

nosotras decimos que es la ley”.

La violación existe en realidad. Por el padre, por el hermano sobre las niñas silenciosas. (Brigitte, quince años y medio. Intento de suicidio. No podía soportar estar embarazada de su hermano mayor.) La violación existe en todo caso en la mente

de las mujeres, como el miedo, como la angustia y además existe en la cabeza de los hombres como derecho”.

Henos aquí ante el corazón del problema:

La violación, como realidad virtual en el centro de la feminitud. Como la prostitución.

Un hombre hace una proposición a una mujer. La ley dicta que, en principio, la mujer siempre debe dar su consentimiento. Si de hecho no es así, ahora es un mal momento, o el tipo es pésimo, el resultado es que el hombre rechazado toma esta negativa por un agravio, y resiste la idea de que la afrenta sea que a la mujer se le haga esta oferta (al contrario, es un tributo). El rechazo le pone furioso. La mujer insolente es, una vez más, justiciable. ¿Por qué no imponer a la fuerza lo que se le ofreció con tanta gracia?

“Un hombre es un ser que impone y, si es necesario, se impone”, dice Noël Lamare, médico ya citado, sobre el tema de la virilidad frente a la mujer⁵².

Perfectamente consciente de la conciencia como derecho que tiene el hombre de la violación, la mujer ya está condicionada en relación a esta idea, antes de tener la más mínima experiencia de su realidad. La violación existe en ella en un estado de angustia, como una espada de Damocles invisible sobre su cabeza.

52 Françoise d'Eaubonne, *¿Todavía hay hombres?*, op. cit.

La estructura de la sociedad masculina le repite que es cómplice, que es provocadora, que debe provocar; a veces cede y reproduce activamente la seducción que debe sufrir pasivamente para escapar de ella; es la famosa “carrera precipitada” del soldado que muere de miedo, un comportamiento frecuente en la adolescencia; pero la mayoría de las veces busca evitar, evadirse a sí misma; cautelosa, preocupada, temerosa, suspicaz, prefiere privarse de significado y congelarse en su lugar antes que correr hacia su perdición; se mutila a sí misma con la alegría del sexo y protege ferozmente este cuerpo amputado, este cuerpo que finalmente ya no es suyo.

Aparentemente sumisas, estas numerosas mujeres se oponen al orden masculino con una resistencia larga, dura y angustiosa; pudieron repetir el poema de unas autoras que presentaron a la Mutualidad, el 13 de mayo, el informe de su grupo de trabajo:

Frías, decimos que un vacío no está destinado a ser
llenado

Silenciosas, decimos que la palabra no está hecha para
seducir y ordenar,

Paralizadas, decimos que caminar no está hecho para
pisotear.

Pasar hoy de la resistencia silenciosa, solitaria y dolorosa de nuestros cuerpos a la lucha unida, hablando y disfrutando de todas⁵³.

Si es cierto que, como dijeron estas mujeres (y en su texto publicado, estas palabras fueron escritas en mayúsculas), “siempre hay en la vida de las mujeres un momento ineludible en el que son tomadas por la fuerza⁵⁴, entonces es que su vida está inevitablemente en desventaja en la medida en que “la anatomía es el destino”: ley no “natural”, sino concertada en una sociedad humana donde domina el varón.

En cada mujer, es la humanidad entera quien viola.

Los efectos son más graves y prolongados; a veces parecen no tener nada que ver con la violación, potencial o real, ya que estos efectos disminuyen con el tiempo. Porque cada varón que viola a una mujer, su prójima y su hermana en especie, degrada a toda la especie; en última instancia, viola la imagen de la humanidad que lleva en sí misma y que profana por su propia voluntad, como en un asesinato.

53 Extractos de un texto colectivo escrito por las mujeres de “Política y Psicoanálisis” para los “Días de denuncia de delitos contra las mujeres”, el 13 y 14 de mayo de 1972, publicado en *Le torchon brulle*, nº 4, junio de 1972.

54 Yo personalmente participé en Toulouse, hace unos años, en una investigación sobre la violación conyugal, que es particularmente grave en los círculos proletarios e inmigrantes. Los médicos que participaron en este grupo habían llegado a hospitalizar a una esposa que su esposo encontró y violó en su cama de hospital, mientras ella se encontraba en estado de hemorragia.

El hombre viola a la mujer. Pero viola al hombre: al de hoy al que degrada, al de mañana cuya llegada retrasa. Es él mismo al final a quien viola: su trabajo, la empresa que se le ha escapado de las manos. Al igual que en la muerte-asesinato o en la guerra, lo destruye.

La violación más contundente, en tanto que condición de la feminitud, no se encuentra en el acto ni en el acoso sexual; se encuentra en la obligación que tiene la mujer de vivir sexualmente en contra de su voluntad, de ser madre a pesar de sí misma –o no serlo aún cuando muera de deseo–; la violación más sostenida, la más grave, la más aceptada porque es la más arraigada, es la apropiación por parte del varón de la procreación humana, su dominio sobre la anticoncepción y su prohibición del aborto.

Este aspecto que forma parte de la feminitud se estudiará en la segunda parte que pretende mostrar la necesidad de ir más allá de la idea de revolución y llegar a la de mutación.

DE REVOLUCIÓN A MUTACIÓN

*¡Ah, raza de Abel, tu carroña
engorda la tierra humeante!*

Baudelaire, "Abel y Caín", *Las flores del mal*.

*Ninguna mujer está obligada a construir el
mundo destruyéndose a sí misma.*

Rabino Sofer

V. EL ESTRÉS DE LA RATA

Cadencia demográfica exponencial

Una de las dos amenazas más graves para la humanidad es la tasa actual de demografía mundial. La otra, paralela a ella, es la destrucción del medio ambiente. Volveremos a esto en nuestras conclusiones sobre la necesidad de desarrollar un “ecofeminismo”.

En *Conscience et contrôle des naissances*⁵⁵, Elizabeth Draper nos traza la curva histórica de la demografía. Según una tasa absolutamente insana desde 1650 (a pesar de las guerras de exterminio), la tierra habrá duplicado su población en treinta y cinco años. “Los seis mil millones para el año 2000 son, por tanto, un pronóstico modesto”.

Algunos se han arriesgado a que, a pesar del Vaticano, apoyar la sacralización de la función materna obligatoria se convierta en una broma de mal gusto y muy peligrosa.

⁵⁵ Elizabeth Draper (1965), *Conciencia y control de la natalidad. El papel del individuo en el problema de la explosión demográfica*, París, Robert Laffont, 1971.

Pero este aumento de la tasa de natalidad no implica, por supuesto, la misma tasa de densidad de población en todos los lugares; estamos lejos de eso. Mientras la India está superpoblada, Alemania del Este se reduce a perdonar a los nazis y establecer un cordón de vigilancia contra la fuga del “capital más precioso”, el hombre. Pero, sobre todo, mientras el campo está desierto y pueblos enteros se desmoronan a orillas de sus ríos contaminados llenos de peces muertos, la concentración urbana que se produce en las metrópolis conduce, tras los “inconvenientes” de principios de siglo, a tal empeoramiento de las condiciones de vida que se puede hablar, sin dudarlo, de un desastre.

El aumento del número de casos de enfermedades físicas y mentales es una de las primeras consecuencias. En Francia, el cáncer, más abundante en las ciudades, pasó de 3.316 casos en 1943 a 9.144 en 1963, y no ha dejado de crecer desde esa fecha. En Inglaterra, hay el doble de muertes por cáncer de pulmón en la ciudad que en el campo. Y la aceleración de las enfermedades del tracto respiratorio se está disparando. El número de muertes por enfisema se duplica cada cinco años. Occidente todavía parece privilegiado en comparación con otras regiones: en el verano de 1972, en Nueva York, la gente muere en la calle e implora que caiga la lluvia, como entre los Ubangi más “salvajes”.

Junto a estos atroces hallazgos, también asistimos a un fuerte aumento de las enfermedades mentales, particularmente las de forma paranoide, y de las

psicopatologías agresivas más peligrosas. Fue el marqués de Sade quien, entre muchos otros extraordinarios presentimientos científicos, predijo que los instintos de asesinato y tortura de sus siniestros héroes se extenderían a edades futuras a medida que aumentara la concentración urbana (según dijo con “el número de habitantes de las grandes ciudades”). Un simple vistazo a la situación actual de Nueva York, donde en cada vagón del metro, a partir de una hora determinada, hay un policía armado, es suficiente para demostrar que tenía razón; y la película estadounidense *Pequeños asesinatos sin importancia*, que trata de esta situación, ciertamente no sería negada por el autor de *Juliette* o *Les prospérités du vice*.

Un científico investigador de Maryland, atrapó ratas blancas de Noruega en 1958, en un granero⁵⁶. Se encontró que el comportamiento de las ratas se volvía absolutamente diferente en función directa de su aumento. Todas las características combinadas de este nuevo comportamiento recordaron al observador el comportamiento defensivo de los humanos en un entorno urbano altamente concentrado. Particularmente significativo para nosotros: las hembras, en números cada vez mayores, destruyeron sus nidos y se negaron a aparearse. Paul Leyhausen, un etólogo alemán, extrajo las conclusiones sociológicas del experimento de Calhoun. Recordó que entre

56 El etnólogo estadounidense John Bumpass Calhoun (1917-1995) estudió los efectos de la superpoblación mediante la realización de experimentos en animales, especialmente ratones. Su experimento (llamado Universo 25) no se llevó a cabo “en un granero” sino en las instalaciones del Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH) en Bethesda, y duró cinco años. Calhoun publicó los resultados de su experimento en *Densidad de población y patología social* (1962), que tuvo cierto éxito e influiría en sociólogos urbanos, arquitectos, urbanistas y psicólogos.

las diez principales causas de muerte por hacinamiento estaba el suicidio. Y agregó que la locura rodeó al hombre en el divorcio con su entorno, en todo tipo de formas características que van desde el ataque de nervios a la psicosis, pasando por la delincuencia juvenil y el alcoholismo (este último flagelo en auge en la URSS). Current, en octubre de 1971, declaró después de haber evocado los estudios de Calhoun y Leyhausen: “Sabes lo suficiente para darte cuenta de que el Apocalipsis no es necesariamente una invención de la mente”.

¡En el nº 12 de *Tout!*, ya citado, un artículo aludía a este mismo trabajo sobre la rata blanca y comentaba sobre su trascendencia: “¿Y si las mujeres, en su actual campaña por su libre acceso a la anticoncepción y su derecho al aborto, no hacen más que traducir la sed de supervivencia de la especie humana, que solo puede garantizar la reducción de la tasa de natalidad?”

Esta aparente paradoja esconde una profunda verdad. Aquellos a los que los católicos atrasados incriminan de “egoísmo” resultarían por el contrario los mejores y supremos defensores de una procreación que tiende a asfixiarse, como la ballena varada que cede a su propio peso. Pero esta exigencia que cuestiona el derecho más antiguo del patriarcado: la posesión de la procreación por parte del varón, choca con una barrera falocrática en todas partes: lo religioso en el campo del capitalismo de libre empresa, lo ideológico en el campo del capitalismo de Estado.

¡Raza de Abel, amor y enjambre!
Tu oro también se hace pequeño.
Raza de Caín, corazón que arde,
Cuidado con esos grandes apetitos.

Baudelaire, “Abel et Caïn”, *Las flores del mal*.

Hay una manera de detener la devastación sin conceder la libertad del aborto o difundir demasiados anticonceptivos, han clamado durante mucho tiempo los estalinistas posteriores a 1957, Jeannette Vermeersch en cabeza⁵⁷: “A todas las mujeres se les debe brindar “la oportunidad de ser madres”, es decir, proporcionarles de manera indiscriminada hábitat, bienestar, trabajo y todo lo que sigue.

En este caso, dicen, el aborto ya no sería un mal remedio para una situación catastrófica; ¡las mujeres ya no tendrían ningún motivo para rechazar la maternidad! ¿Pero la tasa de natalidad?

Aquí, los leninistas (que admiten el aborto en caso de apuro, pero desconfían de la anticoncepción) guardan un cauteloso silencio.

A través de este silencio escuchamos la aprobación tácita de la izquierda: la anticoncepción de uso generalizado será

⁵⁷ Vicepresidente de la Unión de las mujeres francesas, Jeannette Vermeersch, se expresó contra el “control de la natalidad”, considerado “no un atractivo para las masas, sino un arma en manos de la burguesía contra las leyes sociales” (*L'Humanité*, 10 de Abril, 1956).

suficiente para acabar con la aceleración demográfica. Pero, ¿no es la anticoncepción un derecho de las mujeres a la autodeterminación? ¡Oh, para cuando esté lo suficientemente extendido como para convertirse en un peligro!... contradicción tras contradicción.

Anticoncepción, el 63% de las mujeres que se someten a un aborto admiten que no sabían que existía. Solo el 10% de las mujeres francesas lo practica.

Editorial en *Guérir*, noviembre de 1971.

[...] anticoncepción, solo el 5% de las mujeres francesas la utilizan [...]

Dr. Peyret, Observaciones recopiladas por Noël Bayon, *Healing* en el mismo número.

El 6% de las mujeres francesas tiene acceso a métodos anticonceptivos.

El libro blanco sobre el aborto, *Le Nouvel Observateur*, 1971.

**Raza de Abel, cruz y pastilla.
Tu oro ya no hace pequeños.**

Tomando la antorcha de los leninistas como aquellos que, con Jeannette Vermeersch, habían tomado una vez la suya, los católicos Chauchard y Lejeune, pioneros de Nestlé y de

“Dejadlos vivir”⁵⁸ (y acabemos:... para que los maten) expresan este piadoso deseo: “¡practicar una política de familia amplia!” A saber: abolir la injusticia, los barrios marginales, la desnutrición, la prisión alucinatoria de la madre de una familia cargada de niños... ¡Ah! aquí está, la solución soñada. ¡La única forma de rechazar la libertad del aborto!

La lástima es que esta solución requeriría, precisamente, de la revolución que los poderes actuales saben que sería su muerte, ya que aún niegan la autorización del aborto y la distribución de anticonceptivos. Además, por el único temor de este espantoso espectro, del cual el aborto mismo sería, con la liberación del sexo, sólo un precursor de fuego fatuo. De ahí el inmenso lío donde luchamos juntos, opresores y oprimidos.

Además, admitiendo incluso un capitalismo de tipo “socialista burgués” escandinavo, que estableciera un compromiso entre el bienestar y la libertad sexual de los trabajadores, por un lado, y las ganancias de los propietarios por otro, cosa imposible en nuestras regiones de un tradicionalismo capitalista completamente diferente, la cuestión número uno no se resolvería, porque la tasa de natalidad no se reduciría de ninguna manera con tal sistema. Lo vemos en el caso de las ratas blancas de laboratorio, dotadas de todo el “bienestar”. Además, esta conmovedora e idealista solución a la que alternativamente se han aferrado estalinistas y católicos atrasados, ignora, como todo lo que

58 Let-les-vivre, fundada en 1971 por Geneviève Poullot y Paul Chauchard (presidente), es la asociación antiaborto francesa más antigua. Aún vigente, experimentó un período de fuerte actividad, particularmente en oposición a varios proyectos de ley que liberalizaban el aborto. Desarrollaron una propaganda muy virulenta, equiparando la libertad de abortar con la “libertad de asesinar”.

producen tales políticos, las múltiples razones que puede tener una mujer para rechazar la maternidad fuera de las que siempre planteamos: falta de vivienda, mala salud, molestias materiales. Casi como si la mujer fuera un rebaño cuyo único derecho válido, el único reclamo aceptado, seguiría siendo el de tener buenos pastos, un establo aireado y limpio, un pelaje reluciente y un veterinario atento. ¿A cambio de qué, con qué perversión le negarían al granjero tantos terneros como puedan ser abastecidos por sus generosos costados y sus siempre calientes vulvas?

Mientras tanto, estamos al borde de una catástrofe global, gracias al uso y la propiedad exclusiva de la fertilidad humana por parte de la sociedad masculina.

Un responsable: el poder del macho

¿Qué habría sido de la demografía en manos de un poder femenino o, simplemente, compartido por ambos sexos? Evidentemente, el gravísimo peligro actual no sería una amenaza.

Incluso bajo el reinado masculino, la mujer siempre ha tenido menos hijos de los que el hombre quería producir. La anticoncepción, lejos de ser reciente, siempre fue aplicada por mujeres, de forma a veces fantasiosa, a veces peligrosa: Soranos de Éfeso y San Jerónimo fueron los primeros en denunciar los peligros de estas recetas. La historia masculina

sólo habla de amuletos para “fertilizar”; las mujeres, sin embargo, conocían otras cosas. Las francesas portaban en secreto una salamandra; las esposas alemanas un testículo de comadreja; las inglesas romero y mirto, y esto hasta el siglo XIX. Las piedras también eran muy famosas. Una vez más la historia de los hombres habla sólo de pócimas o hechizos de amor, pero la crónica secreta de la mujer conoce “la piedra para que tu marido se aleje de tu cama”. El jaspe se consideraba un anticonceptivo en Japón; la esmeralda fue apreciada en la Europa medieval. Aún otros ritos: las mujeres, informa Alberto el Grande, que dio su nombre a Place Maubert, deben escupir tres veces en la boca de un sapo para no estar embarazadas durante un año. De nuevo en Japón: comer abejas muertas, pisar un cadáver. En el norte de África, la mujer musulmana tiene que rodearse de la talla de un versículo del Corán.

A estas supersticiones puras se suman los intentos de los métodos médicos. Una infusión de corteza de sauce muy caliente gozaba en la antigüedad del mismo favor que la absorción de quinina antes de la “píldora”. Se recomiendan otros ingredientes, de los cuales los más famosos son: limo de camello, en Asia Menor; yema de huevo, plátano, hoja de nuez en el norte de Europa; pólvora en Rusia, píldora de aceite y mercurio.

En 1856, en Cincinnati, la estadounidense Soule descubrió los medios para prevenir la ovulación a partir de un anticonceptivo empírico de la India. No fue hasta 1950 que en esta misma América el sociólogo Norman Himes retomó la cuestión donde la había dejado: prueba contundente de que el problema de la

superpoblación se debe efectivamente a la voluntad de la sociedad masculina.

Al comienzo de la civilización, la ciencia de los hebreos ya había descubierto los días del ciclo fértil de la mujer; este conocimiento solo sirvió para garantizar y aumentar la fertilidad. No fue hasta 1955 que el Instituto de Biología de Massachusetts comenzó a investigar el desarrollo de la píldora.

Hasta hace muy poco, los métodos de anticoncepción se redujeron a practicar el coitus interruptus y el uso de preservativos, que aparecen en el siglo XVIII; aunque el primer condón mencionado por la historia es de tipo femenino, según la leyenda de Minos y Pasiphaé en un texto de Antonius Liberalis; y que se encuentra una breve mención de una “bolsa de vejiga” en Mme. de Sévigné. La creación y distribución comercial de los preservativos solo se realiza según el tipo masculino; durante mucho tiempo no se trató de evitar la procreación, sino de contaminar. Y el inglés Daniel Turner encuentra tan desagradable “esta armadura contra el amor” que afirma que los ciudadanos del siglo XVIII prefieren incluso correr el riesgo de la viruela. No hace falta decir que los cónyuges no habrían pensado en usarlo con sus esposas. En el caso del condón inglés y en el del coitus interruptus, en cualquier caso, la mujer se vio obligada a confiar en su pareja y a creer piadosamente en su dominio sobre sí, en su buena fe, e incluso en su sobriedad.

Cuando aparecieron los primeros anticonceptivos bioquímicos modernos, por seguros que fueran, no se pusieron a la venta en los países católicos latinos, excepto Gynamide,

que sólo logró una de cada dos mujeres; y nuevamente, en 1955, la autora de estas líneas tuvo que provocar un escándalo para que se le entregara en cierta farmacia de provincias (que vendía condones masculinos libremente desde que sonó el timbre de la puerta por primera vez)⁵⁹.

Las estructuras sociales eran obvias: la fertilización era un asunto de hombres; dependiendo de él imponerla o rechazarla. Los funcionarios de la ciudad francesa, a quienes se les ordenó tomar medidas para controlar el enloquecedor flujo de nacimientos, podrían haber respondido de buena fe que los ciudadanos varones solo tenían tantos hijos como querían; para las demás, las hembras, ¿en qué contaba su opinión? ¿Qué uso podrían haber hecho, en este tema, de la papeleta otorgada desde 1945? No hubo proyecto de ley ni reforma de la ley, ningún diputado, hombre o mujer, lo puso en su programa. Mucho mejor: De Gaulle, como Pétain no hace mucho, como Debré hoy, rogaba a Francia que tuviera hijos.

La Iglesia, gran admiradora de la anticoncepción y el aborto, no siempre ha mostrado esta rigidez de actitud. Usualmente se cree que el control de la natalidad es una preocupación moderna, mientras que vemos que estos métodos rituales, orales, mecánicos, existen desde la más alta antigüedad, así imaginamos que la Iglesia ha aplicado desde todos los tiempos el precepto fanático de la procreación, en virtud de la moral judaica que el cristianismo continúa. Ahora bien, así como no fue hasta el Concilio de Trento que se hizo del matrimonio un sacramento (mientras se repite el anatema a quienes lo

59 Sobre la historia de la anticoncepción, ver: Angus McLaren (1992), *Historia de la anticoncepción desde la antigüedad hasta la actualidad*.

consideraban superior al celibato, incluso al secularismo), así también la fecha en la que el aborto se convierte en delito es la de 1588, es decir veintiocho años después del mismo Concilio de Trento, en virtud del Papa Sixto V. Hasta entonces, la Iglesia no podía lógicamente prohibir esta práctica antes del tercer mes de vida del embrión, ya que ese era el momento en que se le dotaba de alma (con una diferencia según el sexo, para obvio beneficio del embrión del feto masculino, según San Agustín). Además, estaba en conexión directa con la enseñanza de Hipócrates que otorga la vida al mismo feto a partir del tercer mes. Que un precepto destinado a aumentar el número de fieles en un siglo en el que la población total de la tierra no alcanzaba a la de la China actual siga vigente cuando el planeta está a punto de desbordarse, es un absurdo que el papado actual pretende mantener entre cientos de millones de fieles.

Haz niños, no hagas el amor

Pablo VI, (Tarjeta humorística estadounidense)

“¡Ah, no es suficiente con dos, te haré un tercero, perra!”

Grito en agosto de 1970 por un campesino de Auvernia golpeando a su esposa embarazada que acababa de hablar con una amiga lesbiana.
El niño número 3 nació hoy.

Curiosamente, cuando se examina el comportamiento de ambos sexos con respecto a la procreación: la gran mayoría de las mujeres aman a los niños incomparablemente más que los hombres. Con frecuencia, en el límite, el niño se convierte en cómplice de la mujer contra el hombre, en la comunidad de la misma opresión. El hombre quiere prolongarse, pero no le gusta instintivamente lo que lo prolonga; al contrario, tiene sospechas y lo envidia. El complejo de Edipo debería llamarse complejo de Laërte: es el hombre-rey que ve en su hijo un rival (toma el amor de la mujer) y un futuro asesino (representa, a través de su juventud, la vejez y la muerte del padre). El índice más seguro de importancia femenina en cualquier sociedad, como bien saben los etnólogos, es la situación favorable del niño. Cuanto más falocrática es la sociedad, más maltratados son los niños y los jóvenes, con el objetivo declarado de hacer de ellos “hombres”. (En el caso de una hija, a menudo es la madre la que capta con avidez los motivos para reprimir a su hija tanto como a ella misma). “No existe un buen padre, es la regla, dice Sartre; no culpemos a los hombres, sino al vínculo de la paternidad, que está podrido”⁶⁰.

El veto contra la mujer es la primera regla de la que los hombres de Dios derivan la conciencia de pertenecer al ejército del Padre.

¡Escupamos sobre Hegel!

(Manifiesto feminista italiano)

60 Jean-Paul Sartre (1964), *Les mots*.

Ahora bien, de los dos sexos, es el que menos ama al niño el que se lo impone al otro. El vientre de la mujer, más inagotable que el de la naturaleza, crece y se multiplica mientras que el de la tierra se marchita lentamente bajo el falo-arado, la apisonadora y el veneno de los revestimientos químicos. El macho ha triunfado, pero desde un principio de muerte.

Hay muchas razones por las que el hombre quiere ser padre. Ser prolongado por hijos es el primero de los sueños masculinos más antiguos; hay también la necesidad de dominar lo joven y débil y que depende de ti, redoblando la satisfacción que el falócrata deriva de la mujer-novia; pero en las culturas del pasado e incluso hasta el día de hoy en las clases trabajadoras, especialmente campesinas, se trata de encadenar a la mujer a su propia especie, de “impedirle correr”, de hacerle sentir concretamente su pesadez de animal inferior. “Agarrarla por el talón, a ella que caminaba con tanta ligereza sobre el agua”, dijo Virginia Woolf de una de sus heroínas en *La habitación de Jacob*.

La humanidad se ha reproducido lo suficiente, ahora debe unirse.

Tolstoi.

El odioso apóstrofe del campesino de Auvernia no es un caso extremo: “¡Te haré un tercero!” Se impone un castigo con un hijo a una mujer, que le enseñará a ser mujer. La firmante de estas líneas escuchó la misma formulación de falocratismo triunfante, en términos más castigadores, del padre de su hijo. Esa es la conducta de la supremacía. Reproducirse, en muchos casos en la cultura del macho, es lo contrario a unir.

El hombre del sistema patriarcal es, por tanto, ante todo, responsable de la demencia demográfica, así como de la destrucción del medio ambiente y la contaminación acelerada que coinciden con esta demencia para legar un planeta inhabitable a los que nos prolongarán.

El movimiento feminista no es internacional, sino planetario, global, dice Carla Lonzi en su *Crachons sur Hegel* ⁶¹.

Por tanto, urgentemente se trata de una transferencia de poder y luego, lo antes posible, de una destrucción del poder. La entrega debe hacerse del hombre falocrático, responsable de esta civilización sexista, a manos de mujeres despiertas. Porque, como hemos visto, podemos sin dudarlo hacer al hombre directamente responsable de la lamentable situación demográfica actual, y no solo al poder masculino: al hombre en todos los niveles. Para una madre cristiana soltera que persiste en usar el método Ogino⁶², tenemos otras diez mujeres que, por reaccionarias que sean a nivel sexual, exigen al menos el

61 Carla Lonzi (1974), *Escupir sobre Hegel. Una revuelta feminista*.

62 Nuevamente, no debemos exagerar. Fanático de la virginidad y la fidelidad conyugal, el creyente se vuelve escéptico ante la prohibición de prácticas que eviten la fecundación. “Muchas madres cristianas tienen sólo dos o tres hijos”, observa Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*, 1949).

aborto terapéutico prolongado y el acceso a anticonceptivos. Pudimos leer en *Elle*, que no es un semanario delirantemente progresista, después de las posiciones papales: “Soy católica y no estoy de acuerdo”. Por tenaz que sea la resistencia de la Iglesia católica que, en Francia, tiene una buena clientela femenina, en este punto, en lo que respecta a sus estómagos y su aferramiento al futuro, las mujeres más pusilánimes tienden a informarse, e incluso a rebelarse en ocasiones, si disfrutan de un mínimo de posición social.

Estas son las mujeres francesas. El panorama variaría al acercarse a otros países. Las estadounidenses y las británicas están mucho más decididas a exigir una libertad sexual total; pero las estadounidenses, además, se enfurecen por sus condiciones de contratación y su mercado laboral. Las mujeres españolas y sudamericanas mantienen la boca cerrada, en países donde, incluso para salvar la vida de la madre, muchas veces el aborto es imposible⁶³. Desconocemos la tasa de sus abortos clandestinos, seguramente impresionante si juzgamos ya por Italia. Pero, en general, la opinión femenina, en Europa o América, está sensibilizada al extremo en el tema de la anticoncepción y el aborto. La idea del control de la natalidad es una obsesión de las mujeres desde siempre. Cualquiera que sea la carga que represente el exceso de nacimientos para el padre o para la nación, nunca, y de lejos, es sentido como tal por el Atlas Femenino, ese cuerpo débil que lleva todo el peso del mundo.

63 Recordemos que el libro fue publicado por primera vez en 1974. [N. d. T.]

Que la Iglesia Católica, donde las mujeres están excluidas del sacerdocio, sea el principal obstáculo para reevaluar el aborto demuestra que este es un problema de hombres. Que quienes oficialmente no tienen ni vida sexual ni hijos sean responsables de controlar y dirigir no solo las relaciones sexuales, sino también la fecundación de la gente común, no es un escándalo en nuestra moderna, milenaria cultura; basta con que estas personas sean hombres. El Papa decide ex cátedra; los sacerdotes aplican su voluntad. Aparte de esa parte de la humanidad creyente, el resto del mundo se referirá a personas que a menudo son o no devotos suyos, y que llevan una vida sexual, tienen hijos. Pero los legisladores, jueces, médicos, son siempre hombres⁶⁴. Los hombres solo empezaron a interesarse por el problema de la natalidad, como el de la destrucción del medio ambiente, cuando la situación se volvió catastrófica, casi desesperada.

Podría objetárseme el hecho de que, en cualquier caso, todos los males de nuestra sociedad son de origen masculino, ya que la masculinidad es la esencia misma de esta sociedad: ¿por qué centrarse en unos y no en las otras? Eso, que es básicamente cierto, merece matices; matices importantes. Por un lado, las peores negatividades de las mujeres se deben a los hombres que así las han formado y moldeado para su uso, sin duda; por otro lado, algunas de estas negatividades se pueden mantener entre ellas –así como en las categorías oprimidas, cuando la cultura evoluciona, los peores reaccionarios son cómplices del opresor– contra la propia evolución de la actitud masculina. Tomemos un ejemplo: en los intentos modernos de emancipar

64 La proporción de mujeres en estas profesiones sigue siendo tan baja que es insignificante.

el sexo, por modestos que sean, dado que la emancipación total sólo puede lograrse con la revolución, los opositores más decididos a este cambio son las masas femeninas. (Así, en el pasado, las protestas más fuertes contra las asignaciones familiares vinieron de los viejos proletarios que habían criado a sus familias sin ayudas estatales). En la represión de los homosexuales, es de una mayoría femenina de donde provienen estas disposiciones negativas. Continúan defendiendo la moralidad del opresor cuando éste comienza a no creer más en ella. Por otro lado, si una mujer toma consciencia de ello, solo una vez en su vida, ya nada puede detenerla.

Mutantes: los marginados y las mujeres

En este momento, la única categoría que puede tomar el liderazgo de las minorías opositoras es la de las mujeres, ya que son la única mayoría que puede ser tratada como minoría.

La reaparición de la mujer ha iniciado un movimiento de marginación voluntaria de la juventud, que manifiesta por todos los medios posibles, destructivos pero pacíficos, su convicción de tener que empezar de cero.

Carla Lonzi: *Escupir sobre Hegel*

Hoy, el espíritu de la revolución que se ha de hacer debe ir más allá de lo que hasta ahora se ha llamado “espíritu

revolucionario” en tanto como éste ha ido más allá del reformismo. En definitiva, ya no es revolución lo que necesitamos, sino mutación, para solucionar un problema global del que la amenaza demográfica es sólo uno de los aspectos extremos, pero sin duda el más urgente.

VI. ACERCA DEL ABORTO

Una cuestión

El manifiesto de las 343 fue la balística que impulsó al nuevo feminismo, el del Movimiento de Liberación de la Mujer. Desde esta campaña, hemos podido plantearnos esta cuestión:

Hoy han aparecido muchas demandas, gracias a la conciencia de las mujeres. Solo queda el bochorno de la elección: en el plano profesional, salarial, social, político, etc., son tratadas como subalternas, relegadas a las zonas más ínfimas, bloqueadas en su promoción, en fin, en todas partes desfavorecidas. Entonces, ¿por qué la consciencia se generó en torno a estos “puntos calientes” que nadie esperaba: la anticoncepción y el aborto?

La verdadera revolución sexual (no la caricatura que se nos ofrece) se vislumbra en el horizonte de esta lucha. Es aquí donde el interés más vital, más íntimo, más individual de la mujer se cruza con la salvación, amenazada y comprometida, de toda la especie; y, curiosamente, es allí donde se encuentra

con una resistencia tan desesperada que evoca el instinto de muerte analizado por Freud.

Nada puede ser más esclarecedor que los increíbles textos publicados con fines documentales por *El Libro Blanco del Aborto*, publicados después de la jornada dedicada a este debate en el club Nouvel Observateur de la Salle Pleyel.

Entre los pocos firmantes de estos textos que hace concluir al filosófico *Nouvel Obs*: “Incluso si el MLF tiene razón en el fondo, qué importa, no es cierto que la gente esté hecha para ser feliz contra sí misma...” (sic).

Citemos:

Para un genetista técnicamente no hay diferencia entre un aborto y un infanticidio: en ambos casos se trata de un ser humano.

Jerome Lejeune, profesor⁶⁵.

¿Qué rabia poseen para matar a sus bebés?

publicado por *El mundo*.

¡Por favor, un poco de aire fresco en sus columnas, Nouvel Observateur! Estos 343 culos de izquierdas, ensangrentados y cuidadosamente alineados bajo nuestras

⁶⁵ Y miembro muy activo y asesor científico de la asociación “Déjadlos vivir” hasta 1985.

narices son un poco repugnantes, y emergen como una fosa común. Independientemente de los regímenes políticos, las creencias o el entorno social, el aborto sigue siendo una aventura degradante.

Dr. PM, Hellemmes.

Es pura y simple histeria, en el sentido propio de la palabra tomada del griego husterá, es decir “matriz” (en delirio).

CW, Wasquehal.

El problema es reconocer la dignidad de la mujer proclamando su derecho a matar y anunciando cinco asesinatos como tantas victorias. Hay que despertar el sentido social y cívico de la mujer, abrir guarderías, dar trabajo para ella y sus hijos.

El papista de turno (desmesurado + fascista + reaccionario), A. de La G., Rodez.

Las páginas que le dedican al “Manifiesto” son un desafío cuádruple que la gente honesta debe denunciar. Es un desafío a la modestia, esta virtud que fue exaltada y respetada por las civilizaciones cuando estaban en el

apogeo de su grandeza y fue negada en períodos de decadencia.

Es un desafío a la moral, pues cualquiera que sea la filosofía o religión a la que uno pertenezca, uno lleva dentro de sí, como primer principio, la noción del bien y del mal.

Es un desafío para la familia que es, como piensen algunos firmantes del “Manifiesto”, la célula viva de cualquier sociedad. Finalmente, es un desafío a la ley: efectivamente existe una ley conocida por todos –que data de 1920– que condena a prisión y multa a todos aquellos que hayan practicado sobre sí mismos o sobre otros, maniobras abortivas y todos los que los ayudaron. Sin embargo, cuando lo proclamamos públicamente (etc.), las máximas autoridades del Estado deben hacerse cargo de estos delitos.

Dra. M.–TG–D., ginecóloga,
madre de cinco hijos, Aix–les–Bains.

La lista de 252 “apellidos” de médicos que abogan por el aborto gratuito me sumió en pensamientos extraños. Un poco más de la mitad parece ser “de cosecha propia”; los otros, el 40%, suenan bastante diferentes. [...] Vienen hasta nuestros brazos, ¡abortar nuestras hijas, nuestras compañeras!

J A, París.

La MLF es antifeminista. Demostró que dejar hablar a las mujeres conduce a una auténtica catástrofe, que sus puntos fuertes aún residen en el cardado de bollos y que sus discusiones se convierten en canciones, grafitis y gritos histéricos. Es una pena. Estoy verdaderamente herida y humillada como mujer. También me duele ver que la mayoría de estas activistas eran muy jóvenes y ver con qué ligereza tratan nuestros problemas. ¿Por qué la juventud siempre quiere monopolizar las grandes preguntas?

S O, París.

La contaminación matará a nuestros hijos.

Lema escrito, durante el desfile de la Marcha Internacional por el Aborto y la Anticoncepción organizado por el MLF, 20 de noviembre de 1971.

Al machismo indiscutible de la llamada sociedad burguesa, construido durante el siglo XIX, se teme que seguirá una histerocracia que no hará sino revertir el problema. Considerando mi edad y mi situación como soltero, no estoy directamente –si me atrevo a decirlo– al tanto, pero me siento solidario con mis hermanos de sexo,

jóvenes o viejos, amenazados directamente ya no con la castración, sino más o menos con la aniquilación. Un mundo de mujeres solitarias cuyo “útero”, como dicen, no es más que un medio de producción me parece bastante preocupante.

Abbé Marc Oraison, autor de numerosos escritos sobre la integración social de la homosexualidad.

Controversia y testimonios

Terminemos esta lectura y pasemos a la de los textos mixtos: aprobaciones con matices y reservas, discusión, presentaciones, testimonios discursivos o controvertidos, puntos de vista “objetivos”. Los representantes de un sindicato de Burdeos creen que es mejor prevenir que curar. El profesor Paul Milliez ve el remedio en la información sexual: ¡cuidado, no erótica! (sic), y no en el aborto; “porque si lo admitimos, también estaremos admitiendo la oficialización de la homosexualidad que es una desviación patológica”⁶⁶. Evelyne

⁶⁶ Cfr. La correspondencia de Claudel y Gide, donde el primero explica al segundo que si uno comienza a admitir excusas para la homosexualidad, pronto encontrará algunas para el onanismo, la antropofagia y la violación de niños.

Sullerot ⁶⁷, en cambio, todavía cree que es necesario “en muchos casos médicos y sociales”. La Sra. B., de París, piensa que la ley sobre el aborto debería, por supuesto, ser relajada “en ciertos casos específicos”, pero estaba “disgustada por la lista de las 343”. CB, en Villemontais, más bien tiene la impresión que “nuestras activistas del aborto no quieren perturbar sus acogedoras vidas”. Para JP, de Caen, “hay casos graves o casos bastante graves en los que el aborto es un mal necesario”. Pero también le repugnan las “343 mujeres burguesas que proclaman su egoísmo”. La señora FT d'Alès piensa que el parto no deseado es un problema falso: lo único que hay que hacer es confiar al niño al cuidado de una comunidad hippie.

Una redactora de *Clair foyer* juzga que “dar a luz es dar luz”, y que quienes se niegan no han “superado el nivel de su barriga, renunciado a satisfacer todos sus instintos”. La Sra. JC, de Neuilly-sur-Marne, declara que el aborto gratuito corre el riesgo de convertir a una mujer en “un objeto, una máquina”, que es enviada para ser revisada en el taller; “Es allí donde la mujer es esclava del hombre ya que está sometida a su beneplácito”.

Un estudiante de Toulouse propone preferentemente el abandono: hay seis solicitudes de adopción para cada niño abandonado.

67 Évelyne Sullerot es cofundadora de la asociación La Maternité brûlée, que en 1960 se convirtió en el movimiento francés de planificación familiar. Sus posiciones cambiarán en la década de 1980. Llegará a decir del aborto que se ha “convertido en un anticonceptivo-bis, y hasta en un derecho a ser destruido” y se opondrá a la gestación subrogada (*Píldora, sexo y ADN, tres revoluciones que trastornaron la familia*).

Finalmente, la Federación Protestante propone como criterio susceptible de legitimar el aborto la “grave amenaza al estado físico y psíquico de la madre”, el “grave peligro para que el feto se vea afectado por malformaciones y alteraciones significativas”, “violación e incesto”, “y el hecho de que la madre sea menor de dieciséis años”.

Leo y releo este segundo contingente y me pregunto si todavía prefiero el primero.

Buscar las razones por las que una no debe caminar sobre el rostro de un hombre es aceptar que una camina sobre su rostro.

Simone de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*.

Otro testimonio. El último. Éste viene del país de Maria Chapdelaine y los quintillizos, del catolicismo en el poder y los tramperos de la literatura infantil.

“Me uní al Movimiento de Liberación de la Mujer en Toronto cuando la sucursal de Toronto decidió unirse a la campaña del aborto... Trajimos un ataúd. Simbolizaba a todas las mujeres canadienses que mueren cada año como víctimas de un aborto clandestino... En el ataúd, están los instrumentos utilizados durante estos abortos clandestinos. No me atrevo a mirarlos... Elsa leerá una descripción del uso habitual de los instrumentos. Las mujeres se adelantan con el ataúd en alto, pero la policía las aparta... Finalmente nos dejan pasar. Elsa comienza a

leer: En este ataúd hay bolsas de plástico, se usan para llenar el útero y obligarlo a entrar en trabajo de parto. Al no estar esterilizados, pueden provocar infecciones graves; cuando no son fatales, condenan a la esterilidad de por vida. Hay agujas de tejer en este ataúd. Se introducen en la vagina para perforar el útero. Termina con inundaciones de sangre. Hay un vial de Lysol en este ataúd. Se utiliza como solución para la limpieza de suelos de parquet. Aquellas que quieren abortar se lo inyectan en la vagina. El tejido se quema severamente y hay hemorragia. La muerte ocurre en minutos. El dolor que le precede es intenso, ardiente, insoportable. Hay una aspiradora en este ataúd. El tubo que se coloca a la entrada de la vagina para extraer al feto, succiona todo el útero que se desprende de la cavidad pélvica. Tengo ganas de vomitar. Todo gira a mi alrededor. Ya no puedo escuchar la voz de Elsa, solo escucho los sollozos de Mary a mi lado y el horrorizado silencio que me rodea. Todo esto les está sucediendo a las mujeres en este momento en todo Canadá mientras nos sentamos en este hermoso césped frente a esta hermosa casa...”

Es así como las “burguesas” se niegan a ir más allá del “nivel de su barriga” y a dejar “perturbar su acogedora vida” aunque eso signifique esparcir “un olor a fosa común” que deja algo que desear, en las columnas del periódico que habla de ello, “un poco de aire limpio”. ¡Señora! Su barriga, como dicen, qué símbolo del egoísmo y del rechazo a la “Luz...”.

Conozco a algunas de estas otras mujeres burguesas que no querían perturbar su acogedora vida. Conocí algunas de sus aventuras. Una de las que “se acercan rápidamente a la

menopausia” (expresión feliz del padre Oraison) fue abortada en el monte, en una mesa de cocina, con una linterna y un cuchillo de campamento. Ella quedó estéril. Otra, que vivió en la miseria hasta que la fama le llegó al final de sus días, casi muere, drenada de su sangre, en una clínica suburbana donde había fallado y donde fue tratada como una oveja negra. Otra, maestra, casada, madre de tres hijos a quienes adora y cría en condiciones increíbles, tuvo un cuarto aborto cuando el marido la había dejado por una mujer más afortunada que ella, cansado de la vergüenza de ser un par de maestros pobres. Ella también estuvo a punto de morir. ¡Miradme a estas burguesas que proclaman su egoísmo!

Cuando hemos pasado noches de vigilia al lado de la cama de una mujer cuyos labios se están poniendo azules, cuando hemos vaciado cuencos de sangre, realizado llamadas, maldecido camilleros, volteado sus bolsillos para pagar la visita de un estudiante de medicina muerto de miedo, cuando una deseaba ardiente y en vano la citación a la comisaría “como cómplice” para poder derramar su corazón e insultar copiosamente a los vigilantes del orden masculino, del orden hetero y patriarcal, ¡ah! censores virtuosos, signatarios de la basura, siquiera de la casa mencionada anteriormente, gente pequeña ignorante que nunca ha leído una línea de las Cassandras que se llaman U Thant⁶⁸ o la Comisión para el Consejo Técnico de Europa y que nos pronostican 7 mil millones de habitantes para el año 2000, ya que es difícil resistir la tentación de coincidir finalmente con los Sres. Paul Chauchard y Lejeune, estos puros y ardientes anunciantes de la

68 El político birmano U Thant (1909-1974) fue el tercer secretario general de las Naciones Unidas de 1961 a 1971.

buena leche de Nestlé, convirtiéndose, para siempre, en “asesinos” (¿O deberíamos decir: sus albaceas?)⁶⁹

Respuesta a la broma de un sacerdote

Aunque la posición del padre Oraison ha evolucionado desde entonces, no podemos dejar de notar su declaración sobre el tema de las denuncias incriminadas: “¡Estos activistas evacuan alegremente la delicada cuestión del amor!” Antiguamente, el profesor de derecho francés Garraud, cuyo curso sirvió de biblia a generaciones de magistrados, había formulado el espíritu que rige en nuestro país la legislación sobre el sexo: Todo individuo es dueño de su cuerpo a partir de su inteligencia y puede incluso disponer de depravarse sin que la comunidad pueda intervenir.

Este principio, extraído de las conclusiones de la *Declaración de Derechos Humanos*, debe servir sobre todo para garantizar el ejercicio de la prostitución, considerada como la explotación “libre” de su capital: el cuerpo. (El de una mujer, por supuesto).

69 A finales de los años 70, la opinión pública internacional se escandalizó con la agresiva publicidad de Nestlé para convencer a las madres de que su leche preparada era mejor que la natural procedente del pecho de la madre. Primero fue un artículo en la revista *New Internationalist* en 1973 que detallaba las consecuencias del uso de la leche artificial en los países del Tercer Mundo, con miles de muertes de bebés por el uso de agua no potable o la mala manipulación de los biberones. Un año después el informe *The Baby Killer*, de la ONG War On Want, denunciaba las prácticas de la multinacional, y la sensibilización llevó a un boicot mundial a partir de 1977. Una de las primeras denuncias fue expuesta por la doctora Cecily Williams en 1939, quien relacionó la leche artificial con la muerte de bebés.

Nadie ha señalado todavía a los magistrados, médicos y sacerdotes que deciden sobre la disposición de los cuerpos femeninos, su uso y su procreación (incluso en el momento actual de demografía enloquecida) que evaden alegremente la delicada cuestión de la libertad garantizada por la Revolución francesa y por las numerosas convenciones internacionales firmadas desde la guerra.

¿En que queda el “grave atentado a la integridad física y mental” definida por el acuerdo de los cuatro grandes, el 10 de diciembre de 1948, como un “crimen contra la humanidad”?

VII. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL

¿Por qué esta lucha?

Antes de abordar en profundidad los dos primeros de todos los problemas: la destrucción del medio ambiente y la locura demográfica, debemos sacar las conclusiones de lo anterior.

La lucha feminista, hoy, ya no puede emprenderse en nombre de la abstracta “igualdad de sexos” (que el falocratismo siempre se ha cuidado de confundir con “identidad”) o de la más moderna “libertad del erotismo”. Ahora es VIDA O MUERTE.

La fórmula: “libre disposición del cuerpo” recibe un nuevo significado.

Ya no hay necesidad de “reclamar un derecho equitativo al placer” como en el feminismo materno; la fórmula se convierte finalmente, según Fourier, en “un escándalo que podría trastocar las bases mismas de la sociedad”. Va incluso más allá de la dimensión, “las mujeres tienen derecho a disponer de sí

mismas”, tan cara a la Utopía socialista; es la posibilidad de salvación, del estrés finalmente capaz de corregir la inflación de nacimientos, y lo único capaz hoy, de salvar la vasija planetaria que hundirá cuerpos y bienes después de haber agotado su alimento y oxígeno.

¿Significa esto que solo la exigencia de la anticoncepción agota el problema feminista?

Ciertamente que no: “El viejo feminismo está muerto por haber centrado su lucha en el sufragio universal; hoy, centrarse en la anticoncepción y el aborto equivale a vaciar nuestra lucha de su contenido; cuando estas demandas sean satisfechas, y necesariamente lo serán, habremos olvidado que el objetivo de nuestro movimiento, que la razón misma de su existencia, es destruir el falocratismo”, como dicen las activistas de hoy.

Falocratismo, sexismo, estructura heterófila

¿Qué es el falocratismo? preguntan, escépticos, algunos revolucionarios. “Cuando leemos vuestra prensa y folletos, tenemos la impresión de que estáis atacando un simple detalle, un rasgo del carácter de esta civilización judeocristiana; es solo un epifenómeno, un aspecto, y lo confundís con la base”. Y los marxistas concuerdan: “La infraestructura es el capitalismo”. Caéis en el idealismo filosófico, reemplazáis el análisis político por la subjetividad.”

Por tanto, es necesario definir aquí el falocratismo.

Aparecido en una época muy lejana, después de lo que Bebel llamó “la gran derrota del sexo femenino”, el falocratismo corresponde tanto a una estructura mental como a un hecho político y social históricamente fechado, como una necesidad muy probable del dominio del sexo femenino por el hombre en la agricultura hasta entonces en dominio de la mujer.⁷⁰

a) Como estructura mental, es la justificación del poder, un hecho social y político, por un hecho de la naturaleza, es decir, simplemente la posesión de un determinado miembro llamado falo, que más o menos determina la anatomía secundaria y presupone que todo ser nacido así (recordemos la palabra “reja”, jarrar!) es, por derecho divino, superior a lo que, en el mismo mundo, está privado de él: eunuco, mujer. (Mujer asimilada al eunuco, por todas las costumbres, todas las religiones.)

⁷⁰ No se trata de volver a la creencia del “matriarcado” de Bachofen. Pero la propia Simone de Beauvoir reconoce la “altísima posición” de la que gozaban las mujeres en una Antigüedad muy lejana. En *La crisis del psicoanálisis*, Fromm dice que la tesis de Bachofen, incluso falsa, mostró fecundidad incomparable para el pensamiento del siglo XIX, y al haber entendido mal explica en gran medida las aberraciones de un Freud innovador cuando se dirige al problema femenino. Mi investigación me llevó a creer que es la defensa, armas en mano, de la riqueza agrícola, lo que está en el origen de las supuestas “leyendas” de las Amazonas y sus luchas contra los hombres cazadores y pastores, siendo la segregación de la sexualidad necesaria por tabúes masculinos contra la sexualidad femenina: *El complejo de Diane* (1950) y *Feminismo: Historia y actualidad* (1971). Recordemos que apenas publicado este libro, la revista *Times* trajo una brillante confirmación a mi tesis mediante un comunicado de prensa de von Puttmaker, etnólogo alemán, que acaba de descubrir en Brasil las huellas de esta supuestamente legendaria civilización amazónica.

b) Sobre este postulado se injertan los conductos secundarios: el que tiene el más largo, el más fuerte, el más fácilmente erigible, etc., debe prevalecer sobre los demás machos menos dotados.

c) Con el desarrollo de la civilización: tercera etapa del comportamiento secundario. Quien debe prevalecer sobre los demás es quien posee el “símbolo fálico” más representativo de su cultura; por ejemplo, en la Edad Media, coraje, agresividad, fuerza física (y la historia del Grand Ferré muestra que incluso un campesino podía, por estas cualidades, relacionarse con personas de la casta noble); más tarde, después del feudalismo, el dinero se convirtió en el signo tangible del poder y, por tanto, de la fuerza fálica. (Esto se justifica a posteriori apelando a las cualidades viriles necesarias para acumular y hacer crecer una fortuna: inteligencia, templanza, obstinación, trabajo, sabiduría, etc.)

d) De todo esto, en cada etapa de la civilización, surge una prohibición relativa a las mujeres; debe ser “mujer sobre todo”, “natural”, “realmente mujer”, etc., es decir todo lo que se espera de ella. En otro lugar he subrayado que en el comienzo del cristianismo y para santo Tomás de Aquino, la mujer según la naturaleza es la que está sujeta al hombre, cuya cabeza lo es del hogar, como Cristo lo es de la Iglesia; y para los Estados Unidos de la década de 1950, el calificativo de “natural” se aplica a la mujer que abandona una carrera para comprar obedientemente pulidoras y aspiradoras⁷¹. Por lo tanto, siempre dominada por el hombre, portador del falo, la mujer

71 Véase Betty Friedan, *The Mystified Woman*, op. cit.

ve, sobre todo, que su condición comienza con una prohibición: que es un no-hombre, ella no debe actuar como un hombre; añadamos: puede no hacerlo sin el hombre, excepto si se somete directamente a Dios, en tiempos cristianos; cuando el mundo es profanado, ni siquiera tiene esta laguna: vivir con un hombre y darle hijos sigue siendo la única justificación de esta existencia sobrante y mutilada que es la suya, un ser humano sin falo y femenino “en virtud de cierta carencia” (Tomás de Aquino).

En la tercera etapa indicada, habiéndose convertido el falo en simbólico, la mujer debe ser despojada si es necesario de este símbolo: fuerza física, agresividad, actividad, dinero, puesto de mando, posesión de las fuentes de producción en muy última etapa. (Y esto nos devuelve al problema del capitalismo; pocas personas saben que el acceso por herencia u otros medios legales a una fuente de producción como propiedad privada solo ha sido posible para una mujer desde... 1969.) La gente protestará que siempre ha habido mujeres ricas; sin embargo, es una cuestión profundamente política planteada por Virginia Woolf en *Una habitación propia*: “¿Por qué las mujeres siempre han sido pobres?”. En efecto, la legislación, en todos los países del mundo, cristianos y otros (incluso más en los otros, claro), se ha esforzado por ayudar a la costumbre de que cualquier fortuna femenina sea efecto de usufructo y no de propiedad. El derecho de propiedad masculino sobre cualquier riqueza o fuente de riqueza que pueda existir es uno de los principios más profundamente arraigados en las estructuras mentales humanas.

Sin duda, el problema histórico no es tan sencillo. Tiene algunas contradicciones internas muy interesantes con las que las mujeres han podido jugar a lo largo de los siglos. Por ejemplo, la etapa número 2 se opone a veces a la etapa número 3: el falocratismo ha anclado tan bien en el hombre el orgullo del falo como tal, que un hombre de la casta oprimida puede vengarse de un hombre de rango superior, humillándolo con una posible superioridad personal, la del verdadero falo, órgano de procreación. Podría menospreciarlo e incluso quitarle a su esposa con cierta complicidad masculina general; ver *El amante de Lady Chatterley*⁷². El asunto podría parecer hasta el límite satisfactorio en el plan moral, como el placer democrático de ver a un plebeyo convertirse en ministro o general en pleno feudalismo. Pero la prueba de que se trata sólo de modalidades y detalles, es que cuando nos enfrentamos a un encuentro hombre–mujer, la superioridad de casta se convierte para la mujer en la más frágil de las murallas; es la prueba de que aquí prevalece el sexismo sobre la lucha de clases. Nada más normal para el Sistema que un hombre rico y poderoso juegue a don Juan con las doncellas, secretarias o empleadas; pero hasta ahora la gran dama que eligió a un guardabosques se expuso a peligros que nunca han amenazado a su homólogo masculino. La película sueca *Mademoiselle Julie*⁷³ se opone al amante de Lady Chatterley.

Esta observación siempre ha encantado a los moralistas falócratas, como el héroe de *La sonata à Kreutzer*⁷⁴, quien se

72 DH Lawrence (1928), *L'Amant de Lady Chatterley*.

73 *Mademoiselle Julie* (Froken Julie), dirigida por Alf Sjöberg en 1951.

74 Léon Tolstoï (1889), *La sonata à Kreutzer*.

ría de que “¡la mala conducta del hombre, al menos, no aumenta la familia!” (Lo cual es ignorar la cantidad de hombres que obligaron a sus esposas a criar a un bastardo). Pero si la ciencia no hubiera estado en manos de los hombres como todo lo demás, habría pasado mucho tiempo desde que la anticoncepción efectiva y la libertad de abortar podrían haberse convertido en algo vulgar. Hemos visto que, en todo momento, ha habido ritos y supersticiones para limitar la fertilidad de la mujer, y la historia hasta entonces nunca los mencionó, ¡mientras que tenemos un folclore abundante sobre ritos de fertilidad! También hemos visto que la situación demográfica tenía que volverse más que alarmante para que la investigación decidiera orientarse en esa dirección. En esto, como en todas partes, se denuncia enérgicamente la mala fe masculina y su participación sistemática en la opresión (opresión bautizada: “naturaleza naturante”⁷⁵).

Aquí, pues, está el falocratismo como tal; estructura básica de cualquier sociedad –sea la que sea–, pero también ligada a una estructura mental de las más antiguas que corresponde a la fórmula pascaliana: “Antes que poner la Fuerza en manos de la Justicia, se ha preferido poner la Justicia en manos de la fuerza”.

Todas las civilizaciones llevan esta marca mucho más antigua que el capitalismo, que el feudalismo, anterior a los grecorromanos, y todavía está presente en nuestro tiempo a pesar de las múltiples concesiones que erosionan el principio mismo de autoridad aquí como en otros lugares. El

⁷⁵ Para Spinoza, la *natura naturans* se interpreta como Dios creador, mientras que la *natura naturata* se refiere al ser creado. [N. d. T.]

falocratismo, como conducta universal de la sociedad masculina, creó el sexismo. Es él quien ocupa el lugar del Hijo en esta trinidad que, a partir del judeocristianismo, se completará con la estructura heterófila.

El sexismo es la división, según el sexo, del trabajo y la participación en la vida y en la gestión de los asuntos humanos. Lo que los alemanes llaman *Mitsein*. Es el sexismo el que le dice al hombre: “Harás A y no B, porque eres un hombre”. “Y a la mujer:” Harás B y no A, porque eres mujer. Es la fijación de los roles sexuales; en beneficio del poder masculino, por supuesto.

¿Cuál es el lugar de la estructura heterófila en este sistema?

No es de extrañar que, en tal contexto, la conducta homosexual sea la más subversiva y la más cargada de transgresión. ¿Existe una conducta más rigurosamente impuesta en cada uno de los dos casos, masculino y femenino, que la conducta heterosexual? Por eso, a partir del sexismo judeocristiano, la homosexualidad se convierte en puro mal, la revuelta luciferina. Y es por eso que la revuelta de esta minoría erótica que la psicología actual, cada vez más, considera como una segunda normalidad, se solapa “extrañamente” con la revuelta de las mujeres.

Llegados a este punto, quizás deberíamos advertir brevemente contra cierta botánica que alguna vez fue útil, pero cuyo mantenimiento correría el riesgo, hoy, de prolongar los juicios de valor susceptibles de mantener la injusticia. Cualquier persona que se involucre en actos sexuales con alguien de su propio sexo debe ser considerado homosexual; y debe considerarse como propenso a hacerlo, cualquier individuo que no esté oprimido por una educación demasiado represiva. Al final del día, todo el mundo es gay, aunque muy pocos lo son. Además, el que, portador de un falo, piensa y se asume realmente mujer, excepto por juego, es extremadamente raro y representa un caso excepcional de inversión mental. (“Divine habría lamentado ser confundido con una de esas horribles hembras de pechos grandes”, Genet⁷⁶). Debemos evitar cuidadosamente tomar por “invertido” al hombre que reclama la parte de feminidad que también existe en él, ya que todo ser humano es bisexual; o por “invertida” a la mujer que reivindica su parte simétrica de masculinidad, muchas veces al margen de cualquier comportamiento homosexual. Es simplemente, en muchos casos, una simple lucidez antifalocrática.

Muchos creen de buena fe, dada su escasa información, que un hombre o mujer homosexual necesariamente pertenece a uno de estos dos tipos adaptados al estereotipo sexual de su cultura, a veces incluso su exceso, como son el caso de los “maricones” que interpretan a un supermacho barbudo en un policía motorista o un soldado cubierto de cuero, y “lesbianas” que imitan a la odalisca, la extraña; o por el contrario la

76 Jean Genet (1943), *Notre-Dame-des-Fleurs*.

revuelta absoluta dirigida a adoptar los rasgos exactamente opuestos: la lesbiana viril y el homosexual afeminado o travestido, los únicos tipos reconocidos por el gran público. En realidad, entre estas dos parejas extremas hay una serie infinita de matices, incluso cuando se desafía la estructura heterófila. Y lo que conviene recordar sobre todo es que en ningún caso un comportamiento, vestimenta o estilo de vida externo, se corresponde con una realidad psicológica inmutable o con un comportamiento erótico definido. Muchos “supermachos” homosexuales, amantes del cuero y las botas, son dulces almas femeninas y fanáticos sentimentales, o pasivos exclusivos; cantidad de Saphos con plumas y perlas, son seres duros con una inteligencia tan poderosa como una bala de acero y mucho más enamorados de su independencia que de su pareja. Lo que hasta ahora ha incitado a los homosexuales a estos comportamientos que se asemejan a las comedias es la presencia, en nuestras culturas, de esta estructura heterófila que completa la trinidad antes mencionada.

Esto nació con el judeocristianismo como hemos analizado en otra parte⁷⁷. Recordemos rápidamente: la tradición judaica, la primera en proporcionar la adolescencia a Occidente que perduró en la infancia con el paganismo politeísta, se basa enteramente en el valor de la Unidad: Dios es Uno y es el único en ser Uno. De ahí la profunda conciencia de un castigo divino en la escisión que involucra al sexo; de ahí el anatema contra la homosexualidad considerada como insubordinación sacrílega, negativa a aceptar el castigo, imitación blasfema de la Unidad.

77 Françoise d'Eaubonne, *Éros minoritaire*, París, Balland, 1970

Así es como, como dice Stekel⁷⁸, la monosexualidad, es decir, la heterosexualidad exclusiva, aparece con el monoteísmo. Sobre esta base metafísica y filosófica se construyó con el cristianismo, la superestructura correspondiente al colapso del Imperio Romano, con un valor completamente diferente. La represión de la homosexualidad, aunque se autoproclama religiosa, sirve sobre todo como garantía del sexismo occidental con su exaltación frenética del matrimonio y de la unidad familiar, es decir, opresión sistemática, metódica, rigurosamente organizada y magistralmente dirigida, del segundo sexo reducido a esclavitud. El hogar se ha convertido en una fortaleza para la mujer, es el único lugar donde un hombre puede salvarla de todos los demás; es también su gueto, el espacio cerrado donde se retira del mundo, aislada de Mitsein, reducida a la procreación y la “crianza” de los hijos, obligada a reemplazar la actividad (el único valor humano, que transforma el mundo, transformando a los humanos) por funciones que la humanidad tiene en común con los animales. El hombre, solo, de ahora en adelante se transformará a sí mismo transformando el mundo; la mujer no transforma nada en absoluto: aumenta, adorna, mantiene. Spengler resumió la situación: “El hombre hace historia; la mujer es la historia”.

Es por esto que las civilizaciones más puramente patriarcales siempre han perseguido la homosexualidad con más rigor que aquellas donde el patriarcado es suavizado por la influencia de

78 Wilhelm Stekel, *Amor bisexual. La neurosis homosexual*, Boston, RG Badger, 1922.

las mujeres; es una cuestión de poder masculino reprimir a los traidores al falocratismo que constituyen los homosexuales⁷⁹.

Lo anormal, el chivo expiatorio se convierte en el enemigo absoluto; la historia está llena de ejemplos en esta dirección... judíos, homosexuales, negros; estas tres últimas categorías aún recogen gran parte del odio irracional y el disgusto organizado de la humanidad.

Massimo Consoli,
Appunti per una rivoluzione morale.

Pero la estructura heterófila no sólo pretende mantener de alguna manera –y hoy, con la evolución de la civilización y la impugnación general del principio de autoridad, especialmente en materia sexual– la represión de la traición homosexual, ya que ayuda a vincularla a una anatomía precisa: aquí la presencia del falo, allá su ausencia, ya no los comportamientos sociales, sino las cualidades y facultades que refuerzan los estereotipos sexistas; se trata de ser antes de hacer: el hombre es A y no es B, la mujer es B y no es A. Al falo se le atribuirán así facultades intelectuales: inteligencia crítica, análisis, especulación, don de abstracción; en el límite, genio creativo y cualidades morales: fuerza, coraje, resistencia, energía y

⁷⁹ Recordemos una excepción: los períodos de gobierno militar y el estado de guerra. Así, Luis XIV, devoto y heterófilo, aceptó la homosexualidad guerrera de sus generales sobre la representación de Louvois que la homosexualidad “era muy buena para dejar a las damas y hacer campaña alegremente con sus amantes”; y a Napoleón, un corso fanático del sexismo y la opresión familiar de las mujeres, le importaban muy poco las costumbres de su jurista Cambacères y las de sus regañadores en el campo.

atrevimiento, lealtad, sentido de responsabilidad; así como determinados defectos: egoísmo y sensualidad.

A la vagina, o más bien a la ausencia de falo, se le unirán las casi absolutas ausencias de todas las facultades intelectuales enumeradas anteriormente, y se reconocerá la intuición, para ahorrar por este recurso a una suerte de presciencia mágica en una inteligencia femenina, lo cual trastorna la autoestima masculina; luego cualidades morales: abnegación, sentido de sacrificio, don de amor, sed de devoción; defectos admitidos: debilidad, mentira, falta de sentido moral, conservadurismo, desafección con los grandes intereses...

Como permite un rápido vistazo, las cualidades y defectos que corresponden al estereotipo de “hombre-mujer” fueron cuidadosamente elegidos y seleccionados bajo el dominio de un sexo sobre otro: cualidades y defectos son, en el modelo masculino, los de los jefes, en la mujer, las cualidades y las faltas son las de los sirvientes, de los gobernados.

Para repintar un poco esta vieja fachada, el último baluarte del sexismo actual llamado escuela funcionalista, ha intentado situar el estereotipo masculino bajo la etiqueta de “instrumental” y el femenino bajo la de “expresivo”, ¡Pasa la nuez moscada!

Así aprendimos sabiamente que el instrumental es “tenaz, ambicioso, original, seguro de sí mismo”, y el expresivo “alegre, bondadoso, obediente”, con tendencia a ser, ¡ay!, “negativo, locuaz y pendenciero”.

Entonces, ¡qué sorpresa, descubrir que lo instrumental es ante todo masculino y lo expresivo femenino! (Esto es lo que Kate Millett llama “terminología mediadora”⁸⁰). Todo esto es una resistencia desesperada de la estructura heterófila al desafío general al principio de autoridad.

El “socialismo” no suprime ni resuelve este problema

“En el principio fue el Verbo”; al principio fue el falocratismo. Quienes reclaman que es el Capital el enemigo número uno de las mujeres, al ser ésta una casta oprimida por los hombres, solo se refieren al viejo esquema de los exrevolucionarios: el socialismo lo resolverá todo, y la opresión de la mujer es solo una cosa más. (Por eso, durante el período estalinista del Partido Comunista Francés, pudimos ver la palabra “madre” y “esposa” inmediatamente aglutinada a la de “mujer” tan pronto como se la mencionaba en *L'Humanité* o en la Unión de Mujeres francesas).

Ninguno de estos militantes aferrados a las formas del pasado y a los “grandes partidos de masas” (de los cuales, tantas veces, los pequeños grupos de izquierda sólo recuperan los tristes arquetipos), puede responder a esta observación tan simple: pero antes del capitalismo, ¿por qué las mujeres también estaban oprimidas? ¿Y por qué sigue reinando el sexismo en los países de “socialismo real”?

80 Kate Millett (1970), *Sexual Politics* (Política sexual).

En el mundo: URSS, África, Argelia, Cuba, América Latina

Finalmente, pues, no hay ninguna reforma del estatus femenino en la URSS, ninguna aceleración de la culturalización masiva en un sexo que alguna vez tuvo el mayor porcentaje de analfabetos, ninguna apertura a las posiciones y profesiones masculinas, e incluso la innovación más importante: la legalización de aborto, ninguno de estos elementos evolutivos ha suprimido la cuestión de género en la URSS, ni en ningún otro país del mundo⁸¹.

81 Los soviéticos han logrado un gran éxito en las ciencias aplicadas y participan en la vida militar, siendo las únicas mujeres en este caso con los israelíes y vietnamitas; sin embargo, solo invadieron la carrera médica porque es una de las peor pagadas de la URSS; su débil participación en las palancas del control político ha sido denunciada a menudo; y la vida diaria los une estrechamente a sus familias tanto como a cualquier otro occidental. Otro ejemplo: según *Mujeres en la economía soviética*, las trabajadoras de la construcción no reciben ni formación profesional ni máquinas herramienta. Además, una amiga que regresó de la URSS en el verano de 1972 me confirmó la observación ya citada de que la joven soviética aspira cada vez más a casarse con un marido con una buena situación que le permita quedarse en casa. En este país, las mujeres están más protegidas contra la violación; es castigado con 15 años de prisión, y los simples actos indebidos pueden provocar de inmediato la pérdida del trabajo o incluso la exclusión del Partido o impedir la entrada. Pero la prostitución se ha extendido de manera muy abierta en los últimos años y parece estar en aumento. Las tiradas sobre la inferioridad intelectual de las mujeres o su inferioridad biológica no son raras ni escandalosas, incluso en los círculos altamente intelectuales. El 12 de septiembre de 1967, una reunión del Sindicato de Escritores que acusó a Solzhenitsyn lo comparó con Svetlana Stalin, destacando que el peligro estaba del lado del “hombre de talento”; para el libro de Svetlana, era sólo “charla de mujeres” (*Les droits de l'rivain*, París, Le Seuil, 1969). Último detalle: la anticoncepción sigue siendo exclusivamente masculina, no se puede encontrar la píldora y es muy probable que a los turistas occidentales les roben la suya.

Los sindicatos y el Partido Socialdemócrata Alemán entendieron la emancipación de la mujer solo en el nivel de asimilación social y legal al statu quo de los hombres.

Reimut Reiche,
Sexualidad y lucha de clases

La africana, como sabemos, sigue estando entre las mujeres más alienadas de este globo, incluso en los dominios recientemente descolonizados y cuyos objetivos están más o menos orientados hacia los regímenes de capitalismo de Estado. Guy A. Smal, especialista en rehabilitación física, y el zairense Joseph Mbuyi nos recuerdan en su libro *African Woman, réveille-toi*⁸²: “La mujer africana, la mujer zairense [...] todavía sufre, especialmente en los pueblos y en muchas ciudades las terribles leyes de los varones impuestas por los antepasados. Se requiere la declaración de virginidad. De niña, todavía puede servir como mercancía, como trueque. Casada, a menudo es esclava del marido, del clan marital; solo puede perdurar en silencio. La casada sin hijos, es repudiada [...] Viuda, es el colapso de una vida, la abdicación de toda personalidad, la pérdida de los hijos y de todos los bienes adquiridos durante la vida conyugal [...] Muerta, es rápidamente olvidada”.

La escisión del clítoris continúa, incluso en áreas como Etiopía, donde las mujeres tienen derecho al voto; y recientemente se escuchó a un intelectual africano de

82 ¡Despierta, mujer africana!

izquierda ofrecer una súplica ardiente sobre los méritos de esta práctica abyecta; pues, afirma con convicción, que renunciar a ella sería arruinar la “solidez tribal”.

No tendremos cuidado, como recordatorio, de citar las declaraciones más que antifeministas, misóginas, de Gaddafi que explican mediante la “ciencia biológica” la superioridad masculina y prohíben, de la manera más extrañamente exclusiva, en ciertas áreas de la industria, el trabajo femenino, como en cemento y productos químicos.

El ejemplo abunda en todas partes, en las regiones del Tercer Mundo, que van del oscurantismo al “socialismo”, desde el mantenimiento y en ocasiones el reforzamiento del sexismo mediante estruendosas declamaciones sobre la igualdad y la libertad, sin olvidar los homenajes que se rinden a “admirables compañeras de nuestra lucha”. La situación de las mujeres musulmanas es particularmente trágica a este respecto. La lucha militante, la revolución, había sentado en Argelia las bases de una cierta emancipación; sin embargo, la actitud interior de las heroínas, que desde la infancia se habían pervertido (en el verdadero sentido de la palabra) por su sumisión al varón, quedó muy ambigua; Fanon cita el caso de una árabe cuyo silencio había protegido a su marido y a toda la organización; ella había sido violada: “Sin embargo”, dice el hombre, “ella no me dijo: ¡Mira lo que soporto por ti! Al contrario, ella dijo: Intenta olvidarme, reconstruye tu vida, ¡he sido deshonrada!”

Y Fanon agrega que el propio hombre aprueba este punto de vista: “A sus ojos, su esposa y su hijo estaban podridos”⁸³.

Sheila Rowbotham, quien cita este rasgo en *Feminismo y revolución*, destaca la costumbre de la “separación de células” que reforzó la segregación de género posterior a la liberación, con hombres y mujeres ignorando sus problemas mutuos, y también el hecho de que las mujeres nunca vieron al gobierno argelino molestarse en reformar el matrimonio y la familia. Lleno de significado quedaba el proverbio: “Que las mujeres se ocupen del cuscús, y nosotros de la política”. En 1964, pudieron escuchar a un orador político, Hachemi Tidjani, proclamar la inferioridad decisiva del sexo femenino en nombre de este argumento: “Después de la caída de Ben Bella y el consiguiente giro a la derecha, ¡Nunca hubo una profetisa!”, dice Sheila Rowbotham, “la opresión de las mujeres, lejos de detenerse, se reanudó de manera abierta e insolente”. En 1967, un campesino argelino que sospechaba que su esposa había cometido adulterio aún podía matarla con la conciencia tranquila. En cuanto a Boumédiène, dijo oficialmente en 1969 en Argel, durante una entrega de premios escolares, que “reservaba un futuro diferente para las niñas y los niños del país”: para las mujeres el cuidado de los niños y la vigilancia religiosa, para los hombres responsabilidades políticas. Es el precepto hitleriano “Cocina-Iglesia-Niños” acomodados en salsa argelina. Nazi o “socialista”, el líder masculino prácticamente tiene el mismo idioma cuando se

83 Frantz Fanon, *Año V de la Revolución argelina*, París, Maspero, 1959. Continuamente reeditado desde, (incluso en 1966 por el mismo editor bajo el título *Sociología de una revolución*), este texto se ha convertido en un clásico de la descolonización. Constituye el primer análisis sistemático de los cambios en una sociedad argelina que lucha por su libertad.

trata del aliado del día: el III Reich alemán había ayudado a llevar a Hitler al poder con un voto abrumador, las mujeres argelinas habían luchado en el maquis y habían sufrido violaciones y tortura para que su país se convirtiera en una República independiente.

La situación cubana es más compleja y debe ser más matizada. Después de 1960 se fundó una “Federación de Mujeres Cubanas” para combatir el analfabetismo; lanzó campañas anti-sexistas seguidas de ciertos efectos. Desde la liberación hemos encontrado técnicas, ingenieras, mecánicas, transportistas, urbanistas y editoras: la mayoría de los pueblos tienen guarderías y jardines infantiles, la Organización Juvenil crea comunidades de estudio que independizan a los adolescentes de sus familias. Ante la resistencia sexista de los empresarios, las mujeres no dudan en hablar de “contrarrevolución” y en reivindicar a sus heroínas como Lydia y Clodmira, las compañeras del Che.

Sin embargo, la verdadera igualdad sexual choca con una amarga resistencia, especialmente cuando se trata de “moralidad”, este punto débil en la estructura mental católica latina, y el compartir las tareas del hogar.

Fidel Castro, autor del texto: “La mujer debe ser doblemente revolucionaria”⁸⁴, es también el caso de un discurso a la misma Federación de Mujeres, que las *Notas de la Nueva Izquierda* publicaron en 1967 y que Germaine Greer⁸⁵ comentó con

84 Discurso a las mujeres de Cuba. Fidel Castro, “Las mujeres deben ser doblemente revolucionarias”, Cahier du Cercle d'études populaires, 1967.

85 La ensayista, periodista, académica y activista feminista australiana, Germaine Greer (1939 -) es, entre otras, la autora de *La femme eunuque* (1970), en la que cuestiona la

indignación: “¿Quién cocinará para la niña que llega a almorzar a casa? ¿Quién cuidará a los bebés y al niño que no ha alcanzado la edad escolar? ¿Quién cocinará la comida del hombre cuando regrese del trabajo? ¿Quién va a lavar la ropa y cuidar de la casa?”⁸⁶

En *La revolución más joven* de Elizabeth Sutherland⁸⁷, un pintor cubano, Thomas, asegura que los hombres están traumatizados en Cuba por la evolución del estatus femenino, y que “la cuestión más interesante hoy es la de la relación entre los sexos”. En todos los niveles, señala Sheila Rowbotham, se “esconde el machismo que erige barreras a la liberación sexual de las mujeres en todas partes”. Un puritanismo en el que los prejuicios católicos se alían muy fácilmente con el miedo al eros desencadenado, común a todo socialismo “en construcción”, ha provocado las monstruosas persecuciones de los homosexuales (notémoslo: “pasivos”, siendo el activo sólo susceptible de burla). Frente a los internados leninistas acusados de ser el escenario donde “se sacrifica la virginidad de las niñas e orgías de amor libre”, Allen Ginsberg, furioso, preguntó si el régimen ofrecía a su juventud, como única salida la masturbación. Los cubanos decían a Elizabeth Sutherland: “¡El tabú de los tabúes es la idea de que la sexualidad se hace tanto para el placer de la mujer como del hombre!” Y Sheila

libertad sexual de la mujer y aboga por la liberación de la mujer frente a ella. frente a los modelos masculinos a seguir y el poder en lugar de la búsqueda de la igualdad. También es conocida por confrontar al escritor estadounidense Norman Mailer sobre estos temas en el Ayuntamiento de Nueva York en abril de 1971, un debate que fue tema de un documental, *Town Bloody Hall* (1979).

⁸⁶ Germaine Greer (1970), *La femme eunuque*.

⁸⁷ Elizabeth Sutherland, *The Youngest Revolution: A personal report on Cuba*, Nueva York, Dial Press, 1969.

Rowbotham concluye, al parecer, con bastante razón: “Las mujeres en Cuba son parte de un grupo colonizado dentro de una colonia. Las formas de opresión cambian, pero su naturaleza esencial sigue siendo la misma”⁸⁸.

Después del persistente machismo cubano, ¿qué pasa con el resto de América Latina?

Para hacerse una idea hay que leer el libro de Marie-Thérèse Guinchard: *Le macho et les Sud-américaines*, que tiene el subtítulo: “Le mythe de la virility”. Las brasileñas son 55 millones en un país de 90 millones de habitantes. Entre la gente, “la madre solo saca a sus hijas para ir a la iglesia o al campo. Para las mujeres, es la *fazenda* lo que asusta: toda una vida al servicio del mismo amo, como en los tiempos de la esclavitud”. En la selva amazónica, el macho es polígamo, tiene todos los derechos; si mata a un jaguar, puede elegir a cualquier mujer, aunque pertenezca a otro. El director de *Jornal do Brasil* declara abiertamente que para el hombre de este país “el problema de la mujer existe incluso menos, si cabe, que el problema negro y el problema indio”. Las jóvenes burgueses están estudiando, pero el 60% nunca usa sus diplomas. Las mujeres han estado votando desde 1936; el 60% de ellas siguen siendo analfabetas. Solo hay dos mujeres diputadas, una, una gran abogada de clase internacional: Madame de Carvalho⁸⁹.

88 Sheila Rowbotham (1973), *Feminismo y revolución*, op. cit., pags. 275.

89 No podemos acabar con Brasil sin mencionar las abominaciones de las torturas infligidas a los militantes revolucionarios en este país, con un acento sexual muy particular, que solo se aplica a ellas o a los muchachitos detenidos por los verdugos.

En Argentina, el hombre tiene fama de ser más linfático que su esposa; un diplomático que vive en Buenos Aires desde hace dieciocho años declaró a la investigación de Marie-Thérèse Guinchard: “¡Sin su esposa, el argentino se moriría de hambre!”.

En este país, el hombre nunca pierde la oportunidad, en ninguna fiesta o reunión de trabajo, de tener “sexo aparte”. Los sábados, el trabajador acude a su club, como un caballero inglés, y las mujeres desatendidas se reúnen por su parte en “centros” donde, como distracción, damas de la buena sociedad les enseñan a cocinar pasta y coser bolsas con abalorios. Las intelectuales, hasta una reciente generación, prefirieron permanecer célibes; imposible conciliar una ambición, por modesta que sea, con el machismo del marido. En la pampa, las mujeres viven y mueren duramente; miran el horizonte del gaucho desde la ventana de su cocina, dan a luz entre sus vacas y lavan al niño en el arroyo; se entregan, sin mucho alboroto, al mayordomo o al jefe. Derecho de cocina.

En Uruguay, la legislación es muy feminista; pero hay de tres a siete mujeres para un hombre. El presidente Batlle y Ordóñez, héroe romántico de una novela romántica, proclamó a la mujer “maestra ante Dios, y mucho menos ante los hombres”. Pero la desproporción de las categorías sexuales presentes lleva a la mujer a soñar con ser “machista” en lugar de utilizar juiciosamente las ventajas legislativas que ningún cambio profundo de costumbres le ha enseñado a utilizar: la tradición española y católica sigue perdurando allí para apoyar

(Incluso hay, en esta ocasión, un término especial en la jerga policial que designa una especie de “espectáculo” despreciable, una serie espectacular de acoso sexual; ¡la curra!)

protección, no independencia. La joven solo puede vivir con sus padres mientras espera casarse; si es huérfana, debe buscar asilo en un convento. “Demuestran”, dice el autor, “que el machismo sobrevive porque ellas, son consentidoras, más incluso, cómplices”.

Paraguay vivió una guerra de independencia en 1870 donde las mujeres destacaron por su heroísmo: la Juana de Arco de este conflicto fue una mujer irlandesa que inspiró –desde lejos– la fantástica recreación de Brigitte Bardot en *Viva María*. Este estado vive en dictadura y es uno de los más miserables de América Latina. Una mujer cobra entre un 10 y un 20% menos que un empleado masculino por un trabajo idéntico. Las mujeres y los intelectuales constituyen los elementos más radicales de la oposición a Alfredo Stroessner, apodado “el dictador rubio” por sus orígenes germánicos; la actividad, la energía y la resistencia de las mujeres han sustituido al machismo por un extraño régimen de costumbres que hemos llamado: maternalismo (el 40% de las madres son solteras además...).

“Las hijas de la vieja sociedad tienen un solo deseo: vivir su vida como mujeres y madres junto a un marido, incluso voluble y tiránico; abandonan toda ambición profesional para dedicarse a un hogar que encontraron a los quince o dieciséis años”.

Sin embargo, se está levantando una nueva generación donde las mujeres parecen destacar más en la lucha no por sus derechos, teóricamente adquiridos, sino por un cambio radical de costumbres.

En Bolivia, la sangre indígena se mezcla en altísima proporción con la de los blancos que colonizaron el país; sus habitantes son los más mezclados de América Latina con los de Perú y Ecuador. Por eso Olga Bruzzone de Bloch⁹⁰, “poeta de alma rebelde”, dedicó estrofas ásperas y líricas a lo que ella llama “piedra viviente, alma de la tierra... Dolor, amor, rebelión”, es decir, el indio reducido a la esclavitud por el ocupante español.

El nivel de vida aquí es el más bajo de todo el continente sudamericano. El hermano del director, Jean-Luc Godard, que dirige un hospital pediátrico allí; declaró a Marie-Thérèse Guinchard: “No son hospitales lo que hay que construir aquí, sino guarderías y cocinas públicas. Camas no hay: el suelo, tierra batida; comodidades: ni agua, ni inodoros. Así se caracteriza este hospital, “rebotante de niñas recogidas en la calle, niñas violadas por sus padres”.

En Cochabamba, de 100.000 habitantes, existen hasta veinticinco asociaciones de mujeres que van desde la sociedad teosófica hasta la liga obrera, pasando por el sindicato femenino “cívico y social”. Es sin duda el esbozo de un feminismo “en portugués” que debe nacer.

En Santa Cruz, donde las mujeres, aunque sujetas al marido por tradición católica, tienen una mayor tendencia a organizar la vida privada y a trabajar al aire libre, una mujer que ha vivido durante mucho tiempo en Europa y maduró allí el feminismo

⁹⁰ La escritora y poeta boliviana, Olga Bruzzone de Bloch (1909-1966) fue directora de la revista femenina *Superación* y vocera de la Confederación Nacional de Instituciones Femeninas.

sin rodeos declara al mismo investigador que “el santacruceño no solo es infiel, es brutal, cruel, holgazán y celoso”. En cuanto a la esposa, “ella es su 'cosa' desde los quince o dieciséis años”, y desde los veinte se encuentra abandonada en el hogar seis días a la semana; el hombre solo pasa los domingos con su familia.

Chile es un país subdesarrollado, pero fue un régimen liberal hasta hace poco. Los hombres dicen con amargura: “¡La fecha de las elecciones es la de la independencia de la mujer!” El sufragio femenino, de hecho, ejerce una fuerte influencia allí: fueron las mujeres quienes eligieron al presidente Frey y se interpusieron en el camino de la presidencia de Salvador Allende en 1958, para que el resto lo eligiera en 1970. Una de las más destacadas políticas es Carmen Lazon, una de las nueve diputadas de la antigua cámara. Analiza la cuestión de la mujer de la siguiente manera: “La inconstancia, la temeridad del varón han convertido a la chilena en una conservadora emocionalmente revolucionaria”.

Hoy trabajan 700.000 mujeres chilenas, mientras que este país de 9.600.000 habitantes tiene solo un tercio de su población en trabajadores. Sin embargo, todavía según Marie-Thérèse Guinchard, la excepcional fertilidad de la chilena “la entrega al machismo más que cualquier otra sudamericana”. La tasa de crecimiento de la población es la más alta del mundo.

En Perú, el lenguaje escuchado por la entrevistadora es significativo: “Estamos en contra de la igualdad de género; el hombre debe protegernos, mantenernos, mimarnos. Debe ser

el amo. De lo contrario, ¿qué sería de nuestra feminidad? Son jovencitas de dieciocho años las que hablan así. Hasta 1936, no hubo una sola senadora; la primera, la Sra. Santolalla, se sentó sola entre cincuenta y tres hombres hasta la disolución de las cámaras en 1968.

De 60.000 estudiantes, el 30% son muchachas; el 60% de ellas renuncia a toda vida profesional o ambición nada más casarse. Las mujeres comunes, trabajan diez veces más duro que los hombres y tienen que someterse al matrimonio de prueba, dormir en el suelo y comer papas congeladas y maíz hervido, dar a luz solas y, a menudo, cortarse el cordón umbilical con los dientes, como bestias.

Esperanza de un nuevo amanecer
Dios de ti mismo
Sabes el idioma de las estrellas
Y el lenguaje del agua
Y la voz de la agitación
TRENZA EN TU CORONA DE GLORIA.

Olga Bruzzone de Bloch,
Poème à la femme

Este panorama de la condición de América Latina muestra ampliamente que, si se puede culpar a Cuba por la persistencia

de la estructura heterófila y, en gran medida, del sexismo, este país sigue siendo el único de todo este semi-continente que es América del Sur que intentó lealmente aliar el feminismo y el “socialismo”. Una verdad que empieza a envejecer pero que debe repetirse: la igualdad de derechos políticos es solo el comienzo, y muchas veces queda en letra muerta, tanto en el caso de las mujeres como en el de los descolonizados.

Ejemplo, la ecuatoriana; desde 1967, la ley la declara igual a su *macho*⁹¹; pero sigue sujeta a la tutela conyugal, la virginidad es siempre sagrada y está obligada a aceptar que su marido disfrute de libertad sexual absoluta. Vota desde hace cuarenta y cinco años, pero sigue siendo la subordinada de todos los varones: el padre, el marido, el patrón, el párroco. La peruana, tan poco representada en la vida intelectual y política, se beneficia sin embargo (sobre el papel) de las mismas leyes que la norteamericana.

¿La participación masiva en el mercado laboral y en el trabajo proporcionaría, por tanto, una igualdad económica más concreta? No más que los derechos precedentes: a veces ni siquiera se orienta hacia una liberalización simple. La paraguaya, la argentina, tan enérgicas junto a su macho larvario y pasivo, se desgastan sosteniéndolo como un eterno infante; y, como un niño eterno, este pseudo-macho las tiraniza. De hecho, en estas costumbres impregnadas de catolicismo, el elemento más retrógrado del cristianismo, reina magistralmente la represión anti-sexual de la mujer, unida a la mayor indulgencia por las “debilidades” carnales de los

91 En castellano en el original. [N. d. T.]

hombres. Divorcio, anticoncepción, control de la natalidad siguen siendo abominaciones.

Sin embargo, incluso en estas regiones arcaicas y desfavorecidas, el feminismo apunta, tantea, crece brotes oscuros. Pero difiere muy poco de otras opciones ordinariamente socialistas; nunca se ha discutido en estos círculos “revolucionarios” el hecho de que el “socialismo real” no resuelve ni elimina el problema de la mujer.

La necesidad de plantear el problema de la superpoblación tiene obviamente una consecuencia positiva: obstaculiza el falocratismo y lo encierra en sus contradicciones. Incluso en la cultura islámica, que es la más profundamente misógina, incluso más que el catolicismo, y a pesar de las precauciones con las que se rodea el poder masculino, tan pronto como se aborda esta cuestión candente, surge una posibilidad aún lejana de emancipación.

La única manifestación de una tendencia feminista en el norte de África es de hecho señalada por un número de *Objectif socialiste* donde, en 1972, Marie-Agnès Destaerke y la Sra. Bouveur informaron que la UFA (Unión de Mujeres Argelinas, una organización dirigida por el FLN como nuestra UFF por el PC francés) obtuvo una autorización para publicar un texto relativo a la anticoncepción, “con el fin de promover la regulación de los nacimientos”. Confesaron a las dos francesas que escribieron el artículo en *Objectif socialiste*: “Todavía no hemos visto a una mujer en el gobierno como nunca la hemos visto acceder a un alto cargo dentro del Partido. Durante diez años, solo hemos visto a una mujer ascendida al rango de

directora general de una oficina. Aunque, hoy en día hay un número importante de mujeres que cumplen con los criterios requeridos.”

Sin embargo, la miseria bestial que resulta de la procreación involuntaria ha obligado al FLN a revisar sus opciones coránicas. Evidentemente, será cada vez más difícil para este poder “socialista masculino”, negar a las mujeres el ascenso y las reformas más modestas de la institución conyugal, tan degradante para el musulmán, en la medida en que incluso un Boumédiène está obligado a pensar en el control de la natalidad.

Al sobrevolar así los países que han logrado una revolución popular, y los de América Latina que aún languidecen en su atraso económico y cultural, pero no sin un vigoroso fermento revolucionario, notamos que las variaciones en la condición femenina se deben mucho más a los cambios económicos que a la implantación de la moral religiosa; Veremos más adelante, a un nivel más complejo, que ocurre lo mismo para este problema dentro del otro campo, el de Europa y América del Norte. Aquí, los regímenes políticos son menos importantes que estos dos factores: la etapa económica general del país y la penetración religiosa. Bastará mirar de cerca la posición del poder en relación al aborto o la anticoncepción, tan diversa, con la misma economía, según sea el país de cultura católica o protestante.

¿Y China?

China es un caso especial en el campo “socialista” que merece una atención especial.

El libro de Claudie Broyelle, *Half the Sky*, con su extraño subtítulo: “El movimiento de liberación de la mujer en China hoy”, realiza un aporte incomparable a este conocimiento y da la medida de un problema muy concreto.

Las mujeres chinas eran las mujeres más oprimidas del mundo; cada una tenía que tener un tutor, padre, esposo, hermano, madrastra o incluso esposa mayor del mismo esposo; todo estaba programado para que una mujer nunca fuera independiente. Ésta es una buena razón por la que los chinos han acogido con entusiasmo el advenimiento de una dura vida comunitaria y han participado con entusiasmo, primero en la revolución, luego en la productividad. Niños confiados a los *Palais des Enfants*, padres ancianos a *Happy Houses*, todas las profesiones están abiertas a las mujeres: conducen locomotoras, son ministras, generales, etc.

En una entrevista concedida el 14 de febrero de 1972 a la periodista de MLF Alice Schwartz en el *Nouvel Observateur*, Simone de Beauvoir declaró:

Ellos [los chinos] suprimieron la familia feudal y al mismo tiempo provocaron grandes cambios en la condición de la mujer. Pero mientras acepten a la familia conyugal... No creo que la mujer esté liberada en China en absoluto. Creo que tenemos que acabar con la familia.

¿Juicio apresurado? Claudie Broyelle explica de manera brillante la situación familiar china. Argumenta que, con la facilidad del divorcio y la amplia aplicación del aborto y la anticoncepción, el matrimonio en la China Roja está mucho más cerca de la verdadera “unión libre” de lo que fue el caso en la Rusia bolchevique en 1917 con la llamada “Unión Libre”. Ésta, con la falta de control de la procreación y de la defensa eficaz contra las enfermedades venéreas, fue solo una promiscuidad que condujo a la inseguridad del niño y a una nueva esclavitud, aún más espantosa que la anterior, de las mujeres rusas. La autora describe el cuidado de los niños por parte de toda la comunidad china, consecuencia lógica de liberar al niño de la madre si queremos liberar a la madre del niño, como han exigido tantas feministas europeas, desde la italiana Carla Lonzi a la inglesa Shulamith Firestone⁹².

Además, simétricamente a la liberación sexista de la mujer se desarrolla la del hombre: donde las mujeres lideran la construcción de una presa, los hombres no dudan en dedicarse a la maravillosa costura, y han encontrado esta fórmula encantadora: “La revolución necesita bordadores”.

Entonces, ¿todo es mejor en el mejor de los mundos socialistas? ¡Pobre de mí! la última parte del libro de Claudie Broyelle apaga el ardor que podría generar lo anterior. Y está tan lejos de ser un detalle que en el prefacio, Han Suyin,

⁹² Artista, activista y teórica feminista radical, Shulamith Firestone (1945 - 2012) es la autora de *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*, publicado en 1970. En él, argumentó que la diferenciación sexual biológica, y en particular la desigualdad de los dos sexos en el rol reproductivo, es consecuencia de la dominación masculina, la jerarquía de clases sociales, el racismo, el imperialismo pero también la locura antiecológica.

declara que “la piedra angular” de este ensayo es precisamente el abrumador capítulo titulado: “Un debate sobre la sexualidad en China”.

“Muy a menudo, durante mis conferencias en muchos países occidentales, me encuentro con hombres y mujeres que parecen convencidos de que el 'sexo' y la 'libertad sexual' (es decir, el sexo para las mujeres y las chicas fuera del matrimonio) son lo último en liberación⁹³ [...] Pero ahora veo que no había entendido suficientemente cuán dañina es esta teoría sexual.

Los chinos ahora están acostumbrados a que Occidente, incluidos sus intelectuales simpatizantes, los culpen de “puritanismo”. Por lo tanto, Claudie Broyelle se esforzará por demostrar que eso es cierto, incluso para el “feminismo”.

Por lo tanto, nos vemos confirmando lo que ya habíamos oído decir y que muchas veces creímos que era la insidia de reaccionarios maliciosos o pequeños burgueses obsesionados que se complacían en ello, pero la vida sexual del chino, hombre o mujer, es muy breve, ya que el matrimonio se ha pospuesto de los veinticinco a los veintiocho años. (Agreguemos que cualquier pareja que continúe teniendo relaciones sexuales después de los cuarenta está casi tan mal vista como quien copula fuera del matrimonio). Para justificar

93 Nótese que la estructura heterófila no está ausente de tal discurso. Al igual que en el bloque estadounidense-occidental, la “liberación sexual” se reduce con mayor frecuencia a estas relaciones y al derecho al placer en el matrimonio y para una minoría burguesa muy pequeña, al amor grupal. Más allá, para estos atrevidos pioneros, comienza la “perversión”. En el lenguaje de Han Suyin, los inmensos territorios de la sexualidad, incluidos aquellos, de la bisexualidad, se vuelven un lugar común y ni siquiera se considera su existencia.

este matrimonio tardío, Claudie Broyelle declara: “[El matrimonio tardío] sigue siendo una medida de gran importancia revolucionaria. “Es cierto, explica, que la joven china, de entre dieciséis y veintisiete años, ha adquirido una independencia económica por el ejercicio de un oficio, se ha formado una sólida cultura política, ha participado en multitud de actividades culturales, etc..., para poder abordar el matrimonio en perfectas condiciones de igualdad. Muy bien. Pero ¿Y el instinto, mientras tanto? Está claramente entre paréntesis. Parece evidente que para el maoísmo cualquier experiencia prematrimonial solo puede ser desfavorable para la mujer, presa ingenua de un hombre misógino y despectivo. Mucho mejor: uno de los teóricos, Teng, declara que “la belleza no se debe tener en cuenta” en la atracción del amor, porque “la belleza no escapa a la lucha de clases”.

Para explicar y justificar tales diseños a finales del siglo XX, en pleno descubrimiento de la importancia fundamental de las relaciones sexuales en la evolución humana, tanto individual como colectivamente, Claudie Broyelle no duda en acudir a las famosas conversaciones de Lenin e Inès Armand: “¿No Sería mejor oponerse a un matrimonio lastimoso sin amor de un intelectual-campesino pequeñoburgués que a un matrimonio civil proletario con amor”, textos que, con los del mismo Lenin que sostiene con Clara Zetkin, hacen sonrojar de vergüenza incluso a los franceses leninistas (por raro que les sea sentir vergüenza).

Es, pues, como si, bajo piadosos pretextos, el maoísmo chino quisiera apropiarse de la sexualidad de la juventud para desviarla y encauzarla hacia la tarea, muy urgente y sin duda

altísima, de construir una sociedad más justa, es decir, donde todos tengan suficiente para comer y donde el sexismo esté a punto de desaparecer.

Es un desastre lo que se está gestando. La realidad negada siempre se vuelve con implacable dureza contra quien quiere ignorarla, asfixiarla. Es, a largo o corto plazo, corrupción desde dentro, por medio de la represión y negación del instinto del placer, hipócritamente identificado (como en los peores momentos del judeocristianismo) con el amor, que es un sentimiento elaborado y complejo (dependiente, de hecho, de factores como la situación social y la etapa histórica) y sobreidentificado con el matrimonio, que es una institución. Estados y religiones que creían poder manipular a Eros y silenciarlo en tal o cual momento, darle otra voz, etiquetarlo, dividirlo, separarlo entre “oportuno” e “indeseable”. Todos tuvieron que arrepentirse, y con amargura. Porque esta negación de la realidad y este despotismo ejercido sobre el instinto son inseparables, como hemos visto, de las raíces profundas del sexismo y del lugar de la mujer en la sociedad y, por tanto, de la feminitud.

Marcuse ha mostrado claramente lo que ya es evidente en Hesíodo (*Las obras y los días*), a saber, la desconfianza del mundo masculino, porque es productivo y constructivo, hacia la belleza de la mujer, Eros, su promesa de felicidad. En fin, todo lo que cae bajo el “principio del placer”. En un mundo de “socialismo real” o capitalismo autoritarios, esta desconfianza toma formas muy variables que van desde el puritanismo declarado de la misoginia, en culturas de escasez, hasta la tolerancia ambigua de las llamadas sociedades de consumo, o

digamos, economías de abundancia. Pero en todas partes el principio es el mismo.

China ha creado una forma muy original de esta antigua antítesis. Liberó a la mujer más de lo que se había hecho hasta entonces, y al mismo tiempo, en nombre de esta urgencia de las sociedades de escasez, metió en la cárcel a Eros cuyo destino siempre ha estado ligado hasta ahora al del segundo sexo. Apoyándose en el miedo secular (y tan legítimo) de las mujeres oprimidas con respecto al erotismo siempre presentado como un impuesto debido al señor y al amo (¡la famosa “evitación de la sexualidad” en Freud!), el régimen chino pudo, por su propósitos de edificación, mantener al sexo femenino en un oscurantismo sexual del que no hay otro ejemplo desde las aberraciones de Lenin: la firme creencia en un beneficio feminista y revolucionario que constituiría la vigilancia de la sexualidad, su amalgama con el amor y el matrimonio, su condición restringida y siempre elaborada en relación directa con la ideología del régimen. Ciertamente, en tales situaciones, el hombre debe sentirse inmediatamente más cruelmente intimidado que la mujer; sabe lo que está perdiendo; la mujer ni siquiera ha concebido la realidad. Pero la verdad objetiva no puede abolirse. Un niño al que se le presenta el azúcar como una recompensa poco común atribuida a un buen comportamiento puede ver cómo se debilita su deseo; pero su cuerpo, no obstante, revelaría los graves efectos de tal deficiencia. Construir el paraíso fuera de la luz es cuestionar el significado del paraíso; uno difícilmente estaría bien allí. Lo mejor de los mundos “socialistas y revolucionarios” donde hasta los veinticinco años, solo la masturbación (para usar la palabra de Ginsberg) sigue siendo la

vida sexual de los jóvenes (y, más allá de los cuarenta, de la mediana edad), ¿cómo podría ser eso lo que alguien sueña con construir y habitar, incluidas las mujeres?

Evoquemos los rasgos más llamativos de lo que nos ofrecen los países de “socialismo real” de finales del siglo XX; recordemos la degradación de los ideales libertarios de Kollontai en la URSS, los discursos brutalmente sexistas de un Boumédiène o misóginos de un Kadhafi, paternalistas de Fidel Castro; y, observemos dónde se encuentran las mujeres que lucharon, dieron su sangre, sufrieron torturas y violaciones por estos estados “socialistas” de los que esperaban su liberación, o incluso, en el mejor de los casos, donde se encuentran condenadas por los fines de la producción y de la industrialización a una genuina mutilación erótica. Luego releamos a Hélène Brian, tan olvidada hoy.

Esta vieja activista de 1913 proclamó en los libelos revolucionarios de L'Union typographique que temía que la revolución utilizara los servicios de las mujeres en la forma en que, una vez, la clase burguesa progresista había utilizado los de la clase obrera para su propio beneficio, para traicionarla después; los proletarios iban a desempeñar frente a las mujeres el mismo papel recuperador que las primeras revoluciones burguesas habían jugado frente a los proletarios.

La Historia le ha dado tanta razón a esta revolucionaria que se ha convertido en una sombra del pasado, y nos quedamos abrumados al seguir leyendo y escuchando el ronroneo izquierdista que, ignorando por completo esta serie de informaciones irrefutables sobre la condición de la mujer en la

URSS, en la Argelia republicana, en el África “descolonizada”, en Cuba e incluso en China, continúa glosando sobre la “lucha principal” (la de las clases) y la “lucha secundaria” (la desviacionista de los sexos).

Entre las oscuras historias americanas, ya contamos cómo un conejillo de indias concienzudo trotaba hacia el laboratorio murmurando: “Tienes que darte prisa, vas a llegar tarde a los trabajos prácticos”. El sexo femenino arrojado en cuerpo y alma a la “lucha principal” a costa de la violación, la tortura y la muerte por el trabajo práctico del socialismo, nos recuerda tanto las profecías de Helene Brian como a este pequeño conejillo de indias.

VIII. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL

(CONTINUACIÓN)

El resto del mundo y los Movimientos de Liberación

Acabamos de observar que los países que se han pasado al “socialismo real”, sean de tipo soviético, FLN, cubano o maoísta, han mantenido el sexismo o lo han iniciado sin cuestionarlo; o lo sustituyeron, en algún caso, por un anonimato de tipo igualitario, pero frustrante y punitivo; y que los países de América Latina (sean fascistas o “socialistas”) manifiestan hacia el “segundo sexo”, con algunos matices, el mismo machismo. ¿Qué está pasando en el resto del mundo? ¿Dónde están los movimientos de liberación de la mujer en el campo occidental?

Alemania, menos analizada sobre este punto, ha expresado un espíritu de iniciativa muy particular en el marco de una perspectiva general de “tendencia antiautoritaria”. Estamos en deuda con él por la interesante idea de los “centros para

niños”⁹⁴, Un intento educativo completamente nuevo, desprovisto de las ideas de recompensa y castigo, apoyado por un equipo rotante de padres con este doble objetivo: liberar a la madre del niño y al niño de la madre.

Por otro lado, otras feministas de tipo más atrasado, han intentado integrar, como buenas socialistas, la “lucha secundaria” con la “lucha principal”.

Esto es lo que dijeron los activistas de la convención nacional de un partido de extrema izquierda alemán, en las palabras de la sesión descrita por Susan Surtheim en el *National Guardian*: “Buscamos la liberación de todos los seres humanos. La lucha por la emancipación de la mujer debe formar parte de la lucha general por la libertad. Reconocemos la dificultad que tendrán nuestras hermanas para superar el chovinismo masculino y, como mujeres, estamos dispuestas a asumir plenamente nuestras responsabilidades y ayudarles a resolver esta contradicción”.

“¡Libertad ahora! Os queremos”

¿Es presuntuoso de nuestra parte decirlo? Nos parece distinguir, en este lirismo fraternalista, algo de esa mezcla de alegría ficticia y chillido raplaplá que distingue la voz del vendedor alabando una urbanización. Un ciego con bastón blanco que, en el pasillo del metro, espera una limosna con un gramófono sonando en sus rodillas, deja escapar esa misma voz, que no es la suya. Es difícil creer que las mujeres lo

94 Lea sobre este tema: Yolande Buyse y Suzanne Van Rokeghem, “Les boutiques enfants”, en Les Cahiers du GRIF, nº 9-10, 1975, p. 69-70.

suficientemente lúcidas como para “buscar la liberación de todos los seres humanos” puedan asumir su propia emancipación como solo un aspecto del problema. Veo que estas liberales, tras la estela de la laborista Evelyn Reed, que intentó demostrar a los socialdemócratas que la lucha de las mujeres era parte de la lucha de clases (¡pero eso fue en 1954!), son simplemente burguesas de izquierda que están cegadas por sus ventajas sociales hasta el punto de enmascarar su opresión sexista; pero, sea cual sea el origen de las gafas oscuras, del bastón blanco y de la alegre voz mecánica, es cierto que no ven una gota.

“Los liberales nos están matando”, dijo uno de los más combativos de los estudiantes de mayo del 68. “La historia está ahí para demostrarles que siempre son sobrepasados por su propia izquierda. ¿Por qué no se contentan con ser simplemente de derechas?”

El resto de la historia es instructivo:

En el número de diciembre de 1967 de *New Left Notes*, una reacción masculina típica mostró lo que una podría pensar de este manifiesto femenino del SDS. Las mujeres, declaró el autor de esta carta, no están hechas para ser líderes; no pueden separarse de los hombres porque los necesitan; deberían ser “más humildes, más tolerantes, más caritativas”. Las mujeres entendieron que habían proporcionado bastones (blancos) para que las golpearan y comenzaron a rebelarse frente al

reclamo, hecho por uno de los suyos, de brindar “un esfuerzo extra de trabajo durante el tiempo que no estuviesen ocupadas por la mecanografía y la distribución de folletos, peleas con la policía y mantenimiento del hombre revolucionario”. Esta última línea recuerda una de las canciones irónicas de Women's Lib:

Mi chico es un gran activista
Le da todo su tiempo a la revolución
Y yo le doy todo el mío.

Y este rasgo de otra feminista estadounidense, Martha Selley:

Puedes jugar a ser el Che Guevara,
¡Pero eres mi opresor y mi enemigo!

A pesar de los esfuerzos de las activistas más “politizadas” de los movimientos de liberación de la mujer como Juliet Mitchell, que reagruparon con más coherencia que estos reformistas los principios de la revolución socialista y la de la lucha de las mujeres⁹⁵, la conclusión se impone cada vez más implacablemente: es sólo partiendo de su opresión específica que la mujer se liberará; sólo lo hará contra sus antiguos amos y no con sus nuevos.

95 Su artículo de noviembre-diciembre de 1966 en *New Left Notes*, *Women for the longest Revolution* “Mujeres por la más larga revolución”, que tuvo un gran impacto, “busca integrar el feminismo en la revolución proletaria sabiendo que nada en los grupos políticos, o regímenes socialistas existentes, indica que tal contrato sería respetado” (Germaine Greer)

Aquí está el estado actual del feminismo alemán: en la Alemania Federal, 9 millones de mujeres trabajan; de las cuales: 3 millones son empleadas y 3,5 millones son obreras, es decir: sobre un 70% de asalariadas solo hay un 9% de especialistas.

La hora de la liberación ha llegado, pero el combate no tiene lugar.

“Este combate no se hará solo por el estudio de los medios y métodos de represión, sino sobre todo luchando contra miles de cabezas huecas que tienen problemas de identificación con Farah Diba y Jackie Kennedy”. Ulrike Marie Meinhof⁹⁶, miembro del SDS, partido de extrema izquierda de Alemania Federal, entregó este texto publicado por *Konkret* (septiembre de 1968), luego de una violenta protesta contra este movimiento por parte de sus propias activistas. Los hombres se habían negado a ceder la palabra a las mujeres; el líder Hans-Jürgen Krahl recibió en esta ocasión tomates en la cara.

En Frankfurt, Berlín, el Weiberrat (Consejo de Mujeres) aboga por la huelga de amor, lanza una campaña por el aborto, en contra del artículo 210 de la Constitución.

96 Ulrike Meinhof (1934-1976), conocida hoy en día como uno de las fundadoras de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), antes de elegir la lucha armada, se benefició de otra forma de notoriedad vinculada a su actividad periodística. Además de los artículos para la prensa alemana, era una columnista de la revista mensual de extrema izquierda *Konkret*.

En 1968, nuevamente, fue la feminista Helke Sander quien habló por primera vez en Alemania de “llevar la lucha de clases a la pareja y sus relaciones”. Les dijo a los hombres que las mujeres ya no podían esperar “su” revolución, porque, subrayó, “una revolución simplemente económica y política basada en la represión de la vida privada como se puede ver en los países ‘socialistas’ no nos ayuda en nada”. Y terminó su discurso a los compañeros con esta afirmación inequívoca: “¡Camaradas, vuestro comportamiento es insoportable!”

En cuanto al problema: comunidad y educación de los niños, la contribución de las mujeres alemanas también es interesante.

El Aktionsrat zur Befreiung der Frauen –Comité de Acción para la Liberación de la Mujer–, basado en el trabajo de Vera Schmidt, psicoanalista revolucionaria rusa de la década de 1920, publicado por la comunidad de Berlín Kommune 2 ⁹⁷, requirió proyectos de cierta escala: jardines de infancia antiautoritarios que debían liberar a las mujeres de la esclavitud familiar. Se crearon jardines de infancia (Kinderladen) que se han multiplicado en Berlín: diez en 1968, sesenta y ocho en 1970⁹⁸. Más adelante analizaremos que la lucha feminista revolucionaria no puede vincularse a la lucha socialista como tal, sin una mistificación de la relación de fuerzas presentes, y por qué debe formar alianzas distintas a la de los partidos de masas de dirección mayoritaria masculina.

97 Las emanaciones de la SDS, Kommune 1 y 2 se refieren a dos experimentos comunitarios llevados a cabo en Berlín Occidental entre 1967 y 1969.

98 Philippe Nahoun, *Alemania antiautoritaria*, París, editions du Cercle/editions de la Tête de feuilles, colección “Changer le monde”, 1971

Después de haber examinado los aspectos particulares de la condición femenina en el campo socialista y dentro de los grupos de izquierda de Inglaterra y Alemania Federal, es bueno volver sobre la formación actual, en líneas generales, de los Movimientos de Liberación de las mujeres en América y el resto de occidente. Esto nos permitirá conducirnos a una plataforma común para un manifiesto del feminismo revolucionario internacional.

¿Cuál es el origen del maremoto feminista actual en América del Norte?

En Estados Unidos, la señal de este despertar la dieron Betty Friedan y su libro *The Mystified Woman*⁹⁹, que hemos analizado en otros lugares como una de las cuatro piedras angulares del feminismo teórico¹⁰⁰. Doctora summa cum laude del Smith College, completó la mayor investigación de desmitificación de la idea freudiana puesta al servicio de los comerciantes polacos y de las aspiradoras, y ayudó a

99 Ama de casa, Betty Friedan (1921-2006), a través de *The Feminine Mystique* [La mística de la femineidad (1963)], realizó una vasta investigación sobre el sufrimiento de las amas de casa, “ese problema que no tiene nombre”. En el origen de la Organización Nacional de Mujeres (NOW), abogó por un feminismo moderado, con el objetivo de una mayor igualdad de género y mayores derechos para las mujeres, sin jamás oponerse a los hombres. Su libro fue traducido al francés bajo el título *La femme mystifiée* por Yvette Roudy, ex ministra de Derechos de la Mujer.

100 Françoise d'Eaubonne, *Feminismo: historia y actualidad*, op. cit.; las otras tres piedras angulares son *Una habitación propia* de Virginia Woolf, *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y *Políticas sexuales* de Kate Millett

desenmascarar la dictadura tecnológica, jese mismo despotismo insidioso y mercantil que Norman Mailer acusa de promover a las mujeres “liberadas”! Casada, respaldada por su esposo a quien dedicó su trabajo y quien le dijo: “Si quieres convencer, muestra tu lado humano, exhibe las fotos de tus hijos” (y de quien luego se separó), fue la fundadora del primer movimiento feminista: NOW (National Organization of Woman, Organización Nacional de Mujeres), que se extenderá por un sinfín de ciudades estadounidenses, gracias a su estilo reformista.

En la película de Bertucelli, presentada en una proyección privada por la Association des Conseillers Conjugaux del Women's Lib de France en la sala de la Unesco, en marzo de 1971, muchos lectores franceses pudieron descubrir el rostro erguido y conmovido por el tiempo, la belleza oriental, los ojos y el escote a la vez cansados y agraciados de esta sabia manifestante que reclama para las mujeres el derecho a elegir entre el fregadero y la construcción de un cohete, pero no cuestiona los méritos en un mundo en el que un tercio se muere de desnutrición, ni la institución familiar de la que este sumidero es sólo un epifenómeno.

Al final de una Conferencia Nacional en Washington, su “Declaración de los Derechos de la Mujer” adoptó ocho puntos de encuentro, todos liberales, que permitieron que el movimiento fuera reconocido por las autoridades. Se trata básicamente de una demanda de un cambio constitucional en un sentido feminista: eliminación de la discriminación por motivos de sexo en el empleo, revisión inmediata de las leyes fiscales para permitir la reducción de los costos domésticos y

de crianza de los hijos para los padres que trabajan, derecho de las mujeres a recibir educación de acuerdo con todas sus posibilidades en condiciones de igualdad con los hombres en todos los niveles de educación, el derecho de la mujer a retomar su empleo después de la maternidad sin perder ninguno de sus derechos de antigüedad, el derecho de la mujer a controlar su fecundidad a través de información completa sobre anticoncepción, abolición de leyes penales sobre aborto, etc. “Con esos ocho puntos firmes y la envidia de la vagina siendo lo que es, pasarían años antes de que la última de estas demandas razonables se convirtiera en un lugar común legal... pero ¡ay del político liberal que no pareciera conocerlos a fondo de inmediato! Comenta Norman Mailer¹⁰¹.

A esta campaña legalista se sumaron algunas acciones que ya intuían una corriente más radical como el boicot a Colgate–Palmolive por discriminación sexual en el empleo; pero, dice Germaine Greer, “sin lanzar un ataque a la industria cosmética cuyos ingredientes ineficaces se venden mejor que nunca gracias a la publicidad degradante que mantiene a las mujeres inseguras”. La inteligencia de Betty Friedan llega a veces, por uno de esos destellos de calor que parecen dar al cielo una nueva dimensión, a una verdad que va mucho más allá de su cortés rebelión; por ejemplo cuando, después de haber tratado a la *Escoria*¹⁰² de muy caprichosa, que también lo es, ella profetiza que si las exigencias del NOW (que es mixto) no se hacen oír, podría haber una rebelión al lado de la

101 Norman Mailer (1971), *Prisionero del sexo*, op. cit.

102 Valerie Solanas (1967), *Manifiesto SCUM*, op. cit.

cual los disturbios de Detroit parecerán un juego de niños¹⁰³; o cuando, en *La mujer desconcertada*, advierte que quizás estamos ante una sociedad “enferma” que desconfía del potencial que representan las mujeres.

Pero el significado de esta “enfermedad” y la posibilidad de este Apocalipsis, es a los demás a quienes debemos la profundización del mismo. Como todos los movimientos liberales, según la observación de la simpática *barricadier* que hemos visto, el NOW estaba llamado a ser flanqueado por su propia izquierda. Ti-Grace Atkinson¹⁰⁴ ha surgido para estimular un grupo extremista que se propone aniquilar, de una vez por todas, los roles sexuales. También trabaja para un grupo de investigación que analiza las causas históricas de la condición de la mujer. La convención de 1968, año de malestar general en el mundo, rechazó de plano los dulces del manifiesto de 1967 que había provocado la respuesta falocrática publicada en el número de diciembre de 1967 de *New Left Notes* citado anteriormente. Este endurecimiento de

103 Los disturbios de Detroit en 1967, también conocidos como los disturbios de la calle 12 o la rebelión de Detroit de 1967, fueron los disturbios raciales más sangrientos del «largo y cálido verano de 1967». Compuesto principalmente por enfrentamientos entre la población negra y la policía, comenzó en la madrugada del domingo 23 de julio de 1967 en Detroit, Michigan. El evento precipitante fue una redada policial en un bar sin licencia después de pasada la hora límite, conocido entonces como un speakeasy, en el Near West Side de la ciudad. Este suceso estalló en uno de los disturbios más mortíferos y destructivos de la historia de Estados Unidos, que duró cinco días y superó la violencia y la destrucción de la propiedad del motín racial de 1943. [N. d. T.]

104 Ti-Grace Atkinson, ensayista y teórica feminista nacida en 1938, es una de las figuras más emblemáticas del feminismo radical estadounidense que ayudó a teorizar y del lesbianismo político. En *Odyssey of an Amazon* (1974), colección de artículos, conferencias y discursos, reflexiona sobre las contradicciones de la lucha de las mujeres en Estados Unidos. Criticando el reformismo de la Organización Nacional de Mujeres (NOW) considerada liberal, reivindica un feminismo radical y denuncia la opresión de la mujer por parte de la sociedad heteropatriarcal.

las posturas femeninas evidentemente provocó la furia de los hombres que preferían oír decir como en Alemania: “¡Os queremos!”, aunque ellas pudieran pedir algún día a sus heroicos, a sus queridos compañeros de lucha, que dejen el subfusil y preparasen la comida para el niño no escolarizado. El movimiento Women's Lib estaba despegando, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.

La voz del movimiento de liberación femenina apareció, anunciando este nuevo estilo de lucha. La agitadora Carol Thomas fue arrestada. *Hacia un movimiento de liberación femenina*, escrito por Beverly Jones y Edith Brown¹⁰⁵, calificó a las activistas del SDS como “privilegiadas” ignorantes de los problemas reales de las mujeres que libran sus propias batallas; les recordó que aquellas que prevalecen en los movimientos dominados por el hombre y por la tradición, solo han tenido éxito al inclinarse ante los valores masculinos. Su táctica política de nueve puntos iba a convertirse en el programa de los jóvenes grupos feministas revolucionarios británicos que buscaban un ejemplo en Ti-Grace Atkinson en lugar de Betty Friedan:

“1. Las mujeres deben negarse a unirse a movimientos distintos al suyo. No pueden esperar reestructurar la sociedad antes de que se reestructuren las relaciones de género. Las relaciones domésticas desiguales pueden ser la causa de todo el daño...

105 Beverly Jones, Edith Brown, *Toward a Female Liberation Movement*, Nashville, Comité Organizador de Estudiantes del Sur, 1968.

2. Las mujeres, a menudo influenciadas por el miedo a la fuerza física, deben aprender a protegerse...

3. Debemos obligar a los medios de comunicación a ser realistas...

4. Las mujeres deben poner en común su experiencia hasta que comprendan, definan y se pronuncien explícitamente contra las múltiples técnicas de dominación que utilizan los hombres en la vida privada y pública...

5. Debemos organizar comunidades en las que las mujeres puedan ser liberadas de su carga mientras se desarrollan psicológicamente...

6. Las mujeres necesitan aprender su historia, porque tienen una historia de la que pueden estar orgullosas y que enorgullecerá a sus hijas... Hay un mercado para la literatura feminista, histórica o no. Tienes que alimentarlo...

7. Las mujeres que tienen competencia científica deben investigar las diferencias reales en las facultades y temperamentos de los dos sexos...

8. La exigencia de igual salario por igual trabajo ha sido rechazada con desdén por los extremistas, pero debe tenerse en cuenta, porque la desigualdad es un medio de esclavitud...

9. En esta lista, que no pretende ser completa, menciono las leyes del aborto."

La autora de *La femme eunuque* observa acertadamente que el punto 7 ignora las investigaciones “llevadas a cabo durante cincuenta años”. Podemos agregar que esta perspectiva en sí misma está pasando rápidamente de moda con el progreso de las ciencias humanas que proporcionan cada vez más, y en puntos cada vez más numerosos, la prueba de que lo que tomamos por un hecho de la naturaleza es en realidad un hecho de la cultura, siendo el hombre el único animal que crea su propia naturaleza y que la recrea constantemente. En el punto 6, también notaremos una profunda diferencia entre los anglosajones, siempre en busca de una tradición cuando se rebelan más radicalmente, y las mujeres francesas, hijas de la ecuación revolucionaria: “¿Qué somos nosotras? Nada. ¿Qué vamos a ser? Todo”, y que cantan:

Nosotras, mujeres que no tenemos pasado,
Nosotras que no tenemos historia,
Desde los albores de los tiempos, mujeres,
Somos el continente negro.

(Canción del MLF)¹⁰⁶.

Judith Brown, asistente de investigación en psiquiatría de la Universidad de Florida, es una de las figuras estadounidenses más populares del feminismo inglés. Ella establece en la continuación del Movimiento Hacia la Liberación Femenina un paralelismo entre el matrimonio de las mujeres y la integración de los negros, (una analogía que necesita ser tan matizada como la comparación entre la opresión económica del

106 Escupir sobre Hegel en la misma perspectiva habla del “rostro oculto” de la tierra: el sexo femenino. “La mujer es el otro lado de la tierra.

proletariado y la opresión doméstica de la mujer). Aboga por las comunidades femeninas, el celibato, la homosexualidad y la masturbación en lugar de la integración a través del matrimonio. “Debemos... oponernos a los perros rabiosos que nos gobiernan en todas las circunstancias y en todos los lugares.”

A principios del verano de 1968, cuando el sol marca el mediodía en el cuadrante del año y en un momento en que la juventud mundial apenas abandonaba las barricadas de las capitales, tres disparos propiciaron la fundación de SCUM: Valerie Solanas disparaba a Andy Warhol, cineasta que, según explicó, “tomó demasiada importancia en su vida”. Él escapó; ella pasó por el manicomio psiquiátrico y luego emergió con su Sociedad para Cortar Hombres. El exceso de humor negro de esta perra (puta) trae una sonrisa tranquilizadora a los labios de los hombres, como reconoce Norman Mailer; también reconoce que se equivocan¹⁰⁷. Valerie Solanas tranquiliza, de la misma forma que, en una película de terror bien hecha, es decir comercial, el monstruo parece tranquilizador en el momento en que el ambiente se vuelve intolerable, de modo que el espectador pueda decirse a sí mismo: “Esto es sólo cine”. En Roma, el grupo revolucionario homosexual Fuori (“Fuera”) nos regaló un cartel humorístico: dos transeúntes van a pescar cuando ven aparecer a lo lejos un desfile con el cartel del Poder Gay; pero su sonrisa se congela cuando aparece la manifestación, formada por individuos sin afeitar que rugen,

107 Norman Mailer, *Prisionero del sexo*, op. cit.

blandiendo garrotes. El Manifiesto SCUM¹⁰⁸ proporciona exactamente la reacción opuesta en el lector masculino.

El documento de Valerie¹⁰⁹, de hecho, contiene, como todo lo que es extremo hasta el punto de la locura, una serie de verdades desagradables. Su declarada ferocidad de mantis religiosa acerca un poco a Valerie Solanas al “rey de los leprosos” que, en la Edad Media, asumió, para hacerla realidad, lo que la leyenda popular atribuía a los leprosos: una espantosa conspiración, con la alianza de Judíos e infieles, para derrocar el trono real. Valerie Solanas está totalmente de acuerdo con Pati Tolander, citado por Norman Mailer, por su poema *Griffeurs d'aines*¹¹⁰:

Profecía cumplida:
Las mujeres son disimuladas,
malvadas y perversas.
Mierda.
Realmente lo buscaste.

Del Manifiesto SCUM, aquí está lo que dice *Actuel*: “Los hombres son larvas malignas, un lamentable accidente de la genética que una masacre política tendrá que abolir”. El poder de las mujeres está sobre nosotros. El libro se impone por su violencia, un estilo, un delirio lógico. Los hombres se salen con la suya burlándose, las mujeres se confunden y piensan.

108 Manifiesto de la Escoria. SCUM, e trata de un juego de palabras, pues las siglas S.C.U.M. (Society for Cutting Up Men, Asociación para castrar a los hombres) forman la palabra inglesa “scum” que se traduce como “escoria” o capa de suciedad.

109 Valerie Solanas (1967), *Manifiesto SCUM*, op. cit.

110 Rascadores de ingles.

Podemos llorar locura, fantasía, debilidad mental; el libro todavía da en el blanco... “Este libro ha hecho más por la causa que las publicaciones de todos los activistas”, según el boletín Lilith.

El loco que persiste en su locura se encuentra con la sabiduría.

William Blake.

Del mismo autor, he aquí un breve relato: “Valerie Solanas siempre viste igual, jeans viejos, suéter y canadiense, una gorra de terciopelo en la parte superior de la cabeza. Tiene el rostro helado de un personaje de Douanier Rousseau. Fermenta con sueños y revueltas. Podría haber sido hermosa y eso no le interesa. Valerie Solanas odia a los hombres. Inmóvil y silenciosa, lleva mucho tiempo colgada en el vestíbulo del Hotel Chelsea, la guarida subterránea de Nueva York”.

Estas son las líneas principales de este documento que llega tan lejos, en la literatura underground y feminista, como lo ha hecho Sade en la literatura erótica y jacobina:

El objetivo de las mujeres que tienen un poco de civismo, sentido de la responsabilidad y sentido de la diversión ya no puede ser “derrocar al gobierno, acabar con el dinero, establecer la automatización a todos los niveles y suprimir el sexo masculino”. Gracias al progreso técnico, ahora podemos reproducir la raza humana sin la ayuda de los hombres (o para el caso sin la ayuda de las mujeres) y

producir solo mujeres; retener al macho ni siquiera tiene la dudosa utilidad de permitir que la especie se reproduzca. ¿Qué es el macho? Todavía es demasiado halagador compararlo con un animal. Es solo un mecánico, un consolador ambulante. [...] En el mejor de los casos, solo destila aburrimiento. ¿Por qué? Carcomido por la culpa, la vergüenza, los miedos y la angustia, y a pesar del vago sentimiento que llega al final de sus esfuerzos, su idea fija sigue siendo: besar, besar. ¿Su secreto? El hombre es psíquicamente pasivo. Y como le horroriza su propia pasividad, intenta deshacerse de ella proyectándola sobre las mujeres. Postula que el hombre es activo, y luego se propone demostrar que es activo, por lo tanto, que es un Hombre. ¡Y para hacer esto, folla! [...] Pero como lo que busca demostrar es falso, está obligado a empezar siempre de nuevo. De modo que besar se convierte en un impulso abrumador, un intento desesperado por demostrar que no es pasivo, que no es una mujer. Pero, de hecho, es pasivo, y su profundo deseo es ser una mujer¹¹¹.

(Es curioso encontrar aquí un eco de la sabia Karen Horney que, con Erich Fromm, representa la corriente culturalista de la escuela psicoanalítica estadounidense y que, al escribir *Our Internal Conflicts*¹¹², aún no había alcanzado, en 1952, las más modestas conclusiones de Betty Friedan.)

El texto explica además que después de la eliminación del dinero, “ya no será necesario matar a los hombres [pues entonces] se verán privados del único poder que pueden tener

111 Valerie Solanas, *Manifiesto de la escoria*, op. cit.

112 Karen Horney (1945), *Nuestros conflictos internos*.

sobre las mujeres psicológicamente dependientes”. Los problemas de la marcha del mundo que abordarán las mujeres victoriosas serán: la revisión total de los programas educativos en la dirección de un ascenso acelerado del nivel intelectual, la solución de las cuestiones de “enfermedad, vejez y muerte”. La reconstrucción de ciudades de arriba abajo. Su epílogo, de una belleza bastante cercana de nuevo a las utopías sadianas, muestra a los supervivientes masculinos que terminan sus días miserablemente, revolcándose en las drogas u olfateando el aire de las praderas con los sapos, mirando “las mujeres poderosas en el trabajo”, o a ellos mismos regresando al “centro suicida más cercano donde serán reciclados suavemente, rápidamente y sin dolor”, mientras que los más “racionales, no lucharán, no lanzarán patadas, no causarán un alboroto doloroso, permanecerán sentados sabiamente, relajados, disfrutarán del espectáculo y se dejarán llevar hasta su fatal destino”.

Llevar una verdad hasta el punto de la demencia que la pulveriza, siempre trae espacios desconocidos. Valerie Solanas ha ido más allá que cualquier sociólogo razonable para medir el abismo que separa a los sexos y condenarlos a una lucha estúpida, sin más resultado que la piedad, en una sociedad que solo uno de los dos ha construido. Puede ser que su loca crueldad, su brío y su argumentado y lógico cinismo como el de todas las personas paranoicas tuvieran algo que ver con la escisión de Ti-Grace y el nacimiento del Women's Lib, que es su consecuencia. Es de esta corriente que también surge el WITCH, acrónimo que significa “bruja” y las iniciales de “Conspiración terrorista internacional femenina del Infierno”. Se las culpó de un aquelarre de sujetadores, ritos de hechizos a

bancos, una invasión del Madison Square Garden disfrazadas de magas montadas en escoba, ¡que derrumbó la Bolsa de Valores! También se les adjudica un depósito de dinamita en ciertos gabinetes públicos frecuentados por hombres. Finalmente, ¿cómo no encontrar un eco valeriano-solaniano en las páginas más poderosas de Caroline Hennessey?:

“Solo hay una manera de separar a los machos humanos que autocompensan en exceso oprimiendo a las mujeres, de los niños pequeños, en esta etapa intermedia de la revolución en la que estamos. El criterio se mide por su tolerancia cuando giramos sus bolas. Si grita, déjalo ir después de arrebatarse eso, y patéalo en el trasero para deshacerte de él. Si puede manejarlo con una sonrisa y te mira directamente a los ojos, es probable que sus bolas estén tan seguras que no las sujete con el pegamento de la opresión y la humillación a las mujeres. (No esperes encontrar muchos como ese)”¹¹³.

“Pero, ¿cómo pueden las mujeres ser tan crueles? Le pregunta un héroe sollozando a otro héroe de “Serie Negra”. Y su alter ego le responde: “Porque en el fondo odian a los hombres. Te castrarían, Lambert, si pudieran hacerlo impunemente”¹¹⁴.

Quienes están asombrados por esta repentina explosión de odio entre los sexos en los Estados Unidos olvidan que el asunto no es nuevo. Han pasado más de veinte años desde que fue denunciada por unas pocas voces aisladas, una de las

113 Caroline Hennessey (1970), *Moi, la salope*.

114 Richard Neely (1970), *Le tormenteur*.

cuales fue retransmitida por *Les Temps Modernes* (cuando Simone de Beauvoir acababa de publicar *El segundo sexo* y cuando yo buscaba documentación para *Le Complex de Diane*¹¹⁵), y declaraba claramente que las mujeres en América estaban “traumatizadas hasta el punto de la neurosis” por el resentimiento que tenían hacia los hombres... La misma autora analizó luego la expresión indirecta de este resentimiento, a través de la “Série noire”, (donde, mucho antes que *The Tormmentor*, lo encontró en *The Bride Was in Black*). Voz perdida, voces apagadas en la enorme, gigantesca patraña del siglo: la denuncia, a gran escala, de América como matriarcado.

“Sí, el argumento de que las mujeres eran una clase social y económica explotada por una clase dominante de hombres, que las mujeres eran en última instancia la clase más numerosa y explotada de todas, ese era un argumento de conciencia común”. Este es el saludo dirigido a Women's Lib por Norman Mailer en *Prisoner of Sex*, un panfleto antifeminista.

Si puede reconocerse que el *Manifiesto SCUM* es extremo entre los extremos y que, sin embargo, representa el polo magnético del Women's Lib, puede ser con el propósito de comprometer a todo el movimiento con esta soñadora del “sexocidio”; pero es, sin embargo, una verdad innegable. Que según Reimut Reiche, el núcleo constitutivo de la vida humana y social en el planeta, no cambia tras la remodelación “de la organización social y económica” por las revoluciones “socialistas”, lo hemos visto, por el sexismo inquebrantable que preside Mitsein; pero, al igual que para elevarse a una

115 Françoise d'Eaubonne, *El complejo de Diana. Erotismo o feminismo*.

verdadera conciencia revolucionaria, es necesario saber dejar a Diderot por Sade, de la misma manera, para concebir una perspectiva de futuro en la que estalle este famoso núcleo atómico del homo sapiens, es necesario saber cómo dejar a Kate Millett y caminar un poco con la escoria. Desde el verano de 1968, que vio el nacimiento del manifiesto de Valerie Solanas y su “programa político en forma de ciencia ficción”, el Women's Lib se ha extendido como la pólvora preparada para la línea Bickford y la mecha en llamas a través de todos los medios; y este olor a dinamita atravesó el Atlántico, llegó a Londres y París, hizo estornudar al Vaticano y sacudió con una tormenta los molinos y tulipanes de Dolle Mina, hasta las orillas de los fiordos del norte de Europa.

Estoy harta de esto
del sistema,
del poder,
de los hombres que lo sostienen,
especialmente de los hombres.

Portada de la edición francesa de *Moi, la bitch*¹¹⁶
de Caroline Hennessey.

El 31 de agosto de 1970, tres semanas después de la liberación del Black Panther Horace Newton que elogió la “lucha justa” de las mujeres, el *New York Times* hizo un balance

¹¹⁶ Yo, la puta.

de la situación: “Esta semana, marcando el quincuagésimo aniversario de la proclamación de la 19ª enmienda que otorga a las mujeres el derecho al voto, el Women’s Lib, difuso dividido, pero firmemente resuelto, proyecta una jornada nacional de protesta contra la actual opresión femenina. Se planean desfiles, feroces discursos y teatros de guerrilla.”

Las mujeres compraban “cubos de la libertad” para tirar públicamente los más diversos símbolos de opresión: cosméticos, detergentes, sujetadores, publicidad dietética, agujas de tejer y hasta píldoras anticonceptivas, a veces consideradas como un medio recuperado por la comunidad, la sociedad de consumo y la indiferencia egoísta de los machos. Las discusiones se iniciaron en la calle, durante una distribución de folletos; el “teatro de guerrilla” simulaba partos, prostitución económica, chantaje en la contratación, etc.

The Times recordó que después de exigir la igualdad salarial y el aborto gratuito, las feministas se radicalizaron y declararon su intención de derribar el sistema patriarcal. Esto tomó su turno con la posdata del libro de Kate Millett, *La politique du mâle*¹¹⁷, tesis doctoral vendida en mimeógrafo; esta posdata fue obra de la activista radical Dana Densmore y se tituló: *No más diversión y juegos, “¡Basta de risas así!”*

Kate Millett, que acababa de colocar la cuarta piedra angular de la teoría de la liberación de la mujer, luego se negó a llevar el apodo, periodístico como el infierno, de la “Mao Tse Tung de Women's Lib”. Es cierto que completó la curva iniciada con Betty Friedan. Mientras que la autora de *La mística de la*

117 *La política del macho*, traducido al castellano con el título *Política sexual*.

femineidad es una burguesa acomodada y una investigadora competente, que era dueña de una casa, con esposo e hijos, Kate¹¹⁸ se presentó a sí misma como “dejada atrás por el mundo masculino”. Pertenecía al universo marginal, con su infancia pobre por un hogar roto y la deserción de su padre, sus vagos intentos de escultura, su convivencia con una japonesa, su rechazo al matrimonio y su apoyo a las “lesbianas radicales”. Su tesis doctoral, publicada y traducida desde entonces, un éxito de ventas a ambos lados del Atlántico, fue definida por su examinador George State de la siguiente manera: “Leer este libro es como sentarse con las bolas atrapadas en un cascanueces”

Los grupos más diversos se multiplicaron con los nombres más inesperados: las “Medias rojas”, las “Hermanas de Lilith”, “Pan y rosas”, etc. En el tumulto de “estas voces furiosas”, domina la de Ti-Grace Atkinson: “Necesitamos una revolución dentro de la revolución. Necesitamos tocar la verdad que muchas mujeres temen”.

“Si examinas las leyes, verás que el matrimonio es un secuestro legalizado, una fuente de trabajo no remunerado, que va contra la libertad de movimiento de la mujer y no requiere la certeza del amor de un hombre. El amor es otra cosa¹¹⁹. Siempre se entiende con una noción de dependencia, y

118 Una figura importante en la historia del feminismo estadounidense, Kate Millett (1934-2017) defendió una tesis en la Universidad de Columbia en 1970 en la que analizaba el poder patriarcal a través del prisma de la literatura occidental. *Política sexual* se convirtió rápidamente en un éxito mundial y, más allá de su dimensión militante, ha contribuido en gran medida al desarrollo de la investigación feminista y los estudios de género.

119 Ti-Grace Atkinson define el amor de las mujeres en otro lugar como “La reacción de la víctima a la violación”.

así no lo queremos. Los individuos definidos como mujeres deben asumir el problema. En cierto modo, las mujeres deben cometer un suicidio genuino”.

¡Aquí estamos, con el lenguaje extremista, el manifiesto de 1967 y el primer grupo feminista fundado el mismo año en Chicago, con Joreen Freeman, Naomi Weisstein y Heather Booth!... Esta última había empezado a radicalizarse dando a *Miss* una entrevista sobre la cuestión del aborto, en la que afirmó que su conciencia revolucionaria comenzó cuando se dio cuenta de que este problema “era social y no individual”. Poco después, fundó con Pamela Allen el primer grupo de liberación en Nueva York. El tono del feminismo había comenzado a cambiar para entonces, y aunque este pequeño grupo era contemporáneo a la aparición de NOW, solo podía comunicarse con el ala izquierda de este último, si no fusionarse, con la tendencia de Booth y Allen.

Esta es la historia del despertar feminista en Estados Unidos. En Canadá, las mujeres también comenzaron a desafiar su estatus desde el otoño de 1967. En la Nueva Izquierda Canadiense, cuatro jóvenes de la Unión de Estudiantes para la Acción por la Paz escribieron un informe: “Hermanas, hermanos, amantes, ¡escuchen! Este texto parte de la observación marxista de que la medida del hombre es la de la mujer en relación con el hombre. Expusieron, con la misma amarga precisión que Stokely Carmichael o Juliet Mitchell, la posición de las mujeres dentro de los movimientos de la Nueva Izquierda; simplemente el de la tradición, es decir, la sumisión absoluta al liderazgo masculino. El feminismo radical canadiense tomó su punto de partida allí.

El feminismo radical ha ganado terreno en Gran Bretaña. La autora de *La femme eunuque* relata cómo habló “frente a un público heterogéneo y rancio”, y sin embargo, sorpresa: “Mujeres tímidas y nerviosas expresaron en presencia de sus maridos su opinión sobre los temas más subversivos. Las enfermeras se rebelan, las maestras están en huelga, las faldas tienen todas las longitudes, las mujeres ya no compran sostenes, exigen el derecho al aborto: la rebelión está ganando fuerza y puede convertirse en una revolución”.

En Suecia, donde las palabras de Betty Friedan calaron durante mucho tiempo, un renacimiento más tranquilo reunió a intelectuales, amas de casa y personas solteras. Suecia es un país con una larga tradición feminista, de la que el teatro ginofóbico de Strindberg da pruebas suficientes. Las mujeres han estado votando allí desde 1866. (¡Fue el mismo año en que el libro de Olympe Audouard, *Guerre aux hommes!* alentaba a las mujeres a usar la violencia).

Diez años antes, este reino había otorgado a los célibes los mismos derechos que a los hombres, siguiendo una novela de la escandinava Frederika Bremer, *Herta*, “que en 1856 había sido para la mujer del norte de Europa lo que *La cabaña del tío Tom* fue para la causa de la esclavitud negra.

Dicho esto, y a pesar de la creciente participación de la mujer sueca en el trabajo de la nación (cincuenta y cinco mujeres casadas inscritas en la Seguridad Social en 1962 contra treinta en 1950), continúan hoy protestando por el bajo número de “canguros” que se supone que ayudan a la madre trabajadora.

A diferencia de la mujer estadounidense, las suecas se quejan menos de no ser bienvenidas en el mercado laboral que de carecer de ayuda a domicilio. Betty Friedan constata tras un viaje en *Mujeres en busca de la cuarta dimensión*, que “En Suecia, dicen que no habrá igualdad mientras los hombres no compartan las responsabilidades del matrimonio, la casa y los hijos con las mujeres, y las mujeres no sean a su vez las parejas de los hombres en la sociedad”¹²⁰.

El “Grupo de las Ocho”, fundado en Estocolmo por ocho mujeres, se hizo cargo de este despertar del segundo sexo, ya intuido por la película de una directora amiga de la feminista Bibi Anderson: las mujeres, secretamente enfurecidas por no tener control de las palancas de mando, se desahogan en un sueño y abruman a todos los hombres que encuentran con el uso del judo. Círculos de estudio, debates y textos dieron impulso al movimiento que informó sobre su trabajo a un congreso internacional del 12 de agosto de 1971.

Entre los nórdicos, Dolle Minen ruidoso y colorido merece una mención especial. El movimiento es mixto: un hombre por cada nueve mujeres, lo que causó sensación, para gran indignación de las estadounidenses en el mismo congreso, cuando las holandesas obtuvieron este aliado objetivo. Estos activistas, entre los cuales emerge la personalidad de Sofía Vries, la famosa feminista de Ámsterdam, no sólo tienen que ver con la emancipación de la mujer; al igual que los daneses, que también se unieron al socialismo y las amas de casa que

120 Sin embargo, el último trabajo publicado por la ONU sobre la preparación del tema “1975, año de la mujer” muestra las decisiones tomadas en tres países europeos para extender la educación en el hogar a ambos sexos: Suecia, Noruega y Polonia.

arengaban en los barrios pobres. Sus actividades voluntariamente dan un giro más audaz que en otros lugares; silban a los chicos de la calle y pellizcan sus nalgas con la intención educativa de mostrarles lo que es ser un objeto sexual, sin duda para hacer que sientan “esta mezcla poco saludable de narcisismo y paranoia” que invoca Norman Mailer en el trabajo antifeminista antes citado. Están pidiendo la construcción de clínicas de aborto libre e invaden los congresos de ginecología con el fin de mostrar, mediante el levantamiento de la camiseta, el tatuaje que adorna con orgullo su abdomen: “Mi estómago es mío”. Para el Día de la Madre, organizaron una marcha madre-hijas. En Ámsterdam, se fundó una casa de las mujeres para clases de educación y karate técnicos.

En Bélgica, el nacimiento del feminismo radical comenzó con los hombres. Ellas, en contacto con insumisos al servicio militar, tuvieron la idea de estimular grupos de estudio e investigación de mujeres sobre los problemas de la liberación, a partir de una representación de aficionados: *La enfermera* de Armand Gatti. Durante la discusión que precedió a esta iniciativa, miembros del MLF de París convencieron a estas bienintencionadas compañeras de no ceder a la tentación de la coeducación para ayudar a las mujeres a expresarse, experiencia que estaba demostrado que nunca se hacía con sinceridad y libertad en presencia de hombres. Desde entonces han comenzado a funcionar círculos exclusivamente femeninos en un Partido Feminista Unificado con Lesbianas Radicales y grupos mixtos, el Marie Mineur, que siempre fue el FLF. Un movimiento “por la legalización del aborto” surgido en Lieja después del manifiesto de las 343 en París. Han aparecido

guarderías salvajes. En febrero de 1973, tuvo lugar en Gante una gran marcha por el aborto gratuito, en relación con el juicio del Dr. Peers¹²¹.

Finalmente, en Francia, el Movimiento de Liberación de la Mujer nació casi simultáneamente en París, Lyon y Toulouse. A principios del año 68, estudiantes que protestaban notaron que la cuestión de la mujer nunca había sido colocada en la agenda por los agitadores del mes de mayo y decidieron fundar un movimiento como el de Women's Lib¹²²; según lo informado por *L'Idiot International*, nº 5.

Somos solo las sirvientas de nuestros maridos. No tenemos que enfrentarnos con orgullo a nuestros amos.

Discurso de Santa Monique, madre de San Agustín, a las mujeres que se quejaban de haber sido golpeadas.

La activista del MLF que firma “Actuelle” en el número 4 de *Actuel* resume el origen del movimiento: “Hasta ahora nos consideraban servidoras, no teníamos otro horizonte que el que nos dieron... Este es el momento del cuestionamiento radical. ¡Todas las parejas son parejas burguesas! Algunos

121 Willi Peers, ginecólogo detenido, acusado de haber practicado un aborto a una joven de 27 años con retraso mental que había sido violada [N. d. T.]

122 De hecho, fue la prensa la que bautizó el “Movimiento de Liberación de la Mujer” por analogía con el American Women's Lib, el día después de la manifestación en el Arco de Triunfo el 26 de agosto de 1970.

aventureros que no probaron estos manjares cayeron presa de las llamas. Las vírgenes, eran consideradas pieles viejas; enamoradas, putas, concubinas, aves de paso. Por encima de los treinta años, su valor de mercado se acercaba a cero. Si se involucraban en política, se les decía que resolvieran sus problemas vaginales en otra parte. Las estadounidenses se manifestaron con fuertes gritos... Francia, el país del gran cinturón rojo de franela, esperó hasta mayo de 1968 para ir más allá del marco institucional de las revueltas permitidas. Y, sin embargo, la liberación de la mujer no aparece en ninguna parte de las agendas de grupo”.

Cuando al comienzo del año escolar algunos intelectuales se hicieron cargo de la cuestión, fue necesario crear guarderías salvajes para relanzar el movimiento que así se afianzó en Censier, Nanterre, Vincennes y Beaux-Arts, el último bastión en caer tras el fin de la mini-revolución del 68.

Fue gracias a la experiencia de estas jóvenes de clase burguesa, gracias a sus contactos con los trabajadores y amas de casa de los suburbios, y no gracias a Dios sabe qué, cual prejuicio intelectual marcusiano o no, que su lucha por objetivos puramente materiales: la igualdad de remuneración, la solicitud de ayuda del hogar, etc., fue sustituida paulatinamente por el cuestionamiento radical de la pareja y la familia en la sociedad.

Los liberales burgueses, los izquierdistas, básicamente todo lo que quedó fuera de este movimiento pensó esto: este resurgir inesperado del feminismo tipo 1848 se debe a una idea preconcebida de intelectuales fuera de los problemas

“reales” de la clase trabajadora ¡sucede lo contrario! Cuando las chicas del MLF ceden ante una tendencia intelectualista de izquierda, enseguida tienden a dar a los problemas que se les plantean una interpretación obrerista clásica, y no lo que se llama, erróneamente, “feminista pura”. Son los proletarios que consienten en hablar con ellas quienes las traen de vuelta (a veces sin su propio conocimiento) a la opresión específica de la mujer.

Un buen ejemplo lo citó un folleto reciente: “Una empleada de los cheques postales viene a explicarnos la forma concreta en que son tratadas por ser mujeres: método de intimidación, disciplina, infantilización, clima psicológico particular... problema que siempre se desviaba para devolverlas a las condiciones de funcionamiento (además, muy duras). A pesar de que ella insistía en lo que era importante para ella, las chicas no la escuchaban, obsesionadas con hacerla decir lo que querían escuchar.” (*Por un movimiento feminista revolucionario*)

Como podemos ver, la ironía de los especialistas frente a lo que consideran una extravagancia de los “pequeños burgueses intelectuales”, es decir, la necesidad urgente de cuestionar ya no las estructuras económicas capitalistas sino sobre todo el sexismo, se cae de plano. Por eso, el MLF, que partió como una fantasía, criticado y despreciado, se ha mantenido y desarrollado con éxito en Francia y se ha afianzado en las provincias, en entornos que distan mucho de ser únicamente de profesores e intelectuales.

Se lanzó el primer movimiento informal, basado únicamente en un impulso que es el del despertar. No tenía dirección, ni burocracia, operaba en base a asambleas generales bimensuales y grupos muy diversos, comités de afinidad o agrupaciones vecinales que, recientemente, se han complementado con grupos de “sensibilización” simplemente aprendiendo.

Ayudó a un reducido número de mujeres a conocerse como mujeres, para apreciarse y forjar fuertes lazos emocionales entre ellas, según el lema de la canción del MLF:

*Solo en nuestra desgracia, mujeres,
¡Hablémonos, mirémonos la una a la otra!*

Mejor aún: la imaginación toma el poder:

“Secuestrar a Ménie Grégoire, inventar a Madame Soleil, dormir con el Papa, disfrazarnos de hombres, ir al hammam a acariciarnos entre mujeres, abofetear a Isabelle (Hara-Kiri) que es realmente demasiado gay, reír con la favorita de nuestros amantes, poniéndose flores azules, por todo eso, por todo lo demás, por diversión, nos organizamos. ¡Salud!”

MLF, enero de 1971

Había que demostrar el impacto de la fantasía desenfrenada en la realidad. Ménie Grégoire¹²³ no fue secuestrada, sino hundida el 11 de marzo de 1971; las florecillas fueron sembradas en el césped de Reuilly para una burla del Día de la Madre, con teatro de guerrilla y exhibición de obras pictóricas al aire libre, las declamaciones líricas y humanitarias del Profesor Lejeune –tan dotado de emoción como el ojo de cristal de un SS– fueron perturbadas a golpes de salchicha¹²⁴ (después de ser abrumado por los gritos de “Espere, señor, acabo de abortar”), y durante una marcha internacional por el aborto gratuito se interrumpió una ceremonia matrimonial en la iglesia de Saint–Ambroise en 1972. Sin contar la prehistoria:

Acciones recientes que a veces fueron unánimes, a veces el hecho de un grupo siempre libre para emprender lo que quisiera a condición de no haber sido repudiado por la AG. Manifestaciones frente a la Petite Roquette: “Todas somos ladronas, abortistas, putas en varios congresos falsos y amañados para sembrar un poco de confusión, en las juntas generales de *Elle*, en la Facultad de Medicina” (Actuelle)

Desde entonces, podemos agregar a la lista: discusión con miembros de FHAR en una Mesa Redonda presidida por

123 Apodada la Dama del Corazón, Menie Grégoire, 15 de agosto de 1919 - 16 de agosto de 2014 es una periodista y escritora francesa, conocida en particular por haber presentado un programa de radio llamado Allô, Ménie en RTL desde 1967 hasta 1982. [N. d. T.]

124 El 5 de marzo de 1971, esta operación conjunta de MLF y FHAR tenía como objetivo cancelar una reunión hostil al aborto. Françoise d'Eaubonne recomendó armarse con salchichas secas para hacer frente al servicio de seguridad. Esta hazaña se recuerda con el nombre de “Commando Saucisson”. Véase el relato de Marie-Jo Bonnet en su libro *Mon MLF*, París, Albin Michel, 2018, p. 40-42.

Évelyne Sullerot, sobre “libertad sexual”, en el centro Laënnec¹²⁵, así como seis meses antes en el debate de las Consejerías Matrimoniales que presentó la película de Bertucelli en la Sala de Mujeres de la Unesco, en marzo de 1971; y sobre todo, expedición punitiva al Congreso de Sexología de San Remo, en abril de 1972, que llenó la prensa y la televisión italianas.

¿A qué hombre le habría faltado la confianza hasta el punto de creer que la fertilidad legitimaba el amor?

René Crevel, *Mi cuerpo y yo*.

La acción más espectacular del MLF, como hemos visto, fue la idea del manifiesto de las 343 y la campaña que lo apoyó, hasta el juicio de Bobigny. El propio manifiesto era de un nuevo tipo: se contentaba con enunciar un hecho social (el número de abortos por año y el peligro de su clandestinidad) y declararse culpables de un acto condenado por la ley, para luego plantear la simple exigencia del aborto gratuito. Ni una palabra sobre los motivos, ni un ronroneo, ni una explicación; ningún grupo había elaborado jamás, con la intención de protestar o exigir, un texto tan conciso. Su simplicidad en sí misma fue vista como una gran provocación.

125 Donde, en 1953, el padre Xavier Tillette pronunció estas palabras proféticas: “Homosexuales y mujeres emancipadas se dan la mano”.

Atrévete a firmar este texto sin decir lo que ganas al año, por qué es posible que desees interrumpir un embarazo o por qué lo hiciste, sin mencionar nada de la pareja (lo que provocó el mayor escándalo, como vimos más arriba), ¡qué atrocidad! Las peores intenciones fueron inmediatamente atribuidas a sus editores y signatarios, ¡por ejemplo la sed de publicidad!

Es normal, Montherlant cita la reacción de alguien al suicidio romántico de un ruso pobre emigrado a Francia ante la noticia de que su compatriota Gorguloff había asesinado al presidente de la República: “¿Crees que fue sincero?” (Esto es también la Francia, Joe).

En su caricatura cómica de lo que piensa el lector medio francés de *L'Aurore*, frecuente jugador de apuestas triples, *Le minute* nos brinda una asombrosa “Cruzada de los fabricantes de ángeles”, leída con deleite por quienes aún necesitaban ser radicalizados en este sentido.

Este caso extremo simbolizó muy bien lo que existía de resistencia global, abrupta, cavernícola, en este país volteriano tan fuertemente descristianizado, y entre gente que no soñaría con leer *Le minute*, incluso entre simpatizantes, entre liberales, entre pronunciadores de sí, pero, porqué, o por lo tanto.

¡Y pensar que ese transeúnte podría regalarme mi fotografía: un hijo! Dos centavos en la ranura y en nueve meses mi retrato resumido.

René Crevel, Mi cuerpo y yo.

Fourier tiene más razón que nunca. Esta libre disposición del cuerpo en las mujeres es un escándalo y pone en tela de juicio a toda la sociedad. En la sociedad burguesa, frustrada y obsesionada, esta fórmula se ha traducido hasta ahora de la siguiente manera: “Libertad para entregarse a los instintos”, “permiso para acostarse con cualquiera”. (Fue solo para escuchar los amargos tópicos de un profesor Lejeune, el 5 de marzo de 1971, en la Mutualité: “un cierto movimiento que reclama la emancipación de la mujer, y que en realidad solo pretende reclamar el PLACER...”). Hoy, empezamos a comprender que la verdad no es tan simple, y que esta “libre disposición” conlleva otras consecuencias bastante distintas, incluida esta, claro; y que puede ser perfectamente válido en lo más estricto de la conducta moral el acostarse, no “con nadie”, sino con quien le plazca y no se beneficie; y hacer del amor físico una elección, una pasión, un placer, un interés, una experiencia, cualquier cosa menos una fijación y una situación social, salvo una supuesta fuente de ingresos y una fuente real de alienación y servidumbre. Pero aparte de este rechazo del abandono a la moral, la libre disposición en cuestión pone en juego todos los demás comportamientos, que no conciernen solo a las mujeres: libertad de fecundación o de rechazo de fecundación, libertad del estilo de vida erótico que ignora todos los prejuicios contra las “desviaciones” y “perversiones”, etc. Lo que, de Fourier a Marcuse, consiste en el más serio cuestionamiento del interior, de nuestro mundo, de sus estructuras de pensamiento y de su experiencia.

Por lo tanto, es en este “punto caliente” que el MLF se ha movilizado; como dijimos anteriormente, esta lucha lo ha requerido tan profundamente que algunos activistas, repito,

ahora están preocupados por que los objetivos más lejanos se estén desvaneciendo a favor de esta demanda de aborto gratuito; es seguro que esta demanda será satisfecha algún día, y que existe un peligro real de que el movimiento quede fascinado por este objetivo único en la forma en que el viejo feminismo se centró en el derecho a la “cultura” y luego en el derecho al voto. El ejemplo de los negros está ahí para demostrar que estos reclamos legítimos pueden convertirse en huesos que se lanzan para roer al apetito revolucionario. Y la estrategia exige que nunca se descuide la totalidad de un frente por un punto específico, ni que este punto se descuide en relación con el todo.

Por eso, en noviembre de 1971, los activistas escribieron un folleto que parece especificar mejor que cualquier discusión anterior el problema de las perspectivas del Movimiento:

“[...] Hay que saber si el Movimiento será un movimiento de masas, al cual potencialmente todas las mujeres pertenecerán como grupo específicamente explotado, o si será un grupo pequeño más, porque la etiqueta izquierdista por la que algunas luchan para llevar al Movimiento nos separará de la masa de mujeres de inmediato. No estamos aquí para jugar a la política de los hombres y recibir directivas del PSU o de los ML a través de las chicas. Las izquierdistas del Movimiento, manipuladas por los hombres, intentan transformar el Movimiento en un anexo de ciertos grupos políticos; transmiten la concepción masculina de la liberación de la mujer que según ellos debería “volver a encarrilarse”. La lucha de las mujeres... pone en tela de juicio todos los aspectos de la

sociedad global (en la que tiene lugar la explotación de clases) así como la naturaleza privilegiada de la lucha anticapitalista”.

Por un movimiento feminista revolucionario,
noviembre de 1971

Italia también ha despertado al feminismo radical. Como era de esperar, el cuestionamiento de las leyes sobre el aborto ha experimentado un revuelo aún más violento en este país, bastión del catolicismo. El libro que Elvira Banotti ha dedicado al tema¹²⁶, fue calificado por los críticos no sólo de pernicioso, sino de mentiroso: “Es imaginario de principio a fin”, se decía de esta investigación que recoge una serie de hechos aún más increíbles que en Francia. En torno a esta obra tuvieron lugar debates en Roma, donde se intercambiaron insultos e incluso golpes entre hombres y mujeres.

A diferencia de Francia, el movimiento del nuevo feminismo en Italia está dividido, en lugar de estar formado por un solo grupo con corrientes internas diversas e incluso opuestas como las del “izquierdismo” y el “feminismo revolucionario”. (Por no hablar del lesbianismo que, aunque minoritario, es tanto más importante porque implica una forma de sensibilidad y no de pensamiento ideológico).

126 Elvira Banotti, *La sfida femminile. Maternità e aborto*, Bari, De Donato, 1971. La traducción francesa mencionada por Françoise d'Eaubonne probablemente no ha dado lugar a una publicación.

Los nombres de estos pequeños grupos son: Movimento di Liberazione della Dona, que fue fundado en febrero del 71 y no rehuye las alianzas con la política masculina; el Fronte Italiano di Liberazione Femminile, más radical; y, en el extremo, la Rivolta Femminile, que es el movimiento de Elvira Banotti y Carla Lonzi. Esta última expresó el punto de vista de estas feministas radicales en una especie de manifiesto titulado Crachons sur Hegel¹²⁷.

Este escrito de cincuenta páginas (como el Manifiesto SCUM) plantea un cuestionamiento fundamental de los problemas de las mujeres en la sociedad patriarcal y en la estructura de su economía, y cómo se refleja en el pensamiento occidental, en particular el de Hegel, que justifica el sexismo a nivel ideológico y filosófico. Carla Lonzi demuestra cómo, en este pensador, conviven dos posiciones: una que identifica el destino de la mujer y el “principio de feminidad” (que Freud, agreguemos, confirma con el famoso dicho: “La anatomía es el destino”), y el otro que considera que la servidumbre es “una condición humana que en la historia realiza la máxima evangélica: los últimos serán los primeros”.

Carla Lonzi tiene la originalidad de enfatizar la alianza entre la mujer oprimida y el adolescente contra los falócratas. Esta concepción está, sin duda, imbuida de la mentalidad mediterránea de complicidad entre la Madre y el Hijo contra el despotismo del Padre, complicidad que la Iglesia ha trascendido al plano teológico de una intercesión de la Madre al Padre apoyando el sacrificio del Hijo. Pero el análisis de la

127 *Escupamos sobre Hegel.*

autora se basa en las posibles fraternidades entre el movimiento de liberación de la mujer y las corrientes de la juventud protestante. No se trata, sin embargo, de un regreso de la pandilla a la familia sacrosanta: “En los países leninistas, la estatalización de los medios de producción no ha rayado la parte de la institución familiar tradicional; por el contrario, al robustecer el prestigio y el papel de la figura patriarcal, incluso la reforzó. [...] La familia es la piedra angular del orden patriarcal: está fundada no solo en intereses económicos, sino también en mecanismos psíquicos propios del hombre, que siempre ha hecho de la mujer un objeto de dominación, y un trampolín para sus empresas más altas”.

Tras recordar los errores de Lenin en materia sexual, según las citas de sus entrevistas con Clara Zetkin y de su correspondencia con Inès Armand (¡lo mismo con que Claudie Broyelle intenta justificar el puritanismo chino!), Carla Lonzi declara: “Ninguna ideología revolucionaria jamás podrá convencernos nuevamente de que las mujeres y los jóvenes encontrarán los deberes y recursos que les corresponden en la lucha, en el trabajo, en la sublimación y en el deporte”. Y, observando que el culto a las virtudes masculinas, que tienen por centro el manantial de una agresividad fundamental, hizo del “inconsciente masculino” un receptáculo de sangre y de miedo que a la mujer le correspondía el papel de apaciguar y tranquilizar. Carla Lonzi propone: “Abandonemos al hombre para que toque el fondo de su soledad. Esto está en línea con una de las declaraciones que se escuchan a menudo en el FML: “La liberación de la mujer requiere una prueba concreta, en plena experiencia, de que puede prescindir de los hombres en todos los niveles”.

Querido tesoro, mientras te regocijas en tus preocupaciones domésticas, yo me entrego al placer de resolver el enigma de la estructura de la mente.

Carta de Freud a su prometida.

La concepción hegeliana, el mundo, como historia masculina, surge de estas dos fuentes: Trabajo y Lucha. Carla Lonzi cita ejemplos del linaje patriarcal de un líder de una comunidad en septiembre de 1970. Mientras escribía este manifiesto, los periódicos lloraban por la muerte de Nasser: “De repente, cien millones de árabes se sintieron huérfanos” (y en noviembre, tras la muerte del general de Gaulle, podríamos añadir estas famosas palabras: “Francia se quedó viuda”). La autora concluye: “Que ya no seamos consideradas como perpetuadoras de la especie. No le daremos hijos a nadie, ni al hombre, ni al Estado. Los damos a ellos mismos y nos los devolvemos a nosotras mismas”.

Este despertar italiano es tanto más interesante y patético en el país del falocratismo católico donde la libre disposición del cuerpo es aún más remota que en Francia, sobre todo cuando se trata de la obligada maternidad sacrosanta. Una encuesta internacional sobre mujeres, publicada por Hachette hace diez años, señaló que la italiana era tan alborotadora, locuaz, amanerada e hipersensible solo para compensar en exceso su inexistencia social y su estatus, que la condena a ser, a lo largo de su vida, dependiente de su padre, su marido o sus hijos.

Para realizar un pequeño resumen, podríamos decir que la italiana actual corresponde aproximadamente a la francesa de 1930 a 1940. Juzguemos el impacto que puede producir, en este contexto, la agitación radical feminista.

Uno de los países más sensibles en su reacción a esta tendencia universal es Dinamarca, un país con una larga tradición feminista.

La presidenta del “Consejo Nacional de Mujeres Danesas”, cuyo nombre es Edele Kruchow, dijo al periodista Yves de Saint-Agnès: “Por envidiable que parezca nuestra situación, la desigualdad entre hombres y mujeres continúa en los hechos”.

Dijo, expresándose sobre el tema de los salarios: “Es en este ámbito donde vemos la injusticia más flagrante. Dinamarca ha ratificado el Convenio sobre igualdad de remuneración de la Oficina Internacional del Trabajo¹²⁸. Sin embargo, el salario medio femenino sigue siendo un 20% más bajo que el de los hombres”.

Por eso, Bas Rouges (Medias rojas), una organización feminista extremista, lanzó una operación original: pagar sólo el 80% del precio del transporte público, lo que se ha llamado

128 Evelyne Sullerot, *La femme dans le monde moderne* (op. Cit.), denunció la obstinada negativa de los empleadores internacionales a esta reforma, incluso después de la firma de esta convención; ha demostrado por qué sutil mecanismo de remuneración sobre la base de “puntos” que son sólo criterios arbitrarios, los empresarios mencionados han eludido sus compromisos. En todas partes, los salarios de las mujeres se consideran salarios complementarios; es en Francia donde la diferencia es sin duda la más escandalosa, habiendo descubierto el reajuste de los salarios en mayo de 1968, durante su investigación, una masa de empleadas que perciben muy por debajo del salario mínimo, por el mismo trabajo que los hombres.

“operación del autobús”. Esto no les impide dedicar grandes debates a la cuestión primordial de Koensroll, a saber, el papel respectivo de los sexos. Desfiles con pancartas, asalto público a hombres, empujones a soldados de la Guardia Real, son las otras acciones de estas danesas de piernas rubicundas. Otro movimiento menos expansivo apoya sus demandas, la Unión de Mujeres Danesas. Lo impulsa una feminista de veintiocho años, hermosa como un ángel para un cuento de Navidad en un libro de Andersen, Grete Fenger Moeller; y ella usa este lenguaje:

“No queremos ser vistas como hombres, sino como seres humanos. Debe establecerse la igualdad en todos los niveles y debe detenerse la atribución de roles específicos a hombres y mujeres”.

(En respuesta a estos “reclamos” se acaba de fundar De Enlige Faedre, la asociación masculinista de “Padres Solitarios”, que corresponde al otro movimiento sueco: Mannens Rattsförening, “Unión por los derechos de los maridos”, que declara de boca de uno de sus defensores, Bo Eriksson: “La situación de los hombres en Escandinavia no es más envidiable que la de las mujeres en España”. Nada relacionado con nuestro MLH¹²⁹.

Todos los movimientos de mujeres celebraron su primer congreso internacional (es decir, americano-europeo) el 12 de agosto de 1971. Fue en Estocolmo, en un vasto edificio cuyo undécimo piso a veces parecía demasiado pequeño para contener a las “hembras rabiosas”. Las alemanas, hasta ahora

129 Movimiento (francés) para la Liberación de los Hombres.

las más tímidas, dijeron que seguían la campaña por el aborto que habían iniciado las francesas. Se desarrollaron proyectos, entre ellos una “Marcha internacional por el aborto gratuito y el acceso a la anticoncepción”, que se llevó a cabo el 20 de noviembre del mismo año.

“El movimiento feminista no es internacional, sino global”, afirma *Escupamos sobre Hegel*. La fórmula es hermosa. Debe reconocerse que todavía solo corresponde a un sueño. Es la cuestión de la mujer planetaria; el movimiento, hasta ahora, abarca solo a la mayoría de los países europeos y de América del Norte.

la mayoría de las latinoamericanas, y las mujeres del Tercer Mundo, explotadas de los explotados, aún no han emergido a la existencia humana; ¿Quizás un próximo congreso verá a algunas mujeres argelinas protestar contra el cese de los derechos de las mujeres, tan esperado en los maquis y cárceles por las heroínas del FLN?

En esta misma cuenca mediterránea, cuna de nuestra más siniestra opresión, como explica Germaine Tillon en *Le harem et les cousins*¹³⁰, un tipo completamente nuevo e inesperado de feminismo salvaje acaba de nacer en Portugal. Esto es lo que se expresó en una carta que recibimos mucho antes del asunto de las “tres Marías”:

“Como organización, el feminismo no existe en este momento. Hay, sin embargo, y esto es muy portugués, mujeres que son particularmente conscientes del problema

130 *El harén y las cocinas*.

y que comienzan a mostrarse y a hacer un poco de lío en el hermoso orden falocrático... Y ya son tan representativas que han boicoteado la elección de Miss Europa en Estoril...

Los informes de los periódicos lo mencionaban. Y no fue sólo la ilegitimidad de su condición lo que cuestionaron, sino la de todo el régimen feudal portugués.

Entonces, ¡estaba muy politizado! Luego también aprendí un montón de cosas interesantes y curiosas sobre las pescaderías, mujeres típicas de casa, bocas ruidosas, que se encuentran entre ellas en exclusiva y deciden ir a la revista popular o al bistro por la noche sin decir una palabra a su marido o amante.

También tienen su tipo de club o asociación y atienden a los parados, mujeres enfermas, etc. Sin intervención estatal: son ellas las que mancomunan su dinero y gestionan todo.

Isabel D., 10 de agosto de 1972.

Entonces, lo que es muy interesante, una cierta conciencia popular, espontánea, salvaje del feminismo, necesario aquí, ha precedido al discurso intelectual.

Las “tres Marías” y Portugal

Al año siguiente estalló el escándalo de “Nuevas letras portuguesas”¹³¹. Como en el juicio de Bobigny, en el que la acusada Marie-Claire Chevallier fue denunciada por su “cómplice” (el chico que la violó), las tres portuguesas fueron llevadas ante la justicia por los tipógrafos que habían colaborado con la “falta”: la impresión de esta colección de libros que acababa de lograr un éxito abrumador¹³².

Por haber hablado abiertamente y con una sinceridad enojada de su opresión, de su educación desconcertante, del oscurantismo religioso, de ultrajes sexuales y de su alienación por la maternidad, fueron acusadas de haber violado las buenas costumbres, y llevadas ante la justicia.

Se distribuyeron folletos: “Corren el riesgo de prisión por haber escrito una obra maestra!”

Se publicaron citas:

131 Escritas a seis manos y publicadas en 1972, estas “Cartas portuguesas” constituyen un panfleto contra la ideología vigente en Portugal en ese momento. Las “tres Marías” denuncian la guerra colonial, el sistema judicial, la emigración, la violencia y la condición de la mujer. Obra híbrida compuesta por 120 textos (cartas, poemas pero también reportajes, citas...).

132 Maria Isabel Barreno, Maria Teresa Horta, Maria Velho da Costa (1972), Nuevas letras portuguesas, París, Le Seuil, 1974.

“Yo digo: en Portugal, la mujer no sólo es esclava del hombre, sino que juega con alegría y convicción su papel de mujer-objeto. Yo digo: ¡ES SUFICIENTE! Es hora de formar un bloque con nuestros cuerpos”.

El extranjero se conmovió; los intelectuales se movilizaron. *Le Nouvel Observateur* les dedicó una entrevista. Volaron peticiones desde Roma, desde París. El MLF, el 21 de octubre de 1973, organizó una “Noche de la Mujer” en su beneficio; tres actrices, incluida Delphine Seyrig, se turnaron para leer largos extractos de esta obra subversiva. El 30 de enero de 1974, se realizó una especie de marcha con antorchas frente a Notre-Dame para expresar el apoyo feminista a las “escritoras portuguesas”, como Paris empezó a llamarlas.

Es tan así, que incluso en las regiones de este “Mare Nostrum” donde se ha desarrollado el sistema falocrático occidental, como tan bien resume y denuncia Germaine Tillion, ocurren explosiones sorprendentes: Boumédiène piensa en el control de la natalidad, y en el otro lado del Mediterráneo, en un país fascista, tres escritoras vieron levantarse por su causa a una multitud de extranjeros que, hasta entonces, se habían sentido muy cómodos con la dictadura del títere lusitano.

IX. POR UN MANIFIESTO FEMINISTA GLOBAL (FIN)

Propósitos previstos

Antiguamente “sexo” significaba “mujer”. El sexo y la mujer constituyen la faz oculta de la Tierra, el continente negro. Por eso la liberación de la mujer es la misma que la del sexo. (En esto no se equivocó el excelente profesor Lejeune, quien incriminó al MLF por una reivindicación del derecho a gozar sin terror).

La liberación de la mujer pasa por la derrota del hombre. Pero es la liberación del Hombre, masculino y femenino.

La liberación de las mujeres requiere una prueba formal de que pueden prescindir de los hombres en todos los niveles. Sin embargo, sería pueril o poético (a la manera de la poeta Valerie Solanas) imaginar una institución de la homosexualidad y reservar para una minoría el cuidado de procrear y el gusto de hacerlo. Siempre habrá heterosexuales de ambos sexos (¡incluidos los bisexuales, claro!) Y siempre mujeres embarazadas que no abortarán; siempre madres, siempre

niños. La reproducción por ectogénesis produciendo solo hembras no es un proyecto. La procreación debe ralentizarse seriamente y hasta enérgicamente. No se trata de eliminarla. Incluso en un sueño. Incluso después de la huelga de nacimientos que deseamos.

La liberación de la mujer conducirá a la de los hombres, si no a los de hoy, al menos a los de mañana. Conducirá a la restitución de espacio a la especie. Conducirá a la abolición de los mecanismos represivos que hacen del inconsciente masculino “un receptáculo de sangre y miedo”. Por la liberación tanto de heterosexuales como de bisexuales y homosexuales. Al final, estas etiquetas desaparecerán.

Pero esto es para mañana. En el futuro inmediato, no escaparemos a la guerra de los sexos. Tenemos que prepararnos para ello. Los movimientos de liberación de las mujeres deberán elegir cuidadosamente a las pocas minorías masculinas que puedan formar alianzas con ellas, como los FHAR¹³³, el IHR, el MLH, o ciertos marginados, contra todos los demás hombres: cómplices de la falocracia que ellos niegan, “revolucionarios” que sólo disputan las estructuras, y sobre todo “liberales” aún más perniciosos que los sexistas “puro cerdo” de la especie de Lejeune, Chauchard, Pierre Debray y Tillette. “Debemos acosarlos y destruirlos, hasta que la última de sus voces se quede en silencio. Debemos romper su

133 Sobre la historia del Frente Homosexual para la Acción Revolucionaria, cofundado por la autora, lea: Frédéric Martel, *Le rose et le noir. Homosexuales en Francia desde 1968*, París, Le Seuil, 1996; Jean Le Bitoux, Hervé Chevaux, Bruno Proth, *Ciudadano de segunda clase. Treinta años de lucha por el reconocimiento de la homosexualidad en Francia*, París, Hachette, 2003 y la entrada “FHAR” en Didier Éribon, *Diccionario de culturas gays y lesbianas*, Larousse, 2003.

liderazgo y destruirlo. No nos detendremos hasta que hayamos destruido la unidad familiar, la norma heterosexual como base de la sociedad y la discriminación sexista como parte de la marcha del mundo”, escribió una feminista revolucionaria francesa.

*Para nosotras, las personas no son el enemigo.
Son nuestros legisladores, nuestros empleadores,
nuestros maridos, nuestros amantes.*

Entrevista con Pussy-Cats, *Elle*, noviembre de 1971.

*Nuestro enemigo es nuestro amo,
Te lo digo en buen françois.*

La Fontaine.

En el número de *Partisans* titulado “Liberación de mujeres, año Cero”¹³⁴, se han publicado varios estudios definitivos sobre la explotación femenina que se ha convertido en un lugar común bajo el nombre de vida conyugal. Estos análisis

134 *Partisans*, “Liberación de la mujer, año cero”, nº 54-55, París, Maspero, julio-octubre de 1970. Aunque Maspero ha publicado pocas obras calificadas como “feministas”, abrió las columnas de su revista a los activistas, permitiéndoles plantear el “año cero” del movimiento. Bajo su cubierta blanca adornada con un acrónimo que representa un puño levantado en el centro de un óvulo, “todo el nuevo feminismo estaba contenido” (Françoise Picq, *Liberation des femmes année zero*, op. Cit.).

muestran que tal hecho de naturaleza planetaria no es en modo alguno reformable, sino que solo puede llamar a una revolución.

El estudio de Christine Dupont

El más importante, el más irrefutable de estos estudios está firmado Christine Dupont¹³⁵. Gracias a ella, por primera vez, podemos captar el pasaje entre el nuevo feminismo y esa crítica al capitalismo que los revolucionarios marxistas de estilo tradicional lo acusan de descuidar.

Incluso cuando en la jungla no había peligro, Adán araba, Eva hilaba y Dios Padre les hacía compañía si habían sido sabios.

Germaine Greer, La mujer eunuco.

La autora de este estudio plantea que la opresión de la mujer donde el capitalismo de mercado, como tal, ha sido

135 “El enemigo principal”, en *Partisans*, n ° 54-55, op. cit., pags. 157-172. Christine Dupont es el seudónimo utilizado por la socióloga y activista feminista materialista Christine Delphy, quien coordinó este número de la revista *Partisans*. Este artículo se encuentra en el primer volumen de la obra homónima: *Économie politique du patriarcat*, París, Syllepse, 1998.

transformado, se atribuye a causas puramente ideológicas. Se llama “supervivencia”, a la forma en que, para asombro del marxismo tradicional, la religión resiste cincuenta años después de la Revolución de Octubre. Pero la tesis de las “supervivencias” no tiene nada de marxista en sí misma, ya que consiste en atribuir cualquier fenómeno, sea religión u opresión de la mujer, a causas puramente ideológicas. ¿Sobrevive la ideología a las causas que sirvieron para hacerla aceptable?

Esta cuestión de la necesidad de una teoría para explicar la opresión de la mujer fuera de cualesquiera estructuras económicas dadas (necesaria, ya que captamos la opresión en todas las estructuras económicas y en todo momento) ha dado lugar a ensayos entre mujeres separadas por distancias muy grandes y que no llegaron a conocerse: Margaret Benston escribió “Por una economía política de la liberación de la mujer”, y la cubana Isabel Largaia, sin duda no muy satisfecha con los consejos familiares de Fidel Castro “Contra el trabajo invisible”.

El trabajo doméstico, plataforma invisible de producción.

Christine Dupont ha definido los dos sectores de la actividad femenina que sirven de base a la sociedad, base tan esencial como el trabajo de los hombres en el exterior: en primer lugar la reproducción, que implica la procreación y la cría; y el trabajo doméstico, sector exclusivo, que sirve de plataforma

invisible para la producción o para el trabajo humano en el exterior. Sin la preparación de su comida, la reparación de su ropa, el lavado de su ropa blanca, la disposición de su entorno de vida de acuerdo con un mínimo de higiene y comodidad, ningún proletario podría vender su fuerza de trabajo; ningún comerciante podía seguir comprando y vendiendo el producto; ningún profesional podría seguir su carrera.

Sin embargo, cuando estos servicios se solicitan a proveedores externos, suponen un gasto demasiado elevado para un simple trabajador, ya sea del sector manual o intelectual del mercado laboral, sea obrero o ejecutivo. Ningún ingreso o salario puede proporcionar mucho tiempo para vivir con ese presupuesto. Por lo tanto, el matrimonio le da al hombre la posibilidad de vender su fuerza de trabajo en condiciones infinitamente más rentables al permitirle evitar al ama de llaves, el restaurante, cuidar una gran parte o la totalidad de la ropa, sin mencionar el ahorro de tiempo de las aventuras sexuales. A este inestimable servicio que la esposa aporta al sistema de compra de trabajo, es decir, al capitalismo moderno, se suma un segundo aún más precioso: la procreación, que es el nacimiento de nuevos futuros trabajadores. Por último, más recientemente, las mujeres suelen sumar a estas dos aportaciones su participación personal en la producción directa, ya sea en el trabajo, la mayor parte del tiempo en trabajos que son los más difíciles de proporcionar porque están peor pagados que los demás, o en el trabajo a medio tiempo (este trabajo a tiempo parcial que los recicladores intentan hacer para conquistar a la mujer moderna y que es la mejor manera de mantenerla en las zonas más bajas de la economía).

Frente a tantos brillantes servicios prestados al mercado laboral, ¿cuál es la remuneración de las mujeres? En sus dos primeros sectores específicos, están cerca de cero. Christine Dupont demuestra que, a cambio de la procreación y el trabajo invisible de las tareas del hogar que permiten el trabajo visible de los hombres, las mujeres solo pueden contar con su simple mantenimiento. Ella misma es alimentada, alojada, vestida, ESO ES TODO. Ella no conoce ningún aumento en los beneficios materiales por un trabajo mayor. Ella no proporciona una base más grande para procrear y criar cinco hijos en vez de uno solo, o para mantener un apartamento de diez habitaciones en lugar de una habitación doble individual. Por el contrario, el trabajo adicional implica para ella más bien una disminución de otras ventajas: ocio, libertad, bienestar material. Su situación laboral es la única que no se remunera y que es fundamental para la sociedad.

Esta paradoja está tan arraigada en las costumbres que en las cuentas del Estado, cuando le preocupa la reforma, inscribe también la condición de ayudante familiar que solo tiene en cuenta a la pareja. PAREJA, base de este mundo, fundamento de la unidad familiar, átomo de la sociedad. ¡Y los partidos de oposición, en sus reivindicaciones, solo hablan de explotación familiar! (El MODEF¹³⁶ reclama el equivalente a un salario).

“La libre provisión de trabajo en el marco de una relación global y personal como el matrimonio constituye precisamente una relación de esclavitud”, concluye Christine Dupont, que se

136 El Mouvement de défense des exploitants familiales (Movimiento para la defensa de los agricultores familiares) es un sindicato agrícola francés creado en 1959. [N. d. T.]

suma así a Ti-Grace Atkinson en sus juicios sobre la relación marital.

Es fácil, como expliqué en otra parte¹³⁷, señalar sobre estas bases que la opresión femenina es, por tanto, al mismo tiempo específica, común y principal; específica, porque este tipo de obligación no se impone a nadie del sexo masculino, y las costumbres llevan casi inevitablemente a la mujer a aceptarla so pena de ser condenada a la insignificancia social, a la soledad, a menudo a la miseria; común, por lo anterior, ya que la gran mayoría de las mujeres están casadas o se están preparando para estarlo, o han estado o viven en ese estado civil; principal, porque afecta a su otra posible explotación, la de la trabajadora exterior. La esposa del trabajador, el empleado, el gerente, el comerciante, el maestro, si trabaja, no será explotada de la misma manera ni al mismo nivel; en la mayoría de los casos, la elección misma del empleo viene determinada por la situación del marido, el entorno en el que se desenvuelve y donde la ha introducido con frecuencia; además, el número de hijos que tiene a cargo también orienta su trabajo, por ejemplo, la animará a estar satisfecha con el tiempo parcial; finalmente, los imperativos económicos y el agotamiento de las tareas del hogar, si es pobre, la obligarán a conformarse con un trabajo oscuro o mal remunerado bajo diversos pretextos: absentismo, sueldo extra, etc.

Cómo omitir, además, este ciclo infernal que tantos trabajadores conocen: los beneficios del trabajo exterior son cancelados por la ayuda doméstica obligatoria. Porque un

137 Françoise d'Eaubonne, *Feminismo: historia y actualidad*, op. cit.

hombre solo puede obtener ayuda doméstica gratuita por matrimonio o convivencia. Para la mujer, si busca esta misma ayuda, la ayuda siempre será la paga. (Hemos conocido personalmente a una mujer “perfectamente heterosexual” que, debido a las agotadoras acrobacias de su conflicto entre la vida laboral y familiar como madre soltera y ama de casa, acaba aceptando una aventura homosexual para poder criar a su hijo y vivir de una forma normal en un ambiente confortable porque no podía pagar un ama de llaves. Esta solución es rara).

Consecuencia lógica: como sostienen las feministas revolucionarias: el primer enemigo es, para las mujeres, la clase “patriarcal” más que la clase “capitalista”. Agreguemos incluso que la clase capitalista y la clase dominante de los nuevos países de “socialismo real” son menos enemigas de las mujeres que el poder en las sociedades que aún no han pasado al capitalismo: estas, islas de subcultura, representan los últimos lugares donde la opresión familiar de la mujer se une a la opresión social abiertamente esclavista, la de los siglos pasados. Este es el estado del tercer mundo.

“La falocracia es pura negatividad, que forma parte de la ideología patriarcal de la sociedad capitalista”, declara Anne-Marie Grélois en una carta privada al profesor de filosofía y sexólogo Michel Bouhy Van Elzie, fundador del Cercle d'Études et de Recherches Sexuelles Internationales, en Lieja. Podemos agregar que la falocracia no es más que pura negatividad; alguna vez tuvo su razón de ser, como durante la esclavitud y la guerra. Es gracias a esta opresión de las mujeres que, recuerda Virginia Woolf, “las ciudades pudieron ser

arrancadas de la jungla y las marismas”¹³⁸. Pero hoy, todavía según Anne-Marie Grélois, “la burguesía necesita ser falocrática para mantenerse, y si solo atacamos a la sociedad a nivel socioeconómico, terminamos con un gobierno pseudosocialista, dominado por el totalitarismo y la burocracia falocrática, signo del fracaso de la revolución”.

Este tipo de verdad, no hace falta decirlo, ha sido llamado durante mucho tiempo un error individualista y pequeñoburgués:

Me sorprendió mucho cuando escribí El segundo sexo que fuera muy mal recibido por la izquierda. Recuerdo una discusión con trotskistas que me dijeron: el problema de la mujer es un problema falso. No real [...] También estaban los leninistas con los que estaba muy mal políticamente en ese momento, y que se burlaban mucho de mí. Escribieron en artículos que a las trabajadoras de Billancourt no les importaba el problema femenino.

Entrevista a Simone de Beauvoir, *Nouvel Obs*.

14 de febrero de 1972.

El problema de la lucha anti-sexista es que la injusticia en la que se arraiga la condición de la mujer es profundamente unívoca y, sin embargo, tan compleja que a veces toma la apariencia de una ambigüedad. Esta opresión multifacética

138 Virginia Woolf, *Una habitación propia*, op. cit.

parece equívoca porque los fuegos que pululan en esta superficie nos deslumbran a su vez: a veces opresión sexual, a veces opresión económica; y el del ojo quemado grita que solo existe eso, que lo otro es un “falso problema”; pero estos son sólo aspectos diversos y no preferenciales de la misma materia adamantina, compacta, única y dura como un corazón falocrático: la supremacía masculina. Es el material del despotismo, del orgullo, de la codicia lo que forma las estructuras de la sociedad masculina; es a través del prisma deformante del fideísmo¹³⁹ que la religión ve en él el “pecado original” que transmite el mismo defecto a toda la sociedad humana; y Céline¹⁴⁰ expresa como teólogo: “Sentado, de pie, acostado, el hombre es siempre su propio tirano”. Reemplacemos la palabra “hombre” por la palabra “macho”, y tendremos un pensamiento de Valerie Solanas. El pecado original es la supremacía masculina.

Tareas domésticas gratuitas y Eros libre

Además, es necesario no soltar nunca uno de los dos extremos de la cuerda: cuando se explica y analiza

139 Como ya indicamos anteriormente, el fideísmo es la doctrina filosófica que defiende que el conocimiento de las verdades fundamentales sólo puede alcanzarse mediante la fe, y no por la razón. [N. d. T.]

140 Louis Ferdinand Céline. Seudónimo de Louis-Ferdinand Destouches; novelista francés, creador de una obra en gran parte autobiográfica que revolucionó la narrativa de entreguerras por el rigor de un estilo que despojó a la lengua francesa de toda servidumbre retórica. Panfletista que creó folletos claramente antisemitas, convirtiéndose en uno de los hombres más odiados de su país natal.

económicamente, como hace Christine Dupont, las causas de la esclavitud femenina del “trabajo invisible”, no se debe olvidar nunca la opresión de Eros, la cuestión sexual, a la mujer cosificada y degradada en mercancía o espectáculo, condenada a reproducirse a pesar suyo. Cuando se lucha por la libertad sexual y la libre disposición del cuerpo, hay que tener en cuenta la propia condición de proletaria sobreexplotada fuera y de “trabajadora invisible” dentro.

¿Es, por tanto, imposible determinar dónde se realiza el paso, para establecer un punto preciso donde ejercer la fuerza de lucha?

En nuestra opinión, este lugar de paso, este denominador común es de hecho el factor sexual. Pero lo que ha mantenido la ambigüedad es que lo sexual da por un lado lo erótico, y por otro lo económico y lo político.

Este factor sexual no tiene nada que ver con este o aquel nivel de estrógenos, como nos quieren hacer creer los biólogos soñadores del género Gilbert–Dreyfus¹⁴¹. Sólo es inevitable en un tipo de sociedad patriarcal y falocrática, ya sea capitalista o “socialista real”, feudal o “primitiva”. Entonces se debe a la simple diferencia de anatomías y sus atributos secundarios: diferencia en la fuerza física y sobre todo diferencia en el papel de la procreación.

La primera diferencia se desvanece cada vez más en la economía desarrollada, cuando la técnica reemplaza a la fuerza

141 Suzanne Lilar (con la colaboración del Prof. Gilbert-Dreyfus), *Le misentendu du second sexe*.

muscular; además, apareció, con toda probabilidad, sólo con el sexismo que reservaba el trabajo interior y la artesanía a las mujeres. Mucho más importante es la diferenciación en el rol reproductivo. Esto es lo que ha sido identificado por todos los falócratas con la “vocación natural” de la mujer, incluso con “su divina misión de la maternidad”, y que empuja a un reaccionario como Norman Mailer a proclamar que la mujer no podría alcanzar una igualdad real sin “renunciar a la matriz”. La supresión de la lactancia materna y el parto indoloro, más aún el control de la fecundación, han transformado considerablemente la condición femenina de hoy; permitieron las condiciones reales para la primera lucha de la mujer que, desde el establecimiento del falocratismo, puede esperar su derrocamiento; pero el origen de la opresión y la inferiorización degradante ha permanecido exactamente igual con la división de roles según esta diferenciación sexual. El hecho de ser la única que puede tener los hijos sigue predisponiendo a la mujer a todas las alienaciones de la maternidad; ¿Cómo renunciaría el sistema patriarcal a una herramienta de explotación tan magnífica? A lo sumo, en un estado de capitalismo tardío, está obligado a permitirle al segundo sexo más trabajo remunerado, un poco más de libertad, mejoras, reformas, incluso aumentar el control de la fecundidad. Pero:

Cualquier mujer que nazca en esta época, en cualquier cultura y en cualquier clase de sociedad, es por su anatomía (ausencia de falo) destinada antes que a cualquier otro rol, a cualquier otra posibilidad, a cualquier otro proyecto, a convertirse en la compañera de un macho y reproducir la especie.

Este es el único parecido fundamental entre la salvaje Ubangi, la hija del director ejecutivo estadounidense o europeo, la hija de los trabajadores agrícolas colectivos o la pequeña mujer israelí de un kibutz, la hija menor del trabajador de Simca, la participante de una pareja de hippies o la hija de una campesina de Cotentin.

Si, por el contrario, el niño es varón, será recibido, bien o mal, como un ser con destino diferenciado; no es sólo el varón, es el neutral de la humanidad. La idea de su futura procreación es un detalle que se sobreentiende como probabilidad; no se parece en nada a un futuro fijado de antemano, a un papel primordial que lo defina como tal, como “masculino”. La potencialidad es un destino solo para la mujer; tanto como decir una fatalidad cargada de todas las condenas. En este sistema, ser mujer es ante todo eso: ser “condenada”, como dice la Infanta Inés de Castro.

Este factor definitivo conlleva dos consecuencias que son las dos ramas de la horquilla que agarran al individuo femenino y no lo sueltan:

a) Erótico. – Lo sexual es la salida natural en el campo erótico. Se verá, por tanto, constreñido a distintos roles subsidiarios, y se prohibirán otros a aquellas para quien, en palabras de Freud, “la anatomía es el destino”. Según la moral de su clase o de su país, su religión, la mujer será más o menos castigada si no sigue estos comportamientos: virginidad hasta el matrimonio, fidelidad al matrimonio, aceptación de la libertad sexual del hombre y de su propia frustración; maternidad involuntaria, o solo en el matrimonio, castidad

fuera del matrimonio, incluso alejamiento sexual durante la menstruación. Todos estos comportamientos son solo obligaciones entre otros, dispersos en muchas culturas humanas. En la economía desarrollada y el capitalismo tardío, en tiempos de escepticismo religioso, estos comportamientos diferentes pueden observarse relativamente con daños muy variables según la edad, la clase, el poder económico. No obstante, se basan en principios que sobreviven con fuerza en el inconsciente, como lo demuestran las condenas al aborto aplicadas (a veces con brutal ferocidad), por personas que han negado toda fe religiosa y siguen imbuidas de la ideología dominante. Estas diversas sanciones que golpean, aquí y allá, tal o cual, de estos comportamientos, o todos al mismo tiempo, constituyen represión erótica. No solo afecta a las mujeres; pero afecta principalmente a las mujeres.

Cuando se mantiene en un *statu quo* más o menos invisible, cuando se oculta y solo incluyen momentos privados de los que el individuo puede salir más o menos fácilmente, cuando se trata de costumbres más que de leyes, podemos bautizarlo como opresión; la opresión sexual se refiere, desde el principio y desde el nacimiento, a todas las mujeres con muy raras excepciones; consiste en esta obligación de identificar el destino primordial con un rol sexual, y en la gran mayoría de los casos con obligaciones secundarias que lo convierten en una vergüenza, una carga, una frustración o una degradación y de repente una alienación. Pero aun cuando todos los azares individuales y colectivos no lo conviertan en una pesadilla, esta primacía del rol sexual en el destino personal resulta en un perpetuo acoso invisible, una advertencia en todo momento, un deber de observar implacablemente un orden. Lo más

importante, lo más grave de este conjunto de condenas, grandes y pequeñas, es la enorme presión ejercida sobre el matrimonio.

Esta presión también existe con respecto al hombre, ya que la sociedad patriarcal necesita células familiares tanto como un organismo vivo necesita células biológicas; se ejerce en todos los niveles, el de las leyes, el de las costumbres; si ningún país se ha atrevido a hacer obligatorio el matrimonio es porque de hecho lo es de *facto*, si no de *jure*. Es aquí donde se ejerce presión e incluso represión por una vez más grave para el hombre que para la mujer, respecto a una de esas conductas antisociales que evitan el matrimonio o lo excluyen: se trata de las actitudes generales hacia la homosexualidad.

La de la mujer solo conduce a un aumento de la opresión femenina como tal: no hay mucha diferencia entre las que se ejercen sobre la lesbiana y sobre la mujer sola. La lesbiana es menos sancionada como “desviada” que como mujer sola y sin marido¹⁴². Es muy diferente para el hombre.

A menudo se ha proclamado lo siguiente en el FHAR (Frente Homosexual para la Acción Revolucionaria) así como en el IHR (Internacional Homosexual Revolucionaria): “El homosexual está reprimido, la lesbiana está oprimida”.

Pero toda mujer está oprimida. La lesbiana experimenta su creciente opresión como una fuerza invisible que suele atribuir a los efectos de su entorno, a los prejuicios, incluso a ella

142 Con algunos matices, obviamente, principalmente por el nivel de cultura y el nivel económico.

misma. A menudo le resulta difícil discriminar entre lo que la sociedad llama su “soledad” (ya que otra mujer no cuenta como compañera) y su opresión femenina (brecha salarial, dificultad para acceder a trabajos bien remunerados, inferioridad de tareas y actividades, tanto sociales como políticas, etc.). Para el hombre, por el contrario, sea el más obtuso o el más conciliador, es difícil negar su represión, mientras la policía se ocupa de él y de su forma de amar, es objeto de solemnes congresos que tratan de su “enfermedad”, es blanco de razzias y persecuciones, a veces golpizas. Sin embargo, son estas vejaciones o frustraciones tan diferentes según el sexo las que establecen el origen común de la iniquidad patriarcal: a las mujeres la opresión sexual como mujeres, como lesbianas opresión redoblada (ya que lesbiana = mujer sola, objeto de espectáculo); para los hombres represión, y lo que es peor: represión erótica.

Por tanto, concluiremos que todas las mujeres sufren, en diversos grados, una opresión sexual que puede convertirse en represión según su modo de sexualidad; la represión erótica la ataca como madre soltera, abortada, adúltera, a veces concubina o “aventurera” o divorciada; la misma represión erótica concierne a la mujer libre o víctima de un incidente, es rápidamente tratada como una puta; para la mujer homosexual se trata más bien de una opresión redoblada, y con tendencia represiva; como para cualquier otra mujer sin un hombre, su “conducta” sería irreprochable ante la moral burguesa, o “santa” ante la moral cristiana.

La opresión sexual del falocratismo se da, por tanto, en tres niveles; y su cúspide, la represión erótica, concierne a las

mujeres rebeldes o víctimas y a los varones homosexuales; porque están en transgresión.

b) Económico y social. – El factor sexual que el falocratismo hace determinante en la vida de las mujeres tiene una segunda consecuencia: la opresión económica y social.

Cómo la opresión sexual se articula en la economía, esta opresión se ejerce a un doble nivel: el del trabajador que a veces está sobreexplotado, a veces reservado para tareas serviles, incluso en la cima, como lo demuestra la creciente brecha de sueldos y salarios, luego al nivel del ama de casa que produce el trabajo invisible.

Aquí es donde se articula el delicado pasaje de la opresión sexual y la opresión social, que los marxistas tienen razón en vincular a la lucha de clases, pero de la que solo han visto una parte (la del trabajador asalariado, no la del ama de casa), y que además quieren identificar con la totalidad de la opresión, negando la opresión sexual como tal, mientras sobrevive, como hemos visto, en los países de “socialismo real”.

Esto se debe a que los marxistas han examinado hasta ahora el aspecto más espectacular de esta opresión: la explotación del asalariado, infravalorando la del trabajo femenino. No discernieron lo que Christine Dupont expuso en el texto analizado anteriormente: la producción del trabajo invisible, no sólo gratuito y prácticamente obligado al invertir lo sexual en el matrimonio, pero aún esencial para el trabajo proletario, liberal, comercial, etc., en suma, para cualquier trabajo que

produzca bienes de consumo; en resumen: esencial para el Sistema, Capitalista o no.

Así surge el problema femenino: una categoría humana asimilada al sexo, identificada con la sexualidad como función reproductiva que conlleva: por un lado, la frustración masiva de todos los recursos de Eros (represión erótica) y por otro la obligación sistemática a un determinado tipo de trabajo aparte del trabajo visible y remunerado, pero imprescindible para el Sistema, a expensas de quien corre con los gastos, el ama de casa (represión económica y social).

Entonces, en todos los niveles, incluido el del trabajo externo estudiado por los teóricos de la lucha de clases, la opresión específica de la mujer es de origen sexual y se inscribe en la sociedad sexista y patriarcal.

X. PARTIDA PARA UN LARGO PASEO

Cruce entre la libertad erótica y la causa de la mujer

Acabamos de ver en las páginas anteriores que la causa de la mujer estaba íntimamente ligada a la de Eros, y que el segundo sexo no se liberaría sin liberar toda la sexualidad, es decir: sus posibilidades de erotismo no identificables con la función reproductora.

“Lejos de mí, dijo Vivian Gornick¹⁴³ (después de demostrar cómo el hombre se oprimía a sí mismo al querer esclavizar a las mujeres), la idea de que el sistema de roles sexuales ha sido tan dañino para los hombres como para las mujeres. Una posición que permite el control del mundo... nunca se puede comparar con la absoluta impotencia que caracteriza la vida de las mujeres, aunque, curiosamente, también caracteriza por defecto a gran parte de esta sociedad dominada por los hombres”.

143 Prefacio de Vivian Gornick a la edición del *Manifiesto Scum* en Olympia Press,

No podemos decirlo mejor. Sin embargo, al sacrificar uno de los dos lados de su bisexualidad original, la homosexualidad, el hombre se condenó a sufrir la misma represión erótica que las mujeres en su rebeldía contra la moral represiva.

Homosexualidad masculina y represión

No es que la represión erótica de las mujeres lesbianas y la represión erótica de la homosexualidad masculina sean iguales en todas partes; está lejos de eso.

En ciertos islotes subculturales, el homosexual puede ser perfectamente tolerado porque es invisible, o incluso sagrado en ciertos casos; pero la condición de la mujer es siempre mucho más abiertamente inferior. Por otro lado, en los países de “socialismo real”, el hombre homosexual está mucho más reprimido que en el campo capitalista, mientras que el estatus femenino mejora; pero no está profundamente transformado, como hemos repetido; incluso ocurre que, en el plano sexual, está más desfavorecido en la medida en que el poder necesita más o menos de los hijos y se ve más o menos dispuesto a reforzar la estructura familiar, lo que siempre va acompañado de un puritanismo doloroso. Con un estilo un poco tosco, podemos decir que las mujeres son más explotadas económicamente en el campo capitalista privado, pero pueden liderar su lucha por la libertad sexual más abiertamente allí que en el campo de capitalismo estatal; pero en ninguna parte se da la igualdad económica y sexual con el hombre, pues en

ninguna parte se ha abolido la familia; incluso si en China se ha reducido a formas mucho más restringidas que en otras partes, a favor de la vida comunitaria y en perfecto detrimento, además, de la vida erótica.

Ahora bien, no nos cansemos de decirlo, la libertad de sexo se identifica con la de la mujer y con la Revolución; esta consecuencia viene de que no se libera solo el sexo, sino el cuerpo, del cual el sexo es parte; y la libre disposición del cuerpo –y no solo del sexo– es capital para la mujer y lo cuestiona todo; es la única y verdadera Revolución, y no se puede realizar sin destruir todo el sistema económico.

Xavière Gauthier ha destacado claramente, en *Surrealismo y sexualidad*, este aspecto del fracaso de los surrealistas; y su aterrorizada retirada pequeñoburguesa de una verdadera liberación del sexo que hubiera supuesto la de la mujer –de la Mujer que ponían tan alto–, se asimila a otros fracasos de tipo político: “Todo sometimiento a las normas sexuales de la sociedad va acompañado de una sumisión general a esa sociedad, independientemente de las proclamas blasfemas con las que esta sumisión vaya acompañada”¹⁴⁴.

“Las activistas del MLF desdeñan alegremente la delicada cuestión del amor. ¿Es posible, padre Oraison, que la angustia de la Iglesia sea tan grande ante la creciente pérdida de clientela que llegue a invocar a Eros (a saber el sexo heterosexual), su enemigo de toda la vida?, Más bien, ¿por qué no extasiarse ante la “sed de pureza” revelada por estos “cristianos reprimidos”, estos “amantes del absoluto”

144 Xavière Gauthier, *Surrealismo y sexualidad*, París, Gallimard, 1971.

manifestando su alejamiento del “abrazo brutal” masculino y que Santa Mónica llamó “los insultos del lecho conyugal”? Entre dos ridículos, hubo que optar por el tradicional; pues habría subido mejor la rampa.

Para la libertad es tan importante poder hacer el amor como poder rechazarlo.

Marianne. – ¿Y tú cómo estás?

Julieta. –Así, así. (Para ella) No estoy obligada a tener sexo.

Marianne. – Tú sabes que me gusta más que la fábrica.

Julieta. –A mí no, no me gustaría trabajar en la fábrica. (A ella) Lo que digo con palabras nunca es lo que pienso (Voz interior) Espero... miro.

Jean-Luc Godard, *Dos o tres cosas que sé de ella*

El cuestionamiento de las normas sexuales como insubordinación a la sociedad no pertenece a los surrealistas por derecho propio; diferentes fallas marcaron diferentes métodos; pero siempre, al principio y al final, surgía la terrible cuestión de la libre disposición del cuerpo, por tanto, de la disposición de las mujeres por sí mismas, por lo tanto, de la de toda la humanidad por sí misma.

Hasta cierto punto, el honorable fracaso de Wilhelm Reich es similar al de la legislación que creía posible Kollontai, en los primeros días del sovietismo, de una liberación total de Eros. Esto se hizo basándose en la denuncia de Marx de la “moral burguesa”, no según la de Freud, menos limitada y mucho menos exacta en cuanto a la opresión de la mujer.

La gran miseria de las masas rusas tras la Revolución de Octubre, la alta mortalidad infantil y la imposibilidad de exigir un esfuerzo adicional de frustración entre los jóvenes y los estratos populares carentes de bienes de consumo hicieron que la liberación totalitaria de Eros se viviera durante algún tiempo en desorden y caos, pero de una manera algo satisfactoria. A la primera señal de retorno a una posibilidad de consumo, todo había terminado. El sexo jugó, para el ruso de entonces, el papel de la poesía escrita para los franceses de los años 1940–44: un sustituto de la comida. Por tanto, con el regreso del sexo al redil, la moral tradicional, es decir, la unidad familiar triunfó en la Rusia soviética.

La mujer mantuvo su rol de productora, que era una emancipación frente al pasado, pero sin poder dejar el antiguo rol de reproductora y proveedora no remunerada del trabajo invisible y doméstico que se encuentra en todas partes, en todos los países del mundo. Su participación más amplia en el mundo del trabajo externo le otorgaba una dignidad hasta entonces desconocida por ella, pero la obligaba a una abrumadora proliferación de actividades mientras la privaba, por la prohibición del aborto, de cualquier posibilidad de realización erótica, ya que la anticoncepción era inexistente.

Fue el comienzo del desviacionismo revisionista; la revolución transformaría todo menos la vida. Por razones edificantes, razones de construcción, el principio del placer fue nuevamente sacrificado al de la utilidad¹⁴⁵.

La teoría freudiana, empujada por Wilhelm Reich a sus consecuencias lógicas y deseables, encuentra en una posible realización, la barrera que limita cualquier teoría adelantada a su tiempo. Más aún: es el fracaso del psicoanálisis terapéutico reducido a su propia fuerza. El análisis mejor realizado, la liberación emocional más exitosa para un paciente, resulta, en el mejor de los casos, solo en proporcionarle una licencia de conducir, no un automóvil; sólo la revolución puede darle un coche. El libro capital de Freud, *Malaise dans la civilization*¹⁴⁶, que sirve de base al trabajo de Marcuse, podría designar brillantemente las heridas del mundo occidental; un poder revolucionario que se esforzara sobre estas bases para cambiar o abolir una moral reconocida como mistificadora sin transformar en profundidad, radicalmente, no solo las condiciones de vida, sino el origen real de estas condiciones, este poder conocería el mismo fracaso que el psicoanalista competente que hubiera curado a un paciente (traumatizado por la injusticia social hasta la neurosis, supongamos), sin haber cambiado nada la injusticia social; por tanto: sin haber hecho la revolución. En ambos casos, encontraremos la mistificación del carnet de conducir sin coche. Y el gobierno

145 Simone de Beauvoir recuerda, en la entrevista ya citada, a esta mujer soviética que aparece en *El pabellón del cáncer*: una gran figura médica, obligada a realizar labores domésticas que la agotaban. Aspecto particular y paradójico de la mujer en un régimen “socialista”.

146 Traducido al castellano como *El malestar en la civilización* y también *El malestar en la cultura*. [N. d. T.]

revolucionario se verá obligado a volver lastimeramente (y, más seriamente, con justificaciones hipócritas) a la misma moral desconcertante, la de los antiguos explotadores: glorificación del matrimonio monógamo, fortalecimiento de la unidad familiar, dictado de estabilidad sexual, monosexualidad, etc.

No es porque fueran malvados, insinceros y corruptos que los líderes revolucionarios bloquearon el camino en Rusia a la liberación de Kollontai; ni Fidel Castro cuando suplica a las mujeres que vuelvan a sus ollas; ni Boumédiène, que ve el aumento de las agresiones sexuales en territorio argelino gracias a su puritanismo coránico exacerbado, su legislación de represión absoluta de Eros y el notorio juicio dado a la emancipación femenina. Esto se debe a que con todos los matices involucrados en la diferencia de situaciones, dondequiera que el poder dicho popular, se apodere de una sociedad económicamente subdesarrollada, vemos que todas las fuerzas instintivas del individuo son utilizadas para lograr su desarrollo, esfuerzo que lo frustra y en gran medida lo castra; y en esta explotación, la mujer es sobreexplotada en el mismo momento en que se proclama con más fuerza el reconocimiento de sus derechos y su igualdad.

“La mujer debe ser dos veces revolucionaria”, dice Castro. Pero, ¿quién preparará la comida para el niño que no asiste a la escuela? Aquí no hay hipocresía, sino una contradicción insoluble. Insoluble en un estado de poder masculino, por revolucionario que sea: es decir, que implica cierto tipo de pensamiento, creencia en el poder y la tecnología como

desarrollo social y vital, liderazgo necesario y mantenimiento del sexismo.

Este trabajo frustrante al que se condena el hombre de las sociedades subdesarrolladas y que un poder “revolucionario” quiere desarrollar, parece ser el necesario para producir bienes de consumo lo más rápidamente posible. (Y para, lo antes posible, acelerar la masacre de la naturaleza y la contaminación del aire y el agua.) Por tanto, el trabajo doméstico, plataforma invisible del trabajo productivo masculino, debe conocer un estímulo paralelo, o más bien una obligación reforzada. Aquí, entonces, se sacrifica el principio del placer al de la utilidad y el desempeño, con el “aplazamiento de la satisfacción” que describió Marcuse.

Ética represiva y principio de eficiencia

La odiosa denuncia de la “inutilidad del sexo femenino” que caracteriza al mundo griego antiguo ha fracasado; sin embargo, su origen puede arrojar luz sobre la reflexión de Marcuse: “La belleza de las mujeres y la felicidad que prometen son fatales en el mundo del trabajo, que es el de nuestra civilización”, observación que en cierto modo se hace eco de la de Theodor W. Adorno según el cual el amor debe presagiar una sociedad mejor. En este caso, encontraríamos una explicación satisfactoria de este sorprendente alto en el inicio de la liberación sexual, al menos en la teoría y en las costumbres de la alta sociedad, que el Concilio de Trento dio a las disputas del

Renacimiento. Porque el comienzo de los tiempos modernos y de la industrialización es contemporáneo de este mismo concilio que hizo del matrimonio un sacramento, bajo la presión de los devotos. Y si el sexo femenino, el más oprimido y el más mistificado en el desarrollo de esta civilización, se ha mostrado aquí y muchas veces en otros lugares como cómplice de su propia alienación, no es tanto porque el segundo sexo sea el más adoctrinado, el más conservador, el más abundante en los “tíos Tom” que colaboran con la esclavitud; es también porque las mujeres, estas famosas “tentadoras” odiadas por la antigua moral, luego por la Iglesia cristiana, sabían por instinto y experiencia que serían las primeras víctimas del no menos famoso “abandono a los instintos”. Así temidas por la Iglesia, luego por la moral burguesa basada en el principio del rendimiento; y condenadas a representar todo el Eros para el hombre que había optado por negar su homosexualidad de antaño, prefirieron la tranquilizadora dureza de su tradicional opresión a los espantosos peligros de dar marcha atrás por “abandonarse a los instintos”. Por eso, poco a poco tranquilizada, la moral burguesa, que había retomado la antigua misoginia en tantos puntos, cambió radicalmente su enfoque en un punto preciso: a la mujer, una vez acusada de ser “insaciable” como el fuego, de ser una Mesalina en potencia que debe neutralizar un estricto despotismo conyugal, se le adjudicó repentinamente una libido inexistente y se la acusó, incluso, de “evitar la sexualidad” (Freud). Entre dos males, ¿no deberíamos elegir el menor?

Mientras el matrimonio o, en el mejor de los casos, el amor monógamo heterosexual, se presente como el único vínculo, tanto privado como social, la sociedad, incluso de relativa

abundancia, no podrá diferir mucho del modelo de ayer. Sobrerrepresiva, condenada al principio del rendimiento y la utilidad, solo puede ofrecer suavizaciones apresuradas y reformas morales fragmentadas; una feria sexual de Copenhague en lugar de un desafío de estilo de vida radical. Sin embargo, mientras el poder masculino permanezca, no hace falta decir que nada puede cambiar en este nivel, y que el origen mismo de las condiciones de vida, de las que hablamos anteriormente, no tiene por qué ser reexaminado. La moral está condenada, entre estas manos milenarias, a mantener como impulsos primordiales la agresividad, el instinto de destrucción y la violencia, dejando huella por fuerza en la carne y la naturaleza, y poniendo como único freno a este “dinamismo” una culpa autocastigante. Es imposible que, sin un triunfo absoluto de lo Femenino, estos elementos que nos llegan desde la más alta antigüedad puedan dar paso a los ideales, que luego se convertirán en necesidades fundamentales: la belleza, la paz y la felicidad, ligadas a la creación artística incesante y espontánea, y a la reactivación de todas las zonas eróticas del cuerpo, reprimidas desde la infancia al olvido por sobrepresión.

¿Cómo podría concebirse esto en una sociedad que no fuese realmente consumidora, como la nuestra, que se enorgullece incluso de ese título? El fin de la necesidad vital de un conflicto entre los dos principios del placer y la utilidad, es aquí lo que satisfaría todas las necesidades humanas, en un ambiente curado de sus heridas, donde la productividad a toda costa fuera reemplazada por la productividad correspondiente a lo simplemente necesario (dentro de los límites de la relajación y el placer esencial para el ser humano), y sobre todo gracias a la

eliminación de las falsas necesidades que enmascaran los verdaderos deseos. Ninguna revolución ha tendido jamás a este fin, pues todas llevaban consigo, como un defecto, el principio masculino. Y éste echó raíces en un nivel mucho más profundo: el del sexismo que identifica al hombre con lo Masculino agresivo, creador, edificador, ordenador, y a la mujer con lo Femenino conservador, pasivo, emocional, sentimental y sobre todo eternamente fértil y nutritivo. De ahí el increíble lío con el que estamos luchando hoy, gracias a esta dicotomía falocrática.

Un matrimonio, dos perdedores

En el matrimonio, el hombre y la mujer son perdedores, pero la mujer está más alienada y más segura. Las ventajas económicas de la libertad y la participación directa en la producción están para ella neutralizadas en el celibato, por el desierto emocional y sexual temido por la tradición, y sobre todo por el perpetuo cuestionamiento del modo de vida según el compañero de paso que la ayudará a huir de este desierto y sin contar los peligros de la fertilización en una sociedad donde el aborto sigue siendo un crimen. Las mujeres necesitan condiciones económicas particularmente ventajosas, o un gusto por la independencia y una inquebrantable valentía para afrontar estos problemas en lugar del relativo consuelo que ofrece el matrimonio: la pequeña fortaleza-gueto donde un hombre te protege de agresiones, violencia, desprecio,

insultos, engaños y malas prácticas de todos los demás. Es por ello que aceptará casi universalmente esta condición de “pareja” que se agota en el trabajo no productivo y gratuito a cambio de su manutención, o bien que rayará en la locura y la crianza de los hijos con otro trabajo externo, mal pagado en el 90% de los casos.

Las feministas–revolucionarias están pidiendo la formación de un grupo de estudio sobre este problema: “Esto nos permitiría examinar la política ambigua del capitalismo y la relación patriarcado/capitalismo”, dicen. Porque el trabajo invisible del ama de casa “se obtiene mediante la opresión y la ideología patriarcal:

- el matrimonio;
- la coerción para la maternidad;
- la “naturaleza” de la mujer; en la que se inserta la opresión capitalista;
- la dependencia económica del marido;
- la barrera al trabajo asalariado;
- el pago insuficiente;
- la doble jornada.

Este problema capital de esta coacción reside en la represión sexual del hombre y, en consecuencia, aún más de la mujer. La cuestión de la explotación doméstica se superpone, por tanto, con la de la liberación de Eros.

El objetivo de nuestra larga marcha

Si seguimos uno de estos dos vectores: o el problema de las relaciones sexuales que nos afecta entre la prisión en libertad condicional del matrimonio o la libertad vigilada del celibato, o el problema de la explotación económica específica de la mujer por el trabajo libre en el hogar, necesariamente cruzaremos el uno con el otro. La libertad sexual, ya no condicional, sino total, eliminaría cualquier obligación social de contraer matrimonio, tanto para hombres como para mujeres. Al mismo tiempo, desaparecería la heterosexualidad como norma impuesta y estructura básica de la sociedad, el sexismo, el trabajo libre del ama de casa; sería la muerte del patriarcado falocrático.

Al mismo tiempo, sería el triunfo de lo Femenino como un segundo impulso reprimido incesantemente por el devenir masculino histórico.

Sería finalmente el cese masivo de la demografía galopante y la productividad intensiva para satisfacer falsas necesidades con el fin de desviar los deseos reales. Por lo tanto, el fin de la masacre de la naturaleza, la contaminación apocalíptica y la destrucción de la Tierra, gracias a la fuente de la vida, las mujeres.

El espíritu revolucionario sería superado por el requisito número uno del mundo moderno: la mutación.

Este es el objetivo de nuestra larga marcha.

EL TIEMPO DEL ECOFEMINISMO

XI. NUEVAS PERSPECTIVAS

En septiembre de 1973, nació en Francia un movimiento más cercano al Partido Feminista Unido Belga que al MLF francés: el Front Féministe, formado por unas pocas mujeres del grupo MLF, otras del grupo “Evolution” (fundado en 1970 después de los Estados Generales de la Mujer y en reacción contra ellos) y especialmente de mujeres independientes de cualquier partido y movimiento. Los estatutos estaban en conformidad con la ley de asociaciones de 1901: es decir que se trata de una tendencia legalista e incluso reformista.

A diferencia del movimiento italiano, que permanece bastante dividido, no hay antagonismo entre este nuevo Frente y el MLF, cuyas acciones apoya ocasionalmente y al que invita a las suyas. Su sueño (todavía bastante utópico, hay que admitirlo, dada la edad media y el espíritu rancio y la clase burguesa de sus miembros actuales, sin presumir siempre una posible sangre nueva) sería servir de puente de unión entre todos los movimientos y asociaciones de mujeres con miras a una masiva “sororidad” (las estadounidenses dicen *hermandad*) que promovería decisivamente la causa de la

mujer y su liberación. Los medios en los que cree el Frente siguen siendo tan moderados como los de Betty Friedan: representatividad parlamentaria, educación compartida obligatoria de los chicos en el hogar, promoción profesional e igualdad de remuneración. La demanda del aborto se apoya, y se está considerando la defensa del divorcio frente a ciertos proyectos reaccionarios; pero la cuestión de la revolución sexual todavía causa gran vergüenza a estas personas prudentes o mojigatas.

Otro movimiento ha surgido incluso más recientemente, nacido de un grupo de “feministas revolucionarias” y también según los estatutos de la ley de 1901: “La Liga de los Derechos de la Mujer”, mucho más radical, aunque también decididamente legalista. Su propósito es luchar desde el punto de vista de la ley encerrando a la sociedad masculina en sus propias contradicciones, con la ayuda de un colectivo de abogadas y mujeres juristas, para poder identificar a las mujeres como un grupo susceptible de sufrir racismo y por tanto, para protestar constitucionalmente contra él.

No sabemos qué podrán dar en el futuro los grupos surgidos tan repentinamente, y por tan poco tiempo, después de tres años de MLF. Pero es gracias al primero que ha surgido un intento de sintetizar dos luchas que hasta ahora se habían considerado separadas, la del feminismo y la de la ecología.

Aunque Shulamith Firestone aludió anteriormente al contenido ecológico del feminismo en *The Dialectic of Sex*, esta idea se había quedado en su etapa germinal hasta 1973. Fue retomada por ciertos miembros del Frente Feminista, que lo

inscribieron en su manifiesto, y luego lo abandonaron; sus autoras se separaron y dieron lugar a un nuevo movimiento muy tímido, y fundaron un Centro de Información, Ecológico–Feminista¹⁴⁷, destinado a convertirse más tarde, en su proyecto, en el crisol de un análisis y el inicio de una nueva acción: el ecofeminismo.

Respecto a esta cuestión, coincidimos con la fórmula: “de revolución a mutación”, que dio título a parte de nuestro trabajo. Tampoco es superfluo recordar una de las preguntas formuladas no hace mucho por las Feministas Revolucionarias, un grupo del MLF: “Aún tenemos que saber si el movimiento será un movimiento de masas al que potencialmente todas las mujeres pertenecerán como grupo explotado, o si será un pequeño grupo más.

Es en fidelidad a este espíritu que las activistas, tanto del Frente Feminista como de la Liga de los Derechos de las Mujeres se postulan para movilizar y sensibilizar en la medida de lo posible a sus “hermanas” sobre objetivos relativamente restringidos e inmediatos, por metas razonables y que pueden parecer “tranquilizadoras” (fuera del acrónimo, que ya se ha convertido en “aterrador” para muchas, MLF), sin que por ello deban (al menos para la Liga, más joven y más dinámica que el FF) olvidar esto que se apunta mucho más lejos: la desaparición

147 “La formación Centre Ecologie-feminisme, fundada en febrero de 1974 por Mlle Françoise d'Eaubonne, parte en concreto de una línea de acción encaminada a crear estructuras de protesta sobre todos los temas de la vida y la sociedad para cuestionar nuestras instituciones” (archivo de la jefatura de policía de París, expediente 816960). Este grupo “busca vincular temas ecológicos y feministas; declara luchar contra el poder destructivo masculino, contra el despilfarro de los recursos naturales y por una sociedad femenina, libre de relaciones de poder”

de la fuerza laboral asalariada (más allá de la igualdad salarial), la desaparición de las jerarquías competitivas (más allá del acceso a promociones), la desaparición de la familia (más allá del control de la procreación); pero sobre todo, más allá de todo esto, un nuevo humanismo nacido con el fin irreversible de la sociedad masculina, y que solo puede pasar por la solución del problema ecológico (o más bien de su peligro extremo).

Por el momento, por supuesto, la movilización de las mujeres en torno a aspectos “específicamente femeninos” puede tomar, incluso a nivel legalista, un tono exigente que va mucho más allá de la antigua reivindicación de “derechos”:

- Queremos, dicen estas seguidoras del feminismo más reciente, salir de lo que ciertos grupos subversivos alemanes denominan “atolladero antiautoritario”, sin hundirnos en la burocracia o el elitismo; también queremos llegar a las capas de trabajadores y sentar bases en provincias; pero por muy inmediatos y concretos que sean estos proyectos, sabemos sobre todo que nuestra urgencia de rehacer el planeta de una manera absolutamente nueva no es una ambición, es una necesidad; el planeta está en peligro de muerte, y nosotros con él.

Aparte de los socialistas autoritarios y de todos los izquierdistas que hemos citado aquí, con su ronroneo sobre “lucha principal y lucha secundaria”, hay analistas y agitadores, posibles compañeros de lucha mucho más evolucionados que estos neostalinistas que nunca dejan de llamar a la “totalización” del combate y de protestar de que todo lo que

está “fragmentado” compromete el objetivo final, destruir la Cartago del Sistema. Estas personas no se sitúan en el terreno minado de la “lucha de clases”, sino en la necesidad de una conciencia global: no se trata de hundir la propia demanda, sino de introducir nuevos campos de conciencia:

“Es lógico que los individuos partan de la experiencia real de su alienación para definir el movimiento de su revuelta; pero una vez definido esto, nada les es posible más que integrarse en el firmamento cultural del sistema... Normales, dejen de limitarse a su normalidad; homosexuales, dejen de limitarse a sus guetos; mujeres, dejen de limitarse a su feminidad o contra-feminidad. Invadid el mundo, agotad vuestros sueños”.

Esta exhortación incluye una gran parte de verdad; es por limitarse a su supuesta “contra-feminidad”, es decir, la demanda de tal o cual derecho, que imaginaban ser el transformador mágico de su feminitud, que las feministas de ayer se aniquilaron a sí mismas por haber conseguido, prácticamente, sólo viento. Estamos totalmente de acuerdo en que la lucha de las mujeres debe ser global, totalitaria incluso cuando se presente bajo un aspecto moderadamente reformista –o no. Sin embargo, los autores de *Grand Soir*¹⁴⁸ cometen aquí el mismo error que la sociedad a la que combaten, al confundir a los “homosexuales”, los “locos”¹⁴⁹ y

148 Le Grand Soir, periódico prositucionista, reproducido por *Le Fléau social*, mayo de 1973

149 El movimiento anti-psiquiátrico ha engendrado una “Internacional Furiosa” que desafía la “normalidad” incluso más radicalmente que los movimientos de liberación gay.

otras minorías en la revuelta contra su alienación con la categoría “mujeres”; se olvidan de que esto no es una cuestión de una minoría, sino de una mayoría reducida a la condición de minoría, y, además, el único de los dos sexos en el proceso de ser capaz mañana de aceptar, rechazar, ralentizar o acelerar la reproducción de la especie. A saber, la categoría humana en la que descansa ahora, aunque todavía no sea plenamente consciente de ello, la sentencia de muerte o la salvación de toda la humanidad.

El único combate total, capaz de derrocar al Sistema en lugar de cambiarlo una vez más por otro, y de pasar finalmente de la gastada “revolución” a la mutación que nuestro mundo pide, este combate, solo puede ser el de las mujeres, de todas las mujeres; y no sólo porque han sido colocadas en la situación que describen las páginas anteriores, sino porque la iniquidad y el absurdo rebelan el corazón y exigen el derrocamiento de un exceso insostenible. Esto es legítimo, aunque parezca sentimental. Pero es que, sencillamente, ya no se trata de bienestar, sino de necesidad; no de una vida mejor, sino de escapar de la muerte. No se trata de un “futuro más justo”, sino de la posibilidad única, para toda la especie, de tener aún un futuro.

U Thant, los científicos franceses del Museo de Historia Natural, el Consejo de Europa, El Correo de la Unesco lo repiten con todas las máximas autoridades a nivel internacional; Konrad Lorenz lo resume así: “Por primera vez en la historia de la humanidad, ninguna sociedad puede tomar

el relevo¹⁵⁰. (Evidentemente, porque él piensa, como todos, en la sociedad masculina; es decir, en una sociedad de representación, competencia e industrialización, en definitiva, de agresión y de jerarquía sexual). La conferencia de futuristas, que tuvo lugar hace unos meses en Roma lo ha repetido, y tuvo más derecho a titulares que la guerra en el Oriente Medio, aunque en Francia no se dijo una palabra.

¿Qué estaban vaticinando estas Casandras? Sencillamente, que prácticamente se ha llegado al punto de no retorno, que no se puede detener un vehículo lanzado a ciento cincuenta kilómetros por hora contra un muro de cemento cuando uno está a veinte metros de distancia, y que todo esto podría terminar con un muy viril: “Salvese quien pueda!” O de nuevo: “¡Fuera las zonas industrializadas!”

¿Por qué esta derrota? ¿En qué nivel, por tanto, esta colosal declaración de fracaso se une a la ambición femenina de arrebatarse a la sociedad masculina la dirección del loco vehículo, no para conducirlo en su lugar, sino para saltar del coche?

Estas nuevas perspectivas del feminismo no se destacan de las del MLF, pero se distinguen de él, menos por el lenguaje más clásico y no underground, que por la aceptación de un embrión de organización y la preocupación por las “masas”

150 La autora, sin duda, toma esta cita del biólogo austriaco de un artículo firmado por su pluma publicado en 1973 en *Le Sauvage*: “Cada vez que la historia relata el declive de una civilización humana, descubrimos otra civilización en ascenso, lista para tomar el relevo de la anterior. Sin embargo, por primera vez en nuestra historia, no hay posibilidad de sustitución. Al continuar compitiendo consigo misma, toda la humanidad está retrocediendo.”

femeninas y su objetivo global en respuesta al reproche de fragmentación antes citado, y que en definitiva sería un nuevo humanismo: el ecofeminismo.

El razonamiento es simple. Prácticamente todo el mundo sabe que las dos amenazas de extinción más inmediatas en la actualidad son la superpoblación y la destrucción de recursos; conocen un poco menos la responsabilidad del Sistema masculino, en tanto que masculino (y no capitalista o socialista), en estos dos peligros; pero muy pocos han descubierto todavía que cada una de las dos amenazas es el resultado lógico de uno de los dos descubrimientos paralelos que dieron poder a los hombres hace cincuenta siglos: su capacidad para inseminar tanto a la tierra como a las mujeres así como su participación en el acto de reproducción.

Hasta entonces, solo las mujeres tenían el monopolio de la agricultura y los hombres creían que quedaban embarazadas por los dioses. Desde el momento en que descubrieron sus posibilidades duales como agricultores y procreadores, establecieron lo que Lederer llama “la gran inversión” a su favor. Habiendo tomado el suelo, por lo tanto la fertilidad (luego la industria) y el útero de la mujer (por lo tanto la fertilidad), era lógico que la sobreexplotación de ambos condujera a este doble peligro amenazador y paralelo: la superpoblación, el exceso de nacimientos y la destrucción del medio ambiente por el exceso de productos.

Por tanto, la única mutación que puede salvar al mundo de hoy es la “gran inversión” del poder masculino que, tras la sobreexplotación agrícola, se traduce en la mortífera expansión

industrial. No es el “matriarcado”, por supuesto, o el “poder de las mujeres”, sino la destrucción del poder por parte de las mujeres. Y finalmente el final del túnel: la gestión igualitaria del mundo para renacer (y no tanto para “proteger” como todavía creen los amables ambientalistas de la primera ola).

Feminismo o muerte.

XII. ECOLOGÍA Y FEMINISMO

Ya habíamos defendido este punto de vista, antes del nacimiento del Frente Feminista y antes de haber leído a Shulamith Firestone, en 1972, en una carta al *Nouvel Observateur*, tras un congreso medioambiental donde las mujeres brillaban por su ausencia.

Esta declaración nos trajo numerosas e inesperadas cartas.

Algunos que creían que reivindicábamos el poder de las mujeres nos acusaron de sexismo inverso. Pierre Samuel, en su libro por lo demás justo y honesto, *Écologie, decrecimiento o ciclo infernal* ¹⁵¹, habló de “peligrosa exageración” refiriéndose a nosotras, para finalmente unirse a esta concepción que se convertiría en la del Centro Ecología–Feminismo, fundado por las disidentes del Frente Feminista.

¹⁵¹ El título exacto de la obra es *Écologie: Détente ou Cycle Infernal*, París, 10-18, 1973.

Pero, ¿la catástrofe global está realmente a nuestras puertas? Sin llegar a lo sublime de un Lartéguy¹⁵² quien, al ver las cifras que estaban citando en televisión, se encogió de hombros: “¡Bah! los especialistas siempre se equivocan en sus pronósticos”, muchos se dicen a sí mismos que “algo inventaremos”.

Esto permite poner en un frasco, a modo de semental, el Caballo del Apocalipsis.

Sin embargo: “La ecología reemplazó a Vietnam en las principales preocupaciones de los estudiantes.”

¿Quién dijo esto y cuándo? *The New York Times*... en 1970. Este es el año en que el hijo de la Dra. Weill-Hallé, fundadora de la “planificación familiar”, se unió a los EE. UU. para luchar contra este suicidio colectivo del que había captado perfectamente la correlación con el problema que estaba abordando su madre.

La ecología, esta “ciencia que estudia las relaciones entre los seres vivos y el medio físico en el que evolucionan”, incluye, por definición, la relación entre los sexos y la consiguiente tasa de natalidad; su fascinación se dirige más bien, por los horrores que nos amenazan, hacia el agotamiento de los recursos y la destrucción del medio ambiente; por eso es hora de recordar este otro elemento, que se solapa tan estrechamente con el tema de la mujer y su lucha.

152 Militar, periodista ferozmente anticomunista, Jean Lartéguy (1920-2011) escribió muchas novelas ensalzando valores como el honor, la patria y el sacrificio, fuertemente marcadas por el colonialismo.

¿Queremos algunos detalles técnicos?

El despertar se ha dado en Estados Unidos desde abril de 1970 con la protesta de los jóvenes de Earth Day¹⁵³ quienes pasaron inmediatamente al ecoterrorismo: entierran autos y luchan físicamente contra la deforestación. Cellestine Ware, en su libro feminista *Women Power*, dice que “quieren respirar de acuerdo con el ciclo del cosmos”. No solo respirar. Juzguemos:

Cada año, aprendemos de Irène Chédeaux que Estados Unidos debe eliminar 142 millones de toneladas de humo, 7 millones de coches viejos, 30 millones de toneladas de papel, 28.000 millones de botellas, 48.000 millones de latas. “Cada uno de los 8 millones de neoyorquinos absorbe mayor cantidad de material nocivo todos los días que si hubiera fumado 37 cigarrillos, y ahora se sabe que hay más ratas en los vertederos de basura que humanos en su ciudad”.

¿Queremos detalles sobre el estado de las olas? Los peces están muriendo en masa en el río Delaware (¡oh, westerns y Fenimore Cooper!), porque Sun Oil, Scott Paper y DuPont de

153 El primer “Día de la Tierra” reunió a 20 millones de participantes el 22 de abril de 1970 en los Estados Unidos. Asistieron estudiantes universitarios, estudiantes de secundaria, maestros, activistas, sindicalistas, pacifistas, líderes religiosos y políticos (el evento fue iniciado por Gaylor Nelson, senador demócrata de Wisconsin). Si este “ardor verde” fue rápidamente canalizado por el poder, enredado en Vietnam, este día se considera el certificado de nacimiento del movimiento ambientalista en los Estados Unidos.

Nemours arrojan sus desechos allí; no es nada, sin duda, comparado con el hecho de que el lago de Zúrich está muerto, asfixiado por la suciedad humana, y que al lago de Ginebra no le queda mucho más tiempo; nada comparado con el hecho de que el Mediterráneo, “el Gran Mar” de los clásicos griegos, se haya convertido en un basurero tan grande que en Marsella, este verano, la firmante de estas líneas sumó kilómetros de la costa para encontrar una playa un poco limpia. En los Estados Unidos de hoy, muchas empresas informan que el 10% de sus inversiones se gastan en el control de la contaminación. Un esfuerzo irrisorio dada la dimensión catastrófica del daño. Este modesto resultado, y el más llamativo de la prohibición de un oleoducto de 4 pies de diámetro que debía cruzar el Sahara, se debe a la lucha “conservacionista” de varios grupos, el más famoso de los cuales por su radicalismo se llama “Sierra Club”. Ya en enero de 1970, Nixon dedicó gran parte de su “Mensaje sobre el estado de la Unión” a la cuestión ecológica. Poco después, se aprobó una ley que exigía a las compañías de aviación encontrar un dispositivo para 1972 destinado a reducir los desechos de la combustión en tres cuartas partes. Jean-Francois Revel¹⁵⁴ describe cómo, incluso en los EE. UU., estos intentos han sido calificados por algunos fanáticos como “maniobras comunistas”, debido a sus peculiaridades anti-industrialismo. Es la consagración más hermosa de un profeta: Kornbluth, autor de *Planète à gogos*¹⁵⁵.

154 Jean-François Revel, *Ni Marx ni Jesús. De la segunda revolución estadounidense a la segunda revolución mundial*, París, Robert Laffont, 1970.

155 Cyril M. Kornbluth y Frederik Pohl (1953), *Planète à gogos* (Planeta de abundancia), traducido al castellano como *Mercaderes del espacio*. Mucho antes de la cuestión de la contaminación y destrucción del medio ambiente, esta novela predice un futuro distópico donde la madera de roble se ha convertido en un material tanpreciado

Acaba de surgir un tipo de protesta completamente nuevo: la eco-guerrilla. Los estudiantes colocarán letreros en la noche que bloquearán el paisaje. La revista *Actuel* recuerda que en 1967 jóvenes ingenieros fundaron “Ecology Action” en Berkeley. Pretendían ser “apolíticos”; una puede imaginar qué intereses políticos fueron capaces de reaccionar a su programa: “Eliminar prácticas absurdas: nuevos modelos de automóviles cada año... Controlar prácticas necesarias pero potencialmente peligrosas: procesamiento y distribución de alimentos, construcción y organización de viviendas, producción y energía”; eliminar las prácticas destructivas: la reglamentación social, el recubrimiento del suelo con hormigón, asfalto y edificaciones, la diseminación de basura, las guerras”

A esto se le llama simplemente hacer una revolución, comentaban los autores de un artículo. ¿Pero cuál?...

Mientras tanto, la contaminación crece día a día. El aire está cargado con un 10% más de dióxido de carbono desde el comienzo de esta era tan reciente que llamamos industrial. “12 microbios por cm³ en el Ballon d'Alsace, 88000 en los Campos Elíseos y 4 millones en un centro comercial. Una rata de campo colocada en el suelo de la Place de la Concorde, muere a los diez o quince minutos, en París en 1971. Como si, en poco tiempo, desde que el aire contaminado crece exponencialmente, un niño de tres años debiera viajar con una máscara de gas.

que se utiliza para hacer anillos, donde el estrato privilegiado de la sociedad lo forman los técnicos publicitarios, frente a la inmensa y miserable masa de “consumidores”, y donde la lucha por proteger la naturaleza es obra de ilegales.

Ya hemos visto lo que está pasando con la inflación de la población; volvamos a eso.

Si entre 1800 y 1950, según los cálculos de Édouard Bonnefous¹⁵⁶, la población mundial se ha multiplicado por 2,6, la población total de ciudades con más de 100.000 habitantes, lo hizo 8 veces más rápido. Hubo un salto demencial de 1950 a 1960: esta vez, la población urbana mundial experimentó un aumento... del 35 %. La deforestación se mantiene al día con los avances tecnológicos: ¡la edición dominical del *New York Times* se come 77 hectáreas de bosque!

En mi infancia, el Garona y el Sena se consideraban los dos únicos ríos realmente sucios de Francia. Hoy, 6 millones de toneladas de desechos corrompen la red hidrográfica de nuestro apacible país, y la tasa está aumentando. En otras palabras: tantos kilos de basura como seres humanos habrá en el planeta en el año 2000. Eso se aplica a todas las películas de terror. *Le Figaro* podría haber llamado al Rin “una gran cloaca”, luego, con más cautela, un “gran colector”; las palabras no cambian la cosa (usemos la palabra cosa como un eufemismo modesto para la palabra mierda). Pero tengamos cuidado de no acusar al campo del capital demasiado rápido: si nuestros lagos están muriendo o se han convertido en mares muertos cerrados (en Suiza, los lagos Lemán y Annecy; en América, el lago Michigan, el lago Erie y el lago Superior), saboreemos esta reconfortante observación: 360.000 kilómetros de vías fluviales de la Unión Soviética no son mejores. ¿Agua subterránea dulce? Es un capital sobre el que no se pueden girar cheques

156 Édouard Bonnefous, *L'homme ou la nature*, París, Hachette, 1970.

ad infinitum; sin embargo, con el aumento de la población, aumenta la necesidad de agua. Alguna vez fue el tema de una novela de ciencia ficción de Jacques Sternberg¹⁵⁷, donde el agua del grifo en todo el mundo es reemplazada por un flujo de insectos repugnantes ya que un producto peligroso había aumentado monstruosamente el tamaño de cada microbio o bacteria. Junto a esta imaginación, ¿qué vale Drácula? Un espantapájaros para un jardín de verano. Y es tan cierto, la amenaza es tan precisa que, anticipándose a la inminente falta de agua dulce, todas las industrias buscan un ajuste de la desalación del agua de mar (¿pero y si también hay que descontaminarla?) ¡Claro! ¿Dónde está el espíritu del emperador Juliano que dijo, en el 358: “el agua del Sena es muy agradable de beber”? No era un “tecnócrata”.

Vayamos a nuestro Sur. La Compañía Nacional del Petróleo de Aquitania ha degradado tanto los cultivos circundantes con su gas sulfuroso que recientemente se le ordenó pagar daños y perjuicios a los agricultores de Béarn que la habían llevado a los tribunales. No era su única preocupación; también tuvieron que defenderse de la implementación de una gran fábrica de aluminio que aliada con Aceites de Aquitania en un pequeño valle, duplicó el riesgo de contaminación atmosférica¹⁵⁸.

157 *La sortie est au fond de l'espace*, una novela publicada en 1956.

158 La agricultura ahora se ha llevado felizmente a la escuela de los contaminadores industriales. Un amigo mío, en el verano de 1973, contrajo micosis e intoxicación bronquial después de trabajar en una plantación de manzanas cerca de Montpellier; el agricultor roció los árboles con una mezcla de tres productos violentamente venenosos para evitar la costra del fruto. Además, la víspera del mercado, pintaba las manzanas con una capa de cera. Este ejemplo está lejos de ser aislado.

Hoy conocemos casi en todas partes la catastrófica situación de las aglomeraciones urbanas; París rompe el récord por metro cuadrado de contaminación del aire; todos los días recibe este maná celestial: 100.000 m³ de ácido sulfuroso y diez toneladas de ácido sulfúrico. Sin embargo, hay una ciudad más venenosa, Tokio, cuyos científicos han formulado esta divertida profecía: en 1980, el Sr. Todo el mundo en Japón tendrá que usar una máscara de gas para hacer sus cosas; veremos al samurái levantándola en lugar de hacer un harakiri.

Aquí nuevamente, la contaminación en sí y la destrucción del medio ambiente natural se unen. El aire es poco más que una capa de suciedad en las grandes ciudades, pero su desperdicio aumenta la agresión contra la salud humana; crees que estás soñando cuando lees que Nueva York produce cada año 250 millones de toneladas de residuos no nucleares: cajas viejas, coches destrozados, plásticos, gas quemado, todo tipo de basura; es con la habitual caricatura de heroína sádica que Pravda Survireuse¹⁵⁹ contempla desde lo alto de su moto un embudo lleno de un cementerio de coches y dice, como una belleza romántica inclinada sobre uno de los lagos de ayer: “¡Es hermoso!” La basura aérea, por lo tanto, acerca el techo atmosférico; basura en el suelo, cada vez más alta; vivimos entre dos franjas de desperdicio, como el hombre de las cavernas entre estalactitas y estalagmitas.

159 Debemos el carácter de Pravda (“verdad” en ruso) al artista belga Guy Pellaert. Sus aventuras fueron publicadas en 12 episodios de enero a diciembre de 1967 en las páginas de Hara Kiri y luego editadas en forma de álbum por Eric Losfeld. Alegoría de la búsqueda de la libertad y la emancipación característica de la juventud occidental en la década de 1960, la heroína conduce una motocicleta en una ciudad-mundo de ensueño contaminada por los signos de una sociedad consumista y condenada a la destrucción.

¿Qué salida se ofrecerá a tan absurda pesadilla?

¿Revolución? Sí, pero no “de papá”. La línea más pasada de moda de *La Internacional* es sin duda:

Bajo las celdas ¿que sostiene la naturaleza?

Debería ser reemplazado por:

¿En una infección que cambia la naturaleza?

La respuesta es gritar: “¡Eres tú, somos nosotros, soy yo!” Pero tú, pero yo, no somos los responsables: no podemos hacer otra cosa, aparte de minúsculos cambios de comportamiento; el primero de los responsables es la civilización tecnológica, superurbana y superindustrial, en la loca carrera que lanzó su imparable rueda hacia el beneficio, como los galos hicieron rodar una rueda ardiente por las laderas de los cerros; pero fue para fertilizar los campos mediante el desmonte, mientras nuestra cultura tecnológica arruina y asesina la tierra bajo el fuego de su rueda. El aumento de la delincuencia responde a la de la locura: la superpoblación de verdugos que actualmente están generando futuras víctimas de su crimen colectivo.

Al final del Imperio Romano, la población del mundo se estimaba aproximadamente en 250 o 300 millones, menos que la población de la China actual. Aparte de ésta y la India que siempre fue el segundo gran reservorio de nacimientos, el resto de la especie humana se distribuyó principalmente por la cuenca mediterránea. Las epidemias, el hambre y los desastres naturales variaron la tasa de población y los aumentos

generales fueron insignificantes. Se necesitaron seis siglos para que en el XVII la población mundial alcanzase alrededor de 500 a 550 millones. Entonces, podemos estimar aproximadamente la tasa de aumento de la siguiente manera:

250 millones en dieciséis siglos (el doble del número original). En 1750 pasamos a 700 millones. Por tanto: 200 millones en solo un siglo.

Entonces la aceleración aumenta. Los descubrimientos de la civilización, la defensa contra la mortalidad, el aumento de la longevidad, nos dieron, en 1950, 2.500 millones de habitantes. Nuevas tasas: 1.800 millones de habitantes en dos siglos, o 900 millones por siglo en lugar de los 200 millones anteriores.

“La situación resultó ser lo suficientemente grave como para requerir una previsión”, dice Elizabeth Draper en *Conciencia y control de la natalidad*. Pero el impulso solo se ha intensificado; ya no es necesario contar por siglos, sino por décadas; en 1960 ya somos 3 mil millones (¡veinte años antes de la fecha prevista, ya que los expertos predijeron de 3.000 a 3.600 millones para 1980!). Y aquí está la tasa:

500 millones en el año diez: En diez años, entre 1950 y 1960, la población mundial ha aumentado, ¡el número correspondiente al siglo XV...!

Los 3.600 millones previstos para 1980 se superaron sin duda en 1969. ¡Qué atractivo es que se nos diga que duplicaremos la población actual en treinta y cinco años!

Pero la superpoblación no ocurre al mismo ritmo en todas partes. Las ciudades con más de 100.000 habitantes están a la cabeza: están creciendo ocho veces más rápido que las demás. El salto aterrador de 1950–1960 tiene aún más raíces en la población urbana; aumentó en un 35%.

“Hay que construir rápidamente, cualquier cosa, en cualquier lugar, de todos modos... Las ganancias son fabulosas e inmediatas. Para hacer funcionar nuevas fábricas, es necesario que los trabajadores estén allí. Construimos ciudades que tienen de ciudades solo el nombre: HLM, tiendas, droguerías, supermercado y cine. Publicidad en todas partes: el trabajador debe consumir. Si no consume, la producción caerá. Si la producción cae, quedará inactivo. Si está desempleado, no podrá pagar las facturas del apartamento, la lavadora, etc.”, Explican Colette Saint-Cyr y Henri Gougeaud.

Volvamos al loco universo de *Planeta de abundancia* (Mercaderes del espacio).

Tomemos de nuevo el ejemplo estadounidense. Esto es lo que dice Robin Clarke, experto de la Unesco:

“Un bebé estadounidense consumirá durante su vida:

100 millones de litros de agua, 28 toneladas de hierro y acero, 25 toneladas de papel, 50 toneladas de comida, 10.000 botellas, latas 17.000, 27.000 cápsulas,

(posiblemente) 2 o 3 coches, 35 neumáticos, quemará 1200 barriles de aceite, tirará 126 toneladas de basura, y producirá 10 toneladas de partículas radiactivas”.

Esta es la razón, concluye el experto, de que el nacimiento del bebé americano sea 25 veces más importante en la ecología que la del bebé hindú. Queda por evaluar, lo que Robin Clarke no soñó hacer, las posibilidades de supervivencia de una economía global tan enloquecedora donde, dependiendo de la región, un individuo humano consumirá en el transcurso de sesenta o setenta años veinticinco veces más que otro; pues puede ser que la rebelión del tercer mundo, harto de ser el Buchenwald¹⁶⁰ del planeta, cambie los cálculos de los estadísticos; e incluso si no pasa nada, ya que pronosticamos a gusto que en veinte o treinta años la tierra se convertirá en un desierto, a este ritmo, ¿dónde se encontrará este bebé americano adulto para consumir, quemar y tirar lo que predice Robin Clarke? ¿Es la muerte masiva por desnutrición la que pondrá fin a la tasa exponencial de crecimiento demográfico? ¿Qué pasa con la concentración urbana?

Se trata del Marqués de Sade, uno de los mayores genios científicos de todos los tiempos, que, en vísperas de la Revolución, ya había declarado en Justine¹⁶¹ que la

160 El campo de concentración de Buchenwald fue uno de los primeros y más grandes campos de concentración en territorio alemán. El número de víctimas, provocadas por las enfermedades, la mala sanidad, los trabajos forzados, la tortura, experimentos médicos y fusilamientos se estima en unas 56 000, entre ellas 11 000 judíos.

161 Donatien Alphonse François de Sade (1799), *Justine o Las desgracias de la virtud*.

concentración de personas en las ciudades ayudó a acelerar los trastornos de salud mental y las obsesiones sexuales. Hemos visto que esta hiperconcentración se debe a la superpoblación, cuyos peligros Malthus señalaría mucho más tarde. (Más confusamente, Restif de La Bretonne, en *Le paysan perversi*, no dice nada más).

Mencionamos anteriormente “el estrés de la rata blanca”. Volvamos a ello de nuevo.

El investigador John B. Calhoun, tuvo un buen día de 1958 la idea de establecer una colonia de ratas noruegas en un granero en Maryland que él mismo había preparado para ellas. Primera observación: en un espacio de 900 m², 5.000 ratas vivían en bienestar. Pero la población no superó los 150 nuevos nacimientos. Segunda etapa de observación: el aumento de ratas adultas en parques divididos provocó aberraciones tanto en el comportamiento sexual como en el social. Las ratas jóvenes comenzaron a practicar la violación en grupo de la hembra aislada como vulgares chaquetas negras de Sarcelles o Billancourt. Se ve que otros aplican un comportamiento hipersexual, practicando todas las formas posibles de instinto, como para superar su ansiedad de superpoblación. Otras finalmente se convirtieron en perfectos gánsteres, o una especie de bandidos del honor, aislándose del contacto sexual y social para participar en asesinatos nocturnos. Las guerras ordinarias por la conquista del poder se multiplicaron hasta el absurdo. Finalmente, las hembras, como hemos subrayado, dejaron de construir sus nidos y experimentaron estrés de fertilidad.

Por supuesto, debemos tener cuidado con las analogías demasiado apresuradas. Sobre el tema de las ciervas que pierden interés en su camada después del parto bajo anestesia, un argumento esgrimido por los oponentes del parto indoloro, Simone de Beauvoir respondió de manera decisiva y, sin embargo, muy sencilla: “Pero las mujeres no son ciervas¹⁶². Si las ratas hembras blancas de Noruega ya no distinguen sus camadas como resultado de una concentración intensiva del hábitat “urbano”, este hecho difícilmente puede ser comparado con la de la madre israelí joven acostumbrada a la lactancia materna no sólo de su descendencia sino de la de sus compañeras, en la guardería kibutz, con un objetivo interesante de desalienación del vínculo filial. Lo que ocurre en el nivel de los colectivos de origen animal nunca puede ser incorporado directamente al nivel humano sin un examen cuidadoso de las diferencias en la estructura; es la ausencia de este principio que hace que el ensayo sociológico de Lionel Tiger, *Entre hombres*¹⁶³ sea tan inútil. Pero aquí, sin caer en el mecanicismo, podemos considerar una cierta relación entre la experiencia de las ratas noruegas y la de nuestras concentraciones urbanas. El etólogo alemán Paul Leyhausen está de acuerdo. Al igual que Sade, encuentra en la urbanización un factor importante en el aumento de las enfermedades mentales. Aumenta el número de suicidios, así como el alcoholismo, la debilidad mental, la delincuencia juvenil, el colapso nervioso. La creciente dificultad del aislamiento y el agotamiento debido al hacinamiento y el transporte contribuyen a un debilitamiento de la resistencia

162 Simone de Beauvoir (1949), *El segundo sexo*.

163 Este libro de Lionel Tiger pretendía refutar *Política sexual* de Kate Millett.

nerviosa que, al parecer, podría ser transmisible. ¿Sabemos todo esto? Sí, pero nunca lo que se considera el fastidio, la preocupación, la imperfección de la vida moderna alcanzó estas dimensiones paroxísticas; el latido de la caries dental se convirtió en cáncer de mandíbula. Los delitos sexuales están aumentando de nuevo en Londres; en París aparecen delitos desconocidos para nuestras costumbres –secuestro, violación en grupo–; Nueva York, al nombrarlo, defiende contra la locura en la imitación de una serie de “pequeños asesinatos sin importancia”¹⁶⁴. A la destrucción del medio ambiente corresponde a esta tasa de natalidad, la destrucción del hombre interior. Y también, finalmente una aclaración, el estrés de la rata blanca.

En el artículo titulado “Por qué abortamos”¹⁶⁵, una mujer que firma como Christiane dice: “Las ratas, en casos de hacinamiento, tienen estrés de fertilidad. Los hombres han perdido un poco el contacto con sus instintos y han perdido totalmente el poder del control espiritual sobre sus cuerpos. Las mujeres, gracias a su subdesarrollo, bastante menos. Quizás iniciarían una forma de estrés y la demanda del aborto gratuito sería, además, un grito de alarma profundamente intuitivo. Quizás deberíamos escuchar”.

Ya no es “escuchar” lo que debe hacerse; es lanzar un aullido. El mundo empieza a aceptar la idea del aborto por otros motivos que obligan a las mujeres a reclamar violentamente su

164 *Little Murders* (Pequeños asesinatos) es una película de Alan Arkin estrenada en Estados Unidos en 1971.

165 *Tout!* N ° 12, 23 de abril de 1971, pág. 4. Prohibido por violar las buenas costumbres.

derecho a disponer de su cuerpo, de su futuro, de su procreación; es debido a la preocupación por la tasa exponencial de crecimiento que hemos descrito y analizado anteriormente que la sociedad masculina experimenta cierta tendencia a desafiarse a sí misma y aceptar afirmaciones dictadas por otros motivos muy distintos. Por una vez, los intereses de los opresores y los oprimidos coinciden. Pero lo notable de esta situación es que este interés, si se satisface, traerá una situación más favorable a la casta oprimida –las mujeres– que a la casta opresora; y lo saben bien. Esto es lo que los hace reacios a conceder lo que ellos mismos solo pueden desear: el cese del aumento demencial de nacimientos que, en paralelo con la destrucción del medio ambiente, marca la sentencia de muerte de todo el mundo. Al mismo tiempo, obtener esta parada gracias a la libertad de anticoncepción y aborto otorgada a las mujeres, es para los hombres la seguridad de que no se detendrán allí y comenzarán a disponer de sí mismas, que es, recordemos a Fourier, un escándalo de violencia capaz de socavar los cimientos de la sociedad. De ahí las vacilaciones, las contradicciones, las reformas y los bochornos, los pasos hacia adelante, los saltos hacia atrás; este mimetismo de poderes refleja la extrema oposición interior que está destrozando a la sociedad masculina, a todos los niveles, en todos los países.

“Ganar dinero, hacerse rico, explotar al hombre y la naturaleza para ascender a los lugares más caros de la escala social... Mientras una sociedad organice su producción con el objetivo de convertir los recursos del hombre y la naturaleza en ganancias, no habrá justicia ni

puede existir un sistema planificado de equilibrio ecológico”¹⁶⁶.

Esto es lo obvio. En la raíz del problema ecológico están las estructuras de un determinado poder. Como el problema de la superpoblación, es un problema de hombres; no solo porque son los hombres los que ostentan el poder mundial, y que desde hace un siglo ya podrían haber aplicado la anticoncepción radical; sino porque el poder está, en el nivel inferior, distribuido para que lo ejerzan los hombres sobre las mujeres. En el campo de la ecología como en el de la superpoblación, vemos chocar de manera más aguda las tensiones contradictorias del capitalismo, aunque estos problemas van mucho más allá del marco del capitalismo de mercado y afectan también a los países de capitalismo de Estado, por la buena razón de que allí como aquí todavía reina el sexismo. En estas condiciones, ¿dónde diablos se puede encontrar –incluso en el caso de una prolongada convivencia pacífica de ambos campos económicos– una posibilidad de desarrollar un sistema “justo y planificado” a escala planetaria, ecológico y demográfico? Lorenz tiene razón: ninguna empresa (masculina) puede hacerse cargo.

Primer problema: detener los nacimientos. La sociedad masculina comenzó a tener miedo y, a su vez, Polonia, Rumania y Hungría adoptaron la solución de “liberalizar” el aborto; en el campo capitalista de mercado, siguió Inglaterra, el 24 de octubre de 1967; Japón penaliza el exceso de nacimientos. Cuatro estados americanos, incluido el de Nueva

166 *Actuel*, no 4, op. Cit.

York, “han seguido el camino de un sí franco y masivo” (Guéder, agosto de 1971). Por otro lado, en los países católicos latinos, hay sólo una tímida apertura en Francia; en España está prohibido el aborto terapéutico en sí; la madre muere, siempre que el feto viva, incluso si tiene una mínima posibilidad de no seguir a la madre hasta la muerte. Estas son algunas de las principales contradicciones de una civilización que se ha vuelto loca ante la necesidad de consentir lo que prolonga la humanidad, pero que suena como la primera sentencia de muerte para sus viejas formas patriarcales podridas.

Si estos problemas son problemas masculinos es porque su origen es masculino: Es la sociedad masculina, construida por hombres, y para ellos, repitámoslo una y otra vez.

Sería ridículo jugar al pequeño juego de los “si” históricos, o caer bajo el dominio de una encantadora novela de ciencia ficción sobre universos paralelos. ¿Qué hubiera pasado “si” las mujeres no hubieran perdido la guerra de los sexos cuando nació el falocratismo, gracias al traspaso de la agricultura al sexo masculino? Sin lo que Bebel llama “la derrota del sexo femenino” y la moderna Dra. Lederer, autora de “Gynophobien”¹⁶⁷, “la gran reversión”, ¿qué hubiera pasado? Tendremos cuidado de no entrar más en esta fantasía. “¡Ah! si el cielo se cayera, morirían muchas alondras”, dijo mi abuela. Solo se necesita una respuesta negativa: tal vez la humanidad hubiera vegetado en una etapa infantil, tal vez no conoceríamos ni el gramófono, ni el cohete lunar, pero el

167 Wolfgang Lederer (1968), *Gynophobia or the fear of women*, Paris, Payot, 1970.

medio ambiente nunca habría conocido la masacre contemporánea, y la misma palabra ecología habría quedado en la pequeña caja cervical del homo sapiens, así como la palabra “riñón” o “hígado” no cruza los labios o la punta de un bolígrafo, si uno no siente dolor o amenaza de estos órganos.

“Contaminación”, “destrucción del medio ambiente”, “demografía galopante” son palabras de hombres, correspondientes a problemas de hombres: los de la cultura masculina. Estas palabras no habrían tenido lugar de estar en una cultura femenina directamente relacionada con los antepasados ancestrales de las Grandes Madres. Esa cultura tampoco habría podido ser más que un caos miserable, como las del Oriente que, por falocráticas que sean, son mucho más “Anima” que “Animus”. Parece que ninguna de las dos culturas podría haber sido satisfactoria, ya que también habría sido sexista; pero la negatividad final de una cultura de mujeres nunca habría sido esta, este exterminio de la naturaleza, esta destrucción sistemática –con miras al máximo provecho– de todos los recursos.

Es interesante, sobre el famoso estrés de la rata blanca, notar que en el reino animal como en el reino humano, es la hembra la que tiende a rechazar la procreación y no el macho, mientras que el instinto de autoconservación debería extenderse a toda la especie.

Si consideramos el comportamiento de los hombres gobernantes en nuestra sociedad, ¿qué vemos? Conscientes del peligro de la superpoblación, se esfuerzan por hacer creer a la gente “que este es un problema del tercer mundo” y centran

sus esfuerzos para limitarla al punto más desfavorecido del planeta y por tanto, el que consume menos. Pierre Samuel, en *Ecology: Détente ou Cycle Infernal*, recuerda que solo EE. UU., Con el 6% de la población total, consume el 45% de los recursos mundiales.

El interés más material explica la actitud de Occidente: la casta de los amos tiene todos los resortes para aumentar y limitar la expansión de la de los más desfavorecidos y sus futuros Espartacos; lo vimos recientemente cuando Aimé Césaire se opuso a un proyecto de ley destinado a promover aún más la anticoncepción (ya ampliamente disponible) en Martinica; el diputado negro criticó el texto por sus intenciones manipuladoras; la pregunta era: “¿Por qué Martinica y no Francia?” Ciertamente, las mujeres de Martinica habrían tenido derecho a responder a Aimé Césaire que era su responsabilidad y no la de un hombre decidir, como fue el caso en Harlem hace unos años¹⁶⁸; pero la actitud del líder político martinicano era lógica. El Tercer Mundo sabe desde hace mucho tiempo que la superpoblación no es un factor de riqueza, un seguro para la vejez de los padres ancianos, etc., sino por el contrario un elemento de miseria y mortalidad.

Se continúa procreando en exceso debido a la ignorancia, la escasez material y el aumento de la opresión de las mujeres. Podemos imaginar, además, que para los evolucionados existe una legítima desconfianza hacia los dones de la planificación familiar europea, mientras que serían recibidos con entusiasmo

168 Cfr. *Partisans*, “Liberación de la mujer, año cero”, op. cit

si Occidente comenzara a beneficiarse enormemente de sus propios descubrimientos en este sentido.

Los heterófilos católicos de *Laissez-les vivre* o los ministros del “orden moral” Royer y Foyer nada pueden hacer contra esta evidencia: la escandalosa revuelta de las mujeres, sobre el tema de su barriga, va en la dirección del interés más inmediato de la humanidad, del futuro, de la procreación misma. Los verdaderos poseedores del poder, que no están ni para Jesucristo ni para Jehová, sino para el dominio, también saben esto; es un dolor para ellos, pero lo saben.

El neomalthusianismo comenzó a ser necesario mucho antes de lo que motivase la revuelta de las mujeres y el manifiesto 343. Cuando las arterias del capitalismo envejecen hasta tal punto que necesitan una dosis cada vez mayor de planificación como la novocaína, –¡oh planificación blasfema, oh antiliberalismo económico!–, los tiempos están cerca.

El planeta se desbordará.

Slogan gritado el 5 de marzo de 1971
en el congreso “Dejadlos vivir” en la Maubert–Mutualité.

Antes del capitalismo, último advenedizo resistente, antes del feudalismo, antes del falocratismo, el poder femenino, que nunca alcanzó la dimensión ni el estatus de matriarcado, se basó en la realización de la agricultura; pero era posesión

autónoma, acompañada de segregación sexual con toda probabilidad; y por eso nunca hubo un verdadero matriarcado. Para los hombres el pastoreo y la caza, para las mujeres la agricultura; cada uno de los dos grupos armados se enfrentaron; este es el origen de la supuesta “leyenda” de las Amazonas. Cuando surgió la familia, la mujer aún podía pasar de poder en poder, siempre que las funciones agrícolas continuaran santificándola. El descubrimiento del proceso de fertilización, tanto del útero como del suelo, dictó la sentencia de muerte de su influencia. Así comenzó la edad de hierro del segundo sexo. Ciertamente aún hoy no está terminada, pero la Tierra, símbolo y antiguo feudo del vientre de las Grandes Madres, tuvo una vida más dura y resistió más; hoy su conquistador la ha reducido a agonía. Ese es el balance del falocratismo.

En un mundo o simplemente país donde las mujeres (y no, como puede ser el caso, una mujer) se hubieran encontrado realmente en el poder, su primer acto habría sido limitar y espaciar los nacimientos. Durante mucho tiempo, mucho antes de la superpoblación, esto es lo que siempre han intentado hacer.

Prueba de ello es el abundante folclore anticonceptivo que ya hemos citado y donde los procedimientos más terriblemente peligrosos se alinean con la pura superstición. (Nota: no sólo para no tener hijos, sino para que el marido se aleje del lecho, ¡oh, Freud y la “tendencia femenina a evitar la sexualidad”!) Estos ritos de conjuro, obviamente, nunca fueron mencionados por los eruditos masculinos, mientras que en todas partes hay listas de los ritos inversos, los de fertilidad. Es

sólo a nivel planetario (ni siquiera nacional) que el hombre se digna a notar la superpoblación; la mujer nota el conectismo a nivel familiar. ¿Qué medios tenían para darlo a conocer?

El egoísmo de los padres, tan fuertemente denunciado por el genial Henry Bordeaux y los novelistas católicos de entreguerras, con la camarilla “Dejadlos vivir” toma la antorcha por el bien común de la publicidad Nestlé–Guigoz¹⁶⁹. Contra ese egoísmo de las madres francesas que decían exponer solo dos o tres veces su vida pariendo, hoy podemos bendecir al débil, muy débil freno: ¿dónde estaríamos en un mundo superpoblado treinta años antes y más rápido por los heroicos devotos, lectores de la *Bonne Presse* del Padre Belén?

Sí, repitámoslo hasta la obsesión, gritemos, difundamos: al igual que la lucha de clases, la demografía es un asunto humano¹⁷⁰. En regiones de catolicismo misógino, es incluso peor: la correa de transmisión entre el poder masculino en la cima y nosotras, son necesariamente los hombres, los que tienen el uso de nuestra fertilidad: el marido a quien someternos, por supuesto, pero también el sacerdote, que sólo puede ser un hombre, el médico o el magistrado que lo es

169 El Frente Feminista, seguido de una ecofeminista, escribió a todas las diputadas de París para pedirles una investigación sobre el financiamiento de esta operación manipuladora que muchas aseguran provenir de esta publicidad láctea.

170 Afirmación que indignará a mis amigos marxistas. Pero si las esposas de los proletarios tienen algo que ganar con la “victoria del proletariado”, son sólo las migajas del poder supuestamente adquirido por los proletarios. Sin embargo, la burguesía perdería esas mismas migajas (o incluso sus grandes porciones) de las que se beneficiaban sus hombres. El poder como tal nunca se otorgaría a las mujeres. Además, eso no es deseable, ya que la única revolución significativa será la que abolirá la noción misma de poder, y al Estado proletario o no, al mismo tiempo que el sexismo

nueve de cada diez veces; todos estos funcionarios masculinos del poder son hombres.

Así que resumamos. Si la lucha de clases, la demografía, la ecología son problemas y asuntos de hombres, es por “la gran derrota del sexo femenino” que se produjo 3000 años antes de Cristo en todo el planeta. Tras el fin de la amazonía y la agricultura, garantía de poder, compartido durante un tiempo entre los sexos en las civilizaciones hitita, cretense y egipcia, las riquezas de la tierra se fueron masculinizando gradualmente cuando la mujer, ligada a la familia, ya no podía recurrir a las amazonas perdidas. El poder patriarcal masculino alcanzó su punto máximo en la Edad del Bronce, con el descubrimiento de lo que se convertiría en industria. Las mujeres fueron entonces puestas bajo estrecha vigilancia por el sexo victorioso que siempre retuvo algo de su miedo y desconfianza hacia ellas; fueron expulsadas de todo lo que no era un gueto familiar, no solo del poder y el trabajo fuera del hogar, sino incluso de áreas donde el hombre parecía no tener miedo a la competencia: los ejercicios físicos del deporte (Grecia antigua, excepto Lacedemonia), teatro (Inglaterra feudal, Japón), cultura y arte, educación superior (casi todo el mundo, con las excepciones siempre citadas). Marginada, condenada al conetismo solidario, y en el mejor de los casos a lujoso ornamento de los vencedores, sin encontrar refugio en todas las culturas salvo en la religión para escapar del hombre dedicándose a los fantasmas de la divinidad, hoy conoce, cada vez más profundamente y en lugares cada vez más numerosos, que son los hombres quienes hacen la “revolución” y quienes se benefician de ella, por grande que sea la ayuda que les brinden las mujeres con la esperanza de escapar de una

opresión que creen que se debe únicamente al sistema económico y que sólo es debido al carácter masculino de este sistema. Ellas, tras la victoria de una clase o de una categoría, se benefician en el mejor de los casos de las ventajas de las reformas, que son como los centavos que caen del cajón –la caja de la gran convulsión–, si están en el buen lado; pero en esos casos, el poder solo cambia de manos, nunca de estructuras. Como hemos visto, la relación entre los sexos, una cuestión de humanismo y una cuestión ecológica entre todas las demás, nunca se cuestiona profundamente.

“Sentado, de pie, acostado, el hombre es siempre su propio tirano. A Céline le habría sorprendido estar de acuerdo con el pensamiento de Marx: la relación de hombre a hombre se mide por la relación de hombre a mujer. Si unos pocos hombres, siempre y en todas partes, terminan convirtiéndose en los máximos beneficiados de un cambio revolucionario, es precisamente porque aplican a otros el equilibrio de poder que todos los hombres tomados en su conjunto aplican a las mujeres, a todas las mujeres consideradas en bloque”.

¿Cómo es, entonces, que el problema de la máxima ganancia, que sacrifica el interés colectivo al interés privado o el de la carrera por el poder que reemplaza este interés colectivo en caso de una revolución, cómo podría entonces este problema ser resuelto, siempre y cuando las estructuras mentales permanezcan sin cambiar, a saber, deformadas por los cincuenta siglos de la civilización planetaria masculina, que produjo la sobreexplotación y la destrucción de los recursos?

La prueba de que cualquier revolución dirigida y llevada a cabo por hombres no puede lograr la mutación que se hace necesario asumir, es que ninguna va más allá de reemplazar un régimen por otro, un sistema por otro con las estructuras mencionadas; y que ninguno considera la única posibilidad de ir más allá: salir del ciclo infernal “producción–consumo” que es la coartada de esta enorme masa de trabajo inútil, alienante, mistificado y desconcertante, base misma de la sociedad masculina.

No, la imaginación nunca está en el poder. Volvemos a caer en los mismos patrones, en los mismos estereotipos mortales; como decía la gente cuando el cazador de pájaros favorito de Luis XIII sustituyó al condestable Concini: “Sólo ha cambiado la bota; el vino sabe igual”.

Apenas hace unos años en una nueva colección de ciencia ficción titulada *Après*, en una de las historias escritas sobre el mismo tema: el cambio del mar después de una catástrofe, se previó este conjunto: paro de la producción industrial, investigación científica limitada a un número reducido de laboratorios bien ubicados, esfuerzo colectivo centrado en áreas de reflexión, arte y actividades no productivas. Los astronautas que habían regresado de una ausencia de muchos años se abandonaron a la desesperación cuando encontraron que la Tierra estaba entregada a lo que creían que era una ruina irremediable. Hasta el día en que se dieron cuenta de que todos los descubrimientos del pasado habían sido cuidadosamente conservados y retransmitidos a un número limitado de depositarios, pero solo se utilizaban de manera excepcional; por ejemplo, se fabricaba un remedio de gran

rareza y un avión supersónico lo buscaría en caso de emergencia para curar a un niño enfermo; el resto del tiempo, el transporte se realizaba a caballo o en bicicleta. Por tanto, la importancia pasó de la velocidad del transporte a su motivación. La civilización de los artilugios había desaparecido para dar paso a un humanismo que no era tan retrógrado por prescindir de una técnica sin sentido. El autor de esta “utopía” era una mujer, la única mujer en la colección de novelas: Marion Zimmer¹⁷¹.

En el año 1972, Gébé, diseñador que no parece haber leído este cuento traducido del inglés americano, realiza su “utopía” filmada: *El año 01*¹⁷². Huelga general; los trabajadores salen de las fábricas, los burócratas salen de la oficina, los propagandistas cantan bajo las ventanas: “Abre tu ventana y tira tu llave a la calle”. Luego, vuelven al trabajo a un ritmo considerablemente más lento, solo para satisfacer las necesidades inmediatas de las personas; de nada sirve matar a los capitalistas, son ellos quienes se encargan de sí mismos; el aire se nubla con los directores ejecutivos lanzándose desde los rascacielos. A la pregunta inevitable: “¿Pero en qué ocupar el tiempo libre?” La respuesta es simple: “Pensamos, y no estamos tristes”. Mientras los humanos tiemblen ante la idea de la desgracia de la posibilidad de pensar en sí mismos, todavía estarán en la época de Pascal: triunfarán la competitividad, la agresión y todos los horrores de la sociedad masculina.

171 *La vague montante - The Climbing Wave* -, un cuento largo o novela corta publicado en febrero de 1955.

172 Emblemática de la protesta libertaria de la década de 1970, la película dirigida por Jacques Doillon en 1973 está adaptada del cómic homónimo de Gébé.

Sin duda, desde el punto de vista feminista inmediato, este nuevo Adivino del pueblo que nos ofrece Jean-Jacques Rousseau-Gébé es poco satisfactorio; todo cambia realmente en profundidad, excepto la relación entre los sexos; la mujer sigue siendo el único campo de deseo erótico; ella sigue siendo esta mujer blanca que arregla los pantalones del ex editor en jefe, esta mujer negra que amontona la yuca mientras los hombres discuten sobre el año 01 en África; otra encuentra que no ganó mucho ordeñando vacas en lugar de escribir a máquina. Sin embargo, por primera vez, e incluso sin el conocimiento de su autor, se nos ofreció una concepción del mundo verdaderamente anti-masculina, en forma de producto público, una película “utópica” (en el sentido clásico: utopía de ayer, verdad de mañana) que sólo lo Femenino puede aplicar. A saber: las mujeres sobre todo, pero no solo las mujeres: sus aliados objetivos y naturales, los jóvenes, esta juventud de ambos sexos que llevará más profundamente dentro de sí la protesta contra el mundo de papá, en cuanto se hayan deshecho de las secuelas de su izquierdismo machista.

Porque tienen razón quienes reclaman la alianza del niño y la mujer: lo Femenino, es esta parte del mundo separada, apartada, entre paréntesis, la que sufre la dictadura económica y cultural del Padre; el primer tabú más insuperable, el anatema más severo lanzado al incesto, es el que sanciona la relación amorosa entre madre e hijo; las otras prohibiciones son secundarias. ¿Por qué? Porque este es el baluarte que el falocratismo se vio obligado a levantar contra el poder de la mujer. Más allá de las historias de celos sexuales nacidas del triángulo freudiano, la antropología moderna ha sabido discernir, en exogamia obligada, la dictadura de la sociedad

patriarcal y su miedo a las mujeres, su misoginia que llega hasta la ginofobia ante esta terrible amenaza: la Madre y el Niño se unen contra el Padre.

El cese masivo del trabajo productivo no es una utopía; se ha demostrado que del 7 al 10% del trabajo actual sería más que suficiente para cubrir las necesidades de alimentación, vestimenta y techo. Aunque *El año 01* no se centra en la necesidad ecológica de esta solución, una secuencia vincula la contaminación con la inflación insana de la industria, es una en la que el pescador tartamudeando de emoción llega gritando por teléfono: “¡Eso es, atrapé un pez! Es una fiesta ¡Bienvenidos al primer pez del año 01!” Cuando nos enteramos, gracias a la predicación de la Casandra en el desierto futurista, que en treinta años han desaparecido más especies marinas que en todo el período geológico posterior al Pleistoceno, podemos hacernos la pregunta: ¿qué es mejor, peces o artilugios?¹⁷³

El actual ciclo consumo–producción inevitablemente ligado a la expansión industrial, fruto de las estructuras mentales del falocratismo, puede desmantelarse de esta manera: el 80% de los productos superfluos, de los cuales alrededor del 20% son perfectamente inútiles, deben ser lanzados al mercado a precios de costo y ser apartados del patrimonio en una curva ascendente; ya que para producirlos se necesita un tiempo de trabajo equivalente aproximadamente al 80% de la vida

173 Una comunidad establecida en las Cevenas desde hace dos años ha logrado este mismo milagro; las truchas han vuelto al río, las mariposas a los prados; lo que durante quince años no habíamos visto en este lugar. “La naturaleza ha eliminado sus gérmenes y el hombre solo necesita involucrarse”, me dijo el fundador de esta comunidad. Interviene para amarla y no explotarla.

humana, es decir, a una alienación prácticamente total. Eso no es todo: estos objetos superfluos o inútiles deben ser efímeros y renovables en la actualidad, lo que aumenta la molestia y la devastación. Finalmente, suprema alienación: dado que deben consumirse, es necesario a través de un circuito tecnocrático–publicitario inspirar el deseo por ellos. Como el productor también es un consumidor, estará por tanto alienado y desconcertado a todos los niveles, a lo largo y a lo ancho, diría Gébé. Una estafa del tiempo que es el tejido de la vida, de la sensibilidad que es su valor, una frustración gigantesca, planetaria, monstruosa; esta es la culminación del ciclo nacido hace 5.000 años, del enjaulamiento del segundo sexo y la apropiación de la Tierra por parte de los machos: “El progreso”.

Esta raíz del problema sigue pasando totalmente desapercibida en 1974 por los movimientos revolucionarios modernos. Incluso para los marxistas críticos, el problema ecológico se reduce a uno de los males del capitalismo (y es cierto que en un sistema de lucro lo toca de cerca, pero su presencia en los sistemas de “socialismo real” prueba que su análisis no es acertado). Así como el de las relaciones entre sexos se define como una superestructura que debe ser modificada durante la sustitución de un régimen económico por otro. En la medida en que los jóvenes solo se dedican a esta empresa de contestación por tal o cual etiqueta política, son subsumidos por el Sistema contra el que luchan, sin sospecharlo, ya que desconocen, más allá del aspecto económico y social, su profundo origen y motivación primordial para la guerra de sexos. Pero en la medida en que la sensibilidad de los jóvenes pertenece a este Femenino

acosado, oprimido y reprimido en el orden mundial del Padre, donde incluso su posición económica los coloca, aproximadamente, al mismo nivel que las mujeres –mantenidas por el Padre con vistas a una actuación, por tanto, de un servicio–, los jóvenes de ambos sexos pueden llegar cada vez más a la conciencia de que su causa es no sólo la de la Madre sino la de todas las mujeres del mundo entero. El día en que sus opciones masculinas machistas–izquierdistas (incluidas, repitamos, las de las niñas) sean destrozadas por la conciencia de una emergencia, por la necesidad candente de hacer estallar el ciclo consumo–producción, en lugar de adaptarse a él de una nueva forma condenada al mismo fracaso y conduciendo a la misma muerte, el feminismo habrá ganado, porque lo Femenino habrá triunfado.

Lo vemos claramente: no estamos defendiendo en absoluto una superioridad ilusoria de las mujeres sobre los hombres, ni siquiera por “valores” de lo Femenino que existen sólo a nivel cultural y nada metafísico; decimos: ¿quieres vivir o morir? Si rechazas la muerte planetaria, debes aceptar la lucha de las mujeres; porque sus intereses personales, como el sexo, se superponen con los de la comunidad humana, mientras que los de los varones, individualmente, se contraponen; y esto, incluso al nivel del actual Sistema Masculino. Con sólo ver la contradicción entre las instancias supremas de su poder, que quiere empujar a las mujeres en la producción (cosa que se nos anuncia el “Año 1975; año de las Mujeres”), y los intereses privados de los varones que viven bajo este mismo Poder, ¡que resisten furiosamente frente a la perspectiva de ser privados de su ama de casa! Es sólo ver la contradicción entre el esfuerzo de dicho Poder por difundir y ayudar a la

anticoncepción a fin de que, para su producción, se le reduzca al tiempo femenino la función alimenticia, y la misma resistencia indignada de los varones ante el hecho de que ¡las hembras puedan controlar su procreación! Etc., etc.

Volvemos al inicio de este trabajo: la conciencia de la feminitud, de la infelicidad de ser mujer, se desarrolla hoy en una contradicción y una ambigüedad que presagia el fin de la misma infelicidad. Parte de la experiencia de una subjetividad radical, la experiencia de una especie tratada en minoría, separada, cosificada, observada. Una mujer de mi generación descubre que su “pequeño problema”, su “cuestión secundaria”, ese detalle tan nimio del frente subversivo, es decir su “lucha fragmentada” ya no se contenta con superponerse, sino que se identifica con la Pregunta Número 1, con el Problema Original; la base misma de la indispensable necesidad de cambiar el mundo, no solo para mejorarlo, sino para que todavía pueda haber un mundo.

¡Qué revancha para la única mayoría humana que es tratada como una minoría! Hasta ahora le había resultado difícil entender de dónde venía la infelicidad de su feminitud; se contentaba con reclamar “parcelas” de gestión del mundo antes de llegar a la raíz, la libre disposición sexual, que de pronto le reveló el significado de una totalidad. La que hasta ahora no era la “compañera” del hombre, sino el crisol alquímico de su reproducción, su bestia de carga, su analgésico y su vasija escupidora, a la que a veces adornaba con gemas para proclamar su santo grial; la que siempre le inspiró, en virtud de una victoria siempre amenazada, esa desconfianza hostil que podría llegar en algunas culturas hasta el odio que

generó la mutilación ritual (África) y la muerte (sexocidio¹⁷⁴ de las brujas de la Edad Media, de las “libertinas” de la cuenca mediterránea o de Oriente) en una verdadera “ginofobia”, como dice Wolfgang Lederer, he aquí que en derecho y en posibilidad, si no de hecho, vuelve a ser como en el pasado de los tiempos prefalocráticos la única controladora de la procreación. De ella dependerá, en cuanto este derecho pueda ser vivido libremente por la anticoncepción masiva y el aborto sin problemas, que de la mitad de la especie humana se desvanezca la pesadilla del “estrés de la rata blanca”.

Este inmenso poder que le será entregado, que ya está rozando sus manos, no tiene medida común con el de organizar, decidir, representar y oprimir que sigue siendo el del varón; es precisamente en esta medida que puede derrotarlo con mayor eficacia y hacer sonar la sentencia de muerte de la antigua opresión; en definitiva, según un lema del Centro Ecología–Feminismo, se trata de arrebatarse el planeta al hombre de hoy para devolverlo a la humanidad del mañana. Ésta es la única alternativa; porque si la sociedad masculina persiste, mañana no habrá humanidad.

Amenazada en su propia vida, pero también en lo que transmita (elija o no transmitir), ella es la portadora de esa fuente, aquella en quien se realizan y convergen las fuerzas del futuro.

Vemos, por tanto, a la mujer preocupada de dos maneras por la rápida solución del problema ecológico, y, además,

174 Françoise d'Eaubonne está en el origen del término “sexocidio” al que hoy en día se prefiere la palabra feminicidio.

representa, a esta clase productiva frustrada en su producción por la distribución masculina, ya que esta fuente de riqueza colectiva (la procreación) la posee una minoría, la de los machos, siendo la especie femenina la mayoría humana.

Los propios especialistas reconocen esto; al igual que Edgar Morin en la conferencia ecológica del *Nouvel Observateur* donde no se vio aparecer a ninguna mujer, admite que “estamos empezando a comprender que la abolición del capitalismo y la liquidación de la burguesía solo están dando paso a una nueva estructura opresiva”.

Esto es lo que Reimut Reiche ya había expuesto y explicado en *Sexualidad y lucha de clases*, sobre el “núcleo” que resiste todos esos cambios.

Este núcleo, como hemos declarado aquí, es el falocratismo. Es la base misma de un orden que sólo puede asesinar a la naturaleza en nombre del beneficio, si es capitalista, y en nombre del “progreso histórico”, si es marxista.

El problema de la mujer es ante todo demográfico, luego natural y, por tanto, mundial; su problema urgente, común con el de la juventud, es la autonomía y el control de su destino. Si la humanidad quiere sobrevivir, debe abordar este hecho evidente.

Entonces, con una sociedad finalmente femenina que sería sin poder (en vez de con el poder de las mujeres) se demostraría que ninguna otra categoría humana podría haber logrado la revolución ecológica; porque nadie estaba tan directamente interesado en ella en todos los niveles. Y las dos

fuentes de riqueza desviadas en beneficio del varón volverían a convertirse en expresión de vida y ya no en elaboración de muerte; y finalmente se trataría al ser humano primero en persona, y no como hombre o mujer.

Y el planeta puesto en femenino volvería a ponerse verde para todos.

1971–1974



ACERCA DE LA AUTORA

FRANÇOISE D'EAUBONNE, escritora y pionera del movimiento feminista de los años setenta, murió el miércoles 3 de agosto de 2005 en París a los 85 años.

Periodista de vez en cuando, profesora y novelista, obtuvo el Premio de los Lectores en 1947 por su primera novela, *Comme un vol de gerfauts* (Como un vuelo de gerifaltes), editada ese mismo año por Denoël. A ésta le sucedieron *Les tricheurs* (Los tramposos) en 1960, e *Y-a-t-il encore des hommes?* (¿Todavía hay hombres?) en 1965.

En 1944 inauguró, con *Le coeur du Watteau* (El corazón de Watteau), una larga serie de biografías. Ensayista de renombre, Françoise d'Eaubonne nunca separó su trabajo de escritora, muy prolífica, de su vida militante, que comenzó cuando estaba a punto de estallar la II Guerra Mundial, al comprometerse con la Resistencia en el suroeste de Francia.

Esta figura iconoclasta de la inteligencia francesa nació el 12 de marzo de 1910 en Toulouse, y fue la tercera hija de un anarquista creyente, Etienne d'Eaubonne, originario de Bretaña, y de la hija de un jefe carlista, Rosita Martínez Franco.

Françoise d'Eaubonne describió en *Chienne de jeunesse* (Perra de juventud), Juillard, 1966, con una crudeza poco habitual en la época, su vida de adolescente durante la ocupación. Después de un breve paso por las filas del Partido Comunista, al llegar la liberación, fue una ferviente militante contra la guerra de Argelia y figura entre los firmantes del Manifiesto de los 121, que apareció en septiembre de 1960 y proclamaba el derecho a la insumisión para los reclutas.

La lectura del libro de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, publicado en 1949, supuso un revulsivo y la introdujo en la lucha feminista. Cofundadora del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLM) a lo largo de los años sesenta, lanzó en 1972, con el escritor y periodista Guy Hocquenghem, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR).

En los años setenta publicó sus ensayos más destacados, entre ellos *Les femmes avant le patriacat* (Las mujeres antes

del patriarcado) (Payot, 1976) y *Le féminisme ou la mort* (El feminismo o la muerte) (Pierre Horay, 1974).

Amiga de Michel Foucault, Françoise d'Eaubonne, madre de dos hijos, anunció en 1976, en las columnas del diario *Libération*, su boda, a los 56 años, con “el detenido Pierre Sanna, número 645.513, en Fresnes, condenado a 20 años de prisión por un asesinato que no cometió”.

Provocadora, valiente y a menudo vehemente, Françoise d'Eaubonne creó en 1978 el movimiento Ecología-Feminismo, que tuvo poco eco en París. Tuvo más éxito en Australia y Estados Unidos, donde se creó una cátedra sobre esta cuestión. Françoise d'Eaubonne era invitada con frecuencia para dar conferencias.

Le Monde

14 de agosto de 2005

BIBLIOGRAFÍA

Jacques Vernier, La bataille de l'environnement, Robert Laffont, 1971.

Jean Dorst, La nature dénaturée. Pour une écologie politique, Le Seuil, 1965.

Édouard Bonnefous, L'homme ou la nature, Hachette, 1970.

Edward T. Hall, La dimension cachée, Le Seuil, 1971.

J.-P. Barde, Christian Garnier, L'environnement sans frontières, Seghers, 1971.

Frederik Pohl, M. C. Kornbluth (1953), Planète à gogos, Gallimard, 2008.

Pierrette Sartin, La femme libérée, Stock, 1968.

Norman Mailer (1971), Prisonnier du sexe, Robert Laffont, 2019.

Reimut Reiche (1968), Sexualité et lutte de classes, Maspero, 1971.

Germaine Greer (1970), La femme eunuque, Robert Laffont, 1998.

Caroline Hennessey (1970), Moi, la salope, Denoël-Gonthier, 1971.

Erich Fromm, La crise de la psychanalyse, Anthropos, 1971.

Claudie Broyelle, La moitié du ciel, Denoël-Gonthier, 1974.

Virginia Woolf (1929), Une chambre à soi, Le Livre de poche, 2020.

Valérie Solanas (1967), Scum Manifesto, Mille et une nuits, 2005.

Betty Friedan (1963), La femme mystifiée, Pocket, 2020.

Simone de Beauvoir (1949), Le deuxième sexe, vol. 1 et vol. 2, Gallimard, 1986.

Kate Millett (1970), Sexual Politics : la politique du mâle, Des femmes, 2020.

Alexandra Kollontaï (1918), La femme nouvelle et la classe ouvrière, L'Églantine, 1932.

Jean-François Revel, Ni Marx ni Jésus, Robert Laffont, 1970.

Carla Lonzi (1974), Crachons sur Hegel. Une révolte féministe, Eterotopia, 2017.

Cellestine Ware, Women Power, Tower Publications, 1970.

Karen Horney (1945), Nos conflits intérieurs, L'Arche, 1992.

Marie-Thérèse Guinchard, Le macho et les Sud-Américaines, Denoël-Gonthier, 1971.

Yves de Saint-Agnès, Éros international. Scandinavie, Balland, 1971.

Rolande Ballorain, Le nouveau féminisme américain, Denoël-Gonthier, 1972.

Pierre Samuel, Écologie: détente ou cycle infernal, 10-18, 1973.

Anne-Marie Rocheblave-Spenlé, Les rôles masculins et féminins, PUF, 1964.

Lionel Tiger (1969), Entre hommes, Robert Laffont, 1970.

Silvio Fanti, Contre le mariage, Flammarion, 1970.

Philippe Nahoun, Allemagne antiautoritaire, éditions du Cercle/éditions de la Tête de feuilles, 1971.

Robin Morgan (dir.), Sisterhood is Powerful. An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement, Random House, 1970.

FHAR, Rapport contre la normalité, Éditions Champ libre, 1971.

Xavière Gauthier, Surréalisme et sexualité, Gallimard, 1971.

Herbert Marcuse (1955), Éros et civilisation, Minuit, 1963.

Herbert Marcuse (1969), Vers la libération : au-delà de l'homme unidimensionnel, Minuit, 1979.

Sigmund Freud (1929), Malaise dans la civilisation, Payot, 2010.

Évelyne Sullerot, La femme dans le monde moderne, Hachette, 1970.

Shulamith Firestone (1970), La dialectique du sexe, Stock, 1972.

Albert Memmi (1962), Portrait d'un Juif, Gallimard, 2003.

Périodicos

Partisans, «Libération des femmes, année zéro », no 54-55, Maspero, 1970.

Tout!, no 12, 1971.

Le livre blanc de l'avortement, Le Nouvel Observateur, 1971.

Actuel, no 4 ; 12 et 13, janvier-septembre-octobre 1971.

Elle, décembre 1970 et novembre 1971.

Le torchon brûle, n ° 1 et 2 (1971), no 3 et 4 (1972).

L'Idiot Liberté, juin 1971.

Bulletin X.Y.Z, Objecteurs de conscience, Liège, 1970-1971.

New York Times, 31 août 1970.

Fuori!, Milan, no 0, 1, 2, 3, 1972.

Carl Wittman, Gay Manifesto, San Francisco, 1970.

Contrbuciones personales

Françoise d'Eaubonne, Le complexe de Diane. Érotisme ou féminisme, Julliard, 1951.

Françoise d'Eaubonne, Y a-t-il encore des hommes?, Flammarion, 1964.

Françoise d'Eaubonne, «De Marcuse, de Freud et du puritanisme révolutionnaire», in Arcadie, 1969.

Françoise d'Eaubonne, Éros minoritaire, Balland, 1970.

Françoise d'Eaubonne, *Le féminisme: histoire et actualité*, Alain Moreau, 1972.